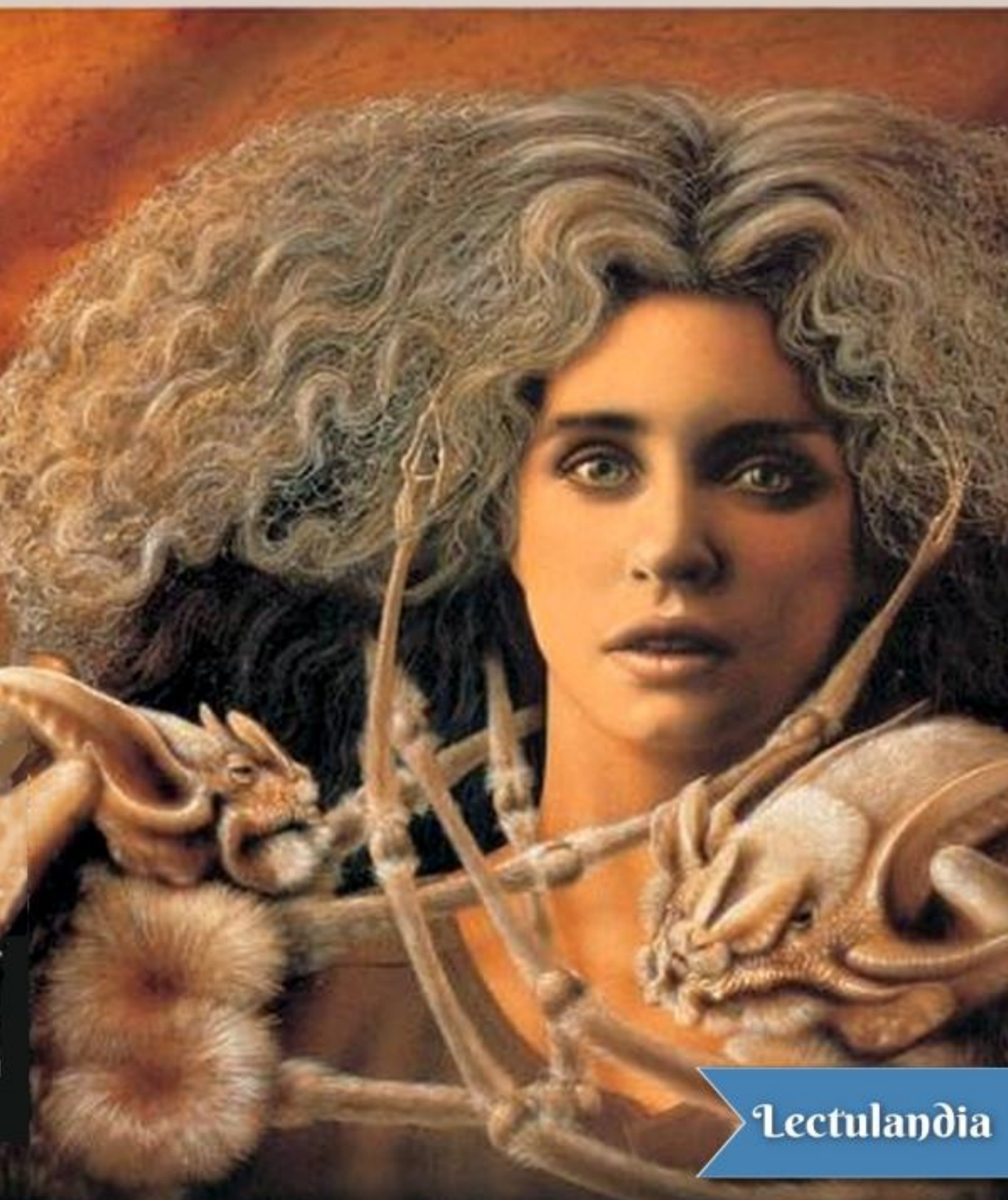


Catherine Asaro
Inversión Primaria



Lectulandia

El Imperio Eskoliano gobierna una tercera parte de la galaxia civilizada gracias a su dominio de las comunicaciones superlumínicas. Pero la guerra con su rival, el Imperio de los Mercaderes, parece inminente, una guerra que no puede conducir más que a la esclavitud de los eskolianos o la destrucción de ambos bandos. Ya se han producido algunas escaramuzas destructivas. Alguien ha de llevar a cabo un intento desesperado por prevenir un desastre total.

Lectulandia

Catherine Asaro

Inversión Primaria

Saga del Imperio Eskoliano - 1

ePub r1.0

Thalassa 30.10.15

Título original: *Primary Inversion*
Catherine Asaro, 1995
Traducción: Manuel Mata Álvarez-Santullano
Diseño de cubierta: Thalassa

Editor digital: Thalassa
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi marido
John Kendall Cannizzo,
con cariño

I Delos

Santuario

Aunque había oído hablar de Delos desde joven, aquella era mi primera visita al planeta. Delos es uno de los Mundos Aliados de la Tierra, la coalición que mantiene una postura de firme neutralidad en la guerra que enfrenta a los Mercaderes con mi pueblo, los eskolianos. A pesar de que todos somos humanos —aliados, mercaderes y eskolianos— tenemos pocas cosas en común. Por ello la Tierra había declarado a Delos santuario, un lugar en el que los soldados Mercaderes y eskolianos pudieran caminar juntos en armonía.

Armonía era una palabra suya, no nuestra. Nunca verías a uno de los nuestros caminando con un Mercader, con armonía o sin ella.

Pero Delos era el planeta más cercano a la región del espacio en la que mi escuadrón había estado haciendo ejercicios de entrenamiento para integrar a su nuevo miembro, Taas. De modo que fue a Delos adonde nos dirigimos para disfrutar de un bien merecido descanso y relajarnos un poco.

Hacía una tarde calurosa y los cuatro paseábamos bajo la Arcada. El paseo entablado, de cuyos aleros colgaban campanillas de madera que sacudía el viento y serpentinas teñidas de verde, amarillo, azul y rojo intenso, era una mezcla de puestos y tiendas. En lo alto de cada techumbre almenada se elevaba un poste en dirección a los cielos. De los postes colgaban placas metálicas que, medidas por el viento, entrechocaban unas con otras, organizando un estrépito que se mezclaba con las voces de las personas que caminaban entre las tiendas y establecimientos de ocio. Era un lugar de celebración y risas, un paraíso para las brillantes mujeres de ondeantes faldas y para los robustos jóvenes de anchos pantalones que les hacían la corte.

Mientras caminábamos por el paseo, su superficie de nervoplex cambiaba bajo mis pies, cosa que me ponía la piel de gallina. Nunca había podido entender cómo era posible que a la mayoría de la gente le gustara esa clase de cosas. No, eso no era cierto. Lo entendía, solo que no compartía sus sentimientos. Se supone que el nervoplex infunde comodidad y placer. La red de fibras moleculares y nanochips informáticos que contiene reacciona a la distribución del peso que experimenta, lo que permitía que aquel paseo analizase el tráfico de los peatones y reaccionase a él casi como si sintiera su estado de ánimo.

En una zona abierta situada a nuestra derecha, la gente se agolpaba alrededor de una pareja de luchadores vestidos de verde y rojo que estaban realizando un combate de exhibición. La muchedumbre se arremolinaba y golpeaba el suelo con los pies y, como respuesta, el nervoplex se agitaba, magnificando su disfrute del espectáculo.

Nosotros cuatro —Rex, Helda, Taas y yo— caminábamos solos. A nuestro alrededor el paseo estaba rígido, inmóvil. Yo hubiera preferido que vistiéramos como

civiles. A fin de cuentas, no estábamos de servicio. Pero todos llevábamos nuestro uniforme de Jagernauta: pantalones negros con botas negras por encima, chalecos negros y chaquetas negras. En medio de aquella colorida multitud, nuestro atuendo completamente negro llamaba la atención como una piedra arrojada a un estanque. El río de peatones que nos rodeaba se abría delante de nosotros como una vía navegable separada por rompientes. Se trataba en su mayor parte de ciudadanos de la Tierra, gente que seguramente no había visto jamás a un Jagernauta, y mucho menos a cuatro juntos.

Rex se volvió hacia mí y su hermoso rostro esbozó una sonrisa traviesa.

—Deberías empezar a gritar y a echar espumarajos por la boca, Soz. Este sitio se vaciaría enseguida.

Lo fulminé con la mirada. El «Jagernauta enloquecido» era uno de los temas preponderantes en la industria del holocine. Éramos pilotos de caza sometidos a un extenso programa de bioingeniería, oficiales de elite del Mando Espacial de Eskolia. La posibilidad de que uno de nosotros enloqueciera y atacara a todo el mundo había hecho asquerosamente ricos a un montón de productores de holocine.

—Si quieres te echo un espumarajo en la boca —gruñí.

Rex sonrió.

—Suenan interesantes.

Helda dijo con su áspera voz:

—¿Os acordáis de Garth Byler?

Rex la miró.

—Entró como cadete en la Academia Militar de Diesha el año que yo me gradué.

Helda asintió. Era tan grande como Rex y los dos eran más altos que Taas y que yo. El cabello le enmarcaba el rostro como una gavilla de trigomiel.

—Pues acabó en un mecánico.

Bajo mis pies, el nervoplex pareció agarrotarse. Frené el paso tratando de relajarme. No había necesidad de ponerse tensa. «Mecánico» no era más que el término con el que en nuestra jerga nos referíamos a los siquiátras que trataban a aquellos Jagernautas que no soportaban los rigores de una guerra para la que los meros humanos no estaban preparados. Pero si uno de nosotros perdía el control, y ocurría más a menudo de lo que admitía el Mando Espacial, normalmente lo hacía en silencio. Casi siempre, cualquier manifestación violenta que se produjese se dirigía hacia dentro, no hacia los demás.

—¿Qué le pasó? —preguntó Taas.

—Estuvo en el hospital —dijo Helda—. Luego se retiró.

Me pasé el dorso de la mano por la frente, incapaz de concentrarme en la conversación. El pulso y la respiración se me habían acelerado y el sudor que se me formaba en las sienes me empapaba los rizos del pelo. ¿Qué me pasaba?

Entonces lo vi. Al otro lado de la Arcada, dos personas nos estaban mirando, un hombre y una mujer vestidos con vaqueros de importación y camisetas relucientes.

Parecían estudiantes, tal vez amantes que hubieran salido de paseo. Ninguno de ellos sonreía. Se limitaban a mirarnos en silencio, sin prestar la menor atención a las barritas de aperitivo que llevaban en las manos.

Sentí una presión en el pecho, como si una banda metálica me lo estuviera constriñendo. Me detuve y aspiré hondo. *Bloqueo*, pensé.

No obtuve la respuesta que esperaba. Lo que debería de haber visto al dar la orden de Bloqueo era un psicono, un dibujo de pequeño tamaño, similar al de un ordenador solo que mental. Debería de haber aparecido un instante y luego desaparecido. En cambio, lo que se formó en mi mente fue la imagen de un menú de órdenes entero. Cerré los ojos y el menú se encendió y apagó como el recuerdo de una luz brillante en mis párpados. Cuando volví a abrir los ojos, mis percepciones cambiaron y empecé a ver el menú flotando frente a mí como una imagen holográfica. Mostraba tres comandos:

Transferencia

Bloqueo

Salir

Las letras eran las de mi fuente personal, que parecían hechas de ámbar. Junto a la orden Bloqueo, se veía el dibujo de una sinapsis neutral con un muro entre el axón y la dendrita. Esa imagen era la que había esperado que apareciera en mi mente. En cambio estaba ahora allí, flotando en el aire, como parte de un gran menú que parecía esperar que le prestara atención. Rex y Helda se habían parado a mi lado y estaban hablando, ajenos a la lista de palabras que veía superpuesta a ellos.

Los habitantes de la Tierra tienen un buen dicho para ocasiones como aquella. Putos cohetes. Mejor aún. Putos cohetes llameantes. ¿Qué estaba haciendo ese menú ahí, flotando en el aire? No, esa no era la pregunta correcta. Sabía por qué estaba ahí. El ordenador implantado en mi columna vertebral lo había producido cuando yo le había dado la orden al pensar la palabra Bloqueo. Había accedido a mi nervio óptico para hacer que el menú apareciera frente a mí.

Solo que eso no debería haber ocurrido. Yo había programado mis sistemas para que prescindieran de ese procedimiento. Era demasiado ineficiente —por no mencionar molesto— tener que pasar por el proceso completo cada vez que daba una orden al nodo de mi columna. La única respuesta que debiera de haber provocado la orden Bloqueo era la aparición momentánea del psicono de la sinapsis y el muro para indicar que estaba funcionando.

Para mí, el ordenador de mi columna vertebral era «el nodo». Le ponía nombre a la mayoría de los ordenadores con los que trabajaba, pero no a este. Habría sido como llamarme a mí misma con otro nombre, como tratar de desdoblar o dividir mi personalidad.

Formé otro pensamiento para el nodo, *Pasa a modo de Informe*.

La respuesta apareció en mi mente como si fuera un pensamiento mío, pero expresada con su habitual sequedad verbal. *Recomendado modo de Verificación. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que confirmaste una operación de Bloqueo.*

Vaya. Quería un examen. Ya conocía la rutina. El nodo me mostraría todos los pasos que había seguido para ejecutar el comando de Bloqueo. Normalmente el proceso se llevaba a cabo a la velocidad de la luz, que era la velocidad a la que las señales podían viajar por los cables de fibra óptica de mi cuerpo. Pero en aquel momento el ordenador quería que verificara paso a paso la laboriosa rutina para asegurarse de que no hubiera errores.

Muy bien, pensé. Haz la comprobación.

El menú desapareció. A continuación el nodo me presentó una nueva imagen. Esta, una silueta en color azul de los dos estudiantes que seguían mirándonos, también flotaba en el aire. El nodo superpuso la imagen sobre ellos y fue como si estuvieran despidiendo un resplandor azulado.

Las señales de esas dos fuentes exceden los límites de tolerancia, pensó el nodo.

Lo sé. Para una émpata como yo, sus «señales» eran sus temores: los sentía con tal intensidad que tenía las sienes empapadas de sudor y un reguero estaba corriendo por mi nuca.

Bloquea sus señales, pensé.

Estoy liberando un fármaco que inhibirá la acción de la psiamina sobre las neuronas de los centros parasimpáticos de tu cerebro, incluida la acción sobre los receptores P1. La inhibición se prolongará hasta que las señales exteriores descendan bajo los niveles de seguridad.

Hice una mueca. *¿No puedes decir simplemente que las estás bloqueando?*

Las estoy bloqueando, obedeció el nodo.

El miedo remitió. Mientras mis hombros se relajaban y el ritmo de mis latidos disminuía, pensé, *Procedimiento verificado. Ahora pasa a modo de Informe.*

Modo de Informe activado.

Finalmente, miré a los demás. Taas estaba a mi lado, observando el techo almenado de un puesto. El miedo de los estudiantes radiaba de él como un lingote al rojo vivo.

Le puse una mano en el brazo.

—Aíslalos.

No se movió. Su rostro había adquirido una tonalidad pálida por debajo de su habitual color oliváceo.

—Es una orden —dije—. Activa un bloqueo.

Taas hizo un movimiento brusco. A continuación cerró los ojos. Al cabo de un momento el color empezó a regresar a su cara y me miró.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí. —Hizo una mueca—. Ha sido muy intenso. Me pilló con la guardia baja.

—Y a mí.

Rex nos miró. A continuación se volvió hacia los estudiantes y sentí que bloqueaba sus señales. Aunque no me era tan fácil captar a Helda, una rápida mirada me confirmó que también ella había accedido al nodo vertebral. Ninguno de ellos tardó más de un instante en activar el bloqueo. Aparentemente sus nodos no estaban incordiándolos con procedimientos de verificación.

Bueno, puede que incordiar no fuera una palabra justa. A fin de cuentas, yo era la que le había dicho que cuando pasara demasiado tiempo sin hacer una comprobación me avisara.

Taas habló en voz baja:

—No sé por qué me ha afectado tanto.

—Es el maldito nervoplex. —Señalé el suelo del paseo—. Interactúa con la multitud como un multiplicador de sus impulsos. —Taas y yo éramos más sensibles a sus efectos que los demás, él porque era el miembro menos experto del escuadrón y yo porque era el émpata más poderoso.

Helda señaló a los estudiantes.

—¿Por qué se han enfadado tanto? ¿Y qué piensan que somos para ellos?

Rex se volvió hacia nosotros y habló en un tono extrañamente cansino.

—Estoy harto de provocar esa reacción. —Se pasó una mano por los negros cabellos. No, no negros. Cada día que pasaba había más blanco en las sienas.

Pero ¿qué era aquello? ¿Por qué tenía Taas aquella sonrisa extraña?

—¿Qué te hace tanta gracia? —le pregunté.

Se ruborizó.

—¿Señora?

—¿Por qué estás sonriendo así?

Dejó de hacerlo inmediatamente.

—Por nada, señora.

Me eché a reír.

—Taas, no es necesario que digas señora. —En un grupo tan unido y pequeño como el nuestro, no había necesidad de ser tan formal—. ¿Qué era eso tan divertido?

Vaciló un instante y entonces señaló a los estudiantes.

—Ese chico ha tenido una reacción diferente hacia ti que hacia el resto de nosotros.

—¿Diferente? —Parpadeé—. ¿Cómo?

—Cree que es usted... ¿uh?

Esperé.

—¿Sí?

Taas se puso colorado.

—Cree que es usted... sexy.

Sentí que mi propio rostro se ruborizaba.

—Pero si tengo edad para ser su madre.

Helda se echó a reír.

—Sí, pero pareces una jovencita, Soz.

Rex sonrió y sentí que Taas se relajaba. La tensión del grupo desapareció. Mientras Rex empezaba a hablar, su mirada se posó en un punto situado detrás de mí... y su sonrisa se desvaneció como una puerta cerrada de un portazo. Me volví para mirar.

Mercaderes.

Por supuesto, ellos no se llamaban Mercaderes a sí mismos. Eran eubianos, miembros del eufemísticamente conocido como Concordato Eubiano. Eran cinco, vestidos con uniformes grises con rayas azules en los pantalones y galones carmesí en las mangas. Aunque era difícil distinguir el color de sus ojos desde tan lejos, no me pareció que ninguno de ellos tuviera los ojos rojos de un Aristo, un miembro de la casta gobernante en la rígida jerarquía del Concordato. Uno de ellos poseía las facciones finamente cinceladas, el pelo negro e incluso el porte arrogante de un Aristo. Y su pelo resplandecía. Pero carecía del líquido y trémulo fulgor en la mirada que tanto los caracterizaba. Puede que fueran los guardaespaldas de un Aristo. Era una de las posiciones más prestigiosas que podían alcanzar los miembros de las castas inferiores de los Mercaderes. Supuse que serían artesanos, hijos nacidos de la unión entre un Aristo y un miembro de una casta inferior.

Se encontraban al otro lado de la Arcada, mirándonos.

Un extraño miedo hizo presa de mí, un miedo cada vez más intenso que, aunque sugerente, no me era conocido. Mientras mi pulso empezaba a acelerarse, miré a mi alrededor y vi que una mujer apremiaba a varios niños para marcharse del lugar. Dirigió la mirada a los Mercaderes, luego a nosotros y entonces ordenó a sus hijos que corrieran más deprisa. El más pequeño se resistió y trató de dirigirse a un puesto en el que se veían velas de caramelo colgadas de un alambre. La mujer se lo llevó entre la multitud ignorando sus protestas.

Taas frunció el ceño al ver a los Mercaderes.

—No pueden venir aquí y pasearse de ese modo.

—¿Qué quieres, que saquen una licencia? —le preguntó Helda. A continuación añadió—. Hemos venido aquí para estar en armonía, ¿recuerdas?

—Podrían ser espías —replicó Taas.

Rex estaba mirándome.

—¿Qué pasa?

Tragué saliva.

—El alto. Se parece a Tarque.

—Tarque está muerto.

Hacía mucho. Diez años. Lo había matado yo.

—¿Quién es Tarque? —preguntó Helda—. Suena a Aristo.

No sé cómo, mantuve la voz bajo control.

—Lo es.

Sentí la llamada de Rex en la mente. Tras años trabajando juntos, estábamos lo bastante próximos para que pudiera captar sus pensamientos si me los enviaba con la fuerza suficiente.

—*¿Estás bien?*, preguntó.

Aspiré hondo tratando de mantener el pulso calmado. *Sí*.

—*¿Dónde conociste a ese Tarque?* —me preguntó Helda.

—Estuve trabajando de incógnito en la Estación Tams hace diez años.

—*¿Tams?* —preguntó Taas—. *¿Te refieres al planeta Mercader?*

Asentí.

—*Sí... Me cogieron.*

—*¿Y te desenmascararon?* —preguntó.

—No. Cuando he dicho que me cogieron, no me refería a eso. —Pasó un momento antes de que pudiera continuar—. Hace diez años, los Mercaderes instalaron a un gobernador Aristo en Tams, un hombre llamado Kryx Tarque. Sus hombres estaban visitando las ciudades, seleccionando criados para sus fincas.

«Criado» era el término genérico que los Aristos utilizaban para referirse a las castas inferiores. Que, por lo que a ellos se refería, incluían a todos los habitantes del universo que no fueran Aristos.

—Me cogieron en una de sus incursiones.

Taas se me quedó mirando.

—*¿Quieres decir como criada de un Mercader?*

—No —respondí con una calma que no sentía—. Como proveedora.

Taas palideció y los músculos de los hombros de Helda se pusieron tan tesos que tuvo que cambiar de postura. «Proveedor» era otro de los eufemismos de los Aristos, uno en el que hubiera preferido no volver a pensar.

Helda movió los hombros como un luchador tratando de relajar los agarrotados músculos.

—*¿Cómo escapaste?*

Me limité a sacudir la cabeza. No podía hablar de ello. Al otro lado de la Arcada, los Mercaderes hablaban entre sí, sin dejar de mirarnos.

—Lo siento, Primaria Valdoria —dijo Taas con timidez—. Lo de Tams.

Traté de responder con voz animosa.

—Taas, llámame Soz, ¿vale? —Se lo había dicho ya tantas veces que había perdido la cuenta.

Se ruborizó.

—*Sí, señora.*

Los pensamientos de Helda acariciaron mi mente. No los sentía con tanta claridad como los de Rex, ni de lejos. *Yo también lo siento*. Y luego, con menos gravedad: *Dale tiempo a Taas. Lo asustas hasta los bejeebs.*

Taas parpadeó. *¿Bejeebs?*

Rex nos envió una sonrisa mental. *¿Es algo vivo o inanimado?*

Traté de sonreír: sabía que Rex estaba intentando desactivar la tensión. Y debería haberme sentido complacida. Era la primera vez que Taas había conseguido comunicarse con nosotros sin ayuda del hardware de la nave. Pero no podía apartar la mirada de los Mercaderes. Se pusieron de nuevo en marcha y no apartaron la vista de nosotros un solo instante hasta perderse entre el gentío.

—Parece que los aburrimos —dijo Helda.

Taas se movía de un lado a otro, como un jugador de pelota esperando a que su oponente haga un movimiento.

—No podemos dejar que se marchen así.

—¿Qué justificación podrías dar para hacer otra cosa? —le pregunté.

—Son Mercaderes —dijo—. ¿No es justificación suficiente?

Señalé con un movimiento de la cabeza a un grupo de oficiales de policía Aliados que se había reunido en la zona. Sus uniformes azules y plateados no resultaban difíciles de avistar entre la multitud.

—Dudo que ellos estuvieran de acuerdo.

Taas frunció el ceño.

—Si no fuera por nosotros, los Mercaderes se habrían apoderado de los mundos Aliados hace mucho tiempo. Deberían dar gracias por tenernos aquí.

—Si no fuera porque los Mercaderes nos mantienen ocupados —dije yo—, es posible que nos hubiésemos apoderado de los Mundos Aliados hace mucho tiempo.

La frente de Taas se arrugó.

—¿Es que no odias a los Mercaderes? —Titubeó—. Después de lo que...

—Una pelea callejera no me serviría de nada —le dije—. Y, además, aquí son ilegales.

Helda se encogió de hombros y le dijo:

—Tenemos cosas mejores que hacer, hoiya. Me apetece una copa.

Nunca había terminado de averiguar lo que significaba *hoiya* en el idioma de Helda, pero creía que era algo así como «dulce joven». Taas aún pensaba que era una palabra sin sentido que ella tenía la costumbre de utilizar. Sería interesante ver cómo trataba de explicarse cuando el muchacho se diera cuenta de que lo estaba llamando dulce joven.

Rex sonrió.

—Heya, Helda, hoiya, ¿quieres emborracharte?

—Hoiya tú —gruñó Helda. Pero a continuación sonrió—. Bueno, unas copas, ¿eh?

—A mí no me vendrían mal —dije. De algo fuerte, capaz de borrar recuerdos.

La noche llevaba una hora acosando a la puesta de sol, tratando de ennegrecer la franja rojiza y purpúrea que era el cielo sobre el horizonte. En aquel planeta el día duraba sesenta y dos horas, de modo que el anochecer parecía prolongarse y prolongarse como si se resistiera a entregar la luz. La Arcada estaba todavía más abarrotada que de costumbre, ahora que la gente podía disfrutar de un respiro del

sofocante calor. Con treinta horas de sol al día, solo se podía disfrutar en el exterior al anochecer, durante la noche y al alba.

Sobre nuestras cabezas el sol estaba teñido de un violeta intenso. El sol de Delos emitía más luz púrpura de lo que era habitual en los planetas habitados por humanos y la fina atmósfera que lo rodeaba apenas la dispersaba. El resultado era un tinte purpúreo en el cielo más propio de las alturas de una montaña que de una llanura situada al nivel del mar. El horizonte estaba rayado de nubes cuyos faldones se teñían de un rosa que se iba oscureciendo conforme el sol se ocultaba detrás de los tejados de la Arcada.

Caminábamos bajo el anochecer por una calle llena de bares. Los holocarteles iluminaban la penumbra: una preciosa flor de color rosa suspendida sobre una puerta, insectos resplandecientes volando en trayectorias elípticas, un racimo de planetas verdes y azules orbitando alrededor de una estrella azul gigante que en la realidad nunca habría podido albergarlos. La mayoría de los bares tenía también pantallas holográficas en sus paredes, que proyectaban hologramas en todas direcciones, lo que hacía que los haces de luz rotaran entre los edificios, pintados con brochazos de arremolinada y evanescente luz púrpura y los tejados estuvieran cubiertos por arcos de luz. Había animales que destellaban y echaban chispas mientras corrían de acá para allá, como bengalas encendidas, o se metamorfoseaban en especies diferentes.

La música, una mezcla de melodías escandalosas y otras más seductoras, se nos antojaba discordante. Los sonidos nos asaltaban cuando nos aproximábamos y se retiraban al bullicio general después de que hubiéramos pasado. Desde las puertas llamaban los vendedores en una multitud de lenguas diferentes. Los que yo entendía estaban tratando de tentar a los clientes con promesas de licor y humopalos y semillas de una planta oleaginosa que podía hacerte soñar o conseguir que hicieras el amor durante horas. El olor de la carne cocinada y las especias llenaba el aire.

Yo no entendía la mayoría de los holocarteles. Tras abrir un menú de traducciones en mi mente, lo superpuse a un elegante cartel que decía constantinides.

Traducción, pensé.

Griegos, respondió el nodo. *Traducción: constantinides*.

—Pues menuda ayuda —murmuré.

—¿Dónde queréis ir? —preguntó Helda.

Señalé un edificio viejo. Del tejado colgaba un poste con unos pocos círculos discordantes que entrechocaban bajo el viento. El holocartel que había sobre la puerta estaba en inglés, que era el único de los idiomas que había visto hasta el momento que pudiera entender sin necesidad de recurrir a un traductor.

—Casa jack -dije.

Rex miró el bar.

—Suenan a bodega de la Tierra.

Helda bufó.

—Parece una bodega en ruinas.

—Vamos, Helda —se rió Rex—. Sé valiente.

—¿Por qué quieres entrar ahí? —preguntó.

—Porque —dijo Rex— parece un sitio con auténtico sabor de la Tierra.

—¿Y eso es algo bueno? —preguntó Helda.

Sonreí.

—Vamos a darle una oportunidad y lo veremos.

Así que entramos por la puerta que había bajo el cartel. En el interior, a lo largo de una pared, había una barra, cuya negra superficie había ennegrecido más aún al paso del tiempo. Delante de ella había varios banquillos tapizados de rojo a los que el uso había terminado por prestar un lustre brillante. La sala estaba llena de mesas cubiertas por tapetes rojos y blancos. Había un hombre detrás de la barra limpiando un vaso. Tenía la ropa y el delantal blanco que cubría su voluminoso estómago cubiertos de manchas.

En un escenario elevado situado en una esquina estaba tocando un grupo. Los instrumentos eran raros: cajas con forma de calabaza con cuerdas a lo largo de su superficie, cuernos dorados con botones y tambores de grandes dimensiones. La música tenía un ritmo tentador y se mezclaba formando un sonido sensual que hizo que me entraran ganas de bailar con el joven que estaba cantando. Frente a los paneles que jalonaban el escenario parpadeaban llamativos hologramas de variados colores.

Una mujer con minifalda esperaba junto a las mesas. Taas la observó con una sonrisa.

—Me gusta este sitio —dijo.

Rex, que no podía estar más de acuerdo, sonrió.

—Vamos a sentarnos.

Helda miró a Taas con una sonrisa y luego se volvió hacia la camarera con la cabeza ladeada.

—Preciosa, ¿eh? Pero será mejor que no peleemos. Resérvate para los Mercaderes. De todos modos soy mucho más grande que tú.

Taas la miró y parpadeó.

—¿Qué?

—No quiere que peleéis por la camarera —dije.

—¿Por qué íbamos a pelear Helda y yo por la camarera?

Me encogí de hombros.

—Ni idea. —Yo carecía de gusto para la belleza de las mujeres. Con los hombres la cosa era diferente. Pero a mí aquella camarera me parecía una chica demasiado joven con una falda demasiado ajustada. Seguro que le cortaba la circulación.

Rex se echó a reír.

—Puede que debamos ofrecernos los tres y permitir que ella elija.

—¿Los tres? —preguntó Taas.

Helda se inclinó hacia él.

—Rex, tú y yo. ¿Lo coges?

Taas se puso colorado.

—¿Te gustan las mujeres? ¿No los hombres?

—Exacto —dijo Helda.

—Oh. —Taas se rascó la barbilla—. Puede que seas más grande que yo, pero yo tengo más estilo.

La camarera se les acercó y se dirigió tímidamente a Rex.

—¿Quieren una mesa?

Rex respondió en eskoliano, con una sonrisa traviesa.

—No sé lo que estás diciendo, pero suena de maravilla.

—Quiere saber si nos gustan las mesas —dije. Significara lo que significara. Abrí el menú de traducciones. Lo superpuse encima de la camarera, quien nos estaba mirando a Taas, a Helda y a mí. Supongo que en mi cara se veía la misma expresión de estupidez que en las de ellos.

Esperando, intervino mi nodo vertebral.

Rex sonrió a la camarera.

—Están meditando —le dijo en eskoliano.

La muchacha parpadeó y a continuación miró a su alrededor para buscar a alguien que pudiera ayudarla.

Traduce, «Queremos algo de comer y de beber», pensé.

La camarera le dijo a Rex:

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

La traducción eskoliana de sus palabras entró en mis pensamientos e interfirió con mi intento de traducir al inglés lo que quería decirle. Y mientras tanto, la camarera estaba cada vez más colorada.

—Bah —murmuré. Mi nodo vertebral estaba optimizado para el combate, no la traducción. Puede que, después de todo, sí que tuviera que incorporarle alguna modificación social. Aumentaría mis habilidades comunicativas y desarrollaría mi capacidad lingüística. Pero mi nodo vertebral estaba ocupado hasta el límite de su capacidad con modificaciones y bibliotecas de combate y no tenía la intención de eliminar una sola de ellas. Puede que mi vida dependiera algún día de ellas. Y tampoco quería volver a ampliarlo. Mi sistema había alcanzado el límite de lo que se consideraba seguro aun con la tecnología de bioingeniería más avanzada.

Además, no me haría ningún daño practicar mi inglés sin un ordenador «susurrándome» al oído. *Fin de programa*, pensé. Mientras el menú se esfumaba, me dirigí a la camarera en el mejor inglés que pude improvisar sin ayuda.

—¿Está bien sentarnos allí todos? —Señalé un banquillo situado en la pared del lado opuesto.

—Desde luego. —El tono rojizo empezó a abandonar sus mejillas y sentí que las mías se enfriaban también. Miró a Helda y Taas, quienes volvían a parecer normales, y sus hombros se hundieron ligeramente. Los músculos de los míos se relajaron

también.

Cogió unas cartas de buen tamaño de una de las mesas y se dirigió al banco. Mientras la seguíamos, se volvió para mirar a Rex y volvió a ponerse colorada.

Al ver la mirada que la chica dirigía a Rex, no pude evitar fijarme en cómo le sentaban a este los pantalones. Se ajustaban a sus musculosas y largas piernas como si fueran de cuero negro y flexible, y le proporcionaban un aire amenazante y atractivo al mismo tiempo. Y aquellas manos tan grandes. ¿Cómo sería cuando...?

—¿Por qué me estás mirando? —preguntó Rex.

—¿Qué? —Me ruborice—. No te estaba mirando. —*Bloqueo*, pensé. Mientras el psicono de Bloqueo aparecía en mi mente, la reacción de la camarera desapareció de mi mente. Sus pantalones volvieron a parecerme normales. Bueno, casi normales. La chica tenía razón. Le sentaban muy bien. No me había fijado antes, al menos de manera consciente.

—Siempre —murmuró Helda mientras caminábamos hacia el banco—. Siempre lo quieren a él.

—¿Hablas de Rex? —preguntó Taas.

—Sí. Siempre. —Inclinó la cabeza hacia mí—. Y los chicos siempre la quieren a ella.

Me reí.

—Pues yo recuerdo algunos que también querían a Rex.

Al oír mi risa, la camarera saltó como un resorte. Se detuvo junto al banco y dejó las cartas que había traído encima sobre el mantel de la mesa. A continuación se nos quedó mirando. Así que todos nos quedamos parados y la observamos, esperando para ver lo que hacía a continuación. Al cabo de unos instantes sus mejillas volvieron a cobrar una tonalidad rosada.

—Quiere que nos sentemos —decidió Taas.

—Pues sentémonos. —Rex pasó junto a ella y su mano acarició la cintura de la chica en el proceso. El color de su rostro pasó del rosa a un brillante carmesí. Entonces los demás nos sentamos.

La camarera dijo a Rex:

—¿Quieren algo de beber?

Rex respondió en eskoliano.

—Esa voz hace que quiera abrazarte toda la noche.

—Si te aburres de él —añadió Helda—, puedes tenernos a nosotros. —Señaló a Taas, sentado al otro lado de la mesa—. Él y yo. Él tiene estilo y yo tengo músculos.

—¿Disculpe? —dijo la camarera en inglés.

—Dejadla tranquila —dije. Cogí una de las cartas que había dejado en la mesa. La cabecera estaba hecha de tubos transparentes llenos de un gas amarillo fluorescente. Casa jack, anunciaba. Tenía unos cuadros luminosos sobre los que se proyectaban hologramas, representaciones en 3D de cada uno de los platos. Cuando dabas la vuelta a la carta, los hologramas los mostraban desde perspectivas diferentes.

Mi programa de traducción llamó «bocadillo de carne sintética» a una cosa llamada *Hamburguesa*. Pregunté por *perrito caliente* y respondió «bocadillo de carne sintética». Al ver que *pepito de ternera* era también «bocadillo de carne sintética», me rendí. ¿Es que en Casa Jack no se servía otra cosa? Miré a los demás.

—¿Qué queréis?

—Cerveza para mí —dijo Rex. Helda y Taas asintieron.

Me dirigí a la camarera en inglés:

—¿Cerveza alguna?

Se me quedó mirando.

—Disculpe. ¿Qué ha dicho?

—Cerveza. ¿Alguna?

—¿Quiere decir cerveza?

Entrecerré los ojos.

—Eso creo.

—¿Negra o clara?

¿Qué significaba eso?

—Lo que sea. El pene tú. —No, no era así. La chica estaba ruborizándose otra vez. Hice otro intento—. Elige tú. —Señalé a los demás—. Cuatro cervezas.

—Muy bien. —Se marchó, pero no sin dirigirle a Rex otra de sus sonrisas tímidas.

Al otro lado de la sala, se abrió la puerta. Entró un grupo en el bar... Y esta vez, cuando mis hombros se pusieron tensos, la reacción era mía y de nadie más.

Mercaderes. Ahora eran seis, los cinco que habíamos visto antes y uno más, al que custodiaban. Un hombre de lustroso pelo negro y ojos rojos.

Aristo.

En cuanto nos vieron, los Mercaderes se detuvieron. Nos miramos los unos a los otros. El propietario del bar dejó de sacar brillo a su vaso y lo guardó bajo el mostrador.

¿Es que no los odias?, me había preguntado Taas. Odio era una palabra demasiado suave. Vi al Aristo y en mi cabeza empezaron a inflamarse los recuerdos de Tarque, el gobernador Aristo de Tams. Tres semanas de tortura. El Aristo me miró con sus perfectos ojos de rubí y su perfecto cabello resplandeciente y su perfecto cuerpo relajado. Yo quería partirle todos los huesos perfectos del perfecto cuerpo.

Calma, me dije. Calma.

Uno de los guardaespaldas del Aristo se inclinó sobre él y le habló. No hacía falta ser telépata para saber que le estaba sugiriendo buscar un bar con mejor clientela. Pero el Aristo sacudió la cabeza. Se sentó en uno de los bancos de la barra.

—No puedo quedarme aquí, mirando mientras beben. —Taas estaba estrujando el menú entre las manos—. No puedo hacerlo.

Rex asintió.

—Vamonos.

Helda se puso en pie.

—Sentaos —les dije.

Todos se volvieron hacia mí. Helda se sentó.

Sentí el contacto de Rex en mi mente, pero mantuve las puertas cerradas. Mis pensamientos sobre los Mercaderes eran privados hasta para Rex. Decir que yo tenía ganas de permanecer en aquel bar era la afirmación más falsa de la historia. Pero también era irrelevante.

—Los Aristos no vienen a Delos de vacaciones —dije—. Debe de estar aquí por alguna razón. Tenemos que averiguar cuál.

Un músculo tembló en la mejilla de Rex. Tenía aquel tic desde que vio lo que Tarque me hizo en Tams, desde que me vio tan rígida de consternación y miedo que no podía ni hablar.

Taas se llevó una mano al cinto, y pasó un dedo por donde solía estar su pistolera. Pero las únicas armas que llevábamos eran pequeños cuchillos. A pesar de no contar con un implante diplomático, sabía que habríamos tenido un aspecto amenazante si hubiéramos caminado por las calles de Delos con los fusionadores encima.

Tampoco los Mercaderes habían estado armados cuando los habíamos visto antes. Sin embargo, ahora tenían alguien a quien proteger, y aparentemente, ese alguien era lo bastante importante para justificar que llevaran láseres con células de potencia en los cinturones.

—Limitaos a observarlos —dije—. A ver si podemos captar algo.

La camarera reapareció en nuestra mesa y dejó un vaso lleno de un líquido ambarino delante de mí. No sé mucho sobre las técnicas de destilación que utilizan en la Tierra, pero sobre licores sí sé algunas cosas. Lo que me estaba dando no era cerveza sino ron.

Mi inglés debía de ser peor de lo que pensaba. Sacudí la cabeza.

—Cerveza queremos —señalé a los demás—. Cerveza. Para todos.

Tragó saliva.

—Es que... —Le falló la voz—. El hombre... les invita.

—¿Qué hombre?

Señaló al Aristo con la cabeza.

—Él.

Lo miré. Le devolví el vaso de ron a la chica. Tuve que hacer un esfuerzo consciente para no ponérselo con tanta fuerza en la mano como para hacer que se vertiera.

Rex se levantó y le quitó el vaso. Le puso una mano bajo el codo y la llevó a la barra, donde dejó el licor. A continuación se la llevó hasta el fondo de la sala y la obligó a salir por la que supongo que era la puerta de la cocina. Yo comprendía perfectamente por qué quería que se marchara. Si estaba causándole al Aristo el mismo efecto que nos había causado a nosotros, podía tener dificultades.

Pero el Aristo no le dirigió ni una mirada. Me estaba observando a mí. Me sentí

como si un enjambre de insectos estuviera correteando sobre mi piel.

Taas seguía estrujando el menú, provocando extraños manchones de color en los hologramas.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Tomar nota de todo lo relacionado con ellos —dije—. Qué ropa llevan, cómo se sientan, cómo se mueven, cómo hablan. Guardadlo en vuestra memoria y haced archivos de seguridad. Más tarde lo introduciremos en la Red, a ver qué podemos sacar.

Helda señaló unos hologramas situados en un rincón de la sala.

—Desde allí hay una vista diferente.

Asentí.

—Ve.

Al otro lado de la sala, los músicos terminaron de tocar. Se pusieron en pie, miraron a los Mercaderes, luego a nosotros y finalmente unos a otros. El batería le dijo algo a uno de los que tocaba un instrumento de viento y el repentino impulso de *salir de aquí* hizo que los músculos de mis piernas se contrajeran como si estuviera preparándome para salir corriendo.

Entonces pensé que tal vez sentarse no fuera la mejor alternativa. Desde el escenario tenía que haber una buena perspectiva del grupo de los Mercaderes.

—Yo puedo mantener este lado de la sala cubierto —dijo Taas.

—Bien. —Sonreí levemente—. Creo que voy a acercarme a disfrutar un poco de la música.

Mientras recorría la habitación, sentí la mirada del Aristo sobre mí. Al llegar junto al escenario me dirigí al cantante, un joven moreno.

—¿Puedes una cantar canción?

—¿Cuál te gustaría? —me preguntó.

—Tú elige.

Asintió, pero me dio la impresión de que lo que de verdad quería era que nos marcháramos todos, tanto los Mercaderes como nosotros. No podía culparlo.

El grupo empezó a tocar de nuevo, una pieza más lenta con una melodía dulce. El hombre contaba con una voz de barítono bien templada. Si la situación hubiera sido diferente, habría disfrutado de ella.

Observé al grupo de Mercaderes con mi visión periférica. Estaba haciéndolo cuando el Aristo se puso en pie y se me acercó. Cuando estaba a punto de llegar a mi lado, me volví hacia él.

Se detuvo frente a mí y me dijo en un eskoliano perfecto aunque con mucho acento:

—Agradable, ¿no?

Su acento era Aristo, puro Aristo de la casta de los Alton, la aristocracia de la aristocracia, los señores de la jerarquía de los Aristo.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para no sacar el cuchillo que llevaba escondido

en la bota.

—¿Qué quieres?

—Conocerla.

—¿Por qué?

Titubeó.

—No pretendía ofender.

No encajaba. Yo había hablado con muchos Aristos, normalmente a distancia, pero también en persona en alguna de las esporádicas y siempre frustradas conferencias de paz que habíamos celebrado. Siempre hablaban con arrogancia, y a menudo con abierto desprecio. Este parecía haberse saltado la clase de cómo actuar de forma despectiva.

Pero sus guardias no. Estaban en formación junto a la barra, con las armas en la mano y, aparentemente, a punto de explotar. El Aristo debía de haberles ordenado que permanecieran allí. De lo contrario, nunca hubieran permitido que un Jagernauta hablara con su señor. *Bloqueo*, pensé. Su hostilidad remitió, pero el psicono de Bloqueo siguió parpadeando en mi mente, lo que demostraba que mis sistemas eran incapaces de contener toda la fuerza de sus emociones. Para conseguirlo hubiera sido necesario que mi cerebro liberara en tal cantidad el fármaco que inhibía mis receptores psi que mi capacidad de raciocinio se habría visto comprometida.

Los demás clientes de Jack se habían marchado o se habían trasladado al fondo del bar. Rex estaba a un lado, con un enorme cuchillo que debía de haber cogido en la cocina. Taas y Helda también habían sacado sus cuchillos, más cortos que el que yo llevaba en la bota. Había cinco Mercaderes con láseres y nosotros solo éramos cuatro y estábamos armados con cuchillos, pero contábamos con una ventaja: el Aristo estaba a mi alcance. Su perfecta señoría sería un excelente rehén.

—¿Por qué quieres conocerme? —volví a preguntar.

—Por tu pelo. —Su expresión se iluminó—. Nunca había visto nada parecido.

Me puse tensa. Tarque me había dicho lo mismo. Mi pelo era negro y rizado y me llegaba a la altura de los hombros y un poco más. Pero a la altura de la cabeza, más o menos, adquiriría un color tinto que poco a poco se iba volviendo dorado. A Tarque le fascinaba. ¿Acaso este Aristo estaba buscando proveedoras? Era muy joven, apenas debía de superar los veinte, pero tenía edad más que suficiente. Los Aristos solían elegir su primer proveedor al llegar a la pubertad.

Pero había en él algo que no encajaba. No pude decidir el qué. Los rasgos cincelados de su rostro poseían la perfección propia de un Alton. Su acento encajaba perfectamente, su apostura encajaba perfectamente, su voz encajaba perfectamente. Pero había algo *extraño*.

—¿Qué le pasa a mi pelo? —pregunté.

—Es precioso. —Sacudió la cabeza—. Eres hermosísima. ¿Por qué has decidido ser soldado?

En mis recuerdos volví a ver aquella imagen, la que todavía me atormentaba:

Tarque levantando su largo dedo hacia mí. *Esa. Quiero a esa.*

Tuve que esforzarme para mantener la voz bajo control.

—Y supongo que estarías encantado de mostrarme una alternativa para mi vida, ¿no?

Sonrió.

—Al menos por una noche. Después de todo, esto es Delos. Aquí podemos, al menos por una noche, vernos como amigos.

Vale, pensé. Los Aristos solo se relacionaban con los de su propia casta. Punto. Los demás solo éramos objetos de trueque. ¿Realmente creía que iba a salir con él? No volvería a ver la luz del sol.

—No, gracias —dije—. Esta noche estoy ocupada.

Puso cara de decepción, pero no de sorpresa.

—Tal vez en otra ocasión, entonces. —Dicho lo cual, me saludó con una reverencia y regresó con su grupo. Mientras yo lo seguía con la mirada, los guardaespaldas se cerraron a su alrededor y salieron apresuradamente del establecimiento.

No caí en la cuenta de la reverencia hasta que hubieron salido. Los Aristos solo se saludaban unos a otros de aquella manera, como prueba de respeto. Ninguno que yo conociera se inclinaría jamás ante uno de nosotros.

Rex, todavía con el enorme cuchillo en la mano, se me acercó.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —dije.

—¿Qué quería?

Abrí las manos.

—Llevárame.

Rex se puso tenso.

—¿Te ha amenazado?

—No. En absoluto. Nunca había visto un Aristo como él. Parecía normal. Muy educado.

Helda y Taas se me acercaron.

—¿Crees que era un truco? —preguntó Helda.

—No lo sé. —Exhalé—. Pero de no ser por mis experiencias con los Mercaderes, puede que me hubiera convencido para ir con él.

—Deberíamos denunciarlo a la policía de la Arcada —dijo Taas—. Antes de que consiga que alguien se vaya con él.

Asentí. Taas estaba en lo cierto, claro. Pero, no sé por qué, no creía que el Aristo abordara a nadie más. Había algo en él que no encajaba, no encajaba en absoluto.

Estación Tams

La ciudad de Atenas bordeaba los extremos norte y este de la Arcada. Ignoraba por qué le habían puesto aquel nombre los Aliados. Era tan fea como famosa por su belleza su homónima de la Tierra. Estaba formada por una serie de plazas delimitadas por calles de nervoplex e iluminadas con farolas cuadrangulares. Mientras Rex y yo caminábamos por las calles en penumbra, los hovercoches pasaban zumbando junto a nosotros y sus colchones de aire levantaban en el nervoplex diminutas olas que se extendían de un lado a otro de las avenidas. Puede que a la gente le gustara el efecto, pero a mí me daba dolor de cabeza.

La comisaría de policía era un edificio de una planta, cromado, con los mismos colores, azul y plata, que la policía ostentaba en sus uniformes. Entramos en un vestíbulo que tenía un mostrador al otro extremo. Mientras atravesábamos la sala, una holocámara situada en una esquina del techo seguía nuestros movimientos.

Una mujer de pelo cano nos recibió al otro lado del mostrador.

—¿Boro na sas voetheso? —dijo.

Traducción, pensé.

Griego, respondió mi nodo vertebral. *Traducción: ¿Puedo ayudarles?*

La mujer miró a Rex y luego a mí, se fijó en nuestros uniformes y luego en nuestras caras. Repitió la pregunta, en un tono de voz más alto esta vez. ¿Qué queríamos, entrando así vestidos...?

Bloqueo, pensé. El psicono parpadeó un instante y dejé de sentirme como una criminal.

Traduce al griego «queremos presentar un informe», pensé. Mientras mi nodo vertebral suministraba la traducción, yo las iba repitiendo con voz titubeante, tratando de copiarlas con toda exactitud. Pero no sonaba demasiado parecido a como las pronunciaba el nodo.

—¿Ti? —preguntó la mujer. El nodo vertebral tradujo: *¿Qué?*

Me pasé la mano por el pelo.

—¿Eskoliano?

Sacudió la cabeza.

—Okhi eskoliano.

No hablo eskoliano, tradujo el nodo.

—¿Inglés? —pregunté.

—Okhi inglés.

¿Cómo se dice «intérprete» en griego?, pensé.

Diermeneas, respondió el nodo.

Me dirigí de nuevo a la mujer.

—¿Diermeneas? Eskoliano. Diermeneas.

—Espanalabete —pidió la mujer. El nodo vertebral lo tradujo como *Repítalo*.

Volví a intentarlo.

—Diermeneas.

—Ah. —Las arrugas de su frente se alisaron. Nos indicó que la siguiéramos.

Nos llevó a un cuartito con una mesa rodeada de sillas de nervoplex. Tres de las paredes estaban desnudas pero en la cuarta había un gran panel de cristal opaco. Supongo que el cristal sería transparente desde el otro lado. El lugar parecía una sala de interrogatorios.

Después de que la mujer se marchara, Rex miró las sillas con el ceño fruncido.

Sonreí.

¿No te gusta la decoración?

Hizo una mueca. *Ya es bastante malo sufrir las reacciones de la gente sin que las multipliquen las sillas.*

Pasé un dedo sobre el respaldo de nervoplex de una de las sillas y esta se agarrotó como respuesta. En realidad, no podía hacer otra cosa que reaccionar a la tensión de nuestros músculos. Los émpatas solían interactuar con el nervoplex, poniéndose tensos cuando este trataba de relajarlos y viceversa. Provocaba un bucle de feedback que intensificaba todo lo que sentíamos. Así que en realidad solo multiplicaba nuestras emociones. Pero los Jagernautas éramos como esponjas: hacíamos nuestros los sentimientos de los demás. Hasta los más disciplinados de nosotros, soldados que no mostraban la menor respuesta frente a la mayoría de los observadores, experimentaban en realidad cambios minúsculos de postura y tensión muscular cuando captaban emociones.

Se abrió la puerta y entró un joven en el cuarto. Se acercó a Rex y sonrió mientras extendía la mano.

—Me alegro de que estén aquí —dijo en un eskoliano perfecto—. Me llamo Tiller Smith.

Rex parpadeó y a continuación me miró.

Pon tu mano en la suya y muévela arriba y abajo, pensé.

Rex le estrechó la mano y la sacudió vigorosamente.

—Gracias —dijo, utilizando una de las pocas palabras terrícolas que conocía.

Tiller se encogió y logró desasirse del apretón de Rex.

—La señora Karpozilos dice que querían informar sobre un crimen.

¿Por qué habla conmigo?, pensó Rex. *¿Es que no se da cuenta de que eres mi superior?*

Puede que no conozca nuestros protocolos militares. En voz alta, dije.

—No exactamente. Pretendemos prevenir un crimen.

Tiller me miró, enrojeció y apartó la mirada. Se fijó en el brazo de la chaqueta de Rex, luego en el de la mía y luego otra vez en el de la suya. Finalmente dijo:

—Lo siento... Nunca había trabajado como intérprete. Aquí hago un poco de todo. No... no sé muy bien cómo se hace esto. —Abrió las manos—. Ni siquiera

puedo leer sus identificaciones.

¿Identificaciones? Me miré la chaqueta. Las únicas marcas en el negro tejido eran una línea de corchetes de plata y, por supuesto, la banda dorada que rodeaba mis antebrazos y que denotaba mi rango. La chaqueta de Rex era idéntica, solo que en sus brazos había dos bandas más estrechas. ¿Se referiría Tiller a nuestros rangos?

—Soy Sausconia Valdoria, Primaria. —Señalé a Rex—. Rex Blackstone, Secundario.

Tiller me miró, boquiabierto.

—¿Es usted un *Almirante Imperial*?

—Primaria. No es lo mismo.

—¿Pero acaso Primario no es un sinónimo de Almirante?

—El rango es similar —dije—. Pero no es lo mismo. Los Primarios son Jagernautas. Solo Jagernautas.

—Ciberguerreros, ¿no? —dijo Tiller con voz excitada—. Ordenadores telepáticos. Los estudié en... ¡Ah! —Se dio una palmada en la cabeza—. Estoy divagando. No han venido aquí a charlar conmigo. Mis disculpas.

—Está bien —dije. De hecho, era bastante agradable topar con alguien que no deseaba que nos marcháramos.

Señaló las sillas.

—¿Nos sentamos?

Rex y yo nos miramos. Ninguno hizo ademán de sentarse. Al cabo de un momento, Tiller dijo:

—Tengo una idea mejor. ¿Por qué no vienen a mi oficina? Tengo unos estupendos sillones. —Miró los asientos de nervoplex y añadió—. Los míos tienen tapicería de tela.

—De acuerdo —dije.

La «oficina» de Tiller era un híbrido entre una sala de espera y un armario. Las paredes estaban cubiertas de estanterías, atestadas de hololibros y libros antiguos, de esos con las páginas de papel. Había máquinas por todas partes: herramientas ópticas, holopantallas desmanteladas, piezas de consolas de ordenador, conectores para interfaces hombre-ordenador, piezas de armas láser... El desorden ocupaba todas las superficies accesibles y colgaba de cualquier cosa que se pareciera, aunque fuera remotamente, a una percha o gancho. Los sillones prometidos estaban encerrados debajo de unas cajas de película holográfica.

—Ya está. —Tiller limpió tres asientos transfiriendo su contenido a su ya abarrotada mesa.

Escogí una silla con una gastada tapicería que crujió cuando me senté. Rex tomó asiento en una silla verde. Tiller sacó la suya y se situó frente a nosotros, formando un pequeño círculo. Extrajo del bolsillo de su chaqueta una pequeña varilla y le dio unos golpecillos contra su rodilla. La varilla empezó a emitir un zumbido y a continuación se convirtió en una pantalla flexible que apoyó sobre su regazo.

Aparecieron unas letras oscuras, suspendidas a un milímetro de distancia de la pantalla. En una esquina brillaba el icono de una holocámara, lo que supuse que significaba que estaba grabando la conversación.

—Muy bien. —Mientras Tiller hablaba, sus palabras se formaban sobre la pantalla—. Díganme lo que ha pasado.

—Un Aristo de los Mercaderes está de visita en la Arcada —dije.

Tiller se puso tenso.

—¿Y?

Lo observé un momento.

—¿Sabe usted por qué llamamos Mercaderes a los eubianos?

Asintió.

—Conozco... conocía a alguien que iba en una nave capturada por un Cazador Eubiano. Su familia lleva seis años tratando de encontrarlo. Las autoridades dicen que probablemente haya sido vendido a un Aristo.

—Lo siento. —Sabía que las esperanzas de rescatar a su amigo eran nulas—. Creemos que tal vez por eso está aquí ese Aristo. Para buscar proveedoras.

Mientras la mano de Tiller se tensaba sobre el brazo de su silla, a mí empezaron a dolerme los nudillos.

—¿Cree que está pensando en secuestrar a alguien? —preguntó Tiller.

Rex se puso una mano sobre la otra y empezó a frotarse los nudillos.

—Es posible.

—No lo entiendo —dijo Tiller—. ¿Para qué iba a venir a Delos para eso?

—Los proveedores han de ser émpatas —dijo Rex—. Y los émpatas son raros, especialmente entre los Mercaderes. Tal vez pensara que le sería más fácil encontrar uno aquí.

—¿Émpatas? —dijo Tiller con voz cauta—. La posición de los Aliados al respecto es que no existen.

Rex se encogió de hombros.

—Ese es su problema.

Tiller levantó la mano.

—No he dicho que todos pensáramos lo mismo. Solo que los expertos no están oficialmente convencidos todavía de que los auténticos émpatas existan.

Me pregunté en qué se diferenciaría un convencimiento oficial de uno que no lo fuera.

—Existe toda una gama, desde los émpatas normales hasta aquellos que algunas veces pueden llegar a captar los pensamientos que acompañan las emociones.

Una oleada de excitación me hizo sentir como si tuviera mariposas en el estómago. Al mismo tiempo, Tiller dijo:

—¿Quiere usted decir telépatas? ¿Son ustedes...? —Se contuvo—. No pretendía ser indiscreto. Lo que pasa es que nunca he conocido a un telépatas. O sea, deben de serlo ustedes. Son Jagernautas, ¿no?

No pude por menos que esbozar una sonrisa. Me gustaba Tiller. La mayoría de la gente no quería más que tenernos lo más lejos posible, temiendo que pudiéramos violar su privacidad o hacer cosas aún peores. Yo había oído toda clase de historias fabulosas sobre los supuestos poderes de los Jagernautas, desde los que movían las montañas hasta los que podían ver el futuro. En realidad, lo único que podíamos hacer era captar pensamientos especialmente intensos, e incluso eso resultaba muy complicado a menos que el que los enviara fuera también un émpata lo suficientemente poderoso para enviar pensamientos además de las emociones.

—Un Jagernauta tiene que puntuar cinco o más en la escala —dijo Rex.

—¿Escala? —preguntó Tiller.

—La Escala Kyle de Expresión y Recepción Empática —dije—. La mayoría de la gente la llama sencillamente escala psi. Mide el poder de los émpatas. Es una escala inversamente exponencial, así que las puntuaciones elevadas son raras. La mayoría de los humanos no supera el dos. Solo uno de cada cien mil alcanza el cinco. Los que la mayoría de la gente considera telépatas superan el seis.

Tiller nos miró.

—¿Y ustedes dos lo son?

Ni Rex ni yo respondimos. Al cabo de un momento, Tiller dijo:

—¿Qué ocurre?

—¿Qué haría usted —dije— si le preguntara cuántas veces ha hecho el amor esta noche?

Se ruborizó y de repente me sentí avergonzada, como si acabara de asomarme a un dormitorio.

—Lo siento —dijo—. No me había dado cuenta de que fuera una cosa tan privada.

—Mi puntuación es de diez —dijo Rex.

Lo miré. ¿Por qué lo había revelado? Yo conocía las puntuaciones de los miembros de mi escuadrón: Taas siete, Helda seis. Con diez, Rex era un telépatas único entre cien mil millones. Pero conocer sus puntuaciones formaba parte de mis obligaciones como líder del escuadrón. No creo que Rex se lo hubiera contado a Taas y puede que tampoco a Helda.

Tiller me miró... y entonces lo capté. Feedback. Me estaba devolviendo mi propia sorpresa.

¿Tú también lo captas?, pensó Rex. Estaba tratando de sonsacarlo.

Podías preguntárselo, pensé.

Es demasiado personal.

Creo que quiere saberlo. Y parece sentirse más cómodo contigo.

Rex lo pensó un momento. Entonces se dirigió a Tiller:

—¿Cuánto hace que sabe usted que es émpata?

—¿Qué? —Tiller se puso colorado—. Nunca he dicho...

—Está usted en un bucle de feedback con nosotros —le dijo Rex—. Está

captando nuestras emociones y enviándonoslas de regreso.

Tiller nos miró, boquiabierto.

—Están de *broma*.

—En absoluto —dije—. ¿No lo sabía?

—Pues claro que no. —Hizo una pausa—. Bueno, quiero decir, siempre he sospechado, o al menos pensaba... pero uno no va por ahí diciendo esa clase de cosas. La gente se reiría de mí.

Un sentimiento estremecedor se apoderó de mí, como una mezcla de esperanza y miedo. Era una sensación extraña, placentera en cierto sentido pero también ajena. Al mismo tiempo, Tiller dijo:

—¿De veras creen posible que sea un émpata?

Rex sonrió y se dibujaron arrugas alrededor de sus ojos.

—Debería someterse a una prueba.

—Ya lo he pensado. Por eso he pasado tanto tiempo aprendiendo eskoliano. Pero no puedo permitirme el lujo de pagar un pasaje a un planeta eskoliano. —Se volvió hacia Rex—. Lo más probable es que me esté engañando. Quiero decir, no veo ninguna prueba de que sea diferente.

—No es algo visible —dijo Rex—. Está en su cerebro.

—¿Le pasa algo malo a mi cerebro?

—Nada malo —dije. Aunque supongo que eso dependía del punto de vista—. Contiene dos órganos adicionales.

Tiller se echó a reír.

—¿En mi cráneo? Pero si no hay sitio.

Sonreí.

—Son microscópicos. Hay mucha gente que los tiene sin darse cuenta. El cuerpo aferente de Kyle y el cuerpo eferente de Kyle. El CAK recibe las señales y el CEK las envía.

—¿Qué señales? —preguntó Tiller.

—Cuando usted piensa, las neuronas se activan en su cerebro —dijo Rex—. Mi CAK lo capta.

—¿Por qué? —preguntó Tiller—. ¿Cómo sabe que mis neuronas se han activado?

—Las moléculas de su cerebro se distribuyen siguiendo una ordenación de probabilidad cuántica...

—Espere —Tiller levantó la mano para detenerlo—. No entiendo una palabra de física cuántica...

—Imagínese una colina invisible centrada en su cerebro —dijo Rex—. Esa es la distribución de probabilidad. Las «laderas de la colina» se extienden en todas direcciones. Decrecen tan deprisa que a unos pocos metros de usted ya casi no existen. Cuando más cerca se encuentra de mí, mejor se solapan a mi cerebro. Cuando usted piensa, cambia la forma de esas colinas y mi CAK lo capta.

Tiller lo miró.

—¿Y por qué no se solapa esa colina cuántica con todo el mundo?

—Lo hace —dijo Rex—. Pero sin un CAK, es imposible captarlo. Cuanto más intensos son sus sentimientos, más moléculas estimulan en mi CAK. A continuación, el CAK envía mensajes a unas estructuras neuronales de mi cerebro llamadas centros parasimpáticos. Solo los émpatas las poseen. Mis «para» interpretan esos datos como sus emociones.

—¿Y el CEK? —preguntó Tiller.

—Un amplificador —dije—. Incrementa el alcance e intensidad de la señal que usted envía a otros émpatas, tanto, que a veces pueden llegar a descodificar sus pensamientos. El CEK envía. El CAK recibe.

Tiller sonrió.

—No es de extrañar que sea tan torpe. Con tanta actividad adicional, nunca tendré tiempo para pensar.

Rex se echó a reír.

—En realidad, el número superior de células cerebrales en su córtex puede hacer que sea más inteligente de lo normal.

—No en mi caso —dijo Tiller—. Comparado con mis familiares. Mi hermana es un genio de las matemáticas y mi hermano un filósofo.

—No se subestime —dijo Rex—. Estos rasgos son hereditarios.

—Eso es lo más curioso. —Tiller abrió las manos—. Mis padres son gente normal. Sus hijos fueron una sorpresa tan grande para ellos como para los demás.

—Los genes son recesivos —le dije—. Puede que los llevaran desparejados, como una persona de ojos azules cuyos padres los tienen castaños. En la actualidad sabemos que entre los psiones hay cientos de genes que determinan la capacidad.

—Si saben cuáles son los responsables, ¿por qué no crear una raza de súper-telépatas utilizando la ingeniería genética?

—Se ha intentado. —Mi abuela había «nacido» de aquella manera—. Pero los genes están asociados a recesivos letales. Aunque el feto sobreviva, el cerebro suele ser anormal. La Convención Eskoliana se redactó precisamente para desalentar esta clase de prácticas entre los gobiernos.

Tiller inclinó la cabeza.

—Yo creía que era una protesta contra la formación del gobierno Aristo de los Mercaderes.

Una gota de sudor empezó a caer por mi nuca.

—Así fue.

—Los Aristos fueron creados en el proyecto Rhon —dijo Rex—. Rhon estaba tratando de crear humanos con una gran resistencia al dolor. El otro objetivo del proyecto era seleccionar candidatos aptos para la empatía.

—¿Rhon? —Tiller enderezó la espalda—. ¿Se refieren ustedes al gobierno *eskoliano*?

—No —dijo Rex.

—¿Pero su gobierno no se llama el Rhon?

¿Soz?, pensó Rex. ¿Quieres que pare?

Traté de relajarme. *No. Adelante.*

—Nuestro gobierno es la Asamblea —dijo Rex—. Es un consejo formado por los jefes de estado de los principales mundos eskoliano.

—Entonces, ¿qué es Rhon?

—Era un ingeniero genético —dijo Rex—. La palabra se utiliza hoy en día para llamar a los escasos descendientes de la dinastía humana que gobernó el planeta Raylicon hace cinco mil años.

—¿Y esa dinastía es anterior a su gobierno actual? —dijo Tiller.

—Exacto —dije—. Hace seis mil años, una raza desconocida se llevó a unos humanos de Mesoamérica, en la Tierra, los dejó en el planeta Raylicon, y a continuación desapareció.

—¿Por qué? —preguntó Tiller.

Me encogí de hombros.

—Aún no lo hemos descubierto. —No creía que los Aliados se hubieran recobrado aún del susto. En el siglo XXI de la Tierra, cuando por fin empezaron a enviar emisarios a las estrellas, se encontraron con la sorpresa de su vida. Nosotros ya estábamos allí. Rápidamente, eskolianos y Aliados empezamos a absorber la cultura y el ADN del otro, hasta que en la actualidad, menos de dos siglos después, nadie hubiera podido decir que habíamos pasado milenios separados. Pero las diferencias seguían allí, plantadas profundamente bajo la superficie. Tendría que pasar mucho tiempo para que dejáramos de desconfiar los unos de los otros.

Rex se inclinó hacia delante.

—Los humanos que moraban en Raylicon desarrollaron el vuelo espacial y fueron en busca de la Tierra. Pero nunca la encontraron. Su frágil civilización ascendió y cayó durante su Edad de Piedra. —Hizo una pausa—. Hace cuatrocientos años tan solo, regresamos de nuevo a las estrellas. Fue entonces cuando Rhon empezó sus estudios. Trabajó con los descendientes de la dinastía real de Raylicon, tratando de devolverles los rasgos empáticos que les habían hecho legendarios. Por eso la gente llama «los Rhon» a los pocos que aún viven. Eso hace referencia a su capacidad psi. Cuando Rhon terminó con ellos, sus puntuaciones eran demasiado altas para ser cuantificadas.

—Yo siempre había pensado que Rhon era su nombre —dijo Tiller.

Rex sacudió la cabeza.

—Su nombre familiar es Eskolia. Por esa razón el Imperialato es el Imperialato de Eskolia. —Me miró de soslayo—. Aunque no todos los Eskolia utilizan su nombre en la vida cotidiana.

Tiller nos observó.

—De modo que Rhon trató de crear seres empáticos y aparecieron los eskolianos, y trató de crear seres resistentes al dolor y creó a los Aristos. Sigo sin comprenderlo.

¿Qué tienen que ver los Aristos con los émpatas?

—Los Aristos tienen CAK pero no CEK ni paras —dije—. Y su CAK es anormal. Solo detecta las emociones provocadas por el dolor. Pero su cerebro es incapaz de interpretar los datos. Su tálamo trata de disminuir la sensibilidad frente a ellos enviándolos a los centros del placer del cerebro. Provoca un orgasmo. —Apreté los dientes—. Son un puñado de sádicos. Se excitan torturando gente.

—¿Y por qué a los émpatas? —insistió Tiller.

Un ventilador en la pared zumbaba de forma errática, con una especie de hipo que me estaba crispando los nervios. Me costaba respirar.

—Nosotros enviamos señales más potentes. —No pude seguir manteniendo la voz bajo control—. Nosotros... proporcionamos señales para ellos. Cuanto más potente es el émpata... más fuerte es el vínculo... y más disfruta el... Aristo.

Apreté los puños. Mis palabras brotaban como perdigonazos.

Tiller esperó. Pero ni Rex ni yo continuamos. Se movió en su asiento. Finalmente dirigió la mirada a la pantalla y pasó un dedo sobre un icono con alas que había en ella.

—He enviado una copia de su informe al jefe. —Me miró con incomodidad—. Pero a menos que ese Aristo quebrante la ley, no podemos hacer gran cosa.

Asentí. Lo que hicieran con el aviso era cosa de ellos. Nosotros se lo habíamos dado.

Nos dirigimos al vestíbulo tras salir de la oficina de Tiller, pero me detuve después de haber andado pocos metros.

—Rex, nos veremos en la posada.

—¿Qué pasa?

—Nada. He olvidado contarle algo a Tiller.

Me acarició la mejilla.

—Soz...

—Estoy bien. En serio.

—¿Seguro?

—Sí. Estoy bien.

Me quitó un rizo de delante de los ojos. Entonces dijo en voz baja:

—Nos veremos luego, ¿de acuerdo?

¿Por qué me estaba observando con aquella mirada extraña y afectuosa?

—Por supuesto. —Ni que fuera a marcharme a alguna parte.

La puerta de Tiller seguía abierta. Estaba sentado en el borde de su mesa, leyendo un libro.

—¿Tiller? —Dije.

Levantó la mirada y su complacida sorpresa mejoró mi ánimo como una bocanada de aire fresco en un día caluroso.

—¿Ha olvidado algo?

—No. —Me acerqué a él—. Pensé que quería que regresara.

Se encogió.

—¿Tan fácil resulto de interpretar?

Sonreí.

—Solo para otro émpata.

—Es que estaba pensando... —Su voz adoptó un tono de amabilidad—. Ha hecho usted mucho viniendo aquí.

—Solo hemos hablado.

Contestó en voz baja:

—Hay algo que la atormenta y hablar de ello se lo ha recordado.

Me puse tensa.

—Estoy bien.

—Solo quería darle las gracias, eso es todo. —Señaló el cuaderno que había en su asiento—. Y también por eso. Con una grabación en la que dos oficiales de alto rango del Imperio dicen que soy un émpata, puede que sea capaz de convencer al comité de la universidad de que me tome en serio y hasta puede que consiga que me financien unas pruebas.

—Vaya. Bien. —No sabía qué más decir. Estaba acostumbrada a que la gente se apartase de mi camino. *Gracias* no era una palabra con la que tuviera demasiada experiencia.

—Tome. —Me entregó su libro.

Lo cogí con timidez, preguntándome qué querría que hiciera con él. Era un libro antiguo, encuadernado en tela suave de color marfil, con páginas de pergamino en lugar de una pantalla holocompuesta. Mi traductor me dio el título: *Versos en la ventana*, escrito en inglés.

—Es precioso —dije.

Sonrió.

—Quédese. Como regalo de agradecimiento.

¿Un regalo? Aquel ciudadano Aliado que no me conocía me estaba haciendo un regalo por hablar con él. Por alguna razón, los ojos se me empañaron. *Bloqueo*, pensé. Pero el psico no apareció.

La noche estaba cubriendo la ciudad con un frío manto de oscuridad cuando regresé al hotel. Cogí las velocintas que bordeaban las calles para escapar del nervoplex. No quería sentir lo que iba a decirme. Ya lo sabía. Le había mentado a Tiller y a Rex. No estaba bien. Mi mente había vuelto a vivir aquella escena, la que tanto quería olvidar, la que había morado en mis pesadillas durante tantos y tantos años.

Aquel día en Tams, diez años atrás, estaba caminando por una vereda de tierra, como una ciudadana normal y corriente ocupándose de sus asuntos. Con un zumbido apagado, el coche pasó volando junto a mí y entonces se detuvo y retrocedió. A cámara lenta, lo vi una y otra vez: Kryx Tarque, gobernador Aristo de Tams, inclinándose para mirar, levantando un alargado dedo mientras en sus labios se

formaban las palabras: *Esa. Quiero a esa.*

Esa. Yo. Sausconia Valdoria. Quería a esa.

Corrí. Pero ni siquiera un Jagernauta podría escapar corriendo de seis soldados y un Aristo armado en un hovercoche. Cuando me cogieron afronté una decisión que todavía hoy sigue atormentando mis recuerdos. *¿Debía pelear?* Quería hacerles tanto daño como sabía que Tarque planeaba hacerme a mí. Pero eso revelaría que poseía entrenamiento militar. Sabrían que era algo mucho más interesante que una simple ciudadana de Tams. Investigarían hasta que descubrieran mi identidad, y no solo mi rango militar sino también mi título civil. Si quería tener alguna oportunidad de escapar, tendría que esperar a que la ocasión fuera más propicia.

Así que luché como una civil aterrorizada y no como un Jagernauta. Tarque lo encontró divertido. Me llevó a su finca, situada en las colinas que dominaban la ciudad y me mantuvo prisionera allí durante tres semanas. Fue a altas horas de una larga noche de Tams, a medio camino entre el anochecer y el alba, cuando finalmente conseguí quitarme las ataduras con las que me había maniatado a la cama.

Entonces lo estrangulé.

Rex fue el que me encontró aquella noche, después de que escapara de la casa. Había estado buscándome, tratando desesperadamente de infiltrarse en la finca. Me encontró cuando corría a ciegas por los campos. Mi mente seguía gritando de dolor. Me cogió con fuerza, con mucha fuerza, como si temiera que fuera a desvanecerme si se relajaba siquiera un poco. Su voz temblaba mientras repetía, una vez tras otra, que todo iba a arreglarse, que todo iba a arreglarse, que todo iba a arreglarse.

Pero no fue así. Tarque había sido la antítesis de un émpata, un ser humano con una cavidad mental en el espacio donde hubiera debido de estar la compasión. Sádico y émpata, parásito y anfitrión, su mente era el negativo de la mía. Cuando se concentraba en mí, yo sentía su vaciedad, la llenaba para él, conectándonos en un vínculo que él anhelaba más aún que el orgasmo. Me hablaba con suaves y amorosos murmullos mientras yo gritaba y gritaba y gritaba...

Abandonamos Tams aquella misma noche. Solo pasé unos días en el hospital. Tarque no quería que su proveedora estuviera en mal estado, de modo que mis lesiones físicas eran de menor importancia. Pero los médicos me dijeron que fuera a ver a un mecánico. Al ver que no lo hacía, mi oficial superior me lo ordenó. Así que obedecí y le conté a la mecánico lo que quería oír. Al fin y al cabo, soy una émpata. Escribió en su informe que todo se arreglaría, que lo único que yo necesitaba era tiempo para recuperarme.

En cuanto a mis auténticos sentimientos sobre lo que había ocurrido... eran asunto mío. Ni de mi oficial superior, ni de la mecánico ni de nadie.

Psibernauta

El pasillo del exterior del cuarto de Rex tenía una alfombra tan gruesa que amortiguaba mis pisadas como si estuviera andando por una nube de color tinto. El lustroso panelado rojizo de las paredes era de madera de verdad. Junto a la puerta de Rex, había un timbre con un relieve del tamaño de una mano abierta que mostraba a un hombre con una cola de pescado. Estaba alzándose sobre una columna de agua, con una corola de brillantes gotas de agua alrededor de la cabeza y un tridente en alto. Cuando toqué el dispositivo, sonó un timbrado suave, como unas campanadas entre el susurro de un oleaje en la costa.

La voz de Rex respondió por un altavoz oculto.

—Pase.

Apoyé la mano en la puerta y esta se abrió: al otro lado había una habitación forrada con la misma y pecaminosamente cara madera del pasillo. La alfombra del suelo parecía terciopelo de color borgoña. La única luz provenía de una lámpara con una pantalla rosada. Rex estaba sentado en mitad de la cama, con las piernas cruzadas sobre la colcha de color tinto y absorto en su trabajo. Estaba limpiando su fusionador. Había piezas del arma a su alrededor, por todas partes. El negro metal destellaba bajo la tenue luz.

—¿Estás pensando en dispararle a alguien? —pregunté.

Levantó la mirada mientras yo cerraba la puerta.

—Tú eres la que siempre está insistiendo en que limpiemos las armas.

Me senté en la cama junto a él.

—He contratado una cuenta en el sistema del hotel. Podemos descargar los datos sobre los Mercaderes en cuando Taas y Helda vuelvan de cenar.

Rex asintió sin dejar de trabajar. Estaba limpiando el eyector que se encajaba en los aceleradores del interior del cuerpo principal del fusionador.

—Pensé que estarías con la chica del bar —dije.

Terminó con el eyector y siguió trabajando con la empuñadura.

—Es muy joven.

—Creía que te gustaban las chicas así.

Siguió sacándole brillo al arma.

—Será que esta noche estoy cansado.

Su estado de ánimo me intrigaba. Parecía muy deprimido. ¿Podía ser por lo que había pasado en el bar? Pero no tenía sentido. Conociendo a Rex, ver al Aristo debía de haberlo puesto en marcha. Debía de ser otra cosa. Tanteé su mente pero me bloqueó y mantuvo las puertas mentales cerradas.

—Rex. —Puse la mano en la empuñadura de su arma para obligarlo a parar un momento—. ¿Qué pasa?

Me miró. Por un momento se limitó a observar mi cara. Entonces dijo:

—Voy a retirarme.

—¿Qué?

Exhaló.

—Llevo algún tiempo pensándolo. Pronto cumpliré cuarenta y siete. A estas alturas, todos mis compañeros de clase en la AMD se han retirado.

Ninguno de los dos dijo la otra parte: *o han muerto*.

—No puedes retirarte. —Traté de no recordar que yo le sacaba un año en la Academia Militar de Diesha—. Te necesito.

Se pasó la mano por el cabello entrecano.

—Yo no soy como tú, Soz. No puedo mantener a raya la vejez. —Suspiró—. Ya he tenido bastante. Quiero irme a casa, tener una familia, cavar en el jardín.

—Ya tienes una familia. —Empecé a hablar demasiado deprisa—. No tienes que retirarte para tenerla. Y puedes cavar agujeros en el suelo siempre que te apetezca. Te conseguiré una comisión de servicios especial para cavar agujeros. —No era *viejo*. No era más viejo que yo. Sí, mi material genético me proporciona una esperanza de vida dos veces superior a la normal. Pero en aquellos tiempos los humanos alcanzaban con facilidad los dos siglos de vida. A Rex le quedaba muchísimo tiempo por delante.

Sonrió, pero su expresión fue como el extraño estado de ánimo en el que se encontraba, suave en lugar de salvaje. Y entonces dio el auténtico salto. Me rodeó el cuello con las manos, acercó su cara a la mía... y me besó.

—Oye. —Mi protesta brotó amortiguada entre sus labios—. ¿Qué estás haciendo? Se apartó y sonrió.

—Besarte.

—¿Para qué?

—A ver, veamos... Puede que sea una nueva forma de comprobar el tiempo.

—Qué divertido. ¿Por qué estás comportándote de forma tan extraña?

Respondió en voz baja:

—Soz, quiero que te cases conmigo.

Cohetes llameantes, putos cohetes llameantes.

—Has bebido demasiado en ese bar.

—No he bebido nada. Al final no nos trajeron la cerveza.

Se había vuelto loco. No supe qué responder.

—No puedo casarme contigo. Va contra las normas. —Existían buenas razones para prohibir la confraternización. Ponía en peligro la capacidad de los implicados para cumplir con su deber. A veces ocurría de todas formas, a pesar de las normas, pero a menudo acababa en un desastre. Si me casaba con Rex, no podría enviarlo a luchar. Pasaría todo el tiempo obsesionada por la posibilidad de que saliera herido. O algo peor.

Solo que quería retirarse.

—No quiero retirarme —dije. En realidad no estaba segura de ello, pero por el momento bastaría.

—No te pido que lo hagas —dijo él.

Vaya. Así que no estaba pidiéndome que me retirara. ¿Quería hacerlo? Traté de deshacer la madeja de mis pensamientos. ¿Podía ver a Rex como marido? Había sido mi mejor amigo durante quince años, mi confidente, alguien en quien siempre podía apoyarme. Era como un hermano. De hecho, me sentía más unida a él que a la mayoría de mis hermanos.

—No lo entiendo —dije—. ¿Qué ha sido de todas esas mujeres a las que has estado conquistando por toda la galaxia?

—Estás eludiendo la pregunta.

—¿Para qué quieres casarte conmigo?

Hizo un sonido de exasperación.

—Porque soy fetichista y me encantan las mujeres con el instinto romántico de un corcho.

No pude por menos que sonreír.

—Entonces supongo que somos compatibles.

—Sausconia, lo digo en serio.

Si me llamaba por mi nombre completo, es que tenía que estar hablando en serio. Nadie me llamaba Sausconia aparte de mis padres.

—No soportaría que me dejaras.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

¿Podía decirlo? Habían pasado dieciséis años, tiempo suficiente para aliviar el dolor.

—Mi primer marido lo hizo.

Respondió con voz apagada:

—No sabía que hubieras estado casada más de una vez.

—Dos. —Mi segundo marido había muerto hacía pocos años, no mucho después de que nos casáramos. Pero en aquel momento no podía pensar en ello. Tal vez nunca pudiera.

—¿Por qué se marchó? —preguntó Rex.

—Es una historia muy aburrida. No creo que quieras oírla.

Rex me apartó un rizo de la cara.

—Cuéntamela.

Tardé un momento en hablar.

—Odiaba cómo me ganaba la vida. Tenía miedo de que me mataran. Me pidió que lo dejara.

—Creía que no podías retirarte.

Me puse tensa.

—No estoy ligada por ningún contrato. Puedo retirarme cuando quiera.

—Pero si lo haces, ¿no perderás tu puesto en la línea sucesoria Imperial?

Quise decir, *¿y qué?* Nunca había pedido nacer en lo que quedaba de una dinastía que llevaba más de tres mil años muerta. En aquel momento el título de Emperador correspondía a mi medio hermano Kurj.

—Técnicamente, Kurj no tiene herederos por línea directa. Es el único hijo de mi madre y su primer marido y no tiene hijos.

Al menos no hijos legítimos.

—Creía que te había elegido como sucesora.

Me encogí de hombros.

—Tengo siete hermanos y dos hermanas. Podría haber escogido a cualquiera de ellos. Demonios, hasta podría nombrar a mi madre sucesora si lo deseara.

Rex esbozó su característica sonrisa traviesa.

—Nadie lucharía. Todos estarían enamorados y demasiado ocupados mirándola como para pensar en hacer la guerra.

Fruncí el ceño.

—Solo un hombre diría eso.

Se echó a reír.

—No sé nada de eso. Pregúntale a Helda.

No tuve más remedio que sonreír. A decir verdad, tampoco yo podía imaginarme a mi madre como líder militar. Era una diplomática de primera y una magnífica bailarina de ballet, pero las cuestiones militares se le escapaban.

Sin embargo, antes de casarme con nadie, tenía que dirimir cómo me sentía con respecto a mi herencia. Ordené mis pensamientos como las piezas de un ajedrez. Había tres piezas principales: el Emperador, la Llave de la Asamblea y la Llave de la Red. O, como se las conocía popularmente, el Puño, la Mente y el Corazón de Eskolia. La Tríada. Como Imperator, mi medio hermano Kurj ostentaba el mando de las fuerzas armadas de Eskolia. Mi tía presidía la Asamblea. Como heredera había elegido a mi madre. Mi padre era el tercer elemento de la Tríada, Llave de la Red, un título que para él era más que nada ceremonial.

Sabía que mi madre se había casado con mi padre porque era un psion Rhon, lo que significaba que ella podía darle herederos Rhon. Kurj odiaba a aquel hombre que se había convertido en su padrastro a pesar de que él le doblaba la edad. Si me casara con Rex, ¿cómo sería para él? El hecho de que no fuera Rhon podía provocar que su posición en el seno de la familia fuera aún más incómoda que la de mi padre.

Pero ¿era esta una comparación justa? Cuando mis padres se conocieron, mi padre había estado viviendo en un mundo primitivo. Su pueblo era todo lo que quedaba de una colonia fundada por los antiguos viajeros estelares de Raylicon y que había quedado aislada miles de años tras el declive de aquella frágil civilización. A lo largo de los milenios, habían experimentado tal atraso que ya no conocían la electricidad, el vapor o siquiera la lengua escrita. El matrimonio con mi madre lo había sacado de aquella vida sencilla para arrojarlo al marasmo bizantino de la política de los Rhon.

Rex tenía más experiencia con las intrigas imperiales, puede que más que yo misma. Mis padres nos habían criado en el mundo de mi padre, tratando de librarnos de las furiosas maquinaciones de la política eskoliana. No habían previsto las consecuencias. Solo algunos de mis hermanos y yo misma habíamos podido adaptarnos a la vida lejos de la simplicidad de nuestra casa y no había sido fácil para ninguno de nosotros.

En la implacable visión del universo que alentaba a Kurj, cualquier niño engendrado por mi padre era imperfecto. Pero a pesar de ello seguíamos siendo los mejores candidatos para sucederlo.

—Kurj necesita un heredero militar —dije al fin—. Alguien que comprenda al Mando Espacial.

—Tú.

—No.

—Pero yo creía...

—Elegió tres herederos. Dos hermanos míos que se convirtieron en Jagernautas y yo misma.

—¿Por qué tres? Solo uno puede ser el Imperator.

Apreté los dientes.

—Así es.

Rex me miró. Al cabo de un momento, dijo en voz baja:

—El que sobreviva.

—Sí. Ahora solo quedamos dos. —Los músculos de mis hombros se hincharon por debajo de mi chaqueta—. Kurj sabe que no puedo permanecer en el servicio activo eternamente. Y llevo probando mi valía más de un cuarto de siglo. Pero hace dieciséis años las cosas eran diferentes.

—¿Cuando tu marido quiso que te retiraras?

Asentí.

—Si hubiera renunciado cuando Jato me lo pidió, sí, habría sido como dices, habría significado renunciar a cualquier aspiración sucesoria.

Rex hizo un ruido de incredulidad.

—¿Qué esperaba ese tal Jato cuando se casó con una heredera Imperial?

Me miré las manos.

—Me quedé embarazada. No lo sabía. Me hirieron en una batalla y perdí el niño. —Me obligué a mirar a Rex—. Fue demasiado. Jato se quedó a mi lado hasta que estuve recuperada. Entonces se marchó.

—Soz —murmuró Rex. Trató de rodearme con el brazo, pero se lo impedí. Siempre me había preguntado si mi hermano sabría lo mucho que Jato y yo deseábamos un hijo. Pero ese era otro elemento en mi archivo mental de cosas en las que era mejor no pensar.

—Ya deberías saber que yo no te dejaría —dijo Rex—. Ni espero que te retires.

Di vueltas a la idea en mis pensamientos, como una niña pequeña con una

moneda recién acuñada. Kurj no podía mantenerme eternamente en el campo de batalla. Con mi rango y mi experiencia sería más útil sentada a una mesa, planificando estrategias. Si todos sus sucesores morían, era poco probable que aparecieran más en un futuro próximo, al menos adultos. Ninguno de mis otros parientes estaba cualificado ni de lejos.

Rex era un buen hombre, yo me había dado cuenta de ello nada más conocernos. Era también un potente telépata, posiblemente el más potente que jamás encontrara. No era Rhon, pero no podía pasarme toda la vida buscando una persona con una mente idéntica a la mía, una persona entre un trillón.

La única vez que había compartido la mente con otro psion Rhon había sido por accidente. Normalmente solo los amantes tienen vínculos lo bastante fuertes para conseguirlo. Pero en una ocasión, cuando mi hermano pequeño Kelric tenía siete años y yo dieciséis, salimos a pasear. Una tormenta nos sorprendió y empezó a descargar desde el cielo una manta de agua azul pálido. Buscamos refugio en una cueva oculta entre los acantilados de las Montañas Backbone. Mientras Kelric y yo nos acurrucábamos juntos en la caverna tratando de darnos calor, nuestras mentes se fundieron.

Solo duró unas horas y fue la experiencia más satisfactoria que jamás había compartido con otro ser humano. Y nunca volvió a ocurrir. El lazo era demasiado íntimo para compartirlo con un hermano. Pero ninguno de los dos lo olvidó. Después de aquel día, supe que recorrería el universo hasta encontrar un compañero Rhon.

Pero no los había. Entre todos los experimentos que habían tratado de engendrar un psion Rhon sano, mi abuela había sido el único éxito. En las generaciones que se habían sucedido después de su nacimiento, en un millar de mundos y miles de millones de personas diferentes, solo conocíamos dos personas que hubiesen nacido de forma natural —y hubiesen sobrevivido— con la gama completa de los genes Rhon: mi padre y mi abuelo. El resto de nosotros, los catorce, éramos sus descendientes.

—¿Soz? —Rex me acarició la mejilla—. ¿Dónde estás?

Lo miré, lo *miré* de veras, como nunca lo había hecho hasta entonces. Aquél era el hombre que llevaba quince años a mi lado, que había combatido conmigo, había reído conmigo y había llorado conmigo. Juntos habíamos recorrido Eskolia, por deber y por placer, y habíamos aprendido a conocernos con una intimidad que no tenía nada que ver con el sexo. ¿Podía acostarme con él como esposa? La respuesta era muy sencilla ahora que lo pensaba. Lo único raro era que hubiera tardado tanto en darme cuenta.

Sonreí.

—¿Quién más iba a querer cargar conmigo el resto de su vida?

—¿Y con qué pretendes cargarme?

—Con mi sentido del humor.

Rex hizo una mueca.

—Trataré de soportarlo.

—Sí.

—¿Sí? —Ladeó la cabeza—. ¿Sí, qué?

—Vamos a hacerlo.

—¿El qué?

—Ya lo sabes. Eso.

—¿Eso qué?

—Ya lo sabes.

Puso la mano al otro lado de mi cabeza y me acarició el pelo.

—Dilo.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Vamos. —Estaba riéndose.

Fruncí el ceño.

—Tú sigue así y a lo mejor cambio de idea.

—No sé, Soz. Si no puedes decirlo, ¿cómo sé que vas a hacerlo?

—Vale. Me casaré contigo. ¿Satisfecho?

Dejó de sonreír y dijo, con aquella voz extraña y delicada que estaba utilizando aquella noche:

—Sí.

Así fue. No me sentía tan rara después de haberlo dicho. Toqué su pecho y deslicé la mano sobre la camiseta negra que llevaba debajo de la chaqueta. Se tendió conmigo en la cama y me rodeó con los brazos.

—Puedo enviar la Notificación de Propósito esta noche, por la Red —dijo—. Entregaré la renuncia cuando regresemos a Ciudad Cuartel.

Notificación de Propósito. Sonaba tan raro en labios de Rex... Pero tenía sentido. Después de un descanso, regresaríamos a Ciudad Cuartel para recibir las órdenes de nuestra nueva misión. Rex había esperado hasta que supo que no volvería a entrar en combate. Ahora podía amarlo. Nunca tendría que volver a enviarlo al campo de batalla.

Sonó un pitido en la consola situada junto a la cama.

—Maldición —musitó Rex. Alargó el brazo sobre la cama y tocó el panel de Responder de la consola.

—¿Qué?

La voz de Helda sonó por el altavoz.

—Hola, Rex. ¿Sabes dónde está Soz?

—Estoy aquí mismo —dije—. Nos veremos en mi cuarto.

Helda y Taas estaban esperando en la puerta de mi habitación cuando llegamos. Helda me dirigió una mirada extraña. No sé lo que era, pero debía de haber captado algo. Todo había cambiado, a fin de cuentas. Yo nunca vería a Rex del mismo modo.

El timbre de mi puerta mostraba a una mujer morena, de pie en la costa rocosa de una isla. Estaba mirándome, con un carcaj lleno de flechas a la espalda y un arco de

preciosa factura en la mano.

Puse el dedo en las olas que lamían la playa a los pies de la mujer. Se encendió una luz en el interior del timbre y un haz láser empezó a recorrer mi dedo. Solo tardó un instante en producir un patrón de interferencia con el relieve de mi huella dactilar y correlacionarlo con el que figuraba en el ordenador de la posada. La puerta deslizante se abrió.

Comparado con el ambiente sensual del cuarto de Rex, el mío parecía demasiado frío. Las paredes eran de una cerámica pulida entre verde y azul, con aire espumoso, como si un oleaje las recorriera. La consola del ordenador estaba incorporada a un secreter que había junto a la cama. La superficie horizontal era una pantalla holográfica y la vertical contenía los controles de la consola. Las etiquetas de los controles venían en seis idiomas, incluido el eskoliano.

Me senté en la consola y toqué el panel marcado con la imagen de una puerta.

—Acceso a mi cuenta de huésped. A continuación, conexión a Eskol-Net.

—Hola, Primaria Valdoria —dijo el ordenador en eskoliano—. Soy Homer. Bienvenido a la Posada del Egeo. Con gusto accederé a su cuenta. —Tras una pausa, dijo—. Estoy estableciendo el enlace con Eskol-Net en este momento. Le ruego disculpe la demora.

—Vaya, eso sí que es un ordenador *educado* —dijo Helda.

Sonreí. Los ordenadores de los Aliados solían ser más amigables que los nodos de Eskol-Net, la inmensa red informática de Eskolia. Habíamos escogido aquel hotel porque sus consolas contaban con psífonos, cosa que muy pocos establecimientos en los Mundos Aliados podían. Abrí un cubículo de la mesa y saqué el psífono. Era un modelo sencillo, apenas un enchufe de punta doble conectado a la consola por un cable.

Cuando conecté el enchufe en el interior de mi muñeca, sentí un hormigueo en el brazo. Sabía, desde un punto de vista racional, que esos pinchazos no eran reales. Pero cada vez que me enchufaba a un psífono me daba la impresión de que los sentía.

Las palabras iniciando conexión aparecieron en una pequeña pantalla en la mesa.

—Parece que funciona —dijo Taas.

—Hasta ahora sí. —El hecho de que el tal Homer hubiera contestado al psífono con respuestas escritas en lugar de verbales me hacía sospechar que los Aliados no habían perdido demasiado tiempo en su configuración y montaje.

Me pasé una mano arriba y abajo del brazo, una costumbre que había adquirido años atrás. Muchos Jagernautas lo hacían. Mis pensamientos con respecto a la red biomecánica de mi cuerpo eran como un animal atrapado en la trampa de mi mente. La red tenía cuatro elementos: los cables de fibra óptica, los enchufes en las muñecas, la columna, la nuca y los tobillos, el nodo vertebral y los bioelectrodos. La fibra óptica había sido cultivada en mi propio cuerpo por medio de ingeniería genética. Homer enviaba señales a una de las puntas del psífono, que los transmitía a un cable de mi muñeca. Desde allí, se dirigían siguiendo los cables de fibra óptica a mi cerebro

o el nodo vertebral. En mi cerebro, unos nanoelectrodos traducían a pensamientos los 1 y 0 que componían las señales, activando mis neuronas. Si un electrodo recibía un 1, emitía una pequeña descarga en la neurona. Si recibía un cero, la dejaba tranquila. Del mismo modo, convertía mis pensamientos en impulsos de salida. Los electrodos estaban protegidos por bioconchas y una serie de productos químicos neurotróficos impedían que dañaran mis células cerebrales. Mi red devolvía los mensajes a Homer a través de la segunda punta del psífono.

Habida cuenta de la complicada naturaleza de las operaciones necesarias para implantar una red biomecánica y de los años que se necesitaban para aprender a manejarla si el cuerpo anfitrión no la rechazaba —por no hablar de las autorizaciones de seguridad— poca gente las tenía.

Apareció otro mensaje en la pantalla: psífono activado.

—Lento —murmuró Helda.

—Equipo Aliado —dijo Taas, como si eso lo explicara.

Prueba, pensé.

La palabra prueba apareció debajo del último mensaje de Homer.

¿Parámetros?, preguntó Homer. Sus respuestas aparecían en la pantalla en color rojo y las mías en azul. El mensaje no produjo el menor eco en mi mente.

Verifica enlace con nodo vertebral, pensé.

En la pantalla aparecieron las palabras verificando enlace con no animal.

Rex se echó a reír.

—¿Qué no animal estás verificando?

—No traduce bien.

Prueba de diagnóstico del psífono, pensé. En la pantalla apareció, pura dianosis del ínclito.

Por favor, repita orden, escribió Homer.

Decidí pasar a verbal.

—Prueba de diagnóstico del psífono.

—Realizando prueba —dijo Homer. Y, a continuación—. No he encontrado problemas.

Proferí una imprecación en voz baja. Si el psífono estaba en buen estado, tenía que ser cosa de mi red biomecánica. Y eso no se arreglaba con facilidad. Podía significar cirugía.

Saqué el enchufe de mi muñeca y lo miré. Una fina capa de polvo cubría la cabeza. Lo moví suavemente entre los dedos para limpiarle el polvo y volví a enchufarlo.

Verifica conexión con nodo vertebral, pensé.

Verificada, respondió Homer.

Exhalé. *Bien.*

Tengo enlace con eskol-net, escribió Homer. si me facilita un nombre y una contraseña, con mucho gusto le proporcionaré acceso al sistema.

No es necesario. Pulsé un panel de la consola marcado con la letra griega *psi*. Las palabras acceso denegado aparecieron en la pantalla.

—¿Denegado? —preguntó Taas—. ¿Qué significa eso?

Homer, pensé, ¿por qué no puedo acceder a la psiber puerta de acceso?

No puedo traducir «puerta de acceso» en este contexto, escribió Homer.

Quiero utilizar las funciones psibernéticas del psífono.

No están disponibles.

Helda soltó un bufido.

—¿Y para qué tienen psífonos si no los activan?

—Puede que no sepan cómo hacerlo —dije. *Homer, ¿puedes activar las funciones psibernéticas?*

No lo sé. ¿Qué hacen?

El psífono podría enviar mi mente al psiberespacio.

La única traducción de psiberespacio de que dispongo es «red informática hipotética».

—Bah —murmuró Helda.

No es hipotética, pensé. Existe.

¿Dónde?

Más allá del espacio tiempo. En ella, la información se transmite en paquetes de pensamiento en lugar de en fotones o partículas de materia.

Si no tiene localización espacial, ¿cómo puedo encontrarla?

Existe por todas partes, pensé. Los demás nodos pueden recibir nuestros datos de forma inmediata independientemente de su posición.

Homer hizo una pausa. Según mi biblioteca de física, eso requiere una transmisión instantánea de datos por distancias interestelares.

Exacto.

Eso viola las leyes de la física del espacio tiempo.

El psiberespacio no está en el espacio tiempo.

No puedo acceder a algo situado fuera del espacio tiempo.

Traté de pensar una explicación que la Inteligencia Evolucionada de Homer pudiera comprender. En el espacio normal, si tienes dos partículas y mides las propiedades cuánticas de una, conoces inmediatamente las de la segunda por muy lejos que se encuentre. En el psiberespacio, la propiedad «medida» era el pensamiento. Si un telépata podía formar un pensamiento, todos los usuarios de la red Eskol-Net, que se extendía a lo largo de las estrellas, podían recibirlo.

A pesar del escepticismo que los Aliados sentían hacia la psibernética, lo que ellos llamaban una «pseudo-ciencia», tenían que admitir que Eskol-Net era la única razón de que sobreviviéramos frente a la presión de los eubianos. En términos de personal y equipamiento militar, los Mercaderes eran muy superiores a nosotros, pero nosotros los superábamos en capacidad de maniobra, comunicación y cálculo. Ellos se movían pesadamente; nosotros navegábamos.

Los Aristos carecían de habilidades psíquicas. Sus proveedores las tenían, pero ellos se negaban a reconocer que los proveedores pudieran servir para otra cosa que proveer. No obstante, no me hubiera sorprendido que trataran de construir algo parecido a Eskol-Net y fracasaran. Hacía falta un telépata Rhon para manejarla y ningún miembro de mi familia consentiría jamás en trabajar para ellos.

Precisamente por esta razón gozaba mi familia de tanto poder en la política de nuestro tiempo. Ninguna máquina podía conectarse directamente a la Red. El único medio para conseguirlo eran las mentes de sus usuarios. Y del mismo modo que un ordenador necesita un procesador central, Eskol-Net, con sus miles de millones de nodos, necesitaba un psion Rhon para existir como red coherente. Solo nosotros poseíamos los inmensos recursos mentales necesarios para ello. Sin mi familia no habría Eskol-Net y sin Eskol-Net no habría Imperialato de Eskolia.

Homer, prueba con esto, pensé. Llama al nodo PS43.mil de Skol.net. Cuando recibas el mensaje «Restringido», transfiéremelo. Tal vez yo pudiera encontrar una puerta trasera que los nuestros hubieran dejado en los sistemas Aliados.

Llamando, escribió Homer. Y, a continuación: transfiriendo enlace.

Un nuevo ordenador, frío y seco, accedió a mi mente: identificación.

Accede a mi nodo vertebral, pensé. Mod 16, camino 0001HA9RS.

Acceso completado. Autorización verificada.

A mi alrededor, la habitación desapareció. Me encontré flotando en un mar de color perla y con la mente centrada en un nodo de resplandeciente malla que se extendía en todas direcciones. Destellos luminosos se encendían por la telaraña, las estelas de otras mentes que la recorrían.

Ahora era un paquete cuántico, una «colina» redonda rodeada por cimas circulares, parecidas a las ondas que se levantan al arrojar una piedra en un estanque. Las ondas se extendían en el «infinito» lago del psiberespacio, más pequeñas conforme se alejaban del pico que era el centro de mi identidad.

Un destello de luz se encendió y cobró la forma de otro paquete. Pasó a través de mí sin dejar el menor rastro de interferencia.

Comprobación de seguridad, pensé.

Todas las líneas son seguras, pensó PS42. eres indetectable para cualquier usuario con un nivel de autorización inferior a cuarenta y siete: b.

Transfiéreme al inmi.

El montículo se hundió en la telaraña. A continuación me vi en una nueva sección y el centro de mi identidad se convirtió en una pequeña ondulación. Se hinchó hasta formar en colina y las ondas que la rodeaban empezaron a transformarse en anillos concéntricos que rodeaban el nuevo centro de mi identidad.

La telaraña resplandecía como si estuviera hecha de metal. Sonidos agudos y metálicos acompañaban la brusca aparición de chispas que cobraban definición un instante y al siguiente volvían a desaparecer.

Apareció un montículo y creció hasta convertirse en una montaña de metal

bruñido de color cobalto. Emanaba frío. Inteligencia militar a5a.mil. todo acceso no autorizado a este nodo se castiga con la pena capital.

Autorización en M-16, D-30A5a, F-037, respondí.

Autorización verificada. ¿Propósito?

Utilizar Rastrecom.

Esta vez pasé a una red blanca en un mar de luz dolorosamente brillante. *Rastrecom, accede a mi nervio óptico. Altera mi percepción de modo que muestre el espacio físico que me rodea.*

La respuesta de Rastrecom apareció en mi mente como hielo. Hecho.

Mi percepción del psiberespacio se desvaneció hasta que no fue más que una imagen translúcida superpuesta a la habitación en la que me encontraba. Volví a ver a Rex, asomándose por encima de mí para poder ver la consola. Helda estaba a su lado, con los enormes brazos cruzados y Taas estaba sentado en la cama, pendiente también de lo que estaba pasando a pesar de que fingía estar interesado en el libro que Tiller me había regalado en la comisaría. Mi interacción con la Red no tenía el menor reflejo en la pantalla: Homer había dejado de escribir después de mi última respuesta.

Activa audio, pensé.

—Audio activado. —Aunque Rastrecom hablaba a través del ordenador de la posada, la gélida cadencia de su habla suponía un marcado contraste con respecto al tono amigable de Homer.

Taas levantó la mirada de su libro.

—¿Ya está?

Asentí.

—Estoy enviándole el archivo con el Aristo. —*Rastrecom, descarga los datos en M-86, D-4427, F-1.*

Descargados.

Voy a desconectar el psífono. No cortes la comunicación.

Entendido.

Desconecté el enchufe y se lo ofrecí a Rex.

—Te toca.

Solo tardó unos segundos en descargar lo que recordaba del Aristo. Helda fue la siguiente y luego Taas. Cuando todos terminaron, volví a conectarme a Homer.

—Rastrecom, crea una representación visual del sujeto basada en nuestros recuerdos.

—En marcha —dijo Rastrecom. La holopantalla de la mesa se encendió y en su interior empezaron a aparecer líneas y patrones moteados. Luego vimos una imagen, una representación holográfica de unos veinte centímetros de altura del Aristo al que habíamos visto en el bar. Estaba de pie sobre la mesa, frente a mí, como si realmente se encontrara allí.

—No era tan adusto —dijo Rex.

La consola permaneció inmóvil y el holograma no cambió.

Rastrecom, pensé. Verifica y responde a las entradas de voz de las tres unidades registradas en el archivo de seguridad del escuadrón Zabo.

Blackstone, rex, verificando. Bjorstad, heldegaard, verificando. Taas-ko-mar, verificando. Respondiendo a blackstone.

Oír sus nombres era como ver un micromapa de Eskolia. Rex era la traducción moderna de un antiguo nombre del planeta Raylicon. Al igual que el propio Rex, era raylicano puro, oscuro y poderoso. El nombre de Helda era la versión eskoliana de un nombre de la Tierra. Sus padres eran una pareja de ciudadanos de los Mundos Aliados que habían migrado a una colonia de Eskolia. El nombre de Taas era un híbrido: parte de su familia venía de Raylicon, de unas antiguas colonias que habíamos encontrado después de volver a descubrir el vuelo espacial y parte de un lugar de la Tierra llamado Japón. Mi nombre —Valdoria Eskolia— era también una mezcla. Aunque mi abuela materna había nacido en un laboratorio de genética, su linaje se remontaba a la dinastía que había gobernado Raylicon en el pasado remoto. Mi padre y mi abuelo materno venían de las colonias redescubiertas pero como llevaban los genes Rhon era muy posible que provinieran también de aquella dinastía.

Unidades verificadas, pensó Rastrecom. Respondiendo a blackstone.

Los rasgos del Aristo se hicieron más suaves, lo que le quitó más de quince años de encima.

—Demasiado joven —dijo Taas. Rastrecom lo envejeció unos tres años.

—Sigue siendo demasiado joven —dijo Helda. Rastrecom le añadió otros tres años.

—El pelo más largo —dijo Helda. Rastrecom le añadió algunos centímetros de longitud.

Estudiaron la imagen unos segundos. Finalmente, Rex dijo:

—Está casi bien.

Taas y Helda asintieron.

—Rastrecom, realiza un chequeo de identificación con esta imagen —dije—. Compárala a todos los archivos disponibles sobre los Aristos de la casta Alton.

—Realizando. —Tras una pausa, Rastrecom dijo—: No existe ningún registro que se asemeje a esta imagen con el grado de exactitud suficiente para realizar una identificación.

Fruncí el ceño.

—¿Has comprobado todos los Alton con vida?

—Sí.

—Puede que no todos figuren en nuestros archivos —dijo Taas.

—Tenía entendido que sí —dije—. Son solo unos pocos centenares.

—A lo mejor nos hemos equivocado de clase —dijo Helda.

¿Era posible? Aunque los Alton eran los más nobles entre los eubianos, había otras castas de Aristos, las suficientes como para hacer que su número total alcanzase

los varios millares.

—Rastrecom, ¿puedes calcular las probabilidades de que este hombre sea un Alton?

—Realizando.

Miré a Rex de soslayo y señalé la imagen holográfica del Aristo.

—Hay algo familiar en él. Solo que no termino de saber el qué.

Rex asintió.

—Yo también lo había pensado.

Pero cuando miré a Helda y Taas, los dos sacudieron la cabeza.

—Tiene pinta de Aristo —dijo Helda—. Eso es todo lo que yo veo.

—Programa completo —dijo Rastrecom—. Basándome en vuestros cuatro informes sobre apariencia, modales, lenguaje y acompañantes, estimo en un noventa por ciento las probabilidades de que sea un Alton. Basándome en tu conversación con él, Primaria Valdoria, la estimación es del ochenta por ciento.

Rex silbó.

—Qué raro.

—Pero ese ochenta por ciento depende solo de mis recuerdos —dije—. Puede que mi percepción fuera incompleta o errónea.

—Teniendo en cuenta tus experiencias —dijo Rex—, me cuesta creer que una percepción errónea tuya pudiera hacer que parezca menosamenazante.

Rastrecom intervino:

—Mis análisis incluyen las correlaciones de vuestros informes con todos los informes sobre Aristos que habéis presentado, la consistencia de éstos con otros informes relativos a los mismos Aristos y la consistencia de vuestros informes sobre otras materias comparada con la de los informes de otros oficiales. Basándome en mis cálculos, estimo el grado de fiabilidad de vuestras observaciones en un noventa y cinco por ciento.

Sonreí.

—Sí que has estado ocupado.

—¿Puedes deducir por qué está aquí ese Aristo? —preguntó Taas.

—Estimo en una entre dos las probabilidades de que esté buscando un proveedor inusual —dijo RR—. Una entre tres de que sienta curiosidad por Delos, una entre once de que esté espiando los Mundos Aliados y una entre dieciséis de que su nave necesite reparaciones.

—¿Crees que estaba tratando de engañarme para secuestrarme? —pregunté.

—Probabilidad de una entre cuatrocientos cincuenta. Tu rango militar era evidente. Creer que te dejarías engañar por un truco como ese requeriría una ingenuidad impropia de un Aristo.

—¿Cuál crees que es la probabilidad de que estuviera diciendo la verdad, de que solo quisiera una cita conmigo?

—Una entre siete mil —Rastrecom hizo una pausa—. Si está buscando

proveedores, calculo que hay un noventa y tres por ciento de probabilidades de que estuviera practicando.

Sonaba plausible con los datos de que disponíamos. Pero yo no lo creía. No había justificación alguna para mis dudas, pero eso no las cambiaba.

Rex se inclinó sobre la consola.

—¿Por qué son tan bajas las probabilidades de que sea un espía?

—Se considera indigno de un Alton llevar a cabo operaciones encubiertas —dijo Rastrecom—. A menos que tales operaciones estén encaminadas directamente a la adquisición de poder político. Habida cuenta de la proximidad de Delos a la Estación Tams y la crisis que se vive actualmente en Tams, un Alton podría estar aquí para tratar de averiguar si los Aliados tienen alguna relación con la situación. Esta información podría resultar de utilidad en un contexto político.

Vaya. Resultaba irónico que Tams, una pequeña estación minera, hubiera alcanzado semejante importancia. Solo tenía seiscientos millones de habitantes, descendientes de una antigua colonia de Raylicon que había defendido ferozmente su independencia frente a todos nosotros, eskolianos, Mercaderes y Aliados. Quince años atrás, los eubianos se habían apoderado del planeta. Lograron manipular la situación de tal modo que cualquier respuesta abierta por nuestra parte acarrearía el peligro de violar nuestros frágiles tratados de paz.

—Rastrecom, ¿qué es lo último que se sabe de Tams? —pregunté.

—Los informes de INMI revelan que los rebeldes han capturado las defensas de superficie del planeta.

No esperaba otra cosa. Una intervención abierta no era el único modo que teníamos de prestar ayuda. No era la suerte lo que había permitido a los «inexpertos» líderes de la rebelión de Tams capturar y conservar en su poder las sofisticadas instalaciones de defensa eubianas del planeta.

—¿Cómo han respondido los Mercaderes? —pregunté.

—Saboteadores eubianos han destruido las factorías de las Colinas Rojas —dijo Rastrecom—. Lo mismo ha ocurrido con almacenes de los barrios de Arenión, Estibadores y Herreros. Han destruido los mecanismos de impulso y los pilotos de Inteligencia Evolucionada de todas las naves espaciales de los dos astropuertos de Tams.

Rex exhaló una bocanada de aire.

—Muy eficaces.

—¿Por qué? —preguntó Taas—. ¿Qué son las factorías de las Colinas Rojas?

Lo miré de soslayo.

—Son... o eran, las únicas fábricas de Tams con capacidad para construir repuestos para los motores de inversión de las astronaves. Y supongo que esos almacenes eran los únicos en los que se conservaban piezas de repuesto ya terminadas.

—Si los rebeldes controlan las defensas planetarias —dijo Helda— pueden llegar

naves con IEs y piezas nuevas.

—No si los Mercaderes controlan las defensas orbitales —dijo Rex—. Ahora mismo la situación está en empate.

—Rastrecom —pregunté—. ¿Cuál es la posición oficial de los Mercaderes sobre la situación?

—Que no existe ningún levantamiento —respondió Rastrecom.

Helda dijo con voz seca:

—¿Por qué no me sorprende nada?

—Hay disponible una grabación del último discurso de Ur Qox —dijo Rastrecom—. ¿Quieres que lo reproduzca?

Hice una mueca. No sentía deseos de oír a Qox dando otro de sus discursos. Aunque nosotros escribíamos su nombre como Ur Qox o, en ocasiones Ur Kox, en realidad era U'jir Qox. La apóstrofe indicaba que era un Alton. El Alton de mayor rango. El Emperador. Pero al margen de mis sentimientos personales, teníamos que saber lo que había dicho el Emperador de los Mercaderes.

—Sí —dije—. Reproduce la grabación.

La imagen del misterioso Aristo desapareció, reemplazada por la de un hombre enjuto que hablaba desde un podio de cristal. Rondaba la cincuentena y tenía un cabello negro y lustroso y unos ojos de color rojo. Su acento Alton era tan perfecto que resultaba espeluznante. Tarque también había sido un Alton, con aquella misma voz chirriante e implacable, llena de arrogancia tenaz y la misma expresión en el rostro perfecto.

La mayor parte del discurso de Qox estaba dedicada a elogiar a las fuerzas armadas de los Mercaderes. Pintaba a los rebeldes como menos que humanos y a los soldados Mercaderes como héroes. En todo el discurso no había ni un ápice de información que nos fuera de utilidad. No hacía más que invocar la gloria del imperio eubiano y de los Aristos y de sí mismo y del nombre de su padre.

—Al menos su padre está muerto —murmuró Rex.

En efecto. El anterior emperador había sido aún peor que el actual. J'briol Qox, el hombre al que nosotros llamábamos Jaibriol. Había conquistado casi un centenar de mundos a lo largo de su reinado. Y odiaba a mi familia. Dios, cómo nos había odiado. Aparentemente lo enfurecía el pensar que nosotros, los proveedores definitivos, no solo vivíamos libres de su poder sino que habíamos tenido la audacia de construir una civilización que rivalizaba con la suya.

En inglés, el nombre J'briol Qox correspondía a Gabriel Cox. Pero los Aliados siempre usaban nuestra ortografía y la J suave de nuestra pronunciación. Una vez pregunté a una recepcionista de la embajada de la Tierra por qué no utilizaban su traducción, me dijo que el nombre de Gabriel provenía de uno de sus libros sagrados, era el de un arcángel que traía buenas nuevas y que significaba «Dios es mi fuerza». Ella pensaba que Jaibriol merecía más bien el nombre de Lucifer, por el ángel que había caído al infierno desde el cielo. Para mí no podía tener más razón.

—Al menos este Qox tiene una cualidad que lo redime —dijo Taas.

Helda soltó un bufido.

—Lo único que podría redimirlo sería estar en un ataúd.

—No tiene heredero —dijo Taas—. Veinticinco años de matrimonio y ni un solo hijo.

Rex asintió.

—Siempre pensé que se divorciaría de la emperatriz para sustituirla por una esposa más fértil.

—¿Por qué? —dijo Taas—. Lo único que los Alton necesitan es un óvulo y sus propios espermatozoides para hacer un niño. No es necesario que la madre sea naturalmente fértil.

—Además, el divorcio no está permitido —dijo Helda.

—En realidad, podría divorciarse de ella si se negara a darle un heredero —dijo—. La infertilidad deliberada es causa legítima de divorcio entre los Mercaderes. La única que existe, por cierto.

—¿Tú crees que la ama? —preguntó Taas.

—¿Y tú crees que llevo un tutú de ballet? —respondió Helda.

Rex sonrió.

—Sería algo digno de verse. Un tutú rosa.

Helda cruzó los brazos y sus poderosos músculos se tensaron bajo la sudadera.

—Bah.

Sonreí.

—Bueno, sean cuales sean sus razones, tiene un problema. Los Alton defienden con fanatismo violento la pureza «impoluta» de su sangre. Ningún hijo puede reconocerse en el seno de la casta hasta que su origen ha sido certificado por tres pruebas genéticas realizadas por tres fuentes independientes. Y, por supuesto, el linaje de los Qox tiene que ser el más puro de todos. Si Ur Qox no se da prisa en engendrar un heredero, se arriesga a perder su derecho al título de Emperador.

—Al menos nosotros no tenemos que preocuparnos por cosas así —dijo Taas.

—¿Ah, no? —pregunté.

—La Asamblea y Eskol-Net no son hereditarias.

—La Asamblea no —dije—. Pero Eskol-Net sí.

Taas parpadeó.

—¿De veras?

—Los herederos imperiales tienen que ser Rhon —dije. ¿Por qué estaba Rex tan pálido? Ya lo sabía. Y también que nuestros hijos nunca figurarían en la línea de sucesión. ¿No? Y, sin embargo, yo me sentía tan enferma como si acabara de recibir un puñetazo en la boca del estómago.

Rex dijo con voz templada.

—Nunca me había dado cuenta de lo importante que el linaje Rhon era para la familia imperial.

Me hubiera dado una bofetada. Me sentía tan a gusto con él que había dado por hecho que me conocía mejor de lo que cabía esperar. ¿Por qué iba a estar al tanto de algo tan privado? Mi familia nunca hacía públicas sus debilidades. De hecho, estábamos casi obsesionados con nuestra privacidad y teníamos el poder necesario para hacer que no fuera violada por mucho que nuestras vidas privadas fascinaran al resto de la galaxia.

Bloquea a Moroto y Bjorstadt, pensé. Mientras mi percepción de Helda y Taas perdía intensidad, traté de llegar a Rex. Pero me estaba bloqueando.

Así que hablé en voz alta.

—El linaje no es lo que nos importa. Tenemos la *necesidad* de ampliar nuestra reserva genética. —Tenía en la punta de la lengua las palabras *El incesto nos destruye*, pero lo que dije fue—. Si nos reprodujéramos entre nosotros, el resultado podría ser catastrófico. Hay demasiados genes recesivos letales asociados a los genes Rhon.

—Pero si eso es cierto —dijo Taas—. ¿Por qué...?

Helda lo interrumpió.

—Acabo de acordarme de algo. Taas. Antes no hemos cerrado nuestras cuentas cuando hemos accedido al correo electrónico en mi cuarto.

Taas la miró.

—Sí que lo hemos hecho.

—No, creo que nos olvidamos. Será mejor asegurarse.

Taas se encogió de hombros.

—De acuerdo.

Después de que se marcharan, dirigí una pálida sonrisa a Rex.

—La sutileza nunca ha sido su fuerte.

—Llevamos años trabajando con un enlace psíquico —dijo él—. Es natural que haya captado la tensión.

—Rex, lo siento. —Me acerqué a él.

—Ya me lo imagino. —Lo dijo con voz neutra, como si estuviera bloqueando las palabras del mismo modo que bloqueaba los pensamientos—. Estaba aspirando a una posición superior a la mía.

—No se me ocurre un hombre más digno de ser mi consorte.

Su voz rezumaba rabia, como agua escapando de un dique.

—Pero nuestros hijos no serían dignos de llevar el nombre Eskolia.

Lo había confundido.

—Por supuesto que sí. Si la decisión fuera mía, estarían en la línea de sucesión. Pero la familia imperial debe ser Rhon, no hay alternativa.

Sus emociones derribaron las barreras y cayeron sobre mí: rabia y vergüenza entremezcladas.

—No me había dado cuenta de que valorarais más la genética que los lazos de sangre.

Pareció hacerse un silencio completo en la habitación, enmudecida por las paredes aislantes y la gruesa alfombra.

—El Imperialato Eskoliano engloba más de un millar de mundos. Si la Asamblea y los Rhon no los protegen de los Mercaderes, ¿quién lo hará? ¿Los Aliados? Ur Qox se los comería para desayunar. Si alguna vez perdemos la capacidad o la voluntad necesarias para manejar Eskol-Net, los Mercaderes nos extinguirán como la llama de una vela.

—No, nuestros hijos no podrían hacer funcionar la Red —dijo Rex—. Pero ¿qué tiene eso que ver con su capacidad de gobernar?

—Pueden unirse a la Asamblea.

Replicó con voz tensa:

—No es lo mismo.

—Sin el acceso completo a la psibernet de los Rhon, no podrían cumplir con sus cometidos como miembros de la Tríada. —Seguí hablando con más calidez—. Nuestros hijos no serán Rhon, pero serán émpatas, y muy poderosos. Razón de más para asegurarse de que los Rhon siguen siendo fuertes. —Tragué saliva—. Si Eskolia cae en manos de Ur Qox, tú, yo, y todos nuestros hijos nos... nos convertiremos en proveedores. Para siempre.

Un estremecimiento recorrió su mejilla.

—Eso no ocurrirá. No permitiremos que ocurra.

—No. No lo permitiremos.

Seguía bloqueándome, aunque no con tanta fuerza como antes. No traté de presionarlo. Quería que las cosas salieran bien allí donde habían fracasado mis dos matrimonios anteriores.

—Rex. Lo siento.

—Tengo que pensar. —Me acarició la mejilla—. Nos veremos mañana.

Y se marchó.

El legado de Lucifer

La espectacular puesta de sol había cristalizado al fin en la oscuridad, dejando a Atenas y la Arcada en manos de la luz que despedían lámparas y hologramas. Pero yo seguía sin poder dormir. El día de Delos no estaba sincronizado con mi reloj interno.

Me preguntaba si Rex estaría en la cama. Lo que me diría al día siguiente, en las primeras horas de la oscuridad, cuando empezaba el día de los humanos. Estaba tumbada desnuda en mi gran cama, sumergida en las espumosas mantas azules y las sábanas de seda. Me di la vuelta. Otra vez. Y otra. Mis movimientos dejaron tan tensas las sábanas alrededor de mis piernas que apenas podía moverme. Me quité las mantas y me volví una vez más, en dirección a la consola. Notaba el aire frío sobre mi piel desnuda.

Un botón del tamaño de una moneda despedía destellos azules en la consola. Lo pulsé.

—¿Sí?

—¿Soz? —La voz de Rex salió flotando del altavoz.

Los músculos de mis hombros se relajaron.

—Hola.

—¿Estabas dormida?

—No. Solo estaba tumbada aquí.

—¿Te acuerdas de Jo Santis? ¿Aquella oficial con la que dormías cuando fuimos al campamento de reentrenamiento, hace años?

—Vagamente. —¿Qué lo impulsaría a hacer aquella pregunta?—. ¿Por qué?

—Me dijo algo sobre ti. He estado pensando en ello.

No me gustó cómo sonaba aquello. ¿Qué demonios habría hecho yo que pudiera decirle a Rex una mujer a la que apenas conocía y que le hiciera pensar después de todos aquellos años?

—¿Qué dijo?

—Que dormías desnuda. —Casi pude ver su sonrisa traviesa—. ¿Es cierto?

Ah. Alargué los brazos.

—Es posible. —Estuve a punto de añadir, *¿por qué no vienes y lo averiguas?* Pero por alguna razón las palabras se quedaron en mi garganta. En su lugar, dije—. Lo hacía de joven, cuando hacía calor. En casa de mi padre no teníamos ni siquiera un ventilador.

—Soz...

—¿Sí?

—Puedo soportar el asunto ese de la sucesión. Es que me ha cogido por sorpresa. Exhalé un suspiro de alivio.

—Debería habértelo dicho antes. Fue una estupidez.

—Tú nunca haces estupideces. —Se rió—. Algunas veces eres tan obtusa como la que más. Pero nunca estúpida.

—Oye —le dije—. Sigo siendo tu oficial superior, ¿sabes?

—Preferiría que fueras mi esposa.

—Y yo. —Después de que se retirara, tendría que conseguir la autorización de mi familia para casarme con él. Pero la conseguiría. Hasta yo me daba cuenta de que estábamos hechos el uno para el otro.

—¿También quieres una esposa? —preguntó Rex.

Me eché a reír.

—No. A ti. Un marido.

Respondió con voz suave:

—Nos vemos mañana, Soz.

—Buenas noches.

Después de cortar la conexión, seguí sin conciliar el sueño. Ahora era porque había empezado a recordar lo bien que le sentaban los pantalones. Ya no iba a poder dormir. Finalmente decidí levantarme y encendí la lámpara de la mesilla de noche. Su cristal azulado despidió una luz suave.

El libro que Tiller me había dado seguía en la mesita, junto a la consola. Lo abrí por la primera página, la del título, *Versos en una ventana*. Debajo de este, una acuarela mostraba una ventana cubierta de escarcha y nieve. Al otro lado de la ventana había una forma indistinta, algo o alguien que apenas se discernía a través del hielo que cubría el cristal. La desconocida figura estaba dibujando en la escarcha y las yemas de los dedos se adivinaban contra la ventana.

Al pasar la página salió un pedazo de papel, el trozo de un tíquet de la Arcada. Señalaba un poema y otro dibujo de la ventana cubierta de escarcha. Lo que quiera que hubiera al otro lado del cristal se había ido. El cristal se había partido y sus fragmentos tenían destellos de hielo prendidos en las puntas. El poema estaba en inglés pero mi nodo vertebral lo tradujo.

*Un marco pétreo.
Cristal plateado
salpicado de lágrimas heladas.
Mi puño se cierra
en torno al espejo;
la carne apresa el hielo.
Débil rumor
de lágrimas brotando.
Te veo ahora
detrás de mí;
siempre observando,
siempre aguardando,*

*nunca satisfecho.
Oculto mi corazón,
su delicada fragilidad
velada por el hielo.*

—Por el amor de los Dioses. —Cerré el libro—. ¿Qué clase de poema es este? — Dejé el libro sobre la consola y volví a tumbarme. ¿Qué estaría haciendo Rex en aquel momento? ¿Durmiendo? ¿Dormía él con la ropa puesta? Las extrañas imágenes del poema se mezclaron en mi mente con las mucho más sugerentes de Rex sin uniforme.

Finalmente me levanté y me vestí. Salí a dar un paseo. La otra alternativa era darme una ducha fría.

La muchedumbre había abandonado la Arcada casi del todo. Recorrí a pie una zona del sur de Atenas y a continuación corrí un poco por una senda que cruzaba los campos situados alrededor del astropuerto de Delos. Cuando llegué a la primera terminal, subí al primer piso, donde se encontraban las puertas de llegadas y salidas. El lugar tenía esa atmósfera de madrugada que solo se encuentra en los astropuertos, con sus frías luces que nunca se apagan y sus salas de cromo y cristal. Yo caminaba por sus corredores artificialmente brillantes como un macarra con botas de cuero.

Al cabo de algún tiempo, llegué a uno de los ubicuos puntos de control de seguridad, un sencillo arco de unos dos metros de alto. Realizaba un sinfín de exámenes, desde escáneres de resonancia magnética a análisis de estructura ósea, de todo cuanto pasaba por debajo de él. El ordenador adjunto al aparato analizaba los datos, así como el comportamiento de las personas que lo atravesaban.

Había dos guardias en el punto de control, un hombre y una mujer que estaban vigilando una fila de personas aburridas. Me uní a la fila por la sencilla razón de que no tenía nada mejor que hacer. Cualquier cosa era mejor que regresar a la posada, donde lo único que podía hacer era leer poemas extraños sobre corazones desnudos, cuyo significado se me escapaba.

Mientras la fila avanzaba, se unieron más personas a ella. La mayoría de ellas parecían medio dormidas. Cuando me llegó el turno, pasé por debajo del arco y este sufrió una crisis nerviosa. Se encendieron luces parpadeantes y empezaron a sonar alarmas suficientes para despertar a toda la gente que se había quedado dormida en el astropuerto.

Los guardias se situaron delante de mí. La mujer echó un vistazo a las bandas de mi brazo y a continuación se dirigió a mí en inglés.

—Lo siento, Primaria, pero no podemos dejarle pasar hasta que hayamos averiguado cuál es el problema.

Asentí. Aunque la ley de Eskolia otorgaba a los Jagernautas el derecho a llevar armas en los astropuertos sin necesidad de permiso, la ley Aliada no. Así que

llegamos a un compromiso: podrían quedarse con mis armas hasta que me marchara de allí.

Saqué el cuchillo de mi bota. Mientras me incorporaba con el arma en la mano, los dos guardias sacaron sus láser. Se lo entregué a la mujer. Parpadeó y a continuación volvió a guardar la pistola y lo aceptó. A continuación le entregué la cerbatana que llevaba escondida en la manga de la chaqueta y el diminuto lanzadardos que tenía debajo del cinturón. Le dio vueltas a las armas entre sus manos como si no supiera qué hacer con ellas.

—¿Es esto todo? —preguntó.

—Sí —dije.

El hombre indicó los apliques metálicos de mi chaqueta.

—Eso va a hacer saltar las alarmas.

Me quité la chaqueta y se la entregué. Debajo llevaba una Prenda Reglamentaria de Clase Seis, Torso, Tipo 3. En otras palabras: un sencillo jersey de cuello vuelto de color negro. Pero el hombre se quedó mirando mis pantalones, que también tenían piezas metálicas. Dije:

—Ésos no pienso dárselos.

Se ruborizó.

—No pretendía... Por supuesto que no.

Me toqué el torso, la cabeza y los muslos.

—Tengo elementos biomecánicos aquí.

Exhaló un suspiro.

—Probemos otra vez a ver qué pasa.

Volví atrás y pasé de nuevo bajo el arco. Las alarmas saltaron con casi tanta fuerza como la primera vez. Los guardias se mostraron muy educados cuando me registraron en busca de más armas. Fueron muy educados cuando me pidieron otras tres veces que pasara y que me sometiera a otros tantos escáneres para verificar que era el metal de mi uniforme y de mi organismo lo que hacía saltar las alarmas. Mientras tanto, la fila de la gente que esperaba detrás de mí aumentaba cada vez más.

Finalmente, la mujer dijo:

—Está limpia.

El hombre asintió.

—Muy bien. Puede continuar, Primaria.

En la fila, alguien empezó a aplaudir. Me eché a reír... y la mitad de los presentes dio un respingo. Debían de haber visto demasiadas películas de «Jagernautas enloquecidos».

Sin embargo, una vez superado el punto de control, no tenía la menor idea de adonde ir. Así que caminé. Y caminé. Después de algún tiempo, me detuve delante de una puerta desierta. Me quedé allí, contemplando mi reflejo en el cristal que formaba la parte superior de la puerta.

—¿Quieres retirarte? —pregunté a la mujer que me estaba devolviendo la mirada.

Puede que fuera hora de dejarlo, de descansar, de concederme la paz que necesitaba para borrar de una vez aquel archivo de recuerdos reprimidos.

Unos pasitos sonaron cerca de mí. Una voz de niña dijo en inglés:

—¿Tienes motocicleta?

Baje la mirada y me encontré con una niña de unos cinco años que me miraba con unos ojos muy grandes. Sonreí e hice una intentona con mi pésimo inglés.

—¿Qué es un «voto psi letra»?

Ella sonrió a su vez.

—Es como una bicicleta más grande.

—Oh. —Tampoco sabía lo que era una «bi psi letra»—. ¿Y tú tienes voto psi letra?

Sacudió la cabeza.

—No. Solo un triciclo. Rojo. La rueda tiene un agujero.

¿Rueda? Se refería a *vehículos de ruedas*. Claro.

—Siento lo del agujero.

—No pasa nada —dijo—. Mi papi lo ha arreglado. La rueda estaba toda vacía y él la ha llenado.

Había algo importante en lo que estaba diciendo pero no era capaz de entender el qué. Entonces reparé en el hombre que llegaba apresuradamente por el pasillo. Le dijo a la niña:

—Kimberly, no molestes al soldado.

Sonreí.

—No pasa nada. Me gusta.

Me miró y capté un destello de sus pensamientos, sorpresa por encontrarse con una respuesta idéntica a la de un humano normal.

Kimberly se despidió con la mano.

—Adiós.

—Adiós —dije yo.

Mientras la niña se alejaba con su padre caí en la cuenta de por qué sus palabras eran tan importantes. *No pasa nada. La rueda estaba toda vacía y él la ha llenado.* Eso era lo que no encajaba con el Aristo. No estaba vacío no necesitaba nadie que lo llenara. Aquella cavidad, aquella horrible vaciedad, *no estaba allí.*

Después de mi experiencia con Tarque, conocía demasiado bien cómo era la mente de un Aristo. Era como un cascarón vacío. Pero el Aristo del bar no era un cascarón. Lo único extraño que había en él era que no había nada extraño en él.

—No es un Aristo —le dije al vacío pasillo—. Me da igual su aspecto, su forma de hablar y su forma de moverse. No es un Aristo.

Aquello hacía que el incidente resultara aún más extraño. Sus guardias, la gente del bar, e incluso mis compañeros de escuadrón lo habían tomado por un Alton. Solo un psibernauta entrenado y que además hubiera sido proveedor hubiera podido notar la diferencia.

¿Cómo lo había hecho? Por lo que yo sabía, no existían excepciones en el rígido sistema de castas de los Mercaderes. Cuando nacía un niño Aristo, era sometido a pruebas de ADN para verificar que sus padres eran Aristos. Además, su código genético sería sometido a un exhaustivo estudio antes de que se le reconociera como miembro de la casta de los Alton. Las pruebas se llevaban a cabo en hospitales eubianos, supuestamente incorruptibles, aunque yo dudaba mucho que existiera un grupo de humanos en todo el universo que no contuviera un individuo sobornable entre sus filas. Pero era mucho menos creíble que pudieran amañarse tres pruebas de verificación diferentes e independientes.

¿Y para qué iba a molestar a nadie en hacerlo? Los procedimientos de verificación existían porque todos los Aristos pensaban lo mismo: no querían que la pureza de su sangre se viera corrompida por miembros de las castas inferiores. Más que cualquier otra raza humana, ellos actuaban de forma colectiva y no individual.

Aquello no tenía el menor sentido. Estaba sucediendo algo extraño y cuando los Mercaderes estaban implicados las cosas extrañas no me gustaban nada. Era hora de averiguar para qué habían venido a Delos.

Regresé al punto de control a buscar mis armas y salí del astropuerto. Regresé al hotel, pero solo para recoger mi fusionador. Lo llevaba en una pistolera que colgaba de la cintura, con una cincha alrededor del muslo para sostenerlo. Los fusionadores tienen que ser grandes. Cada uno de ellos contiene un acelerador de partículas. Sin embargo, a pesar de su tamaño, están fabricados en materiales compuestos extraordinariamente ligeros, de modo que son más fáciles de manejar que otras armas más pequeñas y hechas de aleaciones más baratas.

Mi fusionador utilizaba munición de abitones, las antipartículas del bitón, un pequeño elemento subatómico descubierto en el siglo XXI. Los bitones, a los que nosotros solíamos llamar «wimpoms», eran las partículas elementales de interacción más débil con el campo electromagnético descubiertas hasta la fecha. Su tasa de formación de par era minúscula, y como quarks que eran, raramente se encontraban solos. Los electrones estaban formados de bitones: cientos de miles de bitones.

Cuando pulsaba el gatillo de ignición del fusionador, los bitones entraban en el acelerador y eran impulsados en una espiral cada vez más ancha hasta salir despedidos en un haz. Los abitones aniquilaban bitones, creando fotones en el proceso, lo que significaba que el fusionador convertía electrones en luz. Si una parte, aunque fuera una parte minúscula de los bitones que contenía un electrón era aniquilada, los restos del electrón se volverían tan inestables que se disolverían en otras partículas.

La zona de acción de la colisión de abitones y bitones era lo suficientemente pequeña como para permitir que el haz recorriera distancias no demasiado grandes en el aire y con un buen grado de eficacia. Pero los sólidos eran otra historia. Si el haz empezaba a devorar los electrones de una sustancia sólida, las repulsiones de Coulomb y la inestabilidad de los electrones mutilados provocaban que el material se

disolviera. El arma debía su nombre al aspecto que tenían los sólidos después de haber recibido un disparo.

Yo no tenía la intención de disparar al Aristo. A pesar de lo que la gente parecía pensar en aquel lugar, los Jagernautas no éramos violentos por naturaleza. Además, la muerte de un Aristo, aunque fuera uno falso, supondría un duro golpe a las negociaciones de tregua que periódicamente tratábamos de emprender con los Mercaderes. Lo que yo quería era información y el fusionador sería una herramienta excelente para convencerlo de que me la proporcionara.

Claro que podía llamar a la policía una vez que yo me marchara. Pero los Aliados no sentían demasiada simpatía por los Aristos. La idea era que si le hacía solo unas pocas preguntas, la policía miraría para otro lado.

Me encaminé a la ciudad, esta vez a las colinas de Atenas, situadas unos diez kilómetros al norte de la Arcada. Allí las casas eran mansiones separadas por parques que cubrían una zona mayor que el astropuerto. Era más probable que un Aristo hubiera elegido una de estas para alojarse que la habitación de un hotel. Las casas tenían forma de embarcaciones y estaban hechas de una piedra verde con vetas espumosas. La piedra traslúcida utilizada para los tejados evocaba los colores del cielo y de las nubes y el de las delicadas frondas de marinceja verde y azul que flotaban en las rompientes, junto a la entrada del puerto. Los «mástiles» de las naves eran campanarios de oro, adornado cada uno de ellos con discos resplandecientes de tonos platinos, plateados, verdes, azules, blancos, el más pálido de los rosas y toda la gama de los azules del océano, titilando y repicando juntos bajo la tenue brisa.

Hasta las calles de nervoplex eran hermosas: plateadas y lisas cuando estaban inmóviles, como ocurría ahora que no había tráfico. Trémulas y agitadas como líquido cuando caminaba yo sobre ellas. Pero seguían sin gustarme. Me hacían sentir vulnerable.

Entré en uno de los parques y seguí una vereda que serpenteaba entre lomas bajas. Estaba empezando a fatigarme. La poca densidad de la atmósfera me hacía sentir como si hubiera estado corriendo en la cima de una montaña. Me detuve junto a un macizo de tréboles. Mi pecho subía y bajaba tratando de recobrar el aliento. Los tréboles cobijaban pequeñas florecillas en su interior y cuando empezó a soplar la brisa, las flores *cantaron*.

Me arrodillé y las miré. Cada una de ellas era un racimo de tubos de color púrpura pálido que emitía un silbido cuando el viento lo atravesaba, con notas que variaban en función del tamaño y la forma de los tubos. El conjunto se fundía para crear una suave y delicada música que flotaba en el aire de la noche. Me recordó a las canciones que mi hermano pequeño Kelric solía tocar de niño con una flauta que había hecho con un tallo de junco. En realidad, «pequeño» no era la palabra más apropiada. Kelric se había convertido en un gigantón al que le cabía la flauta entera en la palma de la mano. Pero yo lo recordaba como un niño de siete años desde aquel día de tormenta en que nos habíamos refugiado en la caverna.

Tragué saliva. No iba a encontrar al Aristo poniéndome nostálgica, vagando al azar entre los parques o merodeando por las calles como una ladrona. Salí del parque y regresé al camino. Mientras andaba, sumí mi mente en un estado contemplativo. El escenario invitaba a la relajación, a dejar que se expandiera la esfera de pensamientos. Sin un psífono para amplificar mi mente no podía hacer gran cosa, pero si un psion lo bastante fuerte se encontraba cerca, tal vez pudiera detectar destellos...

¡Dolor!

Su cara sobre mí, sus ojos sendas grietas oxidadas de un incinerador. Y luego los hierros, con el extremo al rojo vivo... Aparté la mirada...

Mi cuerpo se estremeció mientras mi piel se quemaba y el hedor se fundía con el del nervoplex chamuscado. Oí gritos, la voz desgarrada de una joven suplicando, suplicando... ¿mi voz? Traté de contener el dolor. En lugar de conseguirlo, volví a verme en Tams, un joven sentado en el Jardín de Marfil, relajado, comfortable, feliz... no. Mis brazos se estremecieron por encima de mi cabeza, tratando de apartar el hierro. Pero cuanto más luchaba, más se me clavaban las ataduras de nervoplex en las muñecas. Aquí estaba otra vez, y de nuevo sentía la vaciedad de su mente. Caí, caí...

Mi cuerpo chocó con algo duro. Estaba tendida de bruces y sentía la afilada punta de una roca contra la mejilla. Tenía un brazo junto a la cara y la tenue luz de una lámpara lejana se reflejaba en la banda de oro de la manga de mi chaqueta.

La vereda. Estaba tendida en una vereda, en el parque. Me incorporé, tratando de conseguir que mi cuerpo dejara de temblar. Sí, estaba en el parque. Aquí. Y era Soz. No el joven de *allí*, el joven que aullaba y se debatía contra sus ataduras. Pero, ¿dónde era allí? ¿Y de quién era el rostro del Aristo que había visto sobre mí? Mi mente me mostraba a Tarque, pero no podía ser él.

Inhalé profundamente. Había encontrado al Aristo, o al menos a uno de sus proveedores.

Recuerdos, pensé.

Archivo de memoria degradado, respondió mi nodo vertebral.

No me sorprendió. El cerebro humano no es capaz de realizar grabaciones perfectas de los recuerdos ni con la ayuda de procesadores tan avanzados como mi nodo vertebral, que había sido actualizado hacía pocos meses. Pero tenía que quedar una grabación razonablemente buena de un suceso tan intenso como el que acababa de experimentar.

Reproduce lo que tengas, pensé. Pero pásale un filtro.

Reproducción activada.

Volví a ver el rostro del Aristo sobre mí, sentí el hierro que marcaba mi carne. Pero el filtro otorgaba al recuerdo una atmósfera difusa y disminuía su intensidad para que pudiera soportarla.

Congela, pensé.

El recuerdo se detuvo, congelado en la cara del Aristo. No era Tarque pero tampoco era el falso Alton que había visto en el bar. Era uno de sus guardias, el alto cuya sangre Aristo se manifestaba en los ojos. ¿Era acaso el hijo de un Aristo y una criada? Lo más probable es que fuera mitad Aristo, puede que más, pero en cualquier caso lo suficiente para hacer que necesitara proveedores.

Libera, pensé. El recuerdo se esfumó.

Cerré los ojos y traté de volver a alcanzar al proveedor. Era mi llave para encontrar la mansión del Aristo. Pero no pude lograrlo. No fui capaz de obligarme a introducirlo de nuevo en mi mente.

Finalmente me puse en pie y seguí caminando por la vereda. Poco a poco, mientras paseaba por el parque, mi pulso se fue calmando y mi respiración se tranquilizó. Abrí un menú de estatus, donde se me indicó que los niveles de adrenalina habían vuelto a la normalidad.

Al cabo de varios minutos volví a tratar de sondear los alrededores con mi mente. Esta vez procedí con cautela, preparada para... ¡Ahí! Me aparté bruscamente de la mente del proveedor, pero no tanto como para romper el vínculo, solo lo justo para no volver a sumergirme en sus pensamientos.

Entonces, apretando los dientes, busqué al centinela de ojos oxidados. En condiciones normales no podría haberlo alcanzado desde tan lejos. Pero su vínculo con el proveedor hacía las veces de puente. Me adentré por los linderos de su mente como un nadador sujeto a un puntal, luchando contra la fuerza de un remolino. Un chillido del proveedor se abrió camino en mi consciencia y el guardia gimio como un amante en manos de un orgasmo.

Apenas veía el parque a mi alrededor, apenas era consciente del árbol en el que me había detenido apoyándome en su tronco. ¿Cómo podía conseguir que el guardia parara? No podía cambiar la química de su cuerpo. Pero tenía que hacer *algo*.

Aburrido. Le arrojé el pensamiento con todas las fuerzas que pude reunir. *¡Aburrido! Este proveedor se ha vuelto inmensa, penosa, atterradoramente aburrido.*

Un letargo se apoderó del guardia. Su interés menguó y con él el vínculo que nos unía. Estaba perdiendo la imagen. Los ecos del dolor del proveedor cesaron y su alivio refulgió con tanta intensidad que no solo volví a ver al guardia sino también la habitación en la que se encontraban. Había otro proveedor allí, una chica tendida en un diván, junto a una red corporal.

Conforme la intensidad de las respuestas del primer proveedor remitía hasta deshacerse en el agotamiento, mi enlace empezó a debilitarse. *¿Dónde?*, pensé en la lengua eubiana. *¿Dónde estás?*

Pero estaba perdiendo el conocimiento. No tardaría en dejar de sentirlo del todo. El guardia había abandonado la habitación... Espera, la segunda proveedora, la chica. El guardia debía de haberla liberado antes de marcharse. Estaba corriendo hacia el muchacho y la intensidad de su preocupación me devolvía al cuarto.

Salté sobre su mente. *¿Dónde estáis? ¿dónde?*

La chica estaba desatando al muchacho, llorando, acunándolo en sus brazos. Mientras se desplomaba en sus brazos, mi lazo con ella se debilitó. Antes de que se desvaneciera por completo, capté la tenue imagen de una mansión, una mansión con la forma de un enorme galeón. Ignoraba si la chica había tratado de enviar la imagen. Más bien parecía una emanación inconsciente de sus agitados pensamientos. Pero fuera la que fuese la razón, ahora tenía una pista extraída del borroso recuerdo que figuraba en su mente.

Después de buscar durante una hora entera, seguía sin encontrarla. Finalmente decidí regresar al hotel. Podía seguir con la búsqueda al día siguiente. Si no recordaba mal, me encontraba cerca de una calle que regresaba a la zona urbana. Rodeé una elegante fuente de la que brotaban fragancias en lugar de agua y llegué a un jardín de rosas campanilla. Más allá del jardín resplandecía un camino a la plateada luz de las farolas de la calle.

Al otro lado de ese camino se encontraba la casa que estaba buscando.

La casa parecía flotar sobre sus jardines, rodeada por arbustos esculpidos con formas de olas, con tal profusión de detalles que hasta las florecillas blancas de sus yemas evocaban la espuma de las aguas. Los mástiles brillaban con vetas de fosforescencia y sus velas hinchadas parecían, a esa distancia, sábanas hechas de oro puro. Los discos que colgaban de ellas repicaban formando una canción que sonaba a agua y a viento.

Alrededor de la casa y los jardines, una tenue luz trepidaba en el aire, una insinuación de colores de arco-iris que parecía una aurora boreal. Yo conocía aquellos colores. Los había visto a menudo alrededor de los miembros de la Tríada, mi tío, mi medio hermano y mi padre. Por orden de la Asamblea, cuando un miembro de la Tríada aparecía en público, los arco-iris lo acompañaban. Aquellos colores eran la única manifestación externa de un cibercampo, un implante cerebral que podía activarse o desactivarse con una llave externa. Cuando se activaba, el dispositivo generaba un campo sintonizado con las ondas cerebrales del sujeto. Yo tenía uno, aunque no lo usaba muy a menudo. Cualquier cosa o persona que entrase en el campo lo activaba: cuando estaban en modo de baja intensidad, los campos hacían sonar una alarma, en el modo de intensidad media repelían a los intrusos y en el de intensidad alta los mataban.

¿Estaría aquél sintonizado con el Alton? Eso significaría que se había sometido a una intervención quirúrgica para implantárselo en el cerebro, un proceso muy penoso que pocos estaban dispuestos a afrontar. El hecho de que un Aristo tan joven tuviera que ser protegido con tantas precauciones era un elemento tan inquietante como todo cuanto lo rodeaba.

Se veían pájaros volando por los arco-iris, de modo que el campo tenía que estar en aquel momento en modo de baja intensidad, como un sistema de alarma para prevenir la presencia de extraños. Pero rodeaba la casa por completo, sin dejar el menor resquicio a los intrusos.

Activa modo de combate, pensé.

Activado, respondió mi nodo vertebral.

Examiné la mansión tratando de evaluar las posibilidades de aproximación. En modo de combate, mi cuerpo utilizaba los mecanismos hidráulicos con que estaba equipado todo mi esqueleto, impulsados por motores vivientes que también estaban vinculados a mi red de fibra óptica. El único límite a la velocidad de reacción era el tiempo que tardaban los motores en mover mis extremidades. Y eso significaba *deprisa*, más deprisa que cualquier músculo normal. A pesar de ello, yo recurría al modo de combate en contadas ocasiones. Aunque mis huesos y articulaciones contaban con refuerzos adicionales, el sistema podía imponer una tensión excesiva a mi esqueleto.

Luchaba por reflejos, accediendo de forma automática a las extensas bibliotecas de técnicas de lucha que contenía mi nodo vertebral. Eso hacía que mi tiempo de respuesta fuera aún más rápido, pues no era necesario que mi cerebro diera las órdenes. Por supuesto, las reacciones preprogramadas no bastaban siempre para responder a lo inesperado. Y una capacidad de reacción ultrarrápida no me serviría de nada allí, en el parque. ¿Cómo iba a entrar en la mansión?

Tuve una idea. Sonreí. No podía hacer eso. En serio, no.

—Vaya, ¿y por qué no? —Dije.

Los capullos de rosas campanilla emitían su suave canto mientras caminaba entre ellos. Cuando llegué a la calle, la superficie de nervoplex se movió bajo mis pies. Al llegar a la otra acera, penetré sin titubeos en el campo de arco-iris, atravesé la puerta de la calle y me dirigí a la puerta principal.

Llamé.

La puerta se abrió al instante y aparecieron dos guardias armados con carabinas láser. Su confusión me golpeó como una bocanada de aire: ¿de veras estaba su señoría tan loco como para haberme invitado? ¿Y lo estaba yo tanto como para haber aceptado?

—Saludos —dije... y con un latigazo de la pierna, le arrebaté la carabina de las manos a uno de ellos mientras le propinaba al otro un fuerte empujón que lo hacía volar.

No tuvieron tiempo de pedir ayuda. Pero mientras entraba corriendo en la mansión, aparecieron corriendo otros ocho guardias, en las escaleras del gran vestíbulo y en las puertas que había a mi izquierda y mi derecha. ¿Qué demonios...? Aunque los Alton viajaban siempre con guardaespaldas, la dotación habitual era de cuatro hombres. Yo solo esperaba a los cinco que había visto en el bar.

Mientras enfocaba la vista en los guardias, mi mente tomó el control y empezó a funcionar a velocidad de combate. Mis percepciones cambiaron y de pronto me pareció que todos empezaban a moverse a cámara lenta. Los guardias reaccionaban como si estuvieran bajo el agua, incapaces casi de cambiar de posición mientras yo los apuntaba con mi fusionador.

Enlace de armas establecido, pensó mi nodo vertebral. Una red de hilo de cabello se superpuso a mi visión del vestíbulo mientras en una esquina de mi pantalla de visión mental empezaban a parpadear unos datos:

Munición: abitón.

Energía restante: 1.9 eV

Carga: $5,95 \times 10^{-25}$ C

Magnet: 0.0001 T

Radio máximo: 0.005 M

Disparé al suelo, delante de uno de los guardias. Al atravesar el aire el rayo solo hizo brotar chispas anaranjadas, pero cuando tocó el suelo, la lustrosa superficie de parquet explotó. Los restos volaron en todas direcciones y cayeron sobre el canal que yo estaba excavando. Una nube de polvo se levantó a nuestro alrededor. Dudo que los propietarios de la mansión volvieran a alquirlársela al Aristo. Sus invitados eran unos maleducados.

Los guardias frenaron bruscamente para no caer al canal y sacudieron los brazos a cámara lenta para protegerse la cabeza de los fragmentos que volaban por todas partes. Pero eso no los detendría por mucho tiempo y eran demasiados para mí, a pesar de mis reflejos superiores. O daba el drástico paso de dispararles o encontraba algún otro modo de dar con el Alton.

Salí al jardín por la puerta principal. Un disparo de carabina láser pasó tan cerca de mi oreja que algunos cabellos de mi cabeza crepitaron. Alguien soltó una imprecación y gritó que me querían viva para interrogarme, no reducida a cenizas.

Corrí hacia una torre situada en el extremo sur de la mansión. Tenía que ser el centro de seguridad: los Mercaderes eran muy regulares en sus procedimientos de seguridad. No comprendían la innovación y la reemplazaban con fuerza bruta. Por desgracia para nosotros, la fuerza bruta llegaba muy lejos por mucha imaginación que les faltara a sus productores.

Llegué a la torre en cuestión de segundos y destrocé la cerradura. Había otro guardia dentro, con la carabina láser preparada para disparar. Antes incluso de que mi mente reparara en su presencia, mi pierna ya se había levantado hacia él. Golpeé la carabina con la bota y salió despedida de sus manos. El disparo hizo blanco en la pared de la torre, a mi derecha.

Sin embargo, el Mercader golpeó mi fusionador a tal velocidad que apenas lo vi cuando salió volando de mi mano. A continuación me lanzó una andanada de golpes que logré parar a duras penas. Saqué la cerbatana de la manga y le lancé un dardo ultrafino. Levantó el brazo y lo bloqueó con la guarda de metal que llevaba en la muñeca del uniforme. Mientras desviaba la aguja con su carga de droga, le lancé un proyectil metálico. Se le clavó en el cuello. Empezó a convulsionarse a mitad de puñetazo. Su brazo extendido se estremeció en el aire y los tendones de su cuello se tensaron como cables de acero por debajo de la piel. A continuación se desplomó,

inconsciente pero todavía vivo.

Una mirada a la consola me bastó para saber que había estado controlando las defensas de la finca. Primero desactivé el cibercampo. A continuación utilicé el sistema para acceder a un nodo de emergencia de Eskol-Net, un nodo absurdamente fácil de alcanzar para aquellos que supieran cómo y dónde mirar. En el mismo instante en que activé el ordenador que buscaba, este liberó un virus que se introdujo en el sistema informático del Alton. No había pasado ni un minuto desde que llamara a la puerta.

En el exterior empezaron a sonar alarmas. Recogí el fusionador y salí corriendo de la torre en dirección al caos. Por todas partes había luces, aullaban las alarmas y los focos recorrían furiosamente los jardines. En medio de toda aquella locura, jamás encontrarían la única alarma que necesitaban, la que señalaba mi posición.

Disparé el fusionador hacia otro lado del camino. La luz de los focos iluminó las chispas en el aire pero más allá de la vereda desaparecieron en un destello anaranjado. Varias ramas de uno de los árboles que había junto a la fuente de fragancias cayeron al suelo en medio de un ruidoso estrépito de madera destrozada y revoloteo de hojas.

Tras volver a guardar el fusionador en la pistolera, corrí hacia una ventana del segundo piso de la mansión. Si el supuesto Alton seguía las costumbres típicas de los Aristos, se alojaría en el segundo piso, en la habitación más difícil de alcanzar desde el suelo o desde el aire.

Me encaramé a la ventana utilizando un enrejado de nervoplex que se estremeció al sentir mi peso y trató de tirarme al suelo. Si mis reflejos hubieran sido más lentos, lo habría conseguido. Pero logré llegar hasta la balconada, superé la barandilla de un salto y me deslicé en silencio sobre el pulido suelo. El Alton había dejado abiertas las cortinas de las puertas de cristal de la balconada. Estaba al otro lado, en mitad del dormitorio, mirando una consola de la pared, que no paraba de despedir destellos.

Rompí la cerradura. Abrí las puertas con sigilo y entré.

—Saludos —dije en Alton.

Se revolvió.

—¿Cómo has entrado aquí?

Apunté con la cabeza a un guardarropa que había junto a la pared.

—Voy a esconderme ahí. Dentro de un momento, tus guardias entrarán y te dirán que hay un intruso en la casa. Les dirás que me has visto corriendo en dirección al parque y que quieres que me cojan con vida.

—No pienso decir tal cosa.

—Sí, ya lo creo que lo harás. —Cerré las cortinas de la puerta del balcón y a continuación retrocedí hasta el espacio que separaba el guardarropa de la pared, sin dejar de apuntar a su cabeza—. De lo contrario, te aniquilaré.

No discutió. Lo cual era una suerte, porque mi fusionador estaba descargado. No podría haber aniquilado ni una mota de polvo con él. Aunque tenga munición de

wimpoms, hay un límite a la cantidad de antimateria que un arma puede contener.

Llamaron a la puerta.

El Alton se volvió hacia ella.

—Pase.

Desde mi escondite solo veía al Aristo. Oí que se abría la puerta.

—Perdonad que os molestemos, señor —dijo una voz. Tenía que ser un guardia.

El Aristo frunció el ceño como buen Alton y señaló con un ademán la resplandeciente consola.

—Eso me molesta bastante más. ¿Cuál es el problema? ¿Quién es la mujer que he visto en el exterior? Parecía un Jagernauta Imperial.

—Lo es —dijo el guardia—. La Primaria del bar. Ha causado algunos destrozos en el vestíbulo principal y ha vuelto a salir.

—¿Por qué? —El Aristo parecía sentir genuina curiosidad.

Una segunda voz intervino:

—No lo sabemos, señor. Se lo preguntaremos en cuanto la cojamos. —La impaciencia que transmitía su voz hizo que se me revolviera el estómago. «Reconocí» su mente a pesar de que no nos conocíamos. Era el guardia de los dos proveedores.

—La he visto corriendo en dirección al parque del otro lado de la calle —dijo el Aristo.

—Lo registraremos a conciencia —dijo el primer guardia.

—Bien. Y ahora dejadme solo. Y arreglad las alarmas.

—No hemos podido aislar el virus causante del problema, señor. Puede que tengamos que desconectar el sistema y reiniciarlo.

El Aristo enarcó las cejas.

—Con tanta confusión, hasta podría haber llegado hasta aquí sin ser detectada.

El primer guardia respondió con voz tranquilizadora:

—El enrejado la habría arrojado al suelo, señor. Y solo ha estado en los jardines un instante. No ha tenido tiempo de acercarse tanto a vos.

El Aristo dijo con voz seca:

—Me alegro de que estés tan seguro. Ahora id a buscarla.

—Sí, señor. —Oí que los guardias se inclinaban, con el irritante crujido que solían hacer los uniformes de los Mercaderes cuando su propietario se inclinaba a la altura de la cintura. La puerta se cerró con un siseo y el ruido de pasos se perdió en el interior de la casa.

El Aristo se volvió hacia mí.

—¿Qué quieres?

Me acerqué a la consola sin dejar de apuntar a mi anfitrión con el arma, y apagué los altavoces. Las alarmas seguirían sonando en la casa, pero al menos allí estaríamos más tranquilos.

—Toma asiento —le dije—. Vamos a hablar.

No hizo ademán de sentarse.

—No tengo nada que decirte.

—No pensabas así en el bar.

Inesperadamente, sonrió.

—No, es cierto.

Debería haber existido alguna ley que prohibiera que un Aristo tuviera una sonrisa tan bonita. No, no podía ser un Aristo. No con una sonrisa así.

—No creo que seas un Alton —dije.

—¿Por qué?

Su sorpresa parecía genuina. Si yo estaba en lo cierto, o bien no lo sabía o bien era un actor asombrosamente bueno. Pero no podía estar segura. A corta distancia me resultaba sencillo captar las emociones de los Aristos. Su falta de empatía no interfería con la capacidad de percepción de un émpata. Pero no capté nada en él. Nada. Era una pared en blanco.

Me acerqué a las puertas del balcón y abrí un poco las cortinas. Debajo de nosotros, un hombre estaba patrullando por los jardines.

—Tus guardias son buenos.

—Parece que no lo suficiente.

—Esto no tiene sentido. —Dejé que la cortina volviera a cerrarse—. Tienes once guardias y al menos uno de ellos cuenta con modificaciones biomecánicas en su cuerpo. —Pensé en el guardia de los proveedores—. Otro cuenta con el favor de un poderoso Alton. Además, tu rango es muy superior al que deberías tener a tu edad. Y poca gente, especialmente a tu edad, quiere o necesita la agresiva operación necesaria para implantarle un cibercampo en el cerebro. Dado que son los guardias y no tú los que tienen la llave, deben de recibir órdenes de algún otro.

Se me quedó mirando.

—¿Cómo has sabido todo eso?

No lo sabía. La mayor parte era conjetura. Pero él acababa de verificarlo.

—Se me da bien.

—Sí. En efecto.

Parpadeé. Ningún Aristo hubiera reconocido abiertamente que alguien como yo, alguien que para ellos no era más que una mercancía, poseía aptitudes para otra cosa que servir a los Aristos. Sabían perfectamente de qué éramos capaces, pero nunca lo reconocían. Sí, aquel hombre tenía el comportamiento, la postura, el acento de un Alton. Pero no el desdén. Un auténtico Aristo no hubiera ocultado su propósito de castigarme por mis actos. Yo habría *sentido* su desprecio. Pero en aquél no sentía nada. Parecía contrariado e intrigado a la vez, pero yo no sentía nada. Nada. Era casi peor que la cavidad.

Entonces caí en la cuenta. Tenía *bloqueos* mentales. No las instintivas paredes psicológicas que cualquier persona, émpata o no, podía levantar. Lo habían entrenado para impedir que su CEK transmitiera a otros émpatas. Yo sabía lo enormemente

costosas en términos de tiempo y esfuerzo que eran aquellas técnicas. Habían formado parte de mi instrucción como Jagernauta. No eran como las puertas mentales que yo cerraba para hacer saber a otros émpatas que mis sentimientos eran privados. Aquéllas eran protecciones fortificadas que solo podía derribar la fuerza de una mente más poderosa.

Pero solo los psiones levantaban tales barreras. *Solo* los psiones. La gente normal no tenía ni la necesidad ni la capacidad para hacerlo. De hecho, incluso con prótesis biomecánicas, la mayoría de los psibernautas que yo conocía serían incapaces de erigir barreras tan poderosas como las que protegían a aquel hombre. Me estaba bloqueando incluso a mí. Eso significaba que tenía que ser un poderoso telépata. Pero los Aristos no podían ser psiones. Sencillamente, la capacidad no figuraba en su preciosa reserva genética.

—¿Por qué me miras así? —preguntó el Aristo.

—¿Cómo? —Dije.

—Como si fuera un espécimen de laboratorio.

—Estoy tratando de averiguar por qué un proveedor viaja disfrazado de Aristo. Sentí cómo se inflamaba su cólera.

—Vienes aquí, lanzando insultos, empuñando armas y burlándote de mi linaje. Bueno, no me impresionas. Adelante, dispara. Eso es lo que hacéis los Jagernautas, ¿no? Matar sin compasión.

No me hacía falta la telepatía para saber que su furia era genuina. Creía de verdad que era un Alton.

—Nunca matamos sin compasión. ¿Cómo íbamos a hacerlo? Somos émpatas. Sentimos lo mismo que nuestros objetivos.

—Esa cosa que tú llamas empatía... debilita la mente. —Bajó la voz—. Es un defecto. Los que poseen mentes débiles deben trabajar con más ahínco para hacerse fuertes, para superar sus limitaciones.

¿A qué venía todo eso?

—¿Es lo que te contaron tus padres cuando te enseñaron a ocultar tus habilidades telepáticas?

Se puso pálido y supe con toda certeza que había dado en el clavo. Era un psion, lo que significaba que uno de sus padres no era Aristo. Pero alguien se había tomado enormes molestias para ocultárselo. ¿Por qué? Sí, muchos Aristos tenían hijos con sus criadas y algunos de ellos elevaban a esos hijos a la casta de los artesanos. Pero hacer pasar a un niño así por un Alton... Nunca había oído nada parecido. Supondría una «contaminación» colosal de la incesantemente glorificada pureza de su sangre.

—¿Cuánto crees que podrás ocultarlo? —pregunté.

Me miró fijamente.

—¿Qué vas a hacer?

No daba crédito a mis oídos. Tenía miedo de mí. Había sentido muchas emociones diferentes cuando me había enfrentado a otros Alton: desprecio, lujuria,

cólera, obsesión, asco... Pero nunca miedo. Por lo que a ellos se refería, yo era una proveedora y se negaban a aceptar la posibilidad de que una proveedora pudiera poseer el poder necesario para inspirarles temor. Y sin embargo, en aquél lo sentía, con la aguda y afilada claridad de un fragmento de cristal roto.

Lo sentía.

Empezaron a sudarme las sienes. Hacía un momento, sus barreras habían sido impenetrables. Ahora se estaban disolviendo, al menos frente a mí. Era una fortaleza mental, de tal magnitud que hubiera sido necesaria una tortuosa batalla de voluntades para derribarla. Y, a pesar de ello, ahora estaba sintiéndolo. Tenía que ser porque había bajado las puertas voluntariamente. Yo no había hecho nada. Y sin embargo no sentía en él ni el propósito de hacerlo ni el conocimiento de que estuviera ocurriendo.

Me observaba con un saludable y sensual deseo que me cogió desprevenida. La sangre acudió a mis mejillas y a lugares más privados. ¡*Bloqueo!* El psicono del muro y la sinapsis se encendió en mi mente y empezó a parpadear incesantemente, lo que indicaba que no estaba funcionando. O bien su deseo era tan intenso que resultaba imposible de bloquear o yo también estaba sintiendo algo parecido. ¿Qué estaba pasando? Estaba mal, estaba todo mal. No, no estaba mal, estaba bien y eso era lo que estaba mal.

Aspiré hondo. Calma. Averigua quién es. ¿Pero cómo? Bueno, tenía un buen punto de partida. Si alguien quería hacerlo pasar por un Alton, le habría dado un nombre de Alton.

—Lo que más me sorprende —dije— es que tus padres te dieran un nombre al que, evidentemente, no tienes derecho.

El comentario no provocó su furia como yo había esperado. Se limitó a encogerse de hombros.

—Tengo mucho más derecho a él que los centenares de personas que lo utilizan.

Centenares. Como solo existían unos pocos miles de Aristos, su nombre tenía que ser popular. ¿Cuáles eran los nombres más habituales entre los Aristos? No era difícil. Kryx, como Kryx Tarque. Nunca lo olvidaría. Vitar era otro. Y Jaibriol y...

Jaibriol. *Jaibriol*. Ahora sabía por qué nos había resultado familiar a Rex y a mi mientras que ni Helda ni Taas lo habían reconocido. Aquel falso Aristo, aquella paloma oculta en el cuerpo de un halcón, era el vivo retrato de un Alton ya muerto, de un hombre que había muerto cuando Helda era una niña pequeña y Taas ni siquiera había nacido. Rastrecom no lo había encontrado porque había estado buscando parecidos con un Alton vivo. Aquel hombre traía a la memoria una versión más joven del fallecido Emperador Jaibriol Qox, padre del actual emperador de los Mercaderes.

Pero existía una diferencia dramática entre el Mercader que ahora tenía delante y los hologramas de Jaibriol Qox que había visto. Aunque puede que el antiguo emperador hubiera sido bien parecido en su juventud, su rostro había adquirido con la edad las arrugas severas que reflejaban su verdadera naturaleza. Su hijo, el actual emperador, era un gobernante más enjuto, más callado, de palabras más suaves... e

igualmente cruel. Los años habían estampado aquella crueldad en sus facciones, lo mismo que habían hecho en las de su padre. Pero el hombre que ahora tenía delante no mostraba el menor rastro de aquella dureza.

El pensamiento que estaba cobrando forma en mi mente era absurdo. Tenía que haber un error. Pero no me quedaba más remedio que probarlo.

—¿Cómo vas a poder subir al trono, Jaibriol? El pueblo nunca aceptará a un telépata como emperador.

Se ruborizó.

—A mi mente no le pasa nada. Mi pueblo me aceptará.

No. No. Era una mentira. Tenía que serlo pero ahora que su mente se me estaba abriendo, no había lugar a las interpretaciones equivocadas. Todos habíamos estado equivocados, todos nosotros.

Ur Qox sí había tenido un heredero.

Meforcé por mantener la voz en calma.

—Eres un proveedor. De lo contrario, no podrías haber nacido psion. Recibes tus genes de tus dos padres. —Los dos. *Los dos*. Lo miré fijamente. Ahora que sabía lo que tenía que buscar, las semejanzas eran evidentes. No solo recordaba al fallecido Jaibriol Qox sino que también se parecía mucho al actual emperador—. Eso significa que tu padre... el Emperador... es, como mucho, *medio* Alton. Tú no puedes tener más que una cuarta parte de...

—¡Basta! —Jaibriol apretó los puños—. ¡Contén tus sucias mentiras!

Sus bloqueos estaban disolviéndose como la sal en el agua. Lo sentí. Era increíble. Hermoso. Y sensual. Lo deseé, con la intensidad con la que un salmón de la Tierra en época de reproducción se ve forzado a nadar contra corriente, contra todos los obstáculos, hasta llegar a su hogar para reproducirse. Eso hizo que quisiera golpearlo, furiosa porque él, el Heredero Alton, pudiera conmovirme de tal modo.

—Anhelarían tu dolor. —Estaba perdiendo la batalla por mantener la calma—. Todos ellos, tus ministros, tus pares, tus mujeres, tus guardias, tus generales. Tu vida sería un infierno.

—Estás loca.

—No te das cuenta. Tienes barreras que te protegen. Pero no podrás mantenerlas siempre. Si tienes un desliz, *un solo* desliz, se darán cuenta. Descubrirás la verdad sobre tus preciosos Alton. Sobre tu padre. Ese hombre es un monstruo.

Señaló mi fusionador.

—Eso es lo único que entiendo. Tú lo ves todo como guerra y odio. Mi padre es un gran hombre, más grande de lo que tú nunca podrás llegar a comprender.

—¿Dónde has estado los últimos veinte años? ¿En una burbuja? —Quería golpearlo—. Los Alton *torturan* a la gente. Lo más probable es que tu padre torturara a tu madre mientras estaba criándote.

Se puso blanco.

—Estás enferma. Enferma.

—¿Crees que estoy mintiendo? —Sacudí el arma en su dirección—. Muy bien. Entra en mi mente, falso Alton. ¿Quieres saber cómo es proveer? Ven y descúbrelo. Si te atreves.

Me miró como un hombre en equilibrio al borde de un precipicio. Y entonces cayó.

Yo solo quería que viera lo que me había pasado en Tams, hacer que el recuerdo le doliera como me dolía a mí. Pero no pude limitar nuestro vínculo. Su mente era demasiado poderosa, más todavía de lo que había supuesto al ver la magnitud de sus barreras. Caímos juntos al precipicio y mientras lo hacíamos nos fundimos, en una unión que yo solo había experimentado una vez en la vida, con un niño de siete años. Solo que esta vez era con un adulto, con una intensidad multiplicada por la rabia y el deseo sexual, y me golpeó como un maremoto.

Jaibriol Qox era un Rhon.

Ahora podía olerlo, un aroma almizclado y masculino que impregnaba el aire a mi alrededor y entorpecía mis pensamientos. Feromonas. Feromonas Rhon, diferentes a las que producían los cuerpos de los seres humanos normales. Todo mi cuerpo reaccionó a ellas. Nuestro vínculo mental captó mi excitación y me la devolvió, lo que me excitó aún más. También multiplicó las reacciones de Jaibriol, y nos unió en un bucle de doble feedback tan intenso que resultaba casi insoportable. Si nuestras personalidades hubieran sido incompatibles, habría resultado nauseabundo. Pero *encajaba* conmigo. Era como un afrodisíaco, firme y masculino, cálido, sensual, sugerente...

Me hundí en sus recuerdos como un nadador sumergiéndose en el océano. Sus pensamientos se enroscaban a mi alrededor como si yo fuera el único elemento sólido en un mar de soledad en el que habían vivido demasiado tiempo. Había pasado los veintidós años de su vida, hasta hacía pocas semanas, viviendo solo... Únicamente las visitas de sus tutores quebraban la monotonía... Su padre iba raras veces a verlo...

Las exigencias de su posición no le dejan tiempo, pensaba Jaibriol. Tiene otras cosas en que pensar, aparte de mí. Es el Emperador de Eubea.

Comprendí lo que él no podía ver: para su padre hubiera sido el proveedor perfecto. En algún lugar de su interior, Qox había encontrado la decencia necesaria para alejarse del chico y había preferido evitarlo a correr el riesgo de sucumbir al impulso de torturar a su propio hijo.

Demasiado tarde comprendí que, en el mismo instante en que aquellos pensamientos se formaban en mi mente, Jaibriol los captaba. Abrió la boca y volvió a cerrarla. *¿Cómo puedes creer algo así?*, pensó.

Jaibriol... Lo siento. Tenía que cortar aquel vínculo. Distanciarme. No podía permitir que siguiera. No podía reaccionar con tales sentimientos ante el Heredero de los Alton.

Entonces vi a su madre, la Emperatriz... *alta, regia en un vestido negro y dorado*

que se pegaba a su cuerpo esculpido. El oro resplandecía en sus muñecas y su garganta y los diamantes destellaban en sus orejas. Su pelo resbalaba hasta su cintura como seda negra. Sus ojos eran sendos rubíes, rojos y transparentes como la más perfecta de las piedras preciosas. Y su rostro, tan precioso, tan regio, tan frío, frío como el hielo, duro como sus diamantes. ¿Por qué me odia tanto? ¿Qué horribles cosas he hecho para que mi madre desprecie cada palabra que pronuncio, cada gesto que hago, cada exhalación que sale de mis labios?

Miré su cara y sentí el deseo de acariciar sus mejillas, sus labios. *Jaibriol, ¿es que no te das cuenta? No hay ni tan siquiera un parecido remoto entre la Emperatriz Qox y tú. No puede ser tu madre, puesto que tú eres Rhon y ella Alton.*

¡Basta! Me cogió de los antebrazos y se aferró a ellos como si yo fuera la madre que tanto lo despreciara. *No soy un proveedor.*

A pesar de su negativa, estaba segura de que sospechaba la verdad. ¿Cuánto había tardado su abuelo en encontrar o crear un proveedor con genes Rhon? ¿Años? ¿Décadas? ¿Podía haber creado un heredero Rhon voluntariamente? Era posible. Pero a mí no me cabía duda alguna sobre el uso que pretendía darle a un hijo que era mitad Qox y mitad Rhon. Eso garantizaba que sus genes permanecieran en el linaje de los Rhon y, lo que era más importante, requería solo una desviación mínima del comportamiento de los Alton. El hecho de que hubiese logrado quebrantar aquellos sagrados patrones de conducta para engendrar un hijo que fuera solo medio Alton me asombraba.

El hijo que había creado —el padre de Jaibriol— debía de haber completado el proceso. ¿Cómo? ¿Había utilizado sus propios genes? ¿O también había dado con una proveedora que podía proporcionarle placer además de llevar su heredero Rhon en el vientre?

Podía imaginarme cómo había conseguido el emperador falsificar las pruebas de linaje: amenazas y sobornos. Qox poseía medios que no estaban a disposición de ningún otro Alton. También estaba segura de que habría asesinado a quienes hubieran llevado a cabo las pruebas, ejecutando en persona y en secreto las sentencias de muerte para que no quedaran testigos de la verdad sobre su padre.

No. Los pensamientos de Jaibriol brillaban como lágrimas en un espejo. *Estás equivocada. ¡Equivocada!*

Jaibriol... Lo siento. Dioses, lo siento muchísimo. Tragué saliva, tratando de distanciar mi mente de la suya. Pero era imposible. Tan solitaria... Su vida había sido tan solitaria. La única constante en ella era su padre.

Un gran hombre, pensó Jaibriol. *Nunca seré digno de llevar su nombre.*

No lo idolatres. Solo te hará daño.

No lo idolatro. Lo amo.

Te dejó solo.

Me trajo tutores. Jaibriol formó una imagen en su mente, un anciano de cabello cano y ojos grandes. *Quería mucho a Marlin. Me enseñó a cantar. Tenía una voz*

magnífica. Cuando cumplí seis años me regaló un cachorro de cazador. Y siempre me animaba con mis pasatiempos.

¿Pasatiempos?

Jaibriol me mostró su biblioteca, un complejo de edificios situado en la gran finca automatizada en la que vivía. Me mostró imágenes en las que estaba estudiando, cantando, leyendo, escribiendo, entrenándose, construyendo, investigando. Sus «pasatiempos». No tenía nada mejor que hacer con su tiempo. Hablaba catorce idiomas y tocaba siete instrumentos, poseía una voz que abarcaba tres octavas y era un maestro en siete deportes diferentes. Conocía la historia y la geografía de más de un centenar de mundos, había estudiado matemáticas y ciencias con el grado de profundidad de un doctorado y podía discutir sobre las obras de filósofos humanos y no humanos.

Lo miré. *¿No comprendes lo que has conseguido?*

No he hecho nada. No había en su interior el menor rastro de orgullo. Sencillamente, no tenía elementos de comparación para sus logros. *Soy un fracaso como hijo y como heredero. ¿Por qué otra razón iba a esconderme mi padre?* Tragó saliva. *Marlin dejó de venir a verme. Es lo que pasaba siempre. Venían un tiempo y luego dejaban de hacerlo. Solo mi padre regresaba siempre.* Su siguiente pensamiento fue más doloroso. *Mi niñera... Camyllia. Estaba allí cuando yo era pequeño. Me llevaba de paseo, jugaba conmigo, me cantaba nanas para dormirme y para consolarme cuando me despertaba y tenía miedo. Me hacía sentir como si cada momento que pasábamos juntos fuera el más precioso del mundo, algo que nunca regresaría y que había que cuidar.* Exhaló un suspiro tembloroso. *Luego dejó de venir. Mi padre me dijo que había enfermado... que había... muerto.*

Pude ver a Camyllia en su mente, una mujer joven, de asombrosa belleza, una versión de Jaibriol con el pelo y los ojos castaños. Si le hubieran alterado los ojos y el pelo a la manera de un Alton, habría podido pasar por su hermana gemela. Pero yo estaba segura de que habían sido los ojos y el pelo de Jaibriol los alterados. Porque también estaba segura de que Camyllia no era la hermana de Jaibriol. Era su madre.

En cuanto se formó este pensamiento, imaginé que una manta lo tapaba en mi mente, para ocultárselo a Jaibriol. Su padre habría matado a cualquiera que conociera la verdadera identidad de su hijo. El hecho de que la madre hubiera convencido a Qox de que la dejara vivir tanto tiempo como para que Jaibriol la recordara era un hecho tan asombroso como terrible.

Pero Jaibriol vio a través de la manta con la que había cubierto mis pensamientos. *No. Te equivocas.* Una lágrima resbaló por su mejilla, y luego otra. *Te equivocas.*

Tu padre te quería. Me obligué a creerlo para que Jaibriol lo creyera también. *Te aisló porque era el único modo de asegurarse de que nadie te hiciera daño. Si alguna vez se llega a sospechar quién y qué eres en realidad, será tu fin.* Y el de su padre. *Necesitaba que crecieras fuerte, que aprendieras a protegerte.*

Sus manos me apretaron el brazo con más fuerza. *¿Cómo puedes saber tú nada*

sobre el amor de mis padres? Eres una Jagernauta, una asesina. ¿Acaso sabes lo que es el amor?

En cuanto se formó la pregunta mi mente respondió. Traté de contenerlo, pero se adentró en mis recuerdos. Vio mi infancia, una chica rodeada por una familia emotiva y apasionada. Sintió lo que era vivir con otros émpatas, la plenitud que proporcionaba, y sintió la terrible ausencia de ello en su propia vida. Vio a Rex, a Helda, a Taas, y comprendió lo unidos que estábamos. Nos vio trabajando juntos, a Rex y a mí sobre todo, incluso en Tams...

Y entonces encontró a Tarque.

Se le arrugó el rostro y cayó de rodillas, arrastrándome consigo hasta que estuvimos los dos cara a cara, de rodillas sobre la alfombra. Inclino la cabeza y se me echó encima, mientras sus dedos me aferraban con tal fuerza que se le pusieron los nudillos blancos. Ni siquiera cuando nuestras cabezas chocaron levantó la mirada. Siguió mirando el suelo. Solté el fusionador y así sus brazos mientras mi mente cubría el recuerdo con una manta de negación. Pero la manta volvió a levantarse, escupida por el remolino como un harapo diminuto arrastrado por el viento.

Mientras Jaibriol luchaba con mis recuerdos de Tarque, yo me estremecía en mi propia pesadilla. Supe para qué existía Jaibriol. Solo había una explicación posible. Tenía un destino que su padre y su abuelo consideraban aún más importante que la pureza del linaje de los Qox. Lo habían creado por una razón, solo por una: apoderarse de Eskol-Net. A través de él, los Mercaderes conquistarían Eskolia.

De forma gradual, tan gradual que al principio no me di cuenta de que estuviera ocurriendo, nuestras mentes se separaron, como el amainar de una tormenta. Nadie, ni siquiera los Rhon, podía soportar la intensidad de un contacto como aquél durante mucho tiempo. Volví a tomar consciencia de la habitación en la que me encontraba. Jaibriol y yo seguíamos apoyados el uno en el otro y él tenía mis brazos en sus manos, como si fuera mi amante. Yo estaba sujetando sus mangas con tal fuerza que le había desgarrado la tela. Su rostro estaba empapado de lágrimas, las mismas lágrimas que yo sentía en el mío. El fusionador estaba en el suelo, junto a nosotros.

No podía contener el temblor de mis brazos. Jaibriol se incorporó sin soltarme.

—Mi padre no es malvado. —Su voz temblaba—. Los Alton no son malvados. Ya lo verás. Estás equivocada.

—Has estado allí conmigo. Lo has *sentido*.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta, y a continuación habló una voz por el intercomunicador.

—¿Lord Jaibriol?

Jaibriol me soltó los brazos como si le quemaran. Por un momento, temí que no respondiera, lo que obligaría a los guardias a entrar para averiguar qué pasaba. Entonces exhaló un suspiro entrecortado y dijo en voz alta:

—¿Qué ocurre?

—Estamos preparados para reactivar el cibercampo, señor.

Tanto Jaibriol como yo nos pusimos en pie. Entonces él se inclinó y recogió mi fusionador.

No. Dioses, no. ¿Cómo podía haber dejado el arma en sus manos? Sí, no podría haberla utilizado aun en el caso de que estuviera cargada. El arma estaba sintonizada con mi mente y solo yo podía activarla. Pero ahora que la tenía, mi farol carecía de valor. Y él conocía mi identidad. Lo único que tenía que decir era, «la Primaria está aquí».

Me tendió el fusionador.

—Vete.

Volví a mi escondite, tras el guardarropa.

—Los guardias. En el jardín.

Se limpió las mejillas con la manga. A continuación se acercó a la puerta y tocó un panel que había junto a ella. Las luces se apagaron. Cuando se abrió la puerta, su rostro estaba oculto entre las sombras.

Oí el tintineo de un uniforme de oficial que se inclinaba.

—Estaba dormido —dijo Jaibriol—. Tendrás que esperar a mañana para activarlo.

—Lo siento, señor. —El guardia parecía nervioso—. Pero me temo que tendremos que hacerlo ahora.

Una punzada de miedo unida con rabia atravesó mi mente. Ninguna de las dos emociones era mía. Aunque podía captar a Jaibriol lo bastante bien para saber que sus barreras seguían levantadas para todos los demás, ahora estábamos unidos en un vínculo que ninguno de los dos podía romper. Pero al menos nuestra fusión había alcanzado un nivel de intensidad tolerable.

O casi tolerable. El recuerdo de mi reacción ante sus feromonas, de su cuerpo musculoso debajo de la ropa... mi propio cuerpo respondió con una oleada de deseo tan intensa que estuve a punto de soltar el fusionador de nuevo. ¡*Bloqueo!*, pensé. El psicono parpadeó de forma errática en mi cabeza y a continuación hizo un ruido sordo y se apagó como un petardo mojado.

Superpuesta con aquella excitación que no deseaba había otra emoción, la aversión que el cibercampo inspiraba a Jaibriol, *odioso, sofocante, mareante...*

Aspiré en silencio, tratando de dissociarme de sus reacciones. Sabía por propia experiencia que activar el cibercampo era como sufrir un ataque de vértigo que no remitía hasta que se desconectaba el aparato. ¿Por qué lo había enviado aquí el padre de Jaibriol si el riesgo era tan grande como para justificar la protección de un cibercampo? En nuestra unión no había descubierto otra cosa que las dudas del propio Jaibriol al respecto.

—Esperarás hasta mañana —dijo Jaibriol al guardia.

—Me... me temo que no puedo hacer eso, señor.

Jaibriol respondió con un acento Alton aterradoramente perfecto.

—Te lo estoy ordenando.

—Lo siento, señor. Lo siento mucho. Pero tengo órdenes de vuestro padre.

Pausa.

—Dame seis horas sin él.

—No puedo. Lo... lo siento de veras, señor. Pero son mis órdenes. Podrían pasar muchas cosas en seis horas.

—Dos horas —dijo Jaibriol—. O estaré... muy descontento.

—Señor, *no puedo*. Si os pasara algo, el Emperador me haría ejecutar.

—No pasará nada.

—No... no puedo.

El rostro de Jaibriol se relajó y esbozó una sonrisa.

—He oído que tu hija es una costurera de talento.

—Señor, mi hija nunca a ofendido a na...

—No, no —dijo Jaibriol con voz amable—. Solo he oído buenas cosas de ella. ¿Ha presentado la solicitud de ingreso en el Gremio de Sastres?

—Sí, señor. —El guardia titubeó—. Pero la han rechazado. No es artesana, ¿sabéis?

—Bueno, tal vez podría mencionar su nombre al Maestre del Gremio.

Por un momento hubo silencio. Entonces el uniforme del guardia volvió a crujir y a crujir, múltiples reverencias esta vez.

—Gracias, señor. Su grandeza. Su exaltada alteza. —Las palabras se atropellaban unas a otras—. Gracias.

—¿Y? —Jaibriol ya no parecía complacido.

El guardia aspiró hondo.

—Lord Jaibriol; antes de activar el cibercampo debo supervisar las reparaciones del sistema de seguridad. Eso me llevará dos horas. Como mínimo. —Hizo una pausa—. Posiblemente cuatro. ¿Me necesitaréis antes de eso?

Estuve a punto de resoplar de alivio. Aunque el virus que había descargado era efectivo, dudaba que se tardara más de una hora en erradicarlo del sistema.

—No, no te necesitaré —dijo Jaibriol con tono más relajado—. Ocupate de tus ordenadores.

—Sí, señor.

—¿Habéis encontrado a la Primaria?

—No, señor. Escapó por el parque y destruyó algunos árboles y cables de alta tensión. Luego desapareció.

—¿Quién es el guardia al que acabo de ver en el jardín, debajo de mi balcón?

—Rak.

Jaibriol se puso tan tenso como si acabara de recibir un golpe. Capté una vívida imagen del guardia con los dos proveedores. Una punzada de intranquilidad me atravesó, un miedo de Rak que nunca había terminado de comprender...

¡Bloqueo!, pensé. El miedo remitió pero el psicocono siguió parpadeando.

—Envía a Rak al centro de control —dijo Jaibriol—. Quiero que presente de inmediato su informe sobre la Primaria.

—Sí, señor. —El uniforme del guardia volvió a crujir.

Después de cerrar la puerta, Jaibriol se me acercó.

—Sausconia...

Resultaba perturbador escuchar a un Aristo pronunciar mi nombre con tanta añoranza.

—¿Sí?

—Quédate conmigo.

—Sabes que no puedo.

Por un momento me observó en silencio. Entonces me acarició la mejilla.

—Adiós.

Tragué saliva.

—Adiós.

Regresé a las puertas del balcón y miré al exterior. Rak atravesaba el jardín en dirección a la casa. Todo estaba a oscuras. O mi virus había sobrecargado el sistema o alguien había desconectado la potencia para que las enloquecidas luces y focos se apagaran. Avisté dos guardias moviéndose entre los árboles que jalonaban otro jardín. Pero con las luces apagadas en el dormitorio de Jaibriol y en el jardín, tanto en la balconada como en el enrejado reinaban las sombras.

Tardé solo unos segundos en salir y bajar por el enrejado. Me alejé pegada al muro de la mansión, escondiéndome entre las sombras. Cuando el camino estuvo despejado, atravesé la calle a la carrera y me perdí en las sombras del parque.

Negaciones

Llegué a la posada después de medianoche. Una agente de policía Aliado estaba esperando en el vestíbulo, junto al mostrador de la entrada. Cuando me vio entrar, se me acercó y me dijo:

—¿*Navarhos* Valdoria?

Le dirigí una mirada vacía, demasiado cansada para luchar con mi programa de traducción.

Después de un momento, dijo:

—¿*Español*?

—*Un poco* —respondí.

—¿*Ist Deutsch besser*? —Al ver que seguía mirándola, dijo—. ¿Qué tal en inglés?

—Sí —dije, no porque mi inglés fuera mejor que mi español sino porque no quería pasar toda la noche en el vestíbulo.

—¿Es usted la Primaria Valdoria? —preguntó.

—Sí —dije.

—Me temo que tengo que arrestarla, señora.

—No puede. —No era del todo cierto, pero yo esperaba que bastara para desalentarla. Debía de saber que bajo la ley de Eskolia no se podía arrestar a los Jagernautas. Los Aliados habían organizado un auténtico escándalo por ello durante las negociaciones de nuestro tratado bilateral. *Nadie está por encima de la ley*. Les gustaba esa frase. Pero era una frase suya, no nuestra. Si un Jagernauta quebrantaba las leyes de Eskolia, las autoridades civiles no podían hacer otra cosa que enviar una queja al Mando Espacial. Eso no significaba que actuáramos con impunidad. El ME nos obligaba a suscribir un código de honor para asegurar que solo quebrantábamos la ley cuando era necesario para proteger al Imperialato. Pero era una cuestión militar, no algo que competiera a las autoridades civiles.

Por supuesto, esa era la ley de Eskolia y, en aquel momento, yo me encontraba en territorio Aliado.

—Lo siento, señora —dijo la agente—. Pero la sección 436, sección G, párrafo 16 del tratado Aliado-Imperial permite el arresto y la deportación de cualquier Jagernauta culpable de violar las leyes Aliadas...

—De acuerdo —gruñí. Entorné la mirada—. ¿Va a ponerme las esposas?

—No, no creo que sea necesario. —Me leyó mis derechos. Cualquier cosa que dijera podía utilizarse en mi contra y todo lo demás. El portero de noche observaba con avidez la escena desde detrás del mostrador. Probablemente la historia se sabría en toda la ciudad al día siguiente: Primaria Imperial irrumpe en mansión de Alton. Solo esperaba que no la aprovecharan para hacer una de sus películas anti-

Jagernautas.

La agente de policía me llevó a la comisaría en su hovercoche. La pantalla que separaba los asientos delanteros de los traseros crepitaba de vez en cuando, como si se produjera una descarga eléctrica. Habían quitado los botones de salida de la parte trasera, de modo que el compartimiento era una suave cavidad esférica con un solo asiento en el que en aquel momento me sentaba yo. La agente me había atado con una red de disuasión y se había justificado alegando que era «cosa del reglamento» mientras me maniataba.

Me sentía como una idiota. Me pregunté lo que haría si le decía que era una heredera Rhon. Seguro que servía para sacarme de aquel embrollo. Pero entonces tendría que soportar los reproches de mi medio hermano por haber utilizado mi título para burlar las disposiciones del tratado Aliado-Imperial.

Una vez en la comisaría, los agentes se mostraron extraordinariamente corteses conmigo mientras me fichaban por allanamiento de morada, asalto, atentado contra la propiedad privada y violación de un ordenador. Era raro. Sí, yo era una Primaria, pero a pesar de todo acababa de saltarme todas sus leyes. Y sin embargo, casi parecían aprobar mis acciones.

Me tomaron holografías, las huellas dactilares y el patrón retinal, junto con una muestra de tejido para llevar a cabo análisis de cromosomas. Me dejaron en una habitación donde esperaban otras cinco personas, todas ellas mujeres de pelo negro con ropa de cuero ajustado que se parecía a mi uniforme. Una agente de policía nos obligó a colocarnos frente a una pared de cristal en las que se nos veía reflejadas. Al ver que me metía las manos en los bolsillos y fruncía el ceño, las demás mujeres me imitaron. Todo el asunto resultaba surrealista.

No podía ver lo que había al otro lado del cristal, pero apuesto lo que sea a que quienesquiera que se encontraran allí sí que nos veían a nosotras. Traté de relajarme y dejar que mi mente sondeara lo que había. Sentí a varias personas, pero solo de forma vaga. Ninguna de ellas era un psion.

Entonces topé con la cavidad.

Era el guardia de Jaibriol, el que había estado con los proveedores. El abismo de su mente era menos amenazante que el de un Aristo de verdad, pero a pesar de todo hacía que me sintiera como si un enjambre de insectos estuviera correteando por mi cuerpo. Y estaba *furioso*.

Retrocedí como un ciervo huyendo de un cazador. Mientras huía, envié al guardia una vívida imagen mental de otra de las mujeres de la fila. Pero estaba segura de que ya me había identificado.

A continuación me llevaron a ver al jefe de policía, un hombre fornido con el pelo corto y peinado de punta. La parte alta de su cabellera era completamente plana, de modo que su cabeza parecía un cepillo de cerdas gruesas al revés. Me habló en un idioma que no comprendía. Se parecía al que había utilizado primero la agente que me había detenido. Al ver que sacudía la cabeza, un oficial que había tras él se

inclinó y le habló en voz baja.

El jefe asintió.

—¿Habla usted inglés? —me preguntó.

—Algo —respondí.

—¿Cómo sabía dónde se alojaba Lord Kyr?

—¿Lord Kyr? ¿El Alton?

—El hombre en cuya casa organizó usted una ensalada de tiros.

Mi nodo vertebral me proporcionó varias traducciones de la frase, incluida «en jerga, vaciar numerosos cargadores de munición». El jefe de policía debía de referirse a lo que le había hecho a la mansión. La mansión de «Lord Kyr». Así que Jaibriol estaba viajando bajo un nombre falso. Bueno, hubiera tenido que estar loco para anunciar que era el heredero del Emperador.

—Proveedor dijo dónde mí —le dije—. Mente encontré suya. —No, aquello sonaba fatal. Aquella noche mi inglés era aún peor de lo habitual. Accedí al traductor y repetí palabra por palabra lo que me dijo—. Extraje la localización de la mente del proveedor de su guardia.

—Ya veo. —Esa parecía ser la respuesta que el jefe esperaba. Aparentemente, los Aliados aceptaban la existencia de la telepatía más de lo que admitían en público. Pero, ¿por qué estaba esperando aquella respuesta? El único que podía habérsela anticipado era el propio guardia y me costaba imaginar a un Mercader hablando de sus sirvientes con la Policía Aliada.

—¿Qué le dijo ella? —preguntó el jefe.

—¿El proveedor? —pregunté.

—Sí.

¿Ella? pregunté al traductor y este confirmó lo que sospechaba: *ella* era el artículo femenino. Pero el primer proveedor al que había accedido era un chico. Y yo no había hablado con él ni con la chica. ¿Estaba el jefe haciéndome preguntas capciosas a propósito? ¿De dónde había sacado la información? El guardia no podía saber que yo había entrado en contacto con su proveedor. Aunque el propio Jaibriol hubiera hablado con la policía, cosa que dudaba, tampoco podía saber si yo había estado en contacto con el proveedor. Ni siquiera estaba segura de que los propios proveedores lo supieran.

Pero no capté ningún intento de engaño en el jefe. Solo quería verificar hechos. Así que le dije:

—Nunca hablo con proveedora. Toco mente de chico. Luego chica.

Asintió.

—Eso es lo que nos han dicho.

¿Han? ¿Habían *hablado* con ellos? ¿Cómo?

—¿Ellos bien?

—La chica está mejor que él —dijo—. Podría marcharse ahora mismo del hospital si quisiera. Pero no quiere separarse de su hermano. —Hizo una pausa—.

Quieren verla. Creo que para darle las gracias.

No era de extrañar que el guardia del Aristo hubiera estado furioso. Si sus proveedores estaban en un hospital de Delos, se encontraban en territorio neutral y no podía obligarlos a volver con él. Pero, ¿por qué querían darme las gracias a mí? Yo no era quien los había llevado al hospital.

Entonces pensé que tal vez, con todo el caos que había provocado en la mansión, con los guardias buscándome y los sistemas de seguridad enloquecidos, era posible que los proveedores hubieran escapado.

—Sí —dije—. Yo los veo.

El hospital se encontraba a diez minutos de la comisaría. Las calles de nervoplex estaban adormecidas bajo nuestros pies y no había tráfico volador. Hasta las luces de las farolas habían perdido intensidad. La enorme luna había dejado atrás el cenit de su trayectoria y se encaminaba de nuevo al horizonte, inundando la ciudad adormilada de una pálida luz anaranjada.

Mientras caminábamos, me volví hacia el jefe.

—Proveedores... ¿Ellos de Tams?

—Es lo único que conocen. —El jefe hizo una mueca—. Jesús, si casi no pueden ni hablar. Según parece, en cuanto se presentó la ocasión salieron por piernas. —Me miró—. Hace falta mucho valor para hacer lo que han hecho.

Traduce «salieron por piernas», pensé.

En el contexto actual, significa intento de fuga, respondió mi nodo vertebral.

No me extrañaba que el jefe dijera que tenían valor. De hecho se quedaba corto. Para pensar siquiera en escapar habían tenido que romper con años de condicionamiento.

—¿Los ayuda? —pregunté.

Asintió.

—Cuando le den el alta al chico los enviaremos a la Tierra. Allí tendrán una familia de acogida y se les proporcionará ayuda psicológica para ayudarlos a adaptarse.

Al menos había salido algo bueno del embrollo que había organizado aquella noche. Ahora los proveedores disfrutaban de asilo, esa palabra que tanto gustaba a los Aliados. La Tierra no tomaba partido en la guerra que nos enfrentaba a los Mercaderes y prefería ofrecer asilo a cualquiera que tuviera razones para necesitarlo. A causa de esto, yo siempre había mirado con suspicacia a los Aliados. Su asilo me parecía un medio conveniente para que los agitadores burlaran a las autoridades imperiales.

Aquella noche lo veía de manera diferente.

Los proveedores se encontraban en una sala privada del hospital. Los reconocí en cuanto el médico me dejó pasar. Eran hermanos gemelos, de unos dieciocho años. El chico estaba tumbado en la cama y la chica, sentada a su lado en una silla, estaba mostrándole un hololibro. Cuando la puerta se abrió se sobresaltaron y palidieron.

Vacilé un instante en el umbral y luego entré.

—Saludos —dije en eubiano, la lengua de las castas inferiores. Recibía aquel nombre por Eu'be Qox, tata-tatarabuelo de Jaibriol y primer emperador. Eubea era también la palabra con la que los Mercaderes designaban a su imperio, el Concordato Eubiano. Este nombre era una de sus creaciones más perversas. Yo dudaba sinceramente que alguno de los planetas conquistados se sintiera en un estado de concordato con aquellos amos cuyo gobierno no habían solicitado.

La chica me miró con unos ojos que eran como sendas conchas pálidas. Su hermano se incorporó con lentitud. Los dos llevaban pijamas, pero vi los moratones de sus muñecas y supe que la cosa sería mucho peor debajo de la ropa. No quería ni pensar en lo que su dueño les había hecho... Y «dueño» era la palabra justa, a pesar de los intentos de los Aristos de convencer al resto del universo de que sus proveedores eran «súbditos privilegiados» en lugar de esclavos.

El chico habló con timidez.

—¿Es usted la que vino a la casa?

Asentí.

—Me alegro de que hayáis podido escapar.

La chica dijo:

—Sentimos haber causado tantos problemas.

—Lo sentimos mucho —dijo él—. No pretendíamos molestar a nadie.

No podía creer que se estuvieran disculpando conmigo.

—Yo siento no haber llegado antes. —Por ejemplo, dieciocho años antes.

—No causaremos más problemas —dijo la chica.

Tragué saliva.

—No habéis causado ninguno.

Cuanto más hablábamos, peor me sentía. Seguían disculpándose. Sus mentes estaban abiertas de par en par, sin protección alguna. Sabía lo mucho que se avergonzaban de haber sido proveedores, de haber causado problemas, de haber existido, simplemente. Decir que no tenían demasiado amor propio era quedarse muy corto. Las marcas que el guardia les había dejado iban mucho más allá de los moratones.

¿No me había dicho algo parecido el mecánico al que había ido diez años atrás, después de mi experiencia con Tarque? No quería pensar en eso.

Después de salir del hospital, la policía me dejó libre. Podían haberme deportado por quebrantar la ley, pero no parecían muy deseosos de hacerlo. Tuve la impresión de que a quien querían deportar era al guardia que había presentado los cargos.

Mientras regresaba andando al hotel, tuve tiempo de pensar. ¿Cómo iba a enfrentarme al hecho de que el único humano vivo que podía ser mi pareja Rhon representara también aquello que yo más odiaba? Me pregunté si el padre de Jaibriol sería consciente de la ironía que suponía que al tratar de crear el arma definitiva para destruir a mi pueblo hubiera engendrado un ser humano notablemente decente.

La vida de Jaibriol, una vez que asumiera su posición como heredero del emperador, sería un infierno. Tendría que vivir como un Alton, atrapado entre gente que lo pondría enfermo. Todo apuntaba a que para sobrevivir tendría que convertirse en uno de ellos. Y si alguna vez descubrían la verdad, caerían sobre él de tal modo que, en comparación, la vida de los dos proveedores a los que acababa de dejar parecería grata. ¿Qué sería de Jaibriol cuando comprendiera la verdad sobre su futuro?

Ya conocía la respuesta. La había visto en mi medio hermano Kurj y, en cierto modo, en mí misma. La capacidad del espíritu humano para acarrear cargas es infinita.

Pero no quería imaginarme a Jaibriol como acabaría por ser. Quería recordarlo como lo había conocido aquella noche. Puede que conservara lo bastante de aquella humanidad para conseguir que un día el Emperador de Eskolia y él mismo se sentaran en una misma mesa para firmar un tratado de paz. Era el único emperador Alton al que podía imaginarme emprendiendo auténticas conversaciones de paz con nosotros. Y esa era otra razón por la que no podía revelar lo que había averiguado aquella noche.

«Conocía» a Jaibriol porque me había fundido con él. Aquélla era una experiencia que mi medio hermano Kurj jamás podría compartir. Aun en la inmensamente improbable eventualidad de que la oportunidad se presentara, Kurj nunca accedería a prestarse. Sin ella, nunca aceptaría mi convencimiento de que Jaibriol representaba nuestra única oportunidad de acabar la guerra sin perderla. El padre y el abuelo de Jaibriol lo habían creado para poner fin a la guerra, eso estaba claro, pero no por medio de un tratado de paz. Si Kurj llegaba a averiguar alguna vez que Ur Qox había engendrado un heredero capaz de hacerse con el control de Eskol-Net, no descansaría hasta tener a sus pies el cadáver sin vida del Heredero Alton, a ser posible después de haberle administrado una muerte larga y dolorosa.

Podía levantar barreras en mi mente para ocultar lo que sabía. Pero eso supondría un muro para todos aquellos a los que amaba. Rex sabría que algo andaba mal. Nunca sospecharía la verdad pero sabría que algo había cambiado.

Todavía era noche cerrada cuando volví a entrar en el vestíbulo de terciopelo y madera dorada del hotel. Al pasar junto al mostrador, la portera levantó la mirada del hololibro sobre el que había estado dormitando.

—Perdone, señora —dijo en inglés. Metió la mano bajo el mostrador y sacó un sobre—. Han traído esto para usted hace cosa de una hora.

¿Quién en Delos podía mandarme una nota en plena noche? Cogí el sobre.

—Gracias.

Lo abrí mientras me dirigía a las escaleras. La nota manuscrita de su interior rezaba: *Tengo que hablar contigo. Ven al muelle cuatro del puerto.* No estaba firmada.

Maldición. Estaba exhausta. Lo último que quería hacer en aquel momento era

irme de visita al puerto. Regresé al mostrador, donde la portera cabeceaba sobre su libro.

—¿Señorita?

Abrió los ojos.

—¿Sí?

—¿Quién esto viene?

Se me quedó mirando.

—¿Perdone?

Nunca había entendido por qué te pedían los Aliados que los perdonaras cuando eras tú la que no era capaz de hacerse entender.

—Esta nota —dije—. ¿Con quién viene?

—Un hombre. No sé quién era.

—¿Cómo es?

—Pelo negro. Ojos negros. Parecía turco.

—¿Qué es turco?

Sonrió.

—Turquía es un país de la Tierra.

¿Para qué quería un terrícola encontrarse conmigo en un muelle lejano de un puerto? Era una locura. Lo mejor sería que subiera a mi cuarto y me metiera en la cama. Pero ahora me sería imposible dormir hasta que no hubiera descubierto lo que quería. Así que volví a salir.

Tardé diez minutos en llegar al puerto, situado en una ensenada al sudeste de la Arcada. Las olas resbalaban sobre los arrecifes de coral cuyas afiladas puntas sobresalían del agua, varios centímetros algunas de ellas, otras la altura de un ser humano y otras diez o más metros. Por todas partes volaban chispas, insectos iridiscentes que revoloteaban entre los corales, construyéndolos con las secreciones de sus cuerpos al mismo tiempo que los esqueletos de los animales marinos alimentaban las zonas sumergidas. Destellos fosforescentes, azules y verdes, púrpuras y rosas, chispazos amarillos, saltaban de la superficie del agua. Las olas espumaban alrededor de las puntas de coral y alcanzaban grandes alturas en chorros burbujeantes. Había puertas y arcos y canales en el coral, pasadizos que permitían que hasta los cargueros más grandes entraran en la ensenada.

La luna pendía del horizonte como un enorme portal anaranjado apoyado en el mar, lo bastante grande para tragarse una flota entera de navios. El olor de la sal era tan intenso que casi podía sentir cómo se condensaba en mis labios. El dulce aroma del marinaje despertaba también mi apetito olfativo. Por todas partes se veían frondas de delicada vegetación, mezclada con diminutos insectos bioluminiscentes, traídas por las rompientes o arrastradas hasta los muelles por los estibadores que trabajaban en los barcos y a su alrededor.

La mayoría de los muelles estaba a oscuras, vacíos algunos de ellos y otros ocupados por embarcaciones que gemían en respuesta al viento que las mecía. Había

varias lámparas encendidas en el muelle veintisiete, donde un grupo de estibadores trabajaba en un carguero con velas de nervoplex púrpura fluorescente. Las grúas llevaban las cajas sobre las aguas y al interior de las bodegas del barco mientras los musculosos estibadores, con sus gorras azules y sus camisetas rojas, se gritaban órdenes unos a otros.

El muelle cuatro se encontraba en un extremo del puerto. Reinaba la oscuridad y un silencio desafiado solo por el rumor del oleaje contra los pilotes. Me aproximé por debajo del muelle, oculta entre las sombras. Hacía frío, tanto que tuve que arrebujarme en la chaqueta y subir la cremallera. Las olas se enroscaban alrededor de mis botas. El agua cubría primero el suelo y luego se retiraba para dejarme ver una franja de arena destellante, como polvo de piedras preciosas, que despedía un resplandor azul y dorado a la luz de la luna.

—¿Sausconia?

Me detuve. Había una figura alta junto a un pilote. Tenía el cuello levantado y una capucha sobre la cabeza, pero lo reconocí igualmente. Dudaba que me hubiera oído y sin embargo estaba mirando en la dirección en la que yo me encontraba.

—¿Jaibriol? —pregunté.

Se acercó a mí y se bajó la capucha. En las sombras, donde no se veía que tenía los ojos rojos y el cabello resplandeciente, me pareció aún más hermoso que antes.

—Empezaba a pensar que no ibas a venir —dijo.

Saqué el sobre.

—Acabo de recibir tu nota. ¿Cuánto tiempo llevas esperando?

—Una hora.

¿Tanto? ¿Por qué?

—La portera me ha dicho que la había traído un terrícola.

—He venido en la oscuridad para que nadie me reconociera. Luego pagué a un hombre para que te llevara la nota.

—Pero, ¿cómo has conseguido salir de la mansión sin alertar a los guardias? ¿No está activado el cibercampo?

—Conseguí que me dieran unas pocas horas más. —Con voz seca, añadió—. Se me está dando bastante bien. Siempre que Rak no esté. —Hizo una mueca—. Rak siempre insiste en que lo active. Casi creo que disfruta viéndome sufrir.

—¿Rak es el guardia que tiene los dos proveedores?

—Tenía —dijo Jaibriol—. Se han escapado.

Exhalé.

—Probablemente sí que disfruta viéndote sufrir, aunque no creo que sea consciente de ello. Tendrás que proteger mejor tu mente de él.

Durante un momento, se limitó a observarme. Entonces dijo:

—Me has dicho que los Aristos son sádicos. Me has mostrado los horrores. Y los proveedores de Rak se niegan a volver. No quiero creerlo... —Hizo una pausa—. Pero, digas lo que digas, mi guardia no es un Aristo.

—Tiene sangre de Aristo —dijo—. Probablemente más que tú mismo.

Su cólera se inflamó.

—Insultas a mi linaje sin considerar siquiera lo que puede significar para mí.

Le puse una mano en el brazo.

—Lo siento. Pero es la verdad.

Al sentir mi contacto, se puso tenso. A continuación suspiró, como si estuviera capitulando, y me atrajo a sus brazos. Entonces fui yo la que se puso tensa. Pero sentirlo allí, cálido y firme contra mi pecho, fue demasiado. Apoyé mi cabeza en su pecho y rodeé su cintura con mis brazos. Incluyó la cabeza, buscando mi cara con una torpeza inesperada. Su prodigioso intelecto y sus modales de Alton le hacían parecer mayor, hasta tal punto que yo había olvidado que era poco más que un adolescente que había pasado solo toda su vida.

En cuanto noté su beso, olvidé su edad. Nuestras mentes empezaron a fundirse de nuevo, una intimidad que hizo que mi deseo por él se inflamara como una capa de aceite con una llamarada.

Entonces la imagen de Rex pasó por mi mente. Mi anhelo por lo que Jaibriol podía ofrecerme era irrelevante. Le había hecho a Rex una promesa.

Lo aparté.

—Lo siento.

Al principio no quería. Finalmente, al ver que no respondía, sus brazos me soltaron.

—Confío en que ese tal Rex aprecie su suerte.

—No debería haber venido.

—Quédate, por favor. —Metió la mano en el bolsillo y sacó una carta. Era una tarjeta-V, la grabación escrita de un telegrama virtual enviada a su ordenador—. La recibí hace dos horas. Quiero que me digas lo que significa.

Cogí la carta... y me quedé helada. El sello era inconfundible: la había enviado su padre, el Emperador Qox. El encabezamiento indicaba que había sido descodificada por la consola de Jaibriol, así que debían de haberla enviado en secreto. Desde luego, el Emperador nunca hubiera esperado que un Jagernauta Imperial pudiera leerla.

El mensaje era breve: *J'abriol. He enviado banderas para resolver la situación en Tams. Dirígete allí para supervisar la operación.*

Cerré los ojos y volví a abrirlos para asegurarme de que había comprendido bien. Una «bandera» era un crucero pesado con toda su cohorte de naves de guerra de apoyo.

—¿Qué te han dicho que significa esto?

—Nada. Pero me lo imagino. Resolver la situación debe de significar que planea intimidarlos, y hasta puede que disparar sobre el planeta. —Habló libremente, divulgando información de forma voluntaria a un oficial enemigo sin siquiera utilizar el tono cauteloso que le había oído con todos los demás—. Mi padre quiere que esté allí cuando la situación se haya resuelto para que compruebe en persona cómo se

enfrenta uno a un problema como el de Tams. —Su voz rezumaba desprecio de sí mismo—. Menudo heredero estoy hecho. Creo que eso es lo que quiere cambiar.

—¿Tú piensas que Tams es un problema?

—Sí.

Apreté el puño sin soltar la tarjeta-V.

—Ese problema deriva de un montón de gente desesperada a quienes aterran sus conquistadores Alton.

—Sausconia. —Me cogió de los hombros—. Estás permitiendo que tus prejuicios empañen tu visión de la situación. Sé que lo crees. Pero yo veo las cosas de manera diferente.

Me aparté bruscamente, preguntándome si debía odiarlo al fin y al cabo.

—Entonces mira esto, Alton. —Puse la carta de nuevo en su mano—. Hemos interceptado unos mensajes codificados. ¿Quieres saber lo que significa «resolver la situación»? Esas naves van a inundar la atmósfera de Tams.

—¿Cómo puedes creer semejantes mentiras?

—¿Mentira? —Con gusto lo hubiera zarandado—. Lo he visto. Tu padre lo hizo en CJ4 y en Diana, cuando el pueblo expulsó a sus amos Aristos.

Su cólera se inflamó.

—Los habitantes de CJ4 se destruyeron a sí mismos con armas químicas. Nunca he oído hablar de Diana. Puede que vuestros ministros de propaganda la inventaran.

—No necesito convencerte —repliqué con voz más calmada—. Puede que hayas pasado toda tu vida protegido pero no eres ningún necio. En cuanto empieces a vivir entre los Alton descubrirás la verdad. Ya debes de sospecharla, a pesar de lo que dices, o no me habrías pedido que viniera esta noche.

No había arrogancia en su rostro, solo dolor.

—Si mi padre dice la verdad, debo creer que eres un monstruo. Debería matarte ahora mismo, antes de que tengas la ocasión de convertirte en emperatriz de Eskolia. Si tú me estás diciendo la verdad, es a él a quien debería matar. —Abrió las manos—. ¿Matar a una persona que amo? No podría hacerlo jamás. Ni a mi padre ni a ti.

Me quede mirándolo.

—¿Cómo puedes decir que me amas? Apenas hace unas horas que nos conocemos.

—Nos conocemos desde que nacimos. —Me tocó la sien—. Anoche pasamos todas nuestras vidas juntos.

Aparté la mano. Se equivocaba. Yo nunca podría amar al hijo del emperador de los Mercaderes. Era una mentira.

Jaibriol siguió hablando con voz suave.

—No va a desaparecer, Sausconia. Por mucho que lo niegues, viviremos con lo que pasó anoche el resto de nuestra existencia. Si nos convertimos en emperadores tendremos que vivir con ello aunque juremos destruir todo aquello que el otro valora.

—Tú no valoras lo que vas a heredar. Odiarás todo lo que representa. Y vivirás

sumido en el terror, sabiendo que solo estás a un paso de convertirte en su próxima víctima.

—Si eso es cierto, lo cambiaré.

—¿Cambiarlo? Dioses, Jaibriol. La estructura de vuestro imperio está construida, desde los cimientos al techo, sobre la necesidad de los Aristos de contar con proveedores. No se trata de un problema social que se pueda resolver ni unas pocas personas malvadas a las que se pueda apartar de sus cargos. No puedes eliminar su necesidad de tener proveedores, del mismo modo que no podrías eliminar su necesidad de comer o dormir. Inténtalo y te crucificarán.

Apretó los puños.

—Estás equivocada.

Seguí hablando con más delicadeza.

—Me da mucha pena el futuro que te espera. Ojalá pudiera cambiarlo.

—No quiero tu lástima. Te quiero a ti.

Su anhelo era tan intenso que casi podía tocarse, el dolor de un ser humano al que se le había negado el contacto de sus semejantes toda su vida desde el día de su nacimiento. Y yo lo quería tanto que me dolía. Pero si lo admitía, aunque fuera allí, donde nadie más que él y yo lo sabría nunca, no podría volver a mirar a la cara a ninguna de las personas que amaba.

—No puedo quedarme contigo —dije.

Aspiró hondo y respondió en su frío acento Alton:

—Entonces vete.

No sé cómo, logré volverme y alejarme entre las sombras.

Escuadrón Zabo

Regresé a toda prisa a la posada, llamando con la mente a Rex, Helda y Taas: *Levantad. ¡Ya!* Cuando entré en el vestíbulo, Rex bajaba corriendo por la escalera, desplegada como la cola de un vestido de novia de color rojo sangre. Pasé corriendo junto al dormido portero y me encontré con Rex en mitad de las escaleras.

—He averiguado por qué está aquí ese Aristo. —Hice una pausa para recobrar el aliento—. Es el hijo de Qox.

Rex se me quedó mirando.

—¿Qué?

—El Heredero. —Ahora que lo estaba diciendo en voz alta, me daba cuenta de lo fantástico que parecía—. El hombre al que vimos... Es el Heredero Alton.

Helda y Taas aparecieron a mitad de mi frase en el pasillo al que conducían las escaleras. Tardaron dos segundos en llegar hasta donde estábamos Rex y yo.

—Se llama Jaibriol —dije—. Jaibriol Qox. —Los miré a todos—. Por eso nos resultaba familiar a Rex y a mí. Se parece a su abuelo.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó Helda.

—Averigüé dónde se alojaba. Accedí al sistema informático de la casa. Su padre le envió un mensaje codificado sobre Tams.

—Sí que has estado ocupada —dijo Rex.

Hice una mueca.

—Me han arrestado, disparado, puesto en fila con cinco clones, interrogado, por cierto la policía más amable del mundo, y me han llevado al hospital para hacer una visita a dos proveedores que escaparon cuando irrumpí en la mansión de Qox. Han pedido asilo a los Aliados.

—¿Todo eso en una sola noche? —preguntó Taas.

Helda sonrió.

—¿Y para qué nos necesitas, Soz?

Aspiré.

—Porqué Ur Qox pretende inundar Tams.

—¿Qué significa eso? —preguntó Taas.

—En Diana, lo hizo convirtiendo el satélite del planeta en hidrógeno. En CJ4 utilizó un asteroide. Vierten el hidrógeno en la atmósfera y utilizan descargas gigantes para hacer que reaccione con el oxígeno y producir agua. —Hice una mueca—. Va a llover mucho en Tams. Cuando todo termine, no quedará oxígeno en la atmósfera y la superficie estará inundada. —Pensé en los textos religiosos de la Tierra que había leído. Ningún arca salvaría a Tams. Cuando Lucifer adoptaba el papel de Dios, nadie sobrevivía.

Los músculos de la mandíbula de Rex se tensaron. Él y yo habíamos formado

parte del batallón que había encontrado lo que quedaba de CJ4. El MEI había mantenido en secreto lo que habíamos encontrado. No queríamos provocar el pánico, que sería lo que ocurriría si la ciudadanía de Eskolia comprendía que cuando Qox derribara nuestras precarias defensas podría destruir nuestros mundos como ya había hecho con los suyos.

—¿Cuándo ocurrirá? —preguntó Helda.

—Ha enviado banderas —dije—. Pero no creo que hayan llegado todavía.

—Hay que avisar a Tams —dijo Taas—. Decirles que tienen que llevar a cabo una evacuación.

Rex replicó en voz baja:

—¿Y con qué van a hacerlo?

Eficaz. Esa era la palabra que Rex había utilizado para referirse al sabotaje que los Mercaderes habían llevado a cabo en Tams y del que Rastrecom nos había hablado. No me había dado cuenta de lo acertada que había sido la afirmación. ¿Cómo iban a evacuar Tams sin naves capaces de funcionar?

Taas miró a Rex.

—Aun sin las fábricas, tienen que haber intentado reconstruir los motores de sus naves.

—La reconstrucción no es su mayor problema —dijo Rex—. El problema son las Inteligencias Evolucionadas para pilotar las naves.

Asentí.

—Tams es una estación minera. Carecen de la experiencia necesaria para crear un programa de preparación de pilotos IE a partir de cero.

—Podríamos enviarles algunos —dijo Helda—. Preparándolos a partir de las IE de nuestras naves.

—Sí. —Taas se puso tenso como si estuviera preparándose para un lanzamiento—. Podemos ponerlos en drones robóticos y coordinar su lanzamiento desde la plataforma de armas del sector E.

Rex los miró.

—Pero si los drones no consiguen abrirse paso, no habrá tiempo para una segunda intentona antes de que lleguen las banderas de los Mercaderes.

—Los rebeldes controlan las defensas terrestres —dijo Taas.

—Aún así —dijo Rex—. Las defensas orbitales no son ninguna tontería. Y tenemos que conseguirlo al primer intento. La guerra ha evolucionado mucho más allá de la capacidad humana. Aunque los drones con pilotos IE no son rivales de la mente humana por lo que se refiere a la innovación, ningún humano tendría la menor posibilidad contra la capacidad de procesamiento casi tan rápida como la luz que posee un dron o su capacidad de soportar aceleraciones inmensas.

Salvo un Jagernauta.

El vínculo mejorado que unía nuestros cerebros y nuestras naves introducía nuestras mentes en la IE de la nave. Si a esto añadimos las innovaciones en la

tecnología de estasis, el resultado era un arma con la velocidad y resistencia de un dron y la capacidad de raciocinio superior de una mente humana.

—Somos la única escuadra del sector —dije.

—¿Cuándo partimos? —preguntó Taas.

Sin más. Nadie dijo nada sobre nuestras casi nulas probabilidades de éxito. Se limitaron a esperar mi respuesta, a esperar para seguirme a una batalla que no podíamos ganar. Aun en el caso de que llegáramos a Tams, era imposible que pudiéramos evacuar a tiempo.

Los pensamientos de Rex me alcanzaron. *Con que salvemos una sola vida, merecerá la pena.*

Rex... De algún modo conseguí ocultar mis pensamientos. Había tenido tanto miedo de que lo que había ocurrido aquella noche destruyera lo que sentía por él... Pero en cuanto sus pensamientos tocaron los míos, supe que nuestra conexión seguía siendo tan fuerte como siempre. Aquél era Rex, el que había estado años a mi lado, más que un amigo y muy pronto un marido. Ahora tenía que hacer lo que había jurado que no haría nunca: enviar a luchar al hombre al que amaba. Sí, llevaba años haciéndolo, pero solo había sido consciente de la verdad aquella misma noche.

Todos estaban mirándome, esperando órdenes.

Aspiré hondo.

—Primero tenemos que enviar un informe al cuartel general. —Dudaba mucho que los refuerzos pudieran llegar a Tams a tiempo, pero había que intentarlo—. Luego partimos.

Faltaban horas para la salida del sol cuando atravesamos las puertas del astropuerto. Nuestras naves esperaban cerca de la terminal. Naves Jag, los vehículos monoplaza a los que los Jagernautas debíamos nuestro nombre. Su denominación técnica era «caza JG-17». El nombre Jag derivaba de «Relámpago Jag», el apodo con el que los pilotos de pruebas se referían al prototipo, el JG-1.

Las naves estaban preparadas sobre el asfalto como obras de arte de alabastro. Cuando estaban posadas eran alargadas y tenían las alas extendidas. Una vez en vuelo, cambiaban para ajustarse a las necesidades de sus pilotos: alas extendidas para velocidades subsónicas; alas pegadas al cuerpo para vuelos supersónicos; formas más redondeadas para minimizar la superficie de contacto durante los vuelos interestelares; redondas para moverse con sigilo o en caso de batalla. En aquel momento tenían el casco liso y las armas escondidas en compartimientos ocultos.

Pasé junto a mi Jag. Mi mano se deslizaba sobre su superficie como un trineo sobre el hielo. El casco era de tellereno, un material compuesto formado por fibras microscópicas de moléculas de fullereno. El tellereno era ligero y resistente a la fatiga estructural y conservaba esta resistencia incluso en las elevadísimas temperaturas de una reentrada hipersónica. Además, poseía capacidad de auto-reparación. Los cabos sueltos de una molécula de fullereno se anudaban entre sí, con lo que la fibra se reparaba. El casco no mostraba apenas los arañazos, muescas y

demás señales que solían dejar los viajes espaciales. Esta suavidad era un factor más que aconsejaba su uso. Al igual que sus pilotos, los Jags eran una tecnología rara y muy avanzada, rápidos y letales.

Me detuve entre el morro y la cola de la nave. Si no hubiera estado al corriente de la existencia de la diminuta protuberancia plateada, puede que no hubiera sido capaz de localizarla en el impoluto casco. Apoyé la muñeca contra la protuberancia y esta se introdujo en una cavidad preparada al efecto.

Conexión, pensó mi nodo vertebral.

Verificada. La respuesta la dio Zabo, la Inteligencia Evolucionada de la nave.

La escotilla empezó a abrirse con un sonido de succión. Al principio no fue más que un diminuto agujero que se ensanchó hasta convertirse en un óvalo de tamaño humano, en un movimiento tan rápido que sus bordes despidieron una trémula vibración. Las puertas interiores y exteriores se abrieron simultáneamente. Zabo había analizado la atmósfera del exterior y la había encontrado aceptable.

Mientras entraba en el camarote, el casco interior se activó y empezó a despedir una luz difusa. El camarote era pequeño. Todo el espacio libre y los mamparos estaban ocupados por equipo: asientos ergonómicos de capullo y una litera, armas portátiles, un dispensador de comida, un procesador de agua y un grifo, todo lo que se necesitaba para sobrevivir en el espacio.

Me dirigí a la cabina. Cuando toqué la membrana que la separaba del camarote, el material se dilató del mismo modo que la escotilla, como el obturador de una holocámara de alta velocidad. Una vez dentro de la cabina, me senté en el asiento del piloto. Se ajustó a mi cuerpo como un guante y liberó el capullo, una película de tejido lo bastante gruesa para protegerme de la aceleración pero no tanto como para estorbar mis movimientos. A continuación, con un chasquido, el exoesqueleto se colocó en posición y quedé envuelta en una estructura de equipo. Un visor se colocó delante de mi cabeza y empezaron a aparecer datos en su pantalla.

En cuanto el asiento captó mi peso, las holopantallas delanteras se activaron y me ofrecieron una imagen tridimensional del exterior de la nave. La de Rex se encontraba a estribor y las de Taas y Helda a babor. Podía ver el astropuerto a mi alrededor, con sus pistas de aterrizaje y sus plataformas de lanzamiento.

El collarín del asiento del piloto se cerró alrededor de mi cuello y el psífono se insertó en la cavidad de la base de mi sistema cerebral. La familiar «voz» de Zabo, andrógina y callada, habló en mi mente: zabo a la escucha.

Recibido, pensé. No eran necesarios más procedimientos de acceso, códigos de seguridad ni nada de nada. Zabo estaba sintonizado con mi cerebro. Si cualquier otra persona hubiera tratado de utilizar el Jag sin autorización, hubiera desconectado y cerrado todos los sistemas de la nave.

Preparándose para psiberespacio, pensó Zabo.

Esta vez accedí a Eskol-Net como un paquete de ondas de color negro, y me extendí por la rejilla formando una colina de oscuridad. Al pasar junto a otros

elementos resplandecientes, éstos se mostraban fugazmente tras la negrura de mis ondas. Una chispa apareció junto a mí y creció hasta convertirse en un segundo paquete de ondas, rojo y titilante, con vetas de color fuego, seguido por otro dorado y otro verde.

Aquí Zabo rojo, pensó Rex.

Aquí Zabo oro, pensó Helda.

Aquí Zabo verde, pensó Taas.

Recibido, respondí. Aquella comunicación a cuatro bandas había durado una fracción de segundo.

Un psicono del tamaño de una pequeña cerradura empezó a parpadear en la esquina de mi pantalla mental. Mientras dirigía mi atención hacia él, Zabo pensó, velo de camuflaje a toda potencia. Presencia de escuadrón zabo indetectable para otros usuarios.

Enlace, pensé.

Zabo rojo enlazado, respondió Zabo. zabo oro enlazado. Zabo verde enlazado.

Con la amplificación que los Jags proporcionaban a nuestros pensamientos, captaba a Rex, Helda y Taas tan bien que sus pensamientos eran como un murmullo de fondo detrás de los míos. Cuando me concentré en la voz de Taas, esta ganó en volumen y pude oír las órdenes mentales que le daba a Zabo Verde. Me relajé y sus palabras regresaron al murmullo de fondo. Todas sus señales mentales estaban ahí, a mi alcance, esperando a que las llamara si las necesitaba.

Mi mente había necesitado años de disciplina para aprender a separar las visiones, sonidos, olores, sabores y sensaciones de tacto de sus señales mentales —lo que los Jagernautas llamábamos paisaje mental— de las percepciones de mi propio entorno. Había tenido que entrenar la mente para poder pensar con aquel constante ruido de fondo. La mayoría de los Jagernautas jamás lo lograba y esta era otra razón por la que existían tan pocos pilotos Jag.

Me froté las sienes. Pagábamos un precio por aquel enlace: la energía requerida para mantenerlo, tanto a nuestras mentes como a los recursos de las naves, limitaban su número máximo de miembros a cuatro Jagernautas. Los humanos no podían soportar por mucho tiempo la intensidad de aquella conexión. Nos arrebatava toda privacidad, no solo frente a nuestros compañeros, sino también frente al asalto de las emociones de nuestros enemigos. Pero cuando funcionaba, el enlace Jag era milagroso. Podíamos comunicarnos allí donde estuviéramos, en cualquier circunstancia, de forma instantánea.

¿Preparados?, pensé.

Zabo Rojo preparado, respondió Rex.

Zabo Oro preparado, respondió Helda.

Al cabo de un instante, pensé, *¿Taas?*

Otra pausa. A continuación: *Zabo Verde preparado*.

¿Algún problema?, pregunté.

No. Solo necesito un momento para acostumbrarme.

La demora era normal en un miembro nuevo del escuadrón. Pero en la situación a la que íbamos a enfrentarnos podía ser letal. En circunstancias normales no le hubiera pedido a un piloto novato que participara en una misión de combate. Pero no teníamos alternativa. Solo esperaba que su vuelo de estreno con el escuadrón no fuera el último.

Coordinad vuestros chequeos, pensé. La verificación por parte de cada nave de los análisis prevuelo de las demás nos proporcionaba un examen cuádruple del estado de preparación de los vehículos. Comprobamos todos los sistemas en orden: Navegación, cibernética, armas, comunicaciones e hidráulica.

Entonces Zabo pensó, comprobando motores de inversión.

Inversión. Aun después de tantos años de familiaridad, todavía tenía la capacidad de fascinarme. Mientras Zabo llevaba a cabo las comprobaciones de los motores, mis pensamientos lo seguían como un niño cautivado. No habíamos conquistado la barrera de la luz: la habíamos circunvalado. Alcanzar velocidades superlumínicas hubiera significado superar la velocidad de la luz, donde la masa de una nave se volvía infinita comparada con objetos más lentos, su longitud menguaba hasta la nada y el tiempo se detenía para ella. Era imposible. Durante siglos, el hombre había sabido que ninguna nave podía viajar más deprisa que la luz.

Durante siglos, el hombre había estado equivocado.

La solución había resultado muy sencilla. A velocidades superlumínicas, la masa y la energía se convertían en imaginarias, raíces cuadradas de números negativos. Para alcanzar el universo superlumínico, lo único que hacía falta era añadir una parte imaginaria a nuestra velocidad. Puf. La singularidad de la velocidad de la luz desaparecía. Una nave circunvalaba la velocidad de la luz como un hovercoche que abandonara la carretera para rodear un árbol. Salvo que, en el caso de las naves, la «carretera» era el universo real.

Por descontado, hacer los cálculos había sido más sencillo que fabricar el motor, o responder a los extraños efectos del viaje a más velocidad que la luz. Pero cuando nuestros antepasados lo habían conseguido, se había abierto para ellos el camino a las estrellas.

Habíamos adoptado la palabra «inversión» de la terminología de los Aliados porque representaba muy bien la sensación que provocaba el efecto. Pero también había razones más esotéricas. La «inversión» hacía referencia a una correspondencia matemática entre los universos superlumínicos y sublumínicos que habían calculado científicos terrícolas entre mediados y finales del siglo XXI.

Lo que el motor hacía en realidad era rotar la nave para sacarla del universo real e introducirla en uno imaginario. Durante la rotación pasábamos por un plano mal definido de la existencia en el que éramos en parte reales y en parte imaginarios. Lo mínimo que podía decirse es que la transición te desorientaba. Yo no tenía ganas de descubrir lo que podía pasar si pasábamos más de un instante allí. Así que nos

acercábamos lo máximo posible al «árbol» antes de dejar la carretera; acelerábamos hasta el punto más próximo a la velocidad de la luz que permitía alcanzar nuestro combustible y a continuación rotábamos para entrar en el universo superlumínico o salir de él.

Por desgracia, acercarse tanto al árbol significaba que había que abandonar la inversión a velocidades relativísticas, lo que suponía bombardear el área con radiación y partículas de alta energía. Hacerlo a poca distancia de objetos sólidos era como cortejar al desastre. Además, salir de la inversión en cualquier sitio que no fuera el vacío absoluto significaba que la nave desplazaba moléculas de materia con poder explosivo y sería destruida si chocaba con cualquier cosa.

La inversión había transformado de forma brutal la forma de hacer la guerra. La tecnología había avanzado hasta un punto en el que los humanos normales no podían ya participar en los combates. Con naves y misiles capaces de aparecer de la nada saliendo de repente del espacio superlumínico, a velocidades próximas a la de la luz, el concepto de frente se volvía obsoleto. Nuestras defensas se desarrollaban en concordancia con nuestra capacidad ofensiva, por lo que resultaba posible defender nuestros planetas con un cierto grado de seguridad. Pero no podíamos vigilar todo el espacio. Seguía habiendo enormes regiones en disputa, lugares en los que no había fronteras claras que delimitasen lo que era eskoliano, lo que era eubiano y lo que era aliado.

Comprobación de inversión completa, pensó Zabo.

Comprobación de impulsores. Aunque cerca de los planetas el Jag utilizaba un motor de fusión, en el espacio recurría a los impulsores de fotones.

Impulsor activado y preparado, respondió Zabo.

¿Combustible?

Contención de protones en niveles seguros.

Bien. El interior del tanque de contención magnética era un universo en sí mismo, un lugar real e imaginario simultáneamente, y que existía solo mientras el motor de inversión estaba en funcionamiento. Durante el vuelo absorbía combustible del inagotable flujo de rayos cósmicos del espacio complejo. El tanque dispersaba su contenido por el espacio complejo variando las partes imaginarias de carga y masa, lo que le permitía reunir y mantener mayor carga de lo que era posible en el espacio real. La situación era más sencilla que con las personas: el trauma psicológico derivado de tener partes imaginarias y reales al mismo tiempo no afectaba a las partículas.

Un selector recogía electrones relativísticos del espacio mientras la botella de combustible vertía positrones al área de interacción materia / antimateria. Interaccionaban en gloriosos despliegues de energía que nos proporcionaban impulso. La nave estaba protegida con escudos de rayos gamma y redes superconductoras de los escapes de calor residual que emitía al acelerar hasta velocidades asombrosas.

El último elemento era la bobina de estasis que impedía que la función de onda

cuántica de la nave cambiara durante la aceleración. Las fuerzas-g no podían dañarnos porque nuestra configuración molecular estaba paralizada durante la estasis. No es que nos congelásemos: nuestros átomos seguían vibrando, rotando y en general comportándose como lo estaban haciendo antes de que la bobina se activara. El reloj atómico que medía el tiempo que pasábamos en estasis seguía funcionando. Pero los átomos no podían cambiar su estado cuántico, lo que significaba que la nave y todo cuanto contenía se volvía completamente rígida, incluso frente a las colosales fuerzas que experimentábamos. Sin esa protección, las fuerzas-g nos habrían destrozado.

Interrupción, pensó Zabo.

¿*Qué ocurre?*, pregunté. La imagen de un satélite Aliado se introdujo en mi mente, representada con tal grado de detalle que se veían hasta los remaches de su casco. Apareció un mensaje codificado debajo de ella. Mientras el galimatías pasaba un instante por mi paisaje mental, Zabo me proporcionó una traducción visual y verbal.

Putos cohetes. El mensaje tenía que ver conmigo. Los Aliados estaban informando sobre mi arresto al Mando Espacial Imperial. Tiller Smith lo había traducido del griego al eskoliano.

Zabo, ¿por qué aparece esto ahora?

Cuando he detectado la transmisión, tu nodo vertebral ha reconocido el nombre «tiller smith» y lo ha marcado con una etiqueta.

Dirigí un pensamiento a mi nodo vertebral. *¿Por qué has marcado a Tiller Smith?*

Ha obtenido un 82 por ciento en tu escala de interés, pensó el nodo.

Eso no tenía sentido. ¿Por qué iba a dar una cifra tan alta el cálculo de interés por Tiller Smith? Lo último que necesitaba, cuando me estaba preparando para entrar en batalla, era que mi nodo vertebral se dedicase a introducir imágenes de satélite innecesarias en mi paisaje mental pre-vuelo.

Realiza un diagnóstico de tus rutinas de etiquetado, pensé. No hay razón para que Tiller Smith alcance un nivel tan elevado.

Comprobando. Y entonces: el nombre tiller smith no ha sido el causante de la etiqueta. Ha sido tu respuesta a los datos del libro que te regaló.

¿Por qué iba un libro de poesía indescifrable a agitar tanto a un nodo? *Cancela todas las etiquetas relacionadas con Versos en la ventana.*

Canceladas. La imagen del satélite desapareció.

Primaria V aldoria, pensó Taas, recibo en mi red un excedente de sus datos por satélite. No puedo detenerlo.

¿*Qué comandos has utilizado?*, pregunté.

Detener, Cancelar, Interrumpir, Salir, Salida, Adiós, Sistema, Cortar, Destruir, Descargar y Joder.

¿*Joder? ¿Qué es eso?*

Le he insultado.

Sonreí.

Prueba con Borrar.

Ya está.

El psicono de Borrar que utilizaba Taas apareció un instante en mi mente, una mujer de generosas proporciones vestida con unos jirones de tela y con una lata de pintura en la mano. Se pintó el dobladillo de la falda y los muslos quedaron un poco más al descubierto. A continuación regresó al fondo de Zabo Verde.

Me eché a reír.

¿Todos preparados para partir?

Preparado, pensó Rex.

Preparada, pensó Helda.

Preparado, pensó Taas.

Entonces vámonos, pensé yo.

Iniciando motores de fusión, pensó Zabo. Para las maniobras próximas a los planetas, el Jag utilizaba un reactor de fusión que producía un chorro de gas en estado de plasma para obtener impulso.

La torre de control nos dio el permiso de despegue en la plataforma doce. Pero mientras nos dirigíamos hacia allí, la voz del controlador de tráfico irrumpió en nuestro canal de comunicaciones.

—Lo siento, Primaria Valdoria. Tendrán que esperar un momento. Tenemos un obstáculo delante de la doce.

—Recibido. —Mientras nos deteníamos, pensé, *¿Cuál es el problema?*

Zabo respondió con la imagen de varias naves en una plataforma de despegue por la que teníamos que pasar para llegar a la doce. Estas naves están preparándose para despegar.

La insignia de los Mercaderes, un puma negro agazapado y preparándose para saltar, brillaba en sus cascos. Las naves esperaban bajo la luz de la primera alba. La luz de los focos de la plataforma de despegue hacía que sus cascos resplandecieran como si estuvieran hechos de hielo. La más esbelta era una Nave de Línea, la predilecta de los Aristos Alton. Las otras tres, más pesadas, eran Escoltas, guardaespaldas de la Nave de Línea. Habida cuenta de que las Naves de Línea solían llevar un solo escolta, o dos como mucho, no costaba mucho imaginar quién iba a bordo de aquella.

Rex habló en mi mente. *Qox.*

Sí, pensé.

Los pensamientos de Taas saltaron como un arco voltaico. *Deberíamos destruirlo ahora mismo, en la plataforma.*

Helda respondió con un pensamiento atronador, *Ja.*

Fruncí el ceño. *Lo que estáis proponiendo es un asesinato.*

Ja, asintió Helda.

Hagámoslo, pensó Taas.

No daba crédito a mis oídos. Hablaban en serio. Querían salir y destruir una nave

civil sin provocación previa, asesinar a un líder interestelar. *Ya basta*, les dije.

Todas mis señales indicaban que la plataforma doce estaba libre. Estaba segura de que podíamos haberla utilizado. Sin embargo, también lo estaba de que la torre no quería que nos acercásemos a las naves de los Mercaderes. Probablemente temieran que hiciéramos exactamente lo que Helda y Taas estaban proponiendo.

En aquel momento la plataforma de despegue estaba llenándose de luces estroboscópicas de advertencia. Alrededor de las naves se agolpaban y ensortijaban nubes de vapor. Uno de los Escoltas alzó el vuelo con un estallido de gases contra la plataforma que iluminó el área. Las demás naves la siguieron una detrás de otra. El ruido atronador de su partida resonó por mi mente y mis huesos.

Viajábamos por el espacio, tratando de dejar atrás el espectro de las banderas de Qox. En inversión podíamos ir tan deprisa como quisiéramos, pero nunca a velocidad *inferior* a la de la luz.

Si alguien en Delos nos hubiera estado observando, habría visto que nuestras naves menguaban de tamaño y aumentaban de masa conforme nos acercábamos a la velocidad de la luz. Después de pasar al espacio superlumínico, la aceleración hacía que aumentásemos de longitud y perdiésemos masa. Pero incluso después de alcanzar un millón de veces la velocidad de la luz, la nave seguiría pareciéndome normal. Yo estaba, a fin de cuantas, en el mismo sistema de referencia. Pero a cualquiera que estuviera en Delos le parecería que teníamos apenas unos gramos de masa y una longitud de varios miles de kilómetros.

A velocidades superiores a 141 por ciento de la velocidad de la luz, el tiempo se contraía. En aquel momento podíamos pasar un siglo en el espacio y en Delos no transcurriría más de una hora. Si alguna vez alcanzábamos una velocidad infinita, nuestros Jags, infinitamente ligeros, se extenderían de uno al otro confín del universo y el tiempo quedaría parado en todas partes mientras la eternidad transcurría para nosotros.

Pero existía un problema. Cerca de la velocidad de la luz, el tiempo se dilataba. Pasaba más despacio para nosotros que en Tams. Nos habíamos acercado demasiado a la velocidad de la luz antes de la inversión y la dilatación temporal nos había adelantado unas horas hacia el futuro, robándonos un tiempo precioso que necesitábamos desesperadamente.

Zabo, traza un curso de aceleración temporal, pensé. Compensa la dilatación temporal.

Curso trazado.

Bien. A velocidades superlumínicas podíamos viajar al pasado relativo de Tams. Si alguien hubiera podido observar el proceso, habría visto lo siguiente: después de que dejáramos Delos, mientras estábamos en ruta hacia Tams, cuatro nuevas naves y cuatro naves de antimateria aparecerían en el sistema Tams, creadas por disociación de protones en las proximidades del planeta. Las naves de materia y sus pilotos serían idénticos al escuadrón Zabo. De hecho, *eran* el escuadrón Zabo.

Mientras las naves de materia seguían rumbo a Tams, el pelotón de antimateria regresaría a Delos a velocidad superlumínica siguiendo una trayectoria temporal inversa y ganando combustible en lugar de perderlo, como una película pasada al revés. En el punto en que yo acababa de dar la orden de «girar» y trazar un curso de aceleración temporal, en Tams habrían visto cómo nos encontrábamos con las naves de antimateria y éramos aniquilados. La energía de los protones creados por nuestra mutua destrucción equilibraba la que se había perdido cuando las nuevas naves y sus hermanas de antimateria habían aparecido.

Dado que nosotros estábamos en reposo relativo con respecto a nuestras naves, no vimos ninguna destrucción o creación extrañas. Simplemente viajamos de Delos a Tams. En cualquier caso, el resultado fue el mismo: los cuatro Jags llegaron a Tams poco después de haber salido de Delos.

Me hubiera gustado muchísimo poder llegar a Tams *antes* de salir de Delos, con tiempo suficiente para evacuar el planeta. Pero ninguna nave o misil había conseguido jamás burlar la ley de la causalidad saliendo de inversión antes de haber entrado en ella. Lo mejor que se podía lograr era llegar al destino un instante después de haber invertido en el punto de origen. En la práctica, siempre se tardaba más, un tiempo que podía variar entre horas y días. Cuanto más lejos se viajaba, más errores se acumulaban y mayor era la discrepancia. Confiaba en que consiguiésemos llegar a tiempo. Aunque las banderas de Qox tenían que recorrer mayor distancia, llevaban sistemas enteros dedicados a optimizar las variables espaciotemporales.

Pero nosotros contábamos con una ventaja que nunca podrían igualar.

Ninguna señal electromagnética podía alcanzar a una nave superlumínica. El único modo de hacerlo era enviar partículas superlumínicas —taquiones—. Pero hasta el momento nadie había conseguido que los taquiones fueran portadores fiables de información, habida cuenta sobre todo de que durante las inversiones, las señales podían llegar antes de ser enviadas. Así que las naves invertidas viajaban en una especie de limbo, aisladas unas de otras. Un escuadrón que entrara en formación podía quedar disperso en el espacio y el tiempo. Cuanto mayor fuera su desplazamiento temporal, más tendrían que esperar las naves que lo formaran para reunirse y cuanto más se desplazaran en el espacio, más tendrían que recorrer las señales.

Rex, Helda, Taas y yo éramos una sola mente. Más que una mente. Éramos parte de Eskol-Net, lo que significaba que teníamos comunicación instantánea, no solo entre nosotros sino también con todas las mentes enlazadas a la red informática interestelar. Podíamos coordinar nuestras acciones con una velocidad que desafiaba a la misma velocidad de la luz.

Pero el psiberespacio tenía sus limitaciones. Si tratábamos de averiguar nuestro futuro entrando en Eskol-Net después de que la dilatación del tiempo nos hubiera enviado al futuro, nos enlazaríamos con una línea temporal futura y seguiríamos enlazados en ella cuando regresáramos al presente. El tiempo necesario para disolver

y reformar el lazo podía matarnos a todos. Lo único que nuestro vistazo al futuro revelaría sería que habíamos muerto en batalla porque no sabíamos lo que las naves a las que íbamos a enfrentarnos estaban haciendo cuando se inició el combate.

Podíamos mirar el futuro y a continuación salir de Eskol-Net y reentrar en ella cuando hubiéramos regresado al presente. Pero eso significaba viajar por la inversión sin un psienlace. Nos separaríamos en el espacio y el tiempo, lo que anularía la razón de nuestra principal ventaja. El mero acto de comprobar nuestro futuro aumentaba las posibilidades de que descubriéramos que habíamos muerto en combate.

Zabo, pensé. Comprueba la Red. ¿Hay alguna lectura sobre las banderas de Qox?

Un explorador imperial ha avistado naves de guerra eubianas. Su trayectoria intersecta la órbita de tams. Una estimación de su tiempo de llegada apareció en mi paisaje mental.

¿Cuántas naves?, pregunté.

Aparecieron diferentes visiones de las naves de los Mercaderes. Dos cruceros pesados, una plataforma orbital y tres naves escudo. Y también una nave laboratorio.

Hice una mueca. Esas tenían que ser las banderas Mercaderes. Una nave laboratorio podía convertir una luna o un asteroide en hidrógeno para hacer que reaccionara con la atmósfera de Tams. Pero al menos las banderas no sabían que nos dirigíamos allí. Yo pretendía llegar y salir de Tams antes de que aparecieran.

Zabo reemplazó la visión de las naves Mercaderes con imágenes de las de Jaibriol. Su trayectoria actual las sitúa en tams aproximadamente al mismo tiempo que las banderas eubianas.

¿Algún dato sobre la situación en Tams?

Nuestros últimos informes de inteligencia afirman que los rebeldes siguen controlando las defensas terrestres. Sin embargo, ninguno de los nodos de enlace con eskol-net que existen en tams está operativo en la actualidad.

No era de extrañar. Los Mercaderes los habrían destruido lo más rápido posible para asegurarse de que nuestra capacidad de seguir la situación quedaba comprometida.

Taas envió un pensamiento. *¿Qué hay de los sistemas de defensa orbital?*

Parecía calmado pero yo sentí su tensión. Zabo respondió a mi pensamiento mostrándome a Taas en su cabina. Aparecieron datos debajo de la imagen: pulso, presión sanguínea, temperatura, tasa de respiración y actividad cerebral.

Eh, pensó Taas, estoy bien.

Habrán montones de sat-señuelos en órbita. Estos pequeños satélites, que normalmente se podían destruir con un misil o un láser, contaban con firmas electrónicas que los hacía aparecer como objetivos de gran importancia frente a las naves o misiles enemigos. *También drones robóticos. Y posiblemente un Centinela con tripulación robótica.*

¿Por qué un Centinela?, preguntó Helda. Las plataformas son vulnerables

cuando están en órbita.

Zabo pasó a Rex, que tenía más experiencia. *No tienen razones para esperar un ataque, pensó. No hay satélites en los que emplazar bases, así que la vulnerabilidad del Centinela se compensa con el hecho de que los rebeldes controlan las defensas terrestres.*

¿Y Solos tripulados?, pensó Taas.

Solo unos pocos, pensó Rex. Normalmente basados en superficie. Pero en este caso podrían estar en órbita.

En especial teniendo en cuenta que llevan IE, pensé. Lo único que los rebeldes tenían que hacer era capturar un Solo y ya tendrían una IE para adaptar a sus propias naves.

La posibilidad de que hubiera un Centinela me preocupaba. La plataforma aumentaría la peligrosidad de las defensas orbitales. En teoría, un escuadrón de Jags saliendo por sorpresa de inversión podía acabar con una plataforma orbital sin ser destruido. En la práctica, si no lo derribábamos inmediatamente, mientras contábamos con la ventaja de la sorpresa, nuestras probabilidades descenderían en picado.

La mejor estrategia era salir de la inversión lo más cerca posible de Tams y lanzar una nube de misiles inteligentes. La inmensa energía cinética asociada a una velocidad próxima a la de la luz convertiría a los misiles en balas con la potencia de una explosión de varios megatones. Los planetas importantes contaban con defensas contra ataques relativísticos, pero Tams era una pequeña estación situada en una región apartada del espacio. Además, los Mercaderes sabían que no nos convenía actuar abiertamente contra ellos. En aquel momento debían de estar concentrándose en los rebeldes.

Pero todo esto solo significaba que teníamos una posibilidad de salir victoriosos. El que fuera remota o no es otra cuestión. Yo había visto los datos sobre el SDO de Tams, su sistema de defensa orbital. No era ninguna minucia. Y dado que la conexión del sistema con Eskol-Net estaba interrumpida, la información que teníamos sobre él era incompleta.

¿Y misiles tau?, preguntó Helda.

Tienen, pensé. Esperemos que no demasiados. Los taus estaban equipados con motores de inversión. Sin embargo, teniendo en cuenta que el problema que los Mercaderes afrontaban se encontraba en el planeta, yo esperaba que hubieran puesto los caros y voluminosos misiles tau en uno de los últimos puestos de su lista de prioridades.

Por supuesto, podían haber acabado en un abrir y cerrar de ojos con la rebelión lanzando un tau contra Tams a velocidad relativística. Los rebeldes partían de la misma base que el resto del universo, que Ur Qox no destruiría un objetivo valioso.

Todos estábamos equivocados. La resistencia de Tams era un símbolo de desafío, más poderoso en la mente obsesiva de Qox de lo que ninguno de nosotros había

comprendido, tan poderoso que quería destruirlo de la manera más dramática posible como advertencia para otros a quienes se les ocurriese la idea de desafiar su poder.

Introduje mis conclusiones en el enlace. *Cuando llegemos a Tams, nuestras ventajas principales serán la sorpresa, la velocidad y el enlace Jag. Desventajas: somos solo cuatro Jags contra un SDO completo y no podemos comunicarnos con Tams hasta que salgamos de la inversión. Estrategia: reinvertimos cerca del planeta, a no más de veinte millones de kilómetros, con una separación de cien mil kilómetros entre cada nave. Transmitimos nuestra advertencia a los rebeldes utilizando los comunicadores de neutrinos y la modulación de nuestros escapes de gas.* Los Mercaderes tendrían dificultades para detenerlas: la radiación gama producida por nuestros gases sería una baliza espectacular y los neutrinos eran capaces de atravesarlo casi todo.

Inmediatamente después de la reinversión lanzamos una nube de VMER.89c. Los vehículos múltiples e independientes de reentrada volarían a un 89 por ciento de la velocidad de la luz, lo que les proporcionaría el equivalente a la energía de una bomba de varios megatones. *Después de acabar con el SDO, entregamos las IE.*

Comprendido, resonó el eco de la respuesta de las cuatro naves.

Preparados para reinversión, pensó Zabo.

Encendí los impulsores de fotones... y entré en estasis. Si supe que había estado inconsciente durante la deceleración fue únicamente por el cambio discontinuo del dato de velocidad que aparecía en las pantallas. Volví a encender los impulsores y el Jag deceleró un poco más. Fue frenando en una serie de saltos que yo percibí como un proceso continuo.

Las estrellas se movían hacia delante, convergiendo en dirección a un punto situado directamente en frente de la nave. Sus colores fueron cambiando, acercándose al extremo azul del espectro hasta que se volvieron ultravioletas y desaparecieron de mis pantallas. Zabo superpuso una rejilla sobre los holomapas que mostraban la posición de las estrellas mientras se colapsaban sobre el punto...

... Y, con un rugido, salimos de inversión en una formación perfecta. En el mismo momento, enviamos nuestro mensaje de advertencia al planeta, precedido por un enjambre de VMER.

Zabo inundó mi mente de datos. El SDO de Tams estaba formado por lo que parecía una flota entera de Centinelas. Pero yo reconocí aquellas firmas de energía. La mayoría eran señuelos, seguro.

Taus captados... han desaparecido, pensó Zabo.

¡Maniobra evasiva!

... y salí de la estasis. Zabo había llevado a cabo un cambio de trayectoria tan brusco que la bobina de estasis se había conectado automáticamente para protegerme de la aceleración letal.

Taus detonados a proa, pensó Zabo. Fluyeron los datos a una velocidad que mi mente nunca podría haber absorbido sin ayuda. Misiles tau equipados con motores de

inversión estaban atacando nuestros VMER. Una vez que captaron nuestras posiciones reinvirtieron, y su explosión destruyó algunos de nuestros proyectiles en violentos estallidos de radiación.

A esas velocidades, los taus tenían que invertir para cogernos. Pero su paso por los regímenes relativísticos y superlumínicos les hacía perder precisión. Si hubieran sido capaces de seguirnos mientras volábamos en inversión, nuestras tácticas evasivas habrían fallado. Pero no fue así y llegaron con varios segundos de retraso. Habíamos pasado como exhalaciones por el punto en el que nos esperaban.

En aquel momento nos encontrábamos muy lejos de la órbita del planeta, dirigiéndonos hacia el sol de Tams. Volvimos a acelerar, entrando y saliendo de estasis mientras nos acercábamos a la velocidad de la luz.

Inversión, pensé.

La familiar sensación de torsión me revolvió el estómago. Entramos en el espacio superlumínico y seguimos acelerando hasta alcanzar una velocidad millones de veces superior a la de la luz. El tiempo pasaba más deprisa para nosotros que en Tams, de modo que podíamos dar la vuelta y reentrar en el sistema pocos segundos después de habernos marchado.

La reinversión nos dejó a varios millones de kilómetros de Tams, en una trayectoria que iba de la estrella al planeta. Soltamos una nueva nube de VMER.

SDO esterilizado, pensó Zabo.

Verificación. El pensamiento provino de los cuatro a la vez.

Verificado. Zabo nos ofreció los datos. Habíamos eliminado el sistema entero: taus, señuelos, drones y un Centinela orbital.

Oí un suspiro entrecortado procedente del canal de comunicación del Jag de Taas. Helda empezó a aullar de alegría y Rex me envió una imagen de su rostro con una sonrisa exultante. Yo también estaba sonriendo. ¡Lo habíamos conseguido!

La risa de Taas irrumpió en mi mente. *Las probabilidades estaban en nuestra contra pero hemos vencido.*

Sonreí. *Seguid decelerando mientras nos acercamos al planeta.*

«Pisamos el freno», entrando y saliendo de estasis una y otra vez. Ya estábamos muy cerca de Tams. Nuestra velocidad era casi lo bastante baja para una reentrada atmosférica. Frenamos de nuevo...

El aullido de una alarma me sacó de la estasis. Mi paisaje mental se llenó de datos: el planeta estaba escupiéndolos Solos y drones cibernéticos.

¡Maldición! ¡Activad sistemas de camuflaje!

Tres voces respondieron a la velocidad del pensamiento. *Activadas.*

Desaparecimos. Los sistemas de cuerpo negro convirtieron el lustre de alabastro del casco de nuestras naves en superficies que no reflejaban la luz. Pero, en el mejor de los casos, la protección que nos proporcionaba era mínima: los Mercaderes sabían que estábamos allí y cuando acelerábamos, el chorro de gases revelaba nuestra posición.

Helda, baja lo más deprisa posible. Te cubriremos. Envía las IE en un dron. El que los rebeldes las recuperaran o no era otra historia. Pero a estas alturas no teníamos alternativa. Habíamos perdido la ventaja de la sorpresa y la velocidad y nos habíamos quedado sin VREM. Tampoco podíamos recurrir a la inversión.

Para invertir teníamos que acelerar casi hasta la velocidad de la luz, lo que significaría dejar a Helda indefensa mientras ella trataba de dejar la carga.

Los solos y drones estaban saliendo de una base subterránea. Los análisis indicaban que los que estábamos viendo eran los últimos y asediados restos de las defensas terrestres. Los escáneres calculaban que la mayoría de las defensas terrestres habían sido destruidas. Zabo calculó que existía un 84 por ciento de probabilidades de que los rebeldes hubieran sido vencidos y hubieran decidido volar las instalaciones antes de permitir que cayeran de nuevo en manos de los Mercaderes.

Aniquiladores Primarios, pensé. Al igual que los fusionadores y los impulsores de fotones, estas armas se basaban en el principio de la aniquilación de pares. La tecnología de inversión había abierto el camino a eficientes armas de antimateria. Los aniquiladores utilizaban antiprotones, cuya energía era doscientas veces superior a la de los positrones y millones de veces superior a la de los débiles bitones de los fusionadores. Una vez acelerado, el haz se neutralizaba y enfocaba pasándolo por finas superficies metálicas en los que recogía positrones.

A pesar de las desventajas de las armas de rayos, eran más difíciles de evitar que los misiles inteligentes. Los aniquiladores eran el mejor sistema de ataque contra las naves que utilizaban «escudos» de estasis. Un objeto en estasis podía sobrevivir a fuerzas inmensas, lo que incluía el fuego enemigo. Aunque una nave en estasis era más vulnerable a un misil enemigo que a los efectos de la aceleración, seguía siendo difícil de destruir. Pero aniquilar la materia en estasis era más fácil que deformarla, lo que convertía a las armas de rayos en una herramienta vital en combate.

Zabo, pensé. ¿Alguno de esos drones o Solos tiene capacidad de inversión?

Sí. Zabo me mostró lo cuatro drones y cinco Solos que contaban con impulsores de fotones. Tres de los Solos contaban también con sistemas de VREM.

Rex profirió una imprecación y yo apreté los puños. Esos tres Solos podían recurrir a la misma táctica que nosotros habíamos utilizado contra el SDO. Sí, estábamos bajo aviso y podíamos utilizar señuelos para desorientar a sus VREM, pero no me hacía falta una IE para saber que aun con eso nuestras probabilidades eran escasas. No podían invertir y reinvertir simultáneamente, en especial estando nosotros allí, lo que significaba que el primer Solo que disparase sus VREM posiblemente destruyera a los demás al mismo tiempo que a nosotros.

La pregunta era: ¿Estaban dispuestos a matarse para matarnos?

No tenía ganas de averiguarlo. Había que destruirlos antes de que tuvieran la oportunidad de intentarlo.

Mientras Rojo y Oro se dirigían hacia dos de los Solos, Zabo me mostró un dron en una trayectoria de intercepción con nosotros. Disparando, pensó Zabo.

Mi aniquilador atravesó los campos magnéticos que escudaban al dron. Los haces no son nunca perfectamente neutros y los escudos magnéticos desviaron algunas partículas cargadas. Pero la mayor parte alcanzó su objetivo. Al hacer blanco, la aniquilación provocó un chorro de piones, que iniciaron otras reacciones devastadoramente exógenas y dieron luz a partículas y radiaciones que atravesaron los motores de fusión, los sistemas de armas, los motores de inversión, los generadores que mantenían los campos de contención de antimateria...

... Y el dron desapareció en un silencioso estallido de radiación y restos. Una parte de ellos se desvaneció con el espeluznante efecto de *succión* creado cuando la materia real se colapso en el espacio complejo que había dentro del tanque de contención de combustible.

Advertencia: pensó Zabo. zabo verde detectado.

Taas disparó a uno de los Solos con VREM a pesar de que todavía estaban a miles de kilómetros de distancia. Zabo resaltó el disparo en mi pantalla. El color rojo indicaba que se trataba de un misil tau. Voló veloz hacia su objetivo como una diminuta —y volátil— astronave. Los taus eran demasiado voluminosos y los Jags no podían llevar demasiados. Taas acababa de utilizar la cuarta parte de su reserva.

Y la había perdido. El Solo respondió con un disparo de Aniquilador. El tau explotó lo bastante cerca para destruir al Solo, pero la nave permaneció entera, sumida en estasis por su IE. Se alejó de Taas y se dirigió hacia mí como un sólido rígido en movimiento por una superficie sin fricción.

Entonces salió de la estasis... y yo contuve un jadeo mientras mi mente era asaltada por el terror, un terror ajeno, extraño y sobrecogedoramente familiar al mismo tiempo.

Bloqueando, pensó Zabo. El psico de Bloqueo parpadeó en mi mente y no desapareció. Aunque el miedo remitió, no se desvaneció del todo. Mientras mi concentración mejorada estuviera enfocada tan íntimamente en el Solo, no podría aislarme por completo de las reacciones del piloto.

Me golpeó como un hovertrén. Estaba tan asustado, era *tan joven*... Poco más que un niño, que nunca había esperado entrar en combate cuando le dieron aquel sencillo destino en Tams... *Nunca quise volar en un Solo, nunca quise ni acercarme a uno. ¿Cómo he podido llegar a pensar que iba a hacer realidad mis sueños, iba a elevarme a la casta de los artesanos? Ahora voy a pagar por ese sueño.*

¡Zabo, bloquea! Mi cara estaba bañada en lágrimas, las lágrimas de mi enemigo. El psico parpadeaba fútil en mi mente, una vez tras otra.

Disparando, pensó Zabo.

Mi aniquilador hizo blanco en el Solo a corta distancia y lo redujo a la nada. Me estremecí mientras el aullido agónico del muchacho vibraba en mi mente.

Zabo. Contuve una exhalación temblorosa. Desconecta los centros emocionales. Desconectados.

Entonces la parte de mi cerebro que gritaba en protesta por el asesinato fue

recluida en una prisión de muros de cristal, donde se la veía pero no era necesario escuchar su voz y desde donde no podía impedirme hacer lo que tenía que hacer.

Rojo y oro han sido captados por un sistema de adquisición de objetivos. Zabo me envió imágenes de Helda y Rex, que estaban enfrentándose con dos drones y uno de los Solos con lanzaderas VREM. También me mostró otros tres drones en una trayectoria de intercepción contra nosotros.

Cambia a maniobra evasiva número dos, pensé. Zabo activó los cohetes de maniobra, impulso «en frío» de los motores de fusión y empezó a realizar cambios bruscos de trayectoria separados por un segundo o menos. El capullo me protegía contra las aceleraciones menores y Zabo activaba la estasis cuando las fuerzas eran letales. Mi Aniquilador disparó y uno de los drones explotó en un violento destello de radiación.

Un disparo de Aniquilador de otro de los drones perforó el espacio en el punto en que acabábamos de estar. Las naves cibernéticas no necesitaban la estasis puesto que no tenían que mantener vivos a sus pilotos, lo que les proporcionaba mayor maniobrabilidad que a los Jags. Pero su capacidad táctica estaba limitada por la IE que la manejaba. Aunque una IE madura y bien desarrollada se acercaba a la capacidad de raciocinio de una mente humana, no se acercaba lo suficiente ni de lejos. Zabo y yo habíamos trabajado juntos durante dos décadas, sometiéndonos a mejoras todos los años, y nuestra síntesis había llegado mucho más allá de lo que cualquier IE o mente humana podría alcanzar nunca por sí sola.

Mi Jag pasó junto al tercer dron y lo abatió con un disparo de Aniquilador. Al mismo tiempo que el dron explotaba, Zabo me mostró la imagen de otro Solo con VREM. Se encontraba a miles de kilómetros de distancia, con los sistemas de sigilo activados, utilizando velos para ocultarse mientras se me acercaba a gran velocidad. Aun sin los sistemas de detección de Zabo, yo habría sabido que estaba ahí. Sentía al piloto. Era un artesano con sangre de Aristo, lo mismo que los guardias de Jaibriol.

Pasa al Impactor, pensé. El Aniquilador se había quedado sin munición. Por muy avanzada que fuera la tecnología de inversión, los Jags contaban con espacio limitado para llevar antimateria y una gran parte de ella se utilizaba como combustible para el motor de positrones.

El Solo cayó sobre mí como un caballero en un torneo. Mientras pasábamos el uno junto al otro, separados apenas por mil kilómetros, disparé el Impactor, un chorro de bombas de racimo inteligentes que detonaban al impactar como pequeñas bombas H. El Solo estaba virando con una maniobra evasiva, liberando nubes de polvo inteligente para tratar de confundir mis sistemas de rastreo. Mi disparo falló en la primera pasada y se perdió en el espacio sin causar daño.

El Solo había disparado su Aniquilador. Rozó mis escudos magnéticos y sus partículas salieron despedidas en todas direcciones, pero no me hizo nada. El sistema estadístico me informó de que había estado en estasis varias veces durante los últimos segundos.

Las bombas de racimo de mi Impactor estaban siguiendo ahora al Solo. Su polvo de señuelo replicó. Parte de él hizo detonar las bombas de racimo y otra parte vino tras de mí. Mientras nos alejábamos, Zabo liberó también una nube de polvo de señuelos que se desperdigó tras de nosotros en un cono, dejando un rastro de explosiones.

Impacto recibido por zabo oro, pensó Zabo.

Oro, informa, pensé.

He perdido los escudos magnéticos y los Aniquiladores, respondió Helda.

Bastaba con mirar los datos de control de daños de su nave. La pantalla de alarmas de su Jag estaba tan iluminada que parecía un árbol de navidad. *Helda, sal de ahí. Regresa al cuartel general e informa. Rex, cúbrela.*

Recibido, pensó Rex.

Impacto recibido por zabo verde, pensó Zabo. El sistema de control me mostró que los daños eran muy inferiores a los sufridos por Helda.

¿Taas?, pensé.

Estoy bien, respondió... y lo subrayó con un impacto directo en un dron. Con una fugaz detonación pasó a formar parte de los archivos de historia.

Solo a babor, me advirtió Zabo.

Al instante volví a fijarme en el nuevo Solo. *Impactor, patrón de disparo K. Suelta polvo de señuelo.*

El nuevo Solo esquivó mi disparo. El piloto respondió con su Impactor pero las bombas no buscaban mi Jag. Estaban dirigidas contra una zona situada a babor de mi nave... y estuvieron a punto de alcanzar la nave cuando, al tratar de esquivar el ataque, saltó casi a aquella posición exacta.

Proferí una imprecación. El piloto era bueno. Demasiado bueno. *Zabo, patrón de evasión Q.*

Muere, dulce Jagernauta.

El pensamiento del Solo me golpeó como un arma. No era un telépata quien había enviado el mensaje, ni nadie que se pareciera remotamente a un telépata. Pero se formó en su mente con tan resuelta intensidad que, en el estado en que me encontraba, no pude por menos que captarlo. El pensamiento me envolvió con un sofocante y asfixiante desprecio y una lujuria tan intensa que me dieron ganas de vomitar. *Muere, dulce Jagernauta. Muere. Ahora. Lentamente. Dolorosamente. Muere, dulce émpata.*

Los amos habían llegado. Aquel piloto era un guerrero Aristo.

Dispara Impactor. Estaba temblando, tratando de librarme de la concentración del Aristo. Pero era incapaz de hacerlo. El único modo de conseguirlo habría sido separar mi mente de Zabo, lo que hubiera sido un suicidio.

El Solo viró en un patrón evasivo y mi disparo apenas rozó su nave. Varios racimos explotaron pero la estasis salvó la nave.

Mis detectores captaron un nuevo Solo, que empezó a seguir a mi Jag con tanta

destreza como el primero. Una segunda «voz» me asaltó: *Muere Jagernauta*.

... Y empecé a caer, caer, caer a una cavidad, un agujero oscuro, presa, atrapada...

Bloqueando, pensó Zabo. El psicono parpadeó en mi mente y la sensación remitió.

Zabo, impac...

El Jag fue zarandeado por una sacudida y me golpeé el hombro contra el exoesqueleto que rodeaba mi cuerpo. Estadísticas me informó de que había estado en estasis durante casi un segundo. Empezaron a sonar alarmas en la cabina y en mi paisaje mental.

Onda expansiva a babor, pensó Zabo. impactor de babor destruido.

Dulce Jagernauta, el pensamiento se deslizó por mi mente como una oleosa caricia. *Eres mío*. Un segundo pensamiento se unió a él, como un eco hambriento. *Mío*.

Y entonces penetró otro pensamiento: *muere, pequeño Jagernauta...* y un tercer Solo se materializó, abandonando un camuflaje que ni siquiera Zabo había sido capaz de detectar, y disparó.

Mi Jag se estremeció violentamente y empezaron a sonar alarmas. Impacto a estribor, pensó Zabo. los aniquiladores han dejado de funcionar.

Dispara taus, pensé. A los tres.

Tres de mis cañones dispararon y sus fauces expulsaron misiles tau. Los misiles entraban y salían de estasis mientras volaban en pos de las naves de los Aristos. Uno de los Solos huyó y aceleró en dirección opuesta al planeta, seguido de cerca por el tau. El segundo destruyó el misil antes de que consiguiera alcanzarlo. El tercer misil hizo blanco en uno de los Solos con VREM, que fue destruido en una violenta detonación.

El Solo que había destruido el tau se alejó, sin que la furia de su piloto dejara de gritar en mi mente: *muere, Jagernauta. Agonizando*.

... Y el primer Solo reapareció saliendo de la inversión a pocos kilómetros de distancia. Los gases de su nave regaron la zona con un chorro de alta energía que hubiera destruido mi Jag si el Solo hubiera logrado acercarse un poco más.

... Y entonces ese mismo Solo explotó en un destello de radiación.

¡Lo conseguí!, pensó Rex. *Voy a...*

Impacto recibido por zabo rojo, pensó Zabo.

¡Rex! Las estadísticas de su nave aparecieron en mi mente: escudos 8 por ciento. Soporte vital 4 por ciento, cohesión del casco 14 por ciento. Los tanques de contención de antimateria estaban al borde del colapso.

Dispara tau, pensé. Al mismo tiempo que mi último misil era disparado, el Solo que había acertado a Rex lanzó el suyo. Los dos misiles ganaron velocidad a la vez, se captaron el uno al otro... y entraron en inversión. Reaparecieron a estribor y detonaron juntos. Mi mente no percibió la explosión porque en aquel momento Zabo

activo la estasis.

Drones a babor, pensó Zabo... y sin un segundo de pausa, me vi huyendo de dos drones que acababan de salir de inversión. El fuego de sus Impactores atravesó el espacio en el que mi Jag había estado un instante antes. Sus respectivos disparos acertaron al otro y los dos explotaron simultáneamente.

El recurso constante a la estasis empezaba a provocarme náuseas. Mi nodo vertebral estaba tratando de compensarlo ordenándole a mi traumatizado cerebro que liberara endorfinas, pero no era suficiente.

Cuidado. Zabo me mostró un nuevo Solo que aceleraba alejándose de Tams, y este contaba con capacidad VREM. Se dirigía al sol, a velocidad casi relativística.

A por él, pensé. Salimos en pos del Solo acelerando desesperadamente. No me quedaban taus, ni Aniquiladores, ni nada. Si tenía que utilizar el Jag como ariete...

Zabo Oro apareció tan de repente que de no haber sido porque Zabo me proporcionaba puntualmente todos los datos no habría comprendido lo que estaba ocurriendo. Lo único que vi es que el Solo explotaba como si hubiera recibido el impacto de un obús invisible dirigido directamente contra su morro.

Zabo me contó el resto. Helda había salido de la inversión delante del Solo con una precisión imposible para cualquier nave que no tuviera un psienlace. Había leído su posición en mi mente. Su Jag emergió a un 80 por ciento de la velocidad de la luz y el Solo fue destruido por el chorro de sus impulsores fotónicos. Antes incluso de que la nave Mercante hubiera terminado de explotar, Helda había desaparecido.

No había sido un puto suicidio por muy poco. Si hubiera errado sus cálculos solo unos metros, habría aparecido delante del Solo y habría sido destruida junto con él. Un error de cálculo en la dirección contraria y habría destruido mi nave o lo poco que quedaba de la de Rex.

Pero yo no tenía tiempo para maldecirla por desobedecer mis órdenes ni para darle las gracias por salvarme. El Jag se estremeció violentamente y me vi sacudida contra el interior acolchado del exoesqueleto que me envolvía. Impacto a estribor. Las estadísticas eran muy elocuentes: un impacto más y no quedaría de mí más que radiación y gases en expansión.

Soz. El pensamiento de Rex entró en mi mente, tenue pero claro.

¡Estaba vivo! *Vivo*. Tuve que contener el impulso de reír, y luego de llorar.

De improviso, Zabo encendió los impulsores... y viramos para apartarnos de la trayectoria de un Aniquilador un instante antes de que un Solo nos disparara.

Jagernauta afortunado. El pensamiento penetró en mi mente, desafiante, ávido, resbaladizo como el aceite, mientras el Solo se alejaba. El sudor resbalaba por mis sienes. No era la primera vez que Zabo se anticipaba al disparo de una nave enemiga. Los Mercaderes conocían nuestras debilidades, sabían que durante el combate nuestro estado de percepción aumentada volvía vulnerables nuestras mentes. Lo aprovechaban al máximo, burlándose, desafiándonos, tratando de conseguir que perdiéramos el equilibrio. Pero cualquier piloto que se concentraba demasiado en un

Jagernauta, en especial si tenía mi experiencia y mi historial, se arriesgaba a que ese Jagernauta captara también sus pensamientos más ocultos, incluida su intención de disparar.

Oro, regresa al cuartel general, pensé. ¿Me oyes, Helda? ahora. Basta de heroicidades. Tal vez seas la única que pueda informar.

Ya me voy, pensó Helda.

Tanto el dron que había acertado a mi nave como el Solo que había fallado estaban ya fuera de mi alcance. Tampoco es que importara mucho, pues no tenía con que dispararles. Por lo que captaban mis escáneres, eran las últimas naves Mercaderes. El dron estaba tratando de interceptar a Taas. El Solo, una nave sin capacidad VREM, estaba abandonando el planeta. No me cabía duda de que pretendía intentar el mismo gambito de Helda con la inversión. Un rápido análisis señaló su objetivo: el Jag Zabo Rojo, que flotaba indefenso por el espacio, como una invitación.

Intercepta al Solo, pensé. Cógelo, Zabo.

Salimos en pos de la nave Mercader. Zabo activó la estasis. Otra vez. Y otra. Los violentos cambios en mi estado de consciencia estaban poniéndome enferma. Estaba mareada y tenía la garganta seca. Un tubito salió de mi casco y sentí que me echaba agua en la boca.

Me pasé la lengua por los labios. *Utiliza el combustible de positrones en el Aniquilador.*

Los aniquiladores ya no funcionan, pensó Zabo.

Entonces mete un chorro de positrones en algo que pueda contener un campo de contención y cárgalo en una de las lanzaderas tau.

Zabo me dio los datos. La contención no durará mucho.

No es necesario.

El solo alcanzará la velocidad de inversión dentro de 3.1 segundos.

Síguelo.

Entonces bajé todos mis bloqueos mentales.

Abrí mi mente y atraje al piloto del Solo como si yo fuera el conducto de drenaje del fondo de un barril lleno de ácido. Se vertió en mi mente como un remolino cáustico: *Dolor, Jagernauta. Dolor y miedo y terror. Muere...*

Invertimos los dos. Zabo estaba unido al Solo a través de mi enlace con su piloto. Lanzamos un grito silencioso mientras recorríamos el espacio imaginario, en pos del Solo, que estaba dando la vuelta y se disponía a regresar a Tams.

Entrando en sistema tams, pensó Zabo.

Reinversión, pensé.

Logramos saltar un segundo antes que el Solo, pero no pude maniobrar para utilizar de nuevo el chorro de mis motores contra él. Cuando salió de la inversión, pensé, *dispara contra su cañón tau. Y luego sácanos de aquí.*

En el mismo instante en que mi improvisado misil salía despedido hacia las

fauces del cañón del Solo, el Mercader salió de estasis y disparó. El misil positrónico y el tau se encontraron... y el Solo se desvaneció en un furioso estallido de radiación.

Suspiré y el sonido brotó en una bocanada de aire exhalado.

Diez drones planetarios acercándose desde la cara iluminada de tams, pensó Zabo.

¿Diez? Dioses de toda Eskolia. ¿Cuánto falta para que estemos a distancia de tiro?

Cuatro minutos, respondió Zabo. tres minutos hasta que a los tanques de emergencia del secundario blackstone se les agote el aire.

Verde, informa.

Mi dron ha dejado de incordiar, pensó Taas.

Taas, vas a tener que llevarles tú esa IE a los rebeldes. Tienes cuatro minutos para bajar lo más deprisa posible, soltar la carga y salir de aquí.

Recibido, pensó Taas.

Soz, no seas tonta. El pensamiento de Rex apenas alcanzó mi mente. *Ve tú. Que Verde te cubra.*

Me acerqué al Jag de Rex maniobrando lo más cuidadosamente que podía el Jag. Tenía que acercarme tanto que estuviéramos casi tocándonos. *Suelta el acordeón, pensé. Conéctalo a Rex.*

Soltado, respondió Zabo.

Soz. El pensamiento de Rex llegó de nuevo. *Tams es más importante que un viejo Jagernauta. Ve con Taas. No podrá hacerlo solo.*

Deberías tener más fe en él.

El puente retráctil se desplegó desde la escotilla. Mientras se unía con un crujido metálico a la escotilla del Jag de Rex, Zabo pensó, presión de aire en rojo a cero atmósferas. Estoy sellando tu traje espacial. Quedan uno punto dos minutos de aire en los tanques de blackstone.

Rex, al acordeón, pensé.

No puedo moverme, respondió Rex.

Zabo, abre a Rojo. A continuación libera mis controles.

Abierto. Liberados. Al mismo tiempo que el exoesqueleto soltaba mi cuerpo, los psífonos salían expelidos de los enchufes con una andanada de diminutas detonaciones secas. Me levanté y salí de la membrana de la cabina. A continuación me dirigí hacia la puerta.

Zabo abrió al mismo tiempo las compuertas interior y exterior de la escotilla y salía a toda prisa al acordeón que flotaba como un diáfano túnel entre el Jag de Rex y el mío. La escotilla del Jag de Rex estaba también abierta de par en par. Me lancé al interior de Zabo Rojo... y del caos.

Había maquinaria por todas partes y mientras yo me movía por el camarote las piezas sueltas y los fragmentos flotaban a mi alrededor. Una sección del casco interior se había abollado hacia dentro. Cuando entré en la cabina, me encontré a Rex

tratando de salir del asiento del piloto. Los sistemas se habían desconectado y el exoesqueleto le había aprisionado el cuerpo. Me cogió de los brazos y entre los dos logramos sacarlo de allí. Pero una vez que estuvo libre de la silla, me di cuenta de que sus piernas flotaban inutilizadas tras de sí. Traté de ponerme en contacto con él utilizando la radio del traje, pero no obtuve respuesta.

Zabo me habló por la radio.

—A Blackstone no le queda aire en el traje ni en el tanque de emergencia.

Podía ver el rostro de Rex al otro lado del casco: estaba ahogándose. Se impulsó en la pared de la nave y salió al acordeón como un proyectil humano. Atravesó volando la escotilla de mi nave, seguido muy de cerca por mí. Mientras Zabo cerraba la compuerta exterior, Rex chocó con el muro lateral de la cabina de descompresión y permaneció inmóvil.

—Zabo, *aire*. —Cogí a Rex por el traje. Salimos flotando de la cámara de descompresión, dando vueltas sin control.

Me quedé el casco de Rex en las manos. Mientras rebotábamos en las paredes de la nave, me arranqué el mío. Anclé nuestros cuerpos rodeando con las piernas la camilla que estaba brotando de la nave. Lo agarré por la cabeza, le cogí la nariz con los dedos y exhalé dentro de su boca. Una gran exhalación para sus grandes pulmones. Chocamos contra un mamparo. Inspiración. Expiración. Inhalación. Expiración. Respira, Rex. *Dioses, respira*. Inspiración. Expiración...

—Naves enemigas a distancia de tiro en cuarenta y cinco segundos —dijo Zabo.

Inspiración. Expiración...

Rex inhaló de repente, entrecortada, temblorosamente. Le solté la nariz y sus ojos se abrieron y me miraron. Su rostro parecía muy pálido bajo las frías luces del camarote.

—Encárgate de Rex. —Al mismo tiempo que yo lo decía, la camilla automatizada lo estaba envolviendo con una película protectora.

—Treinta y dos segundos para que esos drones estén a distancia —dijo Zabo—. Sus sistemas están empezando a apuntarnos.

Entré a toda velocidad en la cabina y subí al asiento del piloto. En el mismo instante en que mi consciencia volvió a entrar en la nave, envié un pensamiento atronador por el psienlace: *Taas, sal de aquí. ¡Ya!*

No hubo respuesta.

Drones disparando, pensó Zabo mientras la nave aceleraba a velocidad prodigiosa.

Con un jadeo, sentí las náuseas que provocaba una estasis demasiado prolongada. Congelar la función de onda molecular de un ser humano durante demasiado tiempo puede ser desastroso; cuando se produce la relajación, el cuerpo tiene que responder a las fuerzas del medio en el que se encuentra. Si ese medio ha cambiado demasiado, las fluctuaciones catastróficas del sistema reajustado pueden desgarrar a una persona átomo a átomo.

Mis moléculas lograron permanecer unidas, pero yo me sentí como si no fuera así. Tenía la visión demasiado borrosa para leer los paneles de control, pero el paisaje mental me dijo todo lo que necesitaba saber: Zabo había acelerado de una sola vez hasta la inversión y más allá, manteniéndonos en estasis durante el proceso entero.

Zabo Verde, informa, pensé. Esperé un momento y a continuación envié un nuevo pensamiento. *¿Taas?*

No hubo respuesta.

No puedo determinar la posición de verde, pensó Zabo.

¿Oro?

Imposible determinar posición, respondió Zabo.

Tragué saliva. Ni Taas ni Helda hubieran abandonado el enlace voluntariamente. Puede que Helda hubiera aterrizado pero, considerando los daños sufridos por su nave, sabía que existía un buen porcentaje de probabilidades de que hubiera sido destruida.

¿Cómo está Rex?, pregunté.

Sus funciones vitales están fallando.

¡Ayúdalo!

Necesita más ayuda de la que puedo proporcionar.

¡No! ¿Es que lo único que había conseguido con aquella maniobra desesperada había sido conseguir que mataran a todo mi escuadrón? No. Ahora no, no después de todo lo que habíamos vivido juntos.

Aspiré hondo. *Zabo, vuelve a ponernos en estasis*. Para Rex, ni la dilatación temporal ni ningún otro efecto relativístico supondría la menor diferencia. Lo único que importaba era el tiempo que pasara atrapado aquí, en el Jag. *No nos saques hasta que hayamos llegado*.

Es posible que ni el comandante Blackstone ni tú sobreviváis a otro período de...

¿Tiene Blackstone alguna posibilidad de sobrevivir sin la estasis?

No, pero tú sí.

Activa la estasis, Zabo. Y luego quiero que rompas todos los records de velocidad de tránsito para llevarnos al hospital del cuartel general.

Aquél fue el último pensamiento que tuve tiempo de formar antes de que la bobina se activase.

Consecuencias

Vomitó al salir de la estasis. Con un zumbido, los esterilizadores de mi traje espacial empezaron a limpiar los restos.

Llegamos a toda velocidad al sistema Diesha y atravesamos sin detenernos todos los cordones de seguridad gracias a mi identificación, que envié a través de la Red. Aterricé en el tejado del hospital en plena noche, bañada en la luz de los focos. Rex estaba inmóvil en la cuna médica y unas agujas hipodérmicas automatizadas le ponían inyecciones intravenosas a través de las cavidades que el traje tenía para ello.

Cuando abrí la escotilla exterior, vi gente que se dirigía corriendo hacia nosotros. En cuestión de segundos habían subido a Rex en una hovercamilla. Los acompañé, corriendo junto a la camilla mientras otros médicos se empeñaban en hacerme análisis.

Todo ocurrió demasiado deprisa. Corrimos por un brillante pasillo blanco en dirección a Cirugía. De repente me encontré en una sala circular de paredes blancas, techo blanco, suelo blanco y un sinfín de médicos ataviados con uniformes blancos a mi alrededor. Traté de sacudirme de encima a un auxiliar que me había cogido los brazos. Al ver que no me soltaba, me incliné y lo tiré al suelo utilizando una llave de judo. Cayó con un ruido sordo y su mono hospitalario se rasgó por las costuras.

Los otros tres auxiliares, dos mujeres y un hombre, me cogieron por los brazos. El otro, el que había arrojado al suelo, estaba levantándose ya y una tercera auxiliar estaba tratando de acercarme al brazo una jeringuilla de aire comprimido.

—¡No! —Aparté el brazo de aquella jeringuilla y el sedante que contenía. Tenía que permanecer consciente para saber lo que le pasaba a Rex.

—Primaria Valdoria, por favor. —La mujer de la jeringuilla se apartó los rebeldes rizos grises de delante de los ojos—. Necesita usted atención médica...

—¡Baje esa puta jeringuilla! —Dije—. O haré que la metan en prisión por atacar a un heredero imperial.

La mujer palideció y bajó la jeringuilla. Pero no estaba dispuesta a ceder más. Cuando los otros cuatro trataron de obligarme a tomar asiento en una silla, los insulté.

—Siéntese —dijo la mujer de la jeringuilla—. Trate de relajarse.

¿Es que estaba loca? ¿Rex estaba muriéndose y aquella loca quería que me relajara? Traté de soltarme de nuevo, pero los auxiliares me mantuvieron inmovilizada.

—Soz. —Una mano se posó pesadamente sobre mi hombro.

Me volví y levanté la mirada.

Helda.

Cerré los ojos y volví a abrirlos para asegurarme de que realmente era ella. No los había matado a todos.

—¿Has informado? —pregunté.

—Ja. —Vaciló—. ¿Y Taas?

—No respondió cuando le ordené que saliera.

Exhaló.

—Lo siento.

En voz baja, dije:

—Y yo. —Aunque eso no llegaba ni de lejos a expresar lo que sentía.

Helda señaló un curvilíneo sofá de color blanco que había junto a una de las curvilíneas paredes de color blanco.

—¿Quieres que esperemos juntas?

Asentí y traté de sacudirme de encima a los auxiliares, quienes por fin me dejaron ir. Fui con Helda y nos sentamos en el sofá. La superficie de nervoplex cedió bajo mi peso, y trató en vano de aliviar la tensión de mis músculos.

Y entonces esperamos.

Y esperamos.

Estuvimos allí sentadas ocho horas. Alguien vino, me hizo unas preguntas y redactó un informe. Después se marchó. Durante aquellas largas horas, reviví una vez tras otra la batalla en mis pensamientos, los momentos en los que había dado alguna orden a Taas o a Rex. No podía dejar de pensar en otros escenarios, otras órdenes que podía haber dado y que hubieran cambiado el final y proporcionarles a mis compañeros y a Tams una posibilidad de seguir viviendo.

Traté de apagar mi cerebro. Pero seguí oyendo el aullido de muerte del niño piloto del Solo. Y, superpuestas a su muerte, sentía también las mentes de los Aristos que habían estado a punto de destruir a Zabo, el anhelo con el que deseaban mi muerte, como un regusto sucio en la boca que nunca podría limpiarme, aunque lo intentara durante mil años. Del mismo modo que había sido incapaz de limpiar la costra de odio que me había dejado la batalla que llevaba librando contra ellos el último cuarto de siglo.

No fue hasta primera hora de la mañana, poco después del amanecer, que finalmente me quedé dormida. Mi cabeza se apoyó en el sofá, pero cuando tocó la superficie de nervoplex, desperté bruscamente y me incorporé. Entonces volví a apoyarla y cerré los ojos.

—¿Quiere un poco de café? —preguntó una voz.

Abrí los ojos al instante. Conocía aquella voz.

—¿Primaria Valdoria? He traído un poco de caf...

—¡Taas! —Me puse en pie de un salto.

Sonrió y me ofreció un vaso de plástico lleno de aquella bebida espantosa que los Aliados habían logrado introducir en nuestras tiendas de importación. Le di un abrazo, imitada a continuación por Helda, que estuvo a punto de tirarlo al suelo. El café acabó desparramado entre nuestros uniformes y el suelo.

—Eh... —Su voz brotó ahogada a la altura de los grandes senos de Helda—. No

puedo respirar.

Lo soltó.

—Menuda gracia si ahora mueres de asfixia, ¿eh? Justo después de regresar de entre los muertos.

Parpadeó.

—¿Los muertos?

Solté una carcajada insegura.

—Cuando vi que no estabas en el psienlace, creí que habías muerto.

—Un dron me alcanzó cuando estaba tratando de escapar —dijo Taas—. Eso fue lo que me sacó del enlace.

Me quedé mirándolo. El único modo de sacarlo del enlace hubiera sido causar tantos daños a Zabo Verde que no pudiera acceder a Eskol-Net.

—¿Pudiste regresar aquí con un ordenador inutilizado?

Sonrió.

—No ha sido tan difícil. Solo tuve que hacer algunos cálculos de cabeza.

¿De cabeza?

—Debes de tener un cerebro increíble. —Pero eso ya lo sabía cuando lo elegí para el escuadrón—. ¿Conseguiste llevar la IE a Tams?

Asintió.

—No sé si sirvió de algo. Todavía no hemos oído ningún informe.

—Soz. —Helda me tocó el brazo.

Cuando la miré, señaló la puerta con un gesto de la cabeza. Me volví y vi que un médico se nos estaba acercando. Se detuvo frente a mí.

—¿Primaria Valdoria?

Me puse tensa.

—¿Sí?

—Ya hemos terminado en Cirugía.

—¿Y? —Dígame que está vivo, pensé. Dígame que se va a poner bien.

El doctor se pasó una mano por el pelo.

—Tenía magulladuras, huesos rotos y hemorragias internas. Nada de eso era demasiado serio.

¿Pero? Lo sentía flotando en el ambiente.

—¿Y sus piernas?

—El problema no está en las piernas —dijo el médico—. Sino en la entrada de psífono implantada en la región lumbar de su columna vertebral. Le ha desgarrado el cuerpo y ha seccionado parcialmente las fibras neurales descendentes entre los ensanches cervical y lumbar.

Me rasqué la cabeza, como si eso pudiera ponerme el cerebro en funcionamiento.

—Explíquemelo de una forma que pueda comprenderlo.

—El implante le ha cortado la columna vertebral.

—Puede arreglarlo, ¿no?

El doctor exhaló.

—Normalmente se pueden regenerar las células neuronales haciendo que crean que están en un estado embrionario. Hemos tratado de regenerar los nervios y la columna vertebral. Pero no ha funcionado. Luego hemos intentado tres operaciones diferentes para unir las secciones separadas utilizando puentes bio-ópticos. Su cuerpo los ha rechazado.

—Pero podrán reparar los daños más adelante, ¿no? Cuando empiece a responder al tratamiento.

Titubeó.

—Normalmente le diría que sí. Por desgracia, los sistemas biomecánicos tan extensos como los que llevan ustedes en sus cuerpos pueden provocar efectos secundarios inesperados. Todavía no los entendemos del todo. El caso es que el sistema nervioso y la red biomecánica del Secundario Blackstone han sufrido tantos daños y manipulaciones que ha desarrollado una reacción tóxica a algunos de los fármacos que utilizamos para impulsar la regeneración. Y si intentamos algo más con su red, el cuerpo podría rechazar el sistema entero, no solo nuestros intentos de repararla o expandirla.

Lo miré fijamente.

—¿Qué está diciéndome?

Respondió con voz pausada:

—El Secundario Blackstone está paralizado de cintura para abajo. Puede que nunca recobre el uso de las piernas.

—No. —No podía ser. ¿Querían que creyera que Rex había quedado lisiado el día antes de presentar la renuncia? ¿Y que la causante era la red biomecánica, el símbolo de la única cosa que se interponía entre los Mercaderes y nosotros?

No. No podía ser.

Helda intervino en voz baja.

—¿Cuándo podremos verlo?

El doctor se volvió hacia ella.

—Ahora está durmiendo. En cuanto pueda recibir visitas se lo diré. —Se volvió hacia mí—. Primaria...

Sabía lo que venía ahora. Solicitud. No podía soportarlo, ahora no. Le dirigí una mirada implacable.

—¿Qué?

—Me han dicho que el registro de su nave indica que lleva cincuenta horas sin dormir. —Hizo una pausa—. Las lecturas preliminares indican que tiene dos costillas rotas, múltiples magulladuras y daño en los tejidos internos provocados por un exceso de tiempo en estasis. Necesita atención médica y dormir.

¿Dormir? Estaba demasiado agitada hasta para sentarme.

—Estoy bien.

—Señorita, no está usted bien. Está a punto de desplomarse. —Al ver que me

disponía a replicar, levantó la mano—. Podemos darle una cama aquí.

Fruncí el ceño.

—No quiero una cama.

—Pues le hace mucha falta.

Una vívida imagen de su mente irrumpió en mis pensamientos, una imagen de mi aspecto. Parecía un roquicérvido, un hermoso animal salvaje que gruñía y se resistía a sus intentos de conseguir que se acercara para curarle las heridas. La imagen era tan asombrosa que me quedé allí parpadeando, mirándolo. Como dirían los Aliados, me quitó el proverbial viento de las proverbiales velas, que, ahora que lo pensaba un poco, era una metáfora tonta teniendo en cuenta que él me estaba viendo como un roquicérvido y no como un barco.

Exhalé una bocanada de aire. Puede que estuviera más cansada de lo que creía, demasiado cansada hasta para formar pensamientos coherentes.

—Muy bien —le dije—. Descansaré. Un rato.

Las cortinas mantenían a raya lo peor del severo sol de Diesha y solo dejaban pasar la luz suficiente para mantener la habitación iluminada. Permanecí tendida en aquella agradable calidez, saliendo lentamente del sueño mientras me preguntaba por qué me sentía tan mal.

Entonces me acordé.

Un rompehuesos. Cuando dormía, mi mente relajaba sus barreras, hasta tal punto que en ocasiones podían captar cosas que bloqueaba cuando estaba despierta. A veces, mis sueños llegaban a rozar posibles futuros. Era la cosa más parecida a la precognición que jamás había experimentado. Durante esos sueños experimentaba sucesos que, o bien estaban ocurriendo o bien estaban a punto de ocurrir. Cuanto más intensos eran mis sentimientos respecto a la gente implicada —y más próxima era esta— más vívidos eran los sueños.

Pero los sentimientos intensos venían demasiado a menudo acompañados de malos presagios. Yo odiaba esos sueños. En lugar de despertar descansada, lo hacía embargada por la miseria, sabiendo que alguien al que yo amaba o yo misma estaba sufriendo o iba a sufrir dentro de poco. Llamaba rompehuesos a esos sueños porque me hacían sentir como si me aplastaran. Aquel día desperté en un rompehuesos.

Cuando mi vista enfocó un poco más lo que me rodeaba, me di cuenta de que había alguien más en el cuarto, una presencia que era como un velo de hierro sobre mi mente. Me volví hacia él.

La visita, un hombretón de dos metros, con una musculatura tan pesada que no podía haber nacido en un mundo con gravedad estándar, estaba junto a la cama. Parecía más metálico que humano. Su piel brillaba como si fuera una aleación de epidermis y oro. Aunque tenía los ojos abiertos, unos párpados interiores parecidos a una capa de pan de oro los cubrían. Yo sabía que podía ver perfectamente a través de ellos pero para todos los demás eran sendos agujeros negros, imposibles de leer. Su rostro hubiera sido hermoso de no ser tan duro, pero no había ninguna amabilidad que

suavizara aquel semblante parecido a una máscara. Llevaba un uniforme sencillo, pantalones beige y un suéter sin adornos, nada que indicara su identidad... a excepción de una banda dorada en cada antebrazo un poco más ancha que las que yo llevaba para indicar mi rango de Primaria.

El Emperador de Eskolia había venido a verme.

Me incorporé, y al hacerlo sentí un dolor en el torso que hizo que me encogiera. A continuación lo saludé, cerrando los puños y cruzándolos a la altura de las muñecas, con el derecho por delante.

Kurj inclinó la cabeza. A pesar de los muchos años que hacía que nos conociáramos, todavía me costaba creer que estuviéramos emparentados. Aunque compartíamos una misma madre, casi no había parecido entre nosotros. Kurj se parecía a nuestro abuelo y yo a nuestra abuela.

La coloración de su piel derivaba de la adaptación genética que los antepasados de nuestro abuelo habían sufrido después de colonizar un mundo con un sol demasiado brillante. El lustre metálico de la piel y el pelo reflejaba la luz del sol y los párpados interiores protegían los ojos. Su apariencia subrayaba una verdad: había en él tanto de máquina como de hombre y estaba equipado con un sistema biomecánico aún más extensivo que el mío. Su apariencia se había convertido en un símbolo, el metálico Puño de Eskolia, el emperador de coraza dura como el acero, sin debilidad alguna que pudiera ser explotada por los Mercaderes.

Kurj me observó con ojos prudentes.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. —Me rasqué la faja terapéutica que rodeaba mi torso y mantenía las costillas en su sitio. No recordaba cuándo me la habían puesto. Y, ahora que lo pensaba, era lógico. Estaba tan nerviosa que finalmente los médicos me habían puesto una inyección.

Recorrí la habitación con la mirada. Los arco-iris de un cibercampo proyectaban trémulos destellos sobre las paredes, el techo y el suelo. Estábamos aislados en el interior de su campo. Su luz era aún más intensa que la que había visto en la mansión de Jaibriol en Delos: el cibercampo de Kurj estaba programado para matar.

—Los médicos me han contado lo de Rex Blackstone —dijo Kurj.

Mi atención volvió al instante a él.

—¿Lo has visto?

—Sigue durmiendo.

Quería preguntarle qué más sabía. Pero no pude formular la pregunta. Frente al impassible rostro metálico de Kurj, las palabras se secaron y se las llevó el viento.

Así que, en su lugar, lo que dije fue:

—¿Ha servido de algo el envío de la IE?

—En parte —respondió Kurj con voz tensa—. Cuando nuestras unidades llegaron, las banderas de Qox ya habían terminado de inundar el planeta. No pudimos sacar a todos. Pero conseguimos proteger las naves de refugiados que ya habían

despegado y estaban tratando de escapar del sistema.

Me daban miedo las palabras que no había pronunciado.

—¿Cuántos muertos?

Respondió en voz baja:

—Dos terceras partes de la población.

Dos terceras partes. Las palabras cayeron como rocas. Dos terceras partes. En Tams vivían seiscientos millones de personas. Me preguntaba lo que Jaibriol pensaría ahora de su padre.

—También he leído tu informe sobre el Aristo —dijo Kurj.

Eso era todo. *He leído tu informe*. Pero significaba que conocía la verdad. Ur Qox tenía un heredero. El diablo se había reproducido.

No era de extrañar que el emperador no se hubiera divorciado de su esposa. Ella sabía que su «hijo» era de otra mujer. Probablemente pensara que Qox había tenido una amante Alton. ¿Habría recluso a su mujer durante meses para luego aparecer con el recién nacido? Si repudiaba a Jaibriol, colocaría al heredero bajo una lente de sospecha que le convenía evitar a toda costa. Lo que me extrañaba era que no hubiera asesinado también a la emperatriz. A lo mejor Taas estaba en lo cierto y Ur Qox amaba realmente a su esposa. ¿O era solo que temía que su muerte provocara todavía más problemas? Debía de tener sus propios partidarios, su propia maquinaria política, posiblemente de una importancia pareja a la de él. Así que habían hecho un trato: ella guardaría silencio y él permitiría que conservara el puesto.

Hubo un tiempo en que había tratado de convencerse de que las mujeres eran la cara amable de los Aristos. Despreciaban a los militares, lo que significaba que no solían tener contacto con ellos. Así que estaban rodeadas por un cierto misticismo. Pero las tres semanas que había pasado en la casa de Tarque me habían hecho abandonar aquellas falsas ideas. No había cara amable entre los Aristos. Las mujeres eran tan crueles como los hombres. Nada, ni el tamaño, la forma o el sexo suponía la menor diferencia.

Kurj me estaba observando.

—Las autoridades de Delos han enviado un informe sobre tus actividades en la mansión del Alton. —Me miró fijamente—. No puede decirse que tus métodos hayan sido sutiles precisamente.

—¿Es una reprimenda, señor?

—No.

No me sorprendía. Kurj nunca había sido demasiado sutil.

—He dispuesto que se conceda una condecoración al escuadrón Zabo —dijo Kurj—. La ceremonia se retransmitirá en todos los holos de noticias.

Así que iban a convertirnos en héroes. En la visión que Kurj tenía del universo, era lo lógico. Mejoraría la imagen del MEI. Yo me sentía tan heroica como una babosa.

Kurj entró en mi mente sin ser invitado. *Cada vez que salís en una misión,*

arriesgáis vuestras vidas. Tú lo sabes. Tu escuadrón lo sabe. Una pausa. *Blackstone lo sabe.*

Sí, señor. Mantuve oculto el resto de mi pensamiento. ¿Qué más podía decir? Saber que Rex estaba al tanto de los peligros que corríamos no facilitaba las cosas.

—Soz —dijo con voz más amable—. Os merecéis la condecoración.

Una luz se encendió en una de las tres bandas que rodeaban la muñeca izquierda de Kurj. Tenía aquellas bandas en las dos muñecas, tiras de metal implantadas directamente en su piel. Acercó la mano a la luz y una voz de hombre se manifestó en la habitación.

—Hay una doctora aquí que quiere veros, señor. Hemos verificado su autorización de seguridad.

—Déjenla pasar.

La intensidad del cibercampo descendió un momento y dejó una abertura al otro lado de la habitación. Se abrió un agujero en aquel punto, que creció hasta convertirse en un óvalo extendido del suelo al techo. Entraron dos Jagernautas por él. Los reconocí: eran dos de los cuatro guardaespaldas de Kurj.

Entonces apareció una mujer, o una chica en realidad. Entró mirando al suelo, ruborizada. Era una belleza, con una melena sedosa de pelo rubio que le caía en ondas hasta la cintura. Los rizos flotaban alrededor de su cara, una cara que quitaba el aliento de tan hermosa como era, suave y dulce, dorada. Era como una versión delicada y juvenil de mi madre. Se parecía tanto a ella que sentí un escalofrío. Pero le faltaba la vibrante templanza de mi madre, esa resplandeciente confianza en sí misma que atraía a la gente como si fueran polillas pálidas en busca de la cálida luz de una lámpara para escapar de la noche. Aquella chica parecía más frágil.

Kurj asintió y dijo a sus guardias:

—Podéis marcharos.

Después de que se marcharan los Jagernautas, se cerró la puerta y el cibercampo volvió a sellarse, atrapándonos allí con la chica. El miedo me embargó, como un vaso de cristal atrapando a un insecto. No podía moverme, no podía respirar...

Bloqueo, pensé. El miedo remitió y mis músculos se relajaron. Pero la chica se quedó clavada en el mismo sitio, con la mirada en el suelo. Ni siquiera fue capaz de saludar a Kurj, una omisión que la convertía inmediatamente en una criminal, que se castigaba con la prisión. Kurj hubiera podido imponerle cualquier sentencia, incluida una de muerte. Nadie iba a discutir con él. Pero algo me decía que no era eso lo que tenía planeado para ella.

Miró a la chica.

—Ven aquí.

Al principio no se movió. Entonces, aspiró hondo y se adelantó sin apartar la mirada del suelo. Se detuvo frente a él, se arrodilló, primero una rodilla y luego, al ver que él no le daba permiso para levantarse, las dos. Sus hombros temblaban, haciendo que la línea de blonda del cuello de su vestido blanco resbalara y sus senos

quedaran a la vista de cualquiera que se encontrara por encima de sus hombros.

Kurj permaneció mirándola un rato. Finalmente, dijo:

—Tú eres la chica a la que he visto cuidando niños en la guardería.

—Sí, se-señor.

—¿Cómo te llamas?

—Charissa Deirdre.

—¿Tienes un mensaje para mí?

—Sí, se-señor. —Tenía la voz suave.

—¿De qué se trata?

—Su guardia... el Jagernauta... el grande... Me dijo que... habíais dado la orden. De que... os informara cuan-cuando... —Inhaló—. Cuando la... la retransmisión que queríais ver estuviera pre-prepara-da.

—¿Y lo está? —preguntó Kurj.

—Sí, señor.

¿Retransmisión? ¿Qué estaba haciendo Kurj? Si hubiera querido ver algún programa de noticias, lo único que habría tenido que hacer era activar la consola de mi habitación cuando la retransmisión estuviera a punto de empezar. ¿Qué sentido tenía ordenarle a una niña que trabajaba en la guardería que viniera a decírselo? No, yo sabía por qué lo hacía. Algunos hombres invitaban a cenar a las mujeres que les interesaban. Kurj tenía otros métodos.

—Levanta —dijo Kurj.

La chica se levantó con la mirada en el suelo. Era lo bastante joven para ser su bisnieta, o incluso su tataranieta, a pesar de que él parecía un hombre de cuarenta años en muy buen estado de forma. En realidad tenía noventa años. Le sacaba más de medio metro de altura, de modo que la cabeza de ella apenas alcanzaba el centro de su enorme pecho.

—Mírame —le dijo.

La muchacha levantó sus grandes ojos, unos ojos preciosos, castaños veteados de oro. Sus mejillas tenían brillantes motas de color. Kurj le cogió la barbilla con la mano izquierda y le acarició la mejilla con el pulgar. Tenía una mano tan grande que con los dedos delanteros cubría el lóbulo de su oreja derecha y con el pulgar el izquierdo. Con la otra mano pulsó el botón de una de las bandas metálicas implantadas en su muñeca.

—¿Sí, señor? —La voz de su guardia salió del comunicador de su banda.

—La chica está preparada para marcharse —dijo Kurj.

El cibercampo volvió a abrirse y dos Jagernautas entraron en la habitación. Kurj los ignoró y siguió mirando a Charissa. Ella le devolvió la mirada como una gacela hipnotizada por la luz de un cazador.

Kurj se inclinó y le dio un beso, un largo beso, en el que se tomó su tiempo. A continuación enderezó la espalda y miró a los Jagernautas.

—Que la lleven al palacio.

—Sí, señor.

Charissa se marchó con ellos en silencio, sin mirarnos a ninguno de los dos. Después de que salieran, me quedé en la cama con los puños apretados debajo de la manta.

Kurj se volvió hacia mí. Al cabo de un momento dijo:

—¿Lo desapruebas?

—Tú eres émpata —dijo—. Debes de haber notado lo aterrada que estaba.

Se encogió de hombros.

—Puede.

¿Puede? ¿Cómo podía haber permanecido allí, sumergido en su terror, y no reaccionar a él?

¿Y quién demonios era yo para juzgarlo? Había matado a un piloto aterrorizado que era poco más que un niño, tras bloquear intencionadamente mis respuestas emocionales para poder destruir su nave.

—Si no lo hubieras matado —dijo Kurj—, él te habría matado a ti.

Pensé en los Aristos.

—Así que nos convertimos en aquello contra lo que luchamos.

—Sobrevivimos.

Antes de poder contenerme, le espeté:

—¿Y la supervivencia significa violar a quien te venga en gana?

Apretó las mandíbulas.

—Te estás excediendo.

La imagen de Tarque quemó mi mente. Me había obligado a arrodillarme delante de él y alabarlo con todos los títulos que se le habían ocurrido, prometiéndome un respiro de mi dolor si lo complacía.

Kurj exhaló. Se acercó a la ventana y abrió las cortinas. Una luz dolorosamente brillante inundó la habitación. Permaneció allí, refulgente de oro, con las manos a la espalda mientras contemplaba las agudas aristas de los jardines de cromo y cajagón que rodeaban el hospital del MEI.

Entonces dijo:

—¿Me comparas con un Alton?

Me limité a sacudir la cabeza. No podía hablarle de Tarque.

Se volvió. Su cuerpo era una silueta bajo la vidriosa luz del sol.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido que tal vez necesito compañía?

Lo miré. No sé lo que me sorprendía más, si el reconocimiento de su soledad o los métodos que elegía para aliviarla. ¿Qué clase de compañera sería Charissa si estaba tan aterrorizada que apenas era capaz de respirar cuando estaba en el mismo cuarto que él?

—Quieres que la corteje —dijo Kurj—. Que la cubra de lisonjas. Que haga que desee estar conmigo. —Hablabla con tono severo—. Yo no me inclino ante nadie. Ni ante Ur Qox ni ante la Presidenta de los Aliados ni mucho menos ante Charissa

Deirdre.

¿Es así como ves el amor?, pensé. ¿Como una pérdida de control? ¿O acaso la estás castigando por parecerse a la mujer que de verdad te gustaría ver en tu cama, la única a la que no puedes tener? Pero no dejé que estos pensamientos llegaran hasta donde él pudiera encontrarlos. Tal vez fuera cierto que yo le hablaba a Kurj con más libertad que cualquier otro ser vivo. Pero, aun y con ello, los límites de lo que podía decir —y pensar— libremente en su presencia no eran tan laxos como para permitir ciertas cosas.

A pesar de todos los años que hacía que conocía a Kurj, seguía siendo un enigma para mí. Sí, era un brillante líder de guerra, capaz de inspirar una lealtad fanática en sus oficiales. Pero todavía, al menos en mi mente, tenía que afrontar su lado más oscuro.

Al otro lado de la habitación se activó el equipo de RV y empezaron a dibujarse líneas y patrones desde el techo al suelo. A continuación se formó un holograma delante de ellas, la imagen tridimensional de un puma negro y esbelto de ojos rojos. Sus labios se abrieron en un rugido que reveló unos colmillos resplandecientes como puñales mojados. Empezó a brotar música de la pared, el sonido ominoso de un himno de los Mercaderes.

Vaya. Así que Kurj había activado la consola. Ahora estaba observando la pantalla, con los brazos cruzados y la mirada fija en el emblema del enemigo. Ya había archivado a Charissa en su mente y había pasado a otros asuntos.

Yo no podía sacarla de mis pensamientos con tanta facilidad. Seguía viendo su mirada aterrada, seguía experimentando aquella espantosa sensación de hundimiento en respuesta a las palabras de Kurj: *que la lleven a palacio*.

Bloqueo, pensé. En mi mente, el psico no parpadeó y siseó, pero eso fue todo. El recuerdo no perdió su intensidad. El bloqueo solo eliminaba emociones. Borrar recuerdos era un proceso peligroso, que podía eliminar inadvertidamente otra información que luego necesitaras.

En la pantalla, el puma extendió una zarpa y sus afiladas garras brotaron como un abanico mientras el himno de los Mercaderes iba ganando intensidad.

Hablé con el tono más neutro que pude conseguir:

—¿Quién está retransmitiendo esto?

Kurj no apartó la mirada del puma.

—Lo hemos captado en las frecuencias de los Mercaderes.

—¿Qox está hablando?

—Sí.

Posiblemente recibiéramos la transmisión antes incluso que muchos de los mundos Mercaderes. Para transmitir desde el espacio, Qox tenía que grabar la emisión y enviarla a donde quisiera que se recibiera a través de una nave. Pero una vez que nosotros la recibíamos, podíamos transmitirla de forma instantánea a través de Eskol-Net, de modo que la recibieran los operadores telepáticos entrenados para

captar comunicaciones psibernéticas.

El mensaje tenía que estar relacionado con Tams. Esta vez Qox no podía esconderse. Doscientos millones de testigos habían sobrevivido a su último intento de genocidio. Sus palabras mostrarían sus mentiras.

La imagen del puma tremoló... y entonces nos encontramos allí, sentados en una gran sala circular. A gran altura, muy lejos de nuestras cabezas, el techo se curvaba formando una gran cúpula blanca. La sala estaba llena de bancos de piedra blanca con el respaldo alto, dispuestos en anillos concéntricos. Los anillos más pequeños apenas alcanzaban unos metros de longitud mientras que el mayor se extendía a lo largo de todo el perímetro de la sala. Los asientos y respaldos de los asientos tenían cojines de color rojo sangre.

En ellos se sentaban Aristos. Filas y filas de Aristos. Cientos. Miles. Se sentaban unos junto a otros, como subunidades de una máquina, todos vestidos de negro, con lustroso pelo negro y ojos rubí, todos sentados en cojines de color sangre en un gran salón de piedra blanca.

En el centro de los anillos, había un pilar que se extendía desde el suelo hasta casi tocar el techo. Era un cristal tan claro que la vista no hubiera reparado en él de no ser por la distorsión que provocaba la luz al atravesarlo. Todo cuanto había tras él parecía deformado y magnificado.

El puma apareció en el aire detrás del pilar. El animal se retorció y aumentó de tamaño, mientras sus proporciones se alargaban. Sus patas traseras se pusieron rectas, se irguió su cuerpo, sus patas delanteras se extendieron como brazos, su pelaje se convirtió en pelo... y de pronto hubo un hombre allí, de dos metros, tres, cuatro de estatura. Cuando terminó de crecer tenía casi cinco metros y su cabeza casi rozaba el techo de la sala.

Se detuvo detrás del pilar, utilizándolo a modo de podio. Era esbelto y enjuto. Sus facciones eran inconfundiblemente Alton, pero no había ningún otro rasgo notable en ellas. Lo que lo diferenciaba de todos los presentes era su carisma, un aire de indiscutible autoridad que lo identificaba como Ur Qox, Emperador de Eubea.

Cesó la música. Qox aguardó un momento y a continuación empezó a hablar en lengua Alton.

—Pueblo mío, me presento ante vosotros con gran orgullo. Tenemos mucho de que regocijarnos. Nosotros, hijos de Eubea, hemos sido elegidos. Somos destinatarios de un honor inaudito, el honor de vivir en la mayor civilización que honra a esta gran rueda giratoria que es nuestra galaxia. —Hizo una pausa—. Hemos trabajado mucho para erigir nuestra gloria. Para brillar donde la oscuridad mancillaba antaño las estrellas. Nos hemos mantenido firmes contra las peores amenazas que socavan nuestros logros y nuestro bienestar.

Y siguió así, con alabanzas cada vez mayores a su imperio. No mencionó a Tams. ¿De veras creía que podía ocultarlo? Yo solo quería que terminase con aquel odioso discurso. Aun ahora, tiempo después de que se hubiese realizado la grabación, me

hacía sentir como si una colonia de garrapatas estuviera estableciéndose en mi piel. Él, los Alton, todos los Aristos... sus meras efigies bastaban para aterrorizarnos, como si nuestras mentes reconocieran lo que podían hacernos a un nivel subliminal que nuestros pensamientos conscientes trataban de negar.

—Esta noche vengo ante vosotros con grandes noticias —continuó Qox—. La constante amenaza que domina nuestras vidas, la amenaza de esclavitud por parte de nuestros malvados enemigos, ha recibido un gran golpe. —Su expresión se hizo firme, la de un gran líder embargado por una justa cólera—. El último objetivo de las crueles fuerzas imperiales ha sido la Estación Tams, uno de los miembros más vulnerables del Concordato. Ayer, las fuerzas imperiales de Eskolia atacaron el indefenso Tams sin provocación previa.

No daba crédito a mis oídos. Nos estaba culpando. En el «asiento» de al lado, Kurj se puso tenso. A nuestro alrededor, los Aristos empezaron a dar golpecitos a los recargados anillos de sus dedos. Clic, clic, clic, como un insecto enorme trepidando de agitación.

La voz de Qox se tiñó de dolor.

—Es con gran pesar que os traigo hoy estas noticias. Tams ha perdido gran parte de su población. Sí, pueblo mío, *cuatrocientos millones* de ciudadanos inocentes han muerto a manos del Emperador de Eskolia.

Kurj presenciaba el discurso con un velo en los ojos y una máscara de metal. Pero yo era émpata y de su misma sangre. Por mucho que bloqueara su furia, yo podía sentirla.

Una expresión de triunfo se extendió sobre las facciones de Qox.

—Pero nuestras valerosas fuerzas lograron repeler a esos perros. Conseguimos salvar a doscientos millones de nuestros valientes ciudadanos.

Apreté los dientes. Aquello era aún peor de lo esperado.

El orgullo emborrachó la voz de Qox.

—Pueblo mío, no puedo atribuirme el rescate de Tams. No, el mérito es de un héroe como ninguno que hayáis conocido, un hombre cuya grandeza solo empieza ahora a resplandecer, una estrella que se levanta en lo que parecía la hora más oscura de Tams.

Señaló a alguien a quien no estaba mostrando la cámara. Durante un dramático momento estuvo allí parado, esperando, con la mano extendida. Entonces Jaibriol apareció en el podio.

Qox se volvió hacia la reunida aristocracia de su imperio.

—Este hombre mandaba la misión que salvó la Estación Tams. —Puso una mano en el hombro de Jaibriol—. Os presento a Lord J’briol U’jir Qox. Mi hijo. El Heredero Alton.

—No —dijo Kurj.

Un jadeo colectivo escapó de las gargantas de los Aristos como una bandada de aves asustada en el suelo y alzando el vuelo con un frenesí de movimiento y sonido.

A nuestro alrededor, todos empezaron a golpear sus anillos. Clic-clic, clic-clic, clic-clic.

Jaibriol no respondió. No parecía el mismo hombre al que había conocido en Delos. Unos enormes anillos oscuros enmarcaban sus ojos. Se erguía junto a su padre como una estatua muerta, sombrío y en silencio.

A continuación, Qox describió cómo había ocultado el nacimiento de su heredero. El Imperialato de Eskolia había enviado asesinos para acabar con la vida del Heredero Alton, pero ahora esos asesinos estaban muertos, caídos en una batalla con los valientes soldados eubianos que habían defendido a Jaibriol Qox con gran peligro para sus vidas. Terminó con otro de sus tributos a su propia grandeza y a la de sus ancestros, los Alton y los Aristos.

Jaibriol permaneció allí en todo momento, sin sonreír siquiera, alto y fornido, la imagen de sus reverenciados antepasados, la viva imagen del héroe perfecto, el extraordinariamente hermoso heredero de la dinastía Qox. Los Mercaderes lo idolatrarían.

Por fortuna la retrasmisión terminó finalmente y la asamblea se disolvió dando paso a mi habitación del hospital. Me quedé en silencio en la cama, demasiado desmoralizada hasta para hablar.

Finalmente, fue Kurj quien lo hizo.

—Nos acusa de lo de Tams.

—No puede salirse con la suya —dije—. Hay doscientos millones de testigos.

—Aun así.

Aun así.

Puede que ese hijo de su voluntad muera de una muerte miserable en el campo de batalla, pensó Kurj.

Tragué saliva. Semejante pérdida destrozaría a Qox más de lo que Kurj podía sospechar. Destruiría los planes meticulosamente trazados a lo largo de dos generaciones de emperadores que habían sacrificado la pureza de su maldito linaje para producir un heredero Rhon. Yo sabía que Qox no se atrevería a correr ese riesgo. Jaibriol nunca entraría en combate.

Me pregunté lo que habría hecho Ur Qox de haber sabido que existían testigos de sus crímenes en Tams gracias a que su hijo «la estrella que se alza en la hora más oscura de Tams» había revelado sus planes a una heredera de Eskolia.

Rex estaba tendido en su cama, con los ojos cerrados. Su pecho subía y bajaba debajo de las mantas. Su rostro estaba consumido y mucho más pálido de lo que yo recordaba. Una sábana dorada cubría la mayor parte de su cuerpo, dejándome ver tan solo sus hombros y su cabeza. El cuello de su camisa azul de hospital estaba abierto, lo que, no sé por qué, le hacía parecer vulnerable.

La cama era un modelo flotante. La estructura descansaba sobre un cojín de aire, controlado por un chip incorporado en una esquina de la estructura. El entramado de anillos superconductores entretejidos en la tela permitía que la cama respondiera a

todos sus movimientos, liberando sus piernas aquí, tensándose bajo su espalda allá. Además, la cama flotante realizaba un suave y constante movimiento de vaivén, como el de las olas lamiendo la orilla de un bote. Casi todos los émpatas preferían las camas flotantes a las de nervoplex porque les parecían máquinas inanimadas en lugar de un mecanismo viviente.

Yo no sabía si quedarme o volver cuando estuviera despierto. Titubeé y me volví para marcharme. Di un paso hacia la puerta y entonces oí su voz tras de mí.

—Soz.

Me volví y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Estás despierto.

Me observó con expresión neutra.

—Eso parece.

—¿Cómo te sientes?

Me mordí el labio.

Rex... lo siento.

—¿Por qué? —me preguntó—. ¿Por salvarme la vida?

—Por mi culpa estás... como... —Miré la marca de sus piernas en la sábana—.

Así.

—Paralítico —dijo Rex—. La palabra es *paralítico*.

Me puse colorada.

—Lo siento.

—Déjalo. —Se apartó un mechón de delante de los ojos y la cama se reajustó tratando de aliviar su tensión—. Deja de poner tu culpa a los pies de mi cama. No puedo soportarla.

Iba a decir algo cuando me di cuenta de lo que estaba pasando y en lugar de hacerlo, sonreí.

—¿Te parece divertido? —dijo Rex.

—Iba a disculparme por disculparme.

Su rostro se relajó y estuvo a punto de esbozar una sonrisa.

—No lo hagas, por favor.

Me senté en el borde de la cama, tocando su cadera con la mía. Mi cuerpo se movió mientras la cama se ajustaba a su peso. A continuación cogí su mano y me la puse en el regazo.

—Rex, todo irá bien. Solo necesitamos tiempo para acostumbrarnos.

Enroscó los dedos alrededor de los míos.

—Soz...

Había algo en su voz que me intranquilizó. Supe que no iba a gustarme lo que estaba a punto de decirme.

—¿Sí?

—Creo que deberíamos cancelar el matrimonio.

—No creo que quieras...

—No me digas lo que quiero.

—El hecho de que tus piernas no puedan moverse no cambia lo que siento por ti.
Suspiró.

—Cada vez que te viera... recordaría lo mucho que he perdido.

—Podemos encontrar nuevos recuerdos.

Rex, pensé.

Pero sus puertas mentales estaban cerradas.

—Estás ahí sentada... tan hermosa... entera... y yo no puedo soportar... ni siquiera el mirarte.

Me llevé la mano a la boca y le besé los nudillos.

—Sé que será difícil. Pero podemos superarlo.

Tragó saliva.

—Esta vez no.

—*Rex*, juntos somos más fuertes. Prometiste que no te alejarías de mí.

—¿Alejarme? Ni siquiera puedo salir de esta habitación por mi propio pie.

—Eso no hace que te ame menos.

Sus dientes rechinaron.

—Soz, no puedo cumplir como marido.

—Eso podría cambiar.

—¿Y si no lo hace?

—Es contigo con quien quiero casarme. No con tus órganos reproductores.

Me dirigió una mirada incrédula.

—Posees el cuerpo y los impulsos de una mujer joven. Y seguirá siendo así cuando yo sea un anciano babeante. ¿Qué vas a hacer, pasar el resto de tu vida en celibato? Pero no, no tienes por qué. Nunca has terminado de comprender el efecto que causas. —Un tic le arrugó las facciones—. No quiero estar ahí cuando tengas un amante.

Lo miré.

—Sabes que no haría eso.

—Eres un ser humano. No una santa.

Eso no iba a discutírselo, desde luego. Pero a pesar de ello, se equivocaba con lo de los amantes. Respondí con timidez:

—¿Cómo te lo explicaría...? Tu reputación se ha extendido por toda la galaxia.

—¿Qué quiere decir eso?

Sonreí.

—Tú precisamente deberías de saber que hay más de una manera de satisfacer a una mujer.

—No es lo mismo.

—No me importa. —*Rex*. Traté de llegar hasta él y choqué con un muro sólido.

—Antes no podía darte herederos —dijo—. Ahora no podría darte niños.

—Eso no lo sabes —dije. Estaba hablando otra vez demasiado deprisa—. Puede

que necesites ayuda médica pero podríamos conseguirlo.

—Maldita sea, Soz. ¿Es que no me escuchas? —Se incorporó apoyándose en los codos—. No pienso ser el marido lisiado de la Emperatriz.

—No soy Emperatriz.

—No existe ni punto de comparación entre tu hermano Althor y tú. Tú serás la elegida. Y necesitas un consorte digno de esa posición.

—No me digas eso. —Tuve que esforzarme para conservar la calma—. Aunque algún día llegue a ser emperatriz, no supondrá ninguna diferencia. Tus piernas... no me importan.

—A mi sí.

Rex. Podemos conseguirlo. Estoy segura de ello.

Se tendió de nuevo y miró el techo. Entonces, al fin, abrió su mente. Sentí lo que era para él estar allí, inútil, recordar cómo había sido el pasado, pensar cómo sería el futuro para nosotros. Sentí su frustración, su vergüenza, el dolor que sentía con solo mirarme. Era como si un láser lo hiciera pedazos. No podía desearle eso a ningún ser humano. Y mucho menos al hombre al que amaba.

—Adiós, Sausconia —dijo.

Me falló la voz.

—Adiós.

Salí de la habitación, ciega, incapaz de ver a través de la neblina que cubría mis ojos.

La oficina del Emperador era enorme y estaba llena de espacios vacíos. No tenía alfombras ni ornamentos ni apenas mobiliario. Las paredes, que no eran de metal ni de cristal sino de un material suave que era una mezcla entre los dos, despedían un resplandor entre anaranjado y dorado y estaban decoradas con escenas del mundo desértico en el que había nacido nuestro abuelo. Cincuenta y cinco años antes, aquélla había sido la oficina de nuestro abuelo. Antes de que Kurj —accidentalmente o no— lo matara y asumiera su posición como Emperador.

Algunas veces me preguntaba cómo lo soportaba nuestra madre, cómo se enfrentaba al hecho de que su hijo primogénito hubiera matado a su padre. La Asamblea había dictaminado que había sido un accidente. Pero después de leer las transcripciones de sus deliberaciones, ya no estaba tan segura de que lo creyeran de veras. Era posible que el dictamen se hubiese debido al temor que les inspiraba el poder que Kurj ejercía sobre Eskol-Net y el ejército.

Una cosa estaba clara: las pasiones que habían estado desgarrando a mi familia en aquel tiempo —la muerte de mi abuelo, la huida de mi madre de Kurj, su matrimonio secreto con mi padre— suponían una amenaza directa para la supervivencia del Imperialato Eskoliano. Si los Rhon se destruían unos a otros, Eskol-Net se vendría abajo y sin ella Eskolia caería como una fruta madura frente a la superioridad militar de los Mercaderes. No me cabía la menor duda de que la Asamblea hubiera hecho cuanto fuera necesario para garantizar la supervivencia de la tempestuosa familia que

mantenía con vida Eskol-Net.

Mi madre nunca hablaba de la muerte del abuelo. ¿Seguía atormentándola después de tantos años? ¿Lo había asesinado Kurj para poder asumir el poder del Emperador antes de tiempo? ¿O de verdad había sido un accidente? Solo mi madre conocía la verdad.

Fuera la que fuese, e independientemente de cómo se sintiera ella al respecto, lo cierto es que seguía amando a Kurj. Yo estaba segura de ello. Solo los Dioses sabían por qué, pero era así.

Kurj me observaba, sentado en su silla. El escritorio que tenía delante, una placa de cristal de treinta centímetros de grosor con varias pantallas y controles incorporados y las columnas en las que se apoyaba, se extendía de un lado a otro de la habitación. A su espalda, la pared era una ventana tan gruesa como un puño y con los cristales polarizados para amortiguar la feroz mordedura del sol de Diesha. La oficina se encontraba a gran altura, en el último piso de una torre, la más alta de las vidriosas torres de la metrópolis que era Ciudad Cuartel. Al otro lado de la ventana se veía un paisaje formado por rectángulos, torres o edificios achaparrados, todos funcionales, todos de cristal, acero y cajagón duro como la roca. Donde terminaba la ciudad empezaba el desierto, que se extendía hasta el horizonte, llano y desnudo.

Un volador apareció detrás de una torre y viró describiendo un suave arco. Su lustroso cuerpo negro reflejó la luz del sol. La insignia plateada del Mando Espacial Imperial, las letras MEI inscritas en un triángulo que a su vez estaba dentro de una estrella en explosión, brillaba en su morro.

La ventana no tenía cortinas. Kurj no las necesitaba. Utilizaba la luz como herramienta. Variaba la polarización del cristal de modo que contuviera parte de la luminosidad pero solo lo suficiente para que no resultara cegadora. Yo estaba delante de su mesa, en posición de firmes, tratando de no entornar la mirada. A pesar de las prótesis de mis nervios ópticos, mis ojos seguían negándose a enfocar el brillante paisaje que se extendía en el exterior y el sombrío rostro de Kurj en el interior. Era una silueta oscura en una silla, y tanto su rostro como su mente estaban cerrados para mí.

—Reducto Forshires —repitió Kurj—. Quiero que entrenes a los cadetes del MEI.

Yo no lo deseaba. No sentía el menor deseo de entrenar cadetes en una academia militar.

—¿Permiso para hablar?

—Adelante.

—Quisiera volver a dirigir mi escuadrón.

Kurj siguió observándome. Su mente presionaba a la mía. Como un gran peso.

Pero me daba igual. Solo quería salir y luchar y luchar y luchar hasta que todos los Mercaderes hubieran sufrido, del mismo modo que los proveedores habían sufrido, del mismo modo que todos aquellos a los que habían torturado habían sufrido. Del mismo modo que Rex sufría. Quería salir y pulverizar a aquellos

bastardos.

—Así que quieres otra misión de combate —dijo Kurj.

—Sí, señor.

—Quieres combatir a los Mercaderes.

—Sí, señor.

—Matarlos a todos.

—Sí, señor.

—Destruirlos.

—Sí, señor.

Kurj me observó.

—Hace tiempo mantuve esta misma conversación con Rex Blackstone.

Esto me hizo perder el equilibrio.

—¿Señor?

Kurj se levantó y se acercó a la ventana. Se detuvo de espaldas a mí, con las manos cruzadas tras de sí, contemplando la ciudad. Su ciudad. Su planeta. Su imperio.

—Fue cuando regresasteis de la Estación Tams —dijo—. Después de que Kryx Tarque te utilizara como proveedora.

Me puse tensa. Kurj y yo nunca habíamos hablado de lo que había pasado en Tams. Conocía todos los detalles porque había leído mi informe, pero nunca le había hablado de ello. Y no tenía la intención de empezar ahora.

—Crees que quiero venganza —dije.

—¿Y no es así?

—Bueno, ¿por qué no iba a quererla?

—La sed de venganza nubla la mente.

—Mi mente es mía.

—Blackstone dijo lo mismo.

—No es lo mismo.

—No, no lo es. —Kurj se volvió hacia mí—. Te necesito en pleno funcionamiento. De cuerpo. Y mente.

—Estás buscando un problema que no existe.

Kurj no respondió. Ni siquiera se movió. Se limitó a quedárase mirando con su rostro metálico.

Alarma, pensó mi nodo vertebral. Sonda externa realizando patrón invasivo de búsqueda.

Que mire, pensé. Era cierto que ningún otro telépata tenía el poder de Kurj. Pero era como su fuerza física, tosco y pesado. Carecía de la delicadeza necesaria para descubrir lo que le había escondido.

Permaneció allí un momento, parado. Finalmente dijo:

—Muy bien. Dejaré la opción abierta. Pero ahora mismo te necesito en la academia militar. Me hace falta un buen instructor.

—Sí, señor.

No era tan necia como para seguir insistiendo. Pero detrás de mis paredes y barreras, oculta en la fortaleza de hielo que rodeaba a mis emociones, pensé, voy a volver. *Quedan demasiadas cosas sin resolver.*

II Reducto Foreshires

Tiempo de búsqueda

Regresar al planeta Reducto Forshires era como volver a casa. Casi. Había sido uno de mis primeros destinos, pocos años después de graduarme. Los barracones en los que me alojaba entonces formaban parte de un abarrotado edificio de las afueras, cerca del Instituto Militar Jacobs, a unos veinte kilómetros de la ciudad de Eos. Ahora, en cambio, mis «habitaciones» se encontraban en la sección de peces gordos, en un viejo y venerable edificio con apartamentos de lujo.

Yo prefería los barracones.

Mi misión era diseñar un programa de entrenamiento que mejorara la forma física de los cadetes del IMJ. Dos de cada ocho días trabajaba con ellos y el resto del tiempo los instructores llevaban mi programa a la práctica. Era un buen programa. Conseguiría que cualquier cadete se pusiera en forma rápidamente. Pero en cuanto terminé de elaborarlo, me quedé sin nada que hacer.

Así que seis de cada ocho días me quedaba en mi apartamento, pensando. Sabía lo que Kurj pretendía. Quería que me recuperara del estrés que, según creía, estaba interfiriendo con mi capacidad. Yo era un engranaje vital en su maquinaria de guerra y él había decidido que el engranaje requería reparaciones. Así que me dio unas órdenes absurdas, me encerró en una ciudad preciosa en un planeta precioso y supuso que la naturaleza se encargaría del resto.

Se equivocaba. La naturaleza no hacía nada. Yo me sentaba en mi apartamento y contemplaba las placas de madera de las paredes hasta que me sentía a punto de explotar. Había sido una idiota por considerar la posibilidad de abandonar el servicio activo. No podía retirarme. El retiro te dejaba demasiado tiempo para pensar.

Sin embargo, Kurj estaba en lo cierto en una cosa. El programa del IMJ necesitaba un empujón. Reorganicé la vida entera de los cadetes, desde lo que tomaban para desayunar hasta el número de horas que pasaban corriendo, pasando por sus ejercicios de escalada. Cuando los sometí a la primera prueba de evaluación, solo el 14 por ciento de ellos cumplían con los requisitos físicos del programa.

Finalmente, Char Iaki, el director del IMJ, me llevó a su oficina una tarde. Señaló la ventana con la cabeza. En el exterior, bajo la luz menguante del sol dorado de Reducto Forshires, los cadetes pasaban por la plaza en dirección a sus clases, la biblioteca y las salas de simulación.

—Necesitan más tiempo para sus tareas académicas —dijo Iaki—. Al acabar el día están demasiado cansados para moverse, y no hablemos para estudiar.

—En la AMD aguantábamos cosas peores. —Era verdad que la AMD, que entrenaba a los Jagernautas, solía haber perdido casi la mitad de sus aspirantes al llegar la hora de la graduación. Pero era con una buena razón—. Estos hombres y mujeres tienen que ser los mejores. Si no pueden conseguirlo, será mejor que lo

averigüemos ahora y no cuando de su capacidad de trabajar bajo presión dependan vidas.

Iaki respondió con voz calmada:

—Entrenarlos y destruirlos son dos cosas diferentes.

Así que ahora estaba sentada en mi apartamento, preguntándome si me estaba excediendo. ¿Por qué molestarme en entrenar cadetes? Los Mercaderes eran implacables. Nos vencerían por muy duro que luchásemos. ¿Qué sentido tenía? Todos íbamos a morir o a ser devorados por la maquinaria de guerra de los Aristos.

Déjalo ya, me dije. Cogí el hololibro que había dejado en el sofá la pasada noche. El título brillaba en letras rosadas: IDIOMAS DE OTROS MUNDOS. Era mi pasatiempo, aprender frases hechas de otros idiomas. Mi hermano Kelric y yo lo hacíamos constantemente cuando éramos jóvenes. Siempre estábamos buscando giros divertidos de la frase, Sausconia está construyendo castillo en el aire. Una buena en inglés: shot to high heaven.

Suspiré profundamente y dejé el libro. A continuación me levanté y me acerqué a una ventana que miraba al sur, a la campiña. El edificio en el que vivía se encontraba en un extremo del Condado de Jacob, un parque de suaves colinas cubiertas de hierba-nube que se mecían como nubes de oro flotando a ras de suelo. Acababa de empezar la tarde, una tarde más fresca que en Diesha y más corta que en Delos. Al sudoeste, un sol ambarino colgaba del horizonte.

De todos los lugares en los que había vivido, Forshires era el que más me gustaba aparte de mi hogar. Era el segundo planeta de una estrella anaranjada que había adquirido el nombre de Ruth de la exploradora que había descubierto el sistema. Antes de la ocupación del MEI, los habitantes del planeta numeraban sus veintitrés ciudades siguiendo el orden en el que habían sido construidas. Algún funcionario con vena poética del Mando Espacial Imperial le había puesto a aquella el nombre de Eos, por una diosa del amanecer sobre la que al parecer había leído algo en un estudio sobre mitología Aliada.

Mi hermano Kurj no tenía un solo átomo poético en el cuerpo y siempre había preferido los nombres ordenados a la poesía. Pero la mitología de la Tierra lo fascinaba, en especial las tragedias de un autor llamado Séneca. Yo nunca las había leído y dudaba que el propio Kurj supiera por qué le gustaban tanto. Sea como fuere, dejó que Eos reemplazar al nombre que había tenido hasta entonces, Ruth-2, #17.

A mí no me extrañaba que aquel lugar excitase la vena romántica de alguien. Solo su cielo había evocado resmas de poesía a sus habitantes, los descendientes de un grupo de colonos independientes que se habían establecido allí hacía cien años. En aquellas latitudes, 30 grados al norte, los anillos del planeta cubrían el cielo casi entero, y alcanzaban su cúspide en dirección al sur. Si hubiéramos estado en el ecuador, se habrían extendido hacia lo alto en una línea recta tan estrecha que casi no se vería. Aquí el arco se curvaba formando una amplia cinta, cuyo punto más ancho se encontraba al sur, a 41 grados sobre el horizonte el extremo inferior y a 45 grados

el superior. La mayor parte del arco era de un tenue color entre blanco y dorado pero conforme se iba curvando hacia el montañoso horizonte del este y el oeste adquiriría un tono anaranjado más oscuro, que pasaba luego al rosa y finalmente al rojo.

Me pregunté cómo habrían sido las cosas hacía varios siglos, cuando un asteroide rozó la superficie de Forshires. No debía de haber sido demasiado catastrófico, puesto que el planeta estaba ya en proceso de franca recuperación, con los anillos como única evidencia del acontecimiento.

No obstante, las plantas y animales estaban todavía adaptándose a la presencia de los anillos y del polvo en el aire. Las fricciones con la alta atmósfera y las colisiones entre rocas todavía causaban que de vez en cuando cayeran al planeta fragmentos del material de los anillos. Hacían acto de presencia durante la noche, como meteoritos. La atmósfera contenía polvo, impurezas químicas y cenizas, lo que provocaba un smog natural que nunca desaparecía. Además, la amarillenta luz del sol se acercaba más de lo habitual en mundos habitados por humanos al extremo rojo del espectro. Todo ello se conjugaba para proporcionar a Forshires un cielo de un lustroso dorado en lugar del azul más habitual en mundos con atmósferas de oxígeno y nitrógeno.

Pero a pesar de toda su belleza, el cielo se me antojaba extraño. Como si hubiera algo impropio en él, e impedía que me sintiera en casa. Además, en aquel momento no tenía ganas de contemplar un bonito cielo. Quería ver gente. Gente de verdad. Ni robots ni máquinas ni Jagernautas. Gente de verdad.

Me incliné y me froté una contracción de la pantorrilla. La gravedad era un poco más elevada de la estándar, aunque no más que en el mundo en el que había pasado mi infancia. Lo que ocurre es que normalmente, después de haber pasado algún tiempo en Diesha o en el espacio, hacía falta un tiempo para acostumbrarse.

Me acerqué a la ventana que daba al oeste y contemplé la ciudad. Desde donde me encontraba se veía un bulevar, muy abajo, iluminado por el dorado sol del atardecer. Sin embargo, gran parte de la calle estaba oculta. Las copas de los árboles, en plena temporada de floración, formaban un dosel que empezaba unos pocos metros bajo el nivel de mi apartamento y se extendía durante kilómetros en dirección oeste y norte. Era como estar sobre las nubes, solo que estas eran nubes verdes y hechas de follaje.

A poca distancia asomaba una torre sobre los árboles y algunas más se veían en la lejanía.

Aunque yo sabía que eran idénticas a esta en la que vivía ahora —de metal y cajagón— desde allí parecían delicadas construcciones de madera de rosal, marfil y ébano con acentos verdes, como si un artista las hubiera tallado en minucioso detalle y las hubiera dejado flotando frente al telón de fondo del cielo dorado. Las formas de todas ellas se curvaban de un modo que recordaba a los anillos. El lado convexo de la torre más cercana a mí miraba al oeste, pero las otras lo hacían en otras direcciones.

Bajé la mirada hacia el bulevar. ¿Es que no había nadie en las calles? Aquí y allá, cuando el viento apartaba las hojas, entreveía las baldosas azul pálido que

pavimentaban el suelo.

Entonces apareció una pareja de paseo. Vestían ropas sueltas que sugerían al pensamiento pétalos rosas y grises ondeando al viento. Costaba ver con claridad desde tan alto pero parecía que la mujer estaba riéndose. El hombre, un hombre grande y moreno, empezó también a reírse con lo que parecían grandes carcajadas. Como Rex.

Aparté la mirada de la ventana. ¿Qué le pasaba a Kurj? ¿Por qué me enviaba allí, donde no tenía nada que hacer aparte de pensar?

Bueno, no tenía por qué permanecer sentada como una estatua. Podía salir. Hacer algo. Pero, ¿el qué? Las únicas personas a las que conocía en Forshires eran militares. Me invitaban constantemente a cenas formales en la Embajada Imperial, donde me limitaba a hacer acto de presencia con mi uniforme de gala dorado, con sus pantalones, su camisa y su fajín resplandecientes y un sable colgado del cinto que no servía para otra cosa que brillar junto a los de todos los demás. Era espantoso.

Volví la mirada hacia la consola de la pared. El ordenador era un Pak 20. Podía hacer todo lo que yo le pidiera. Bueno, casi todo. No creo que buscar maridos se encontrara entre sus capacidades. O puede que sí. Realidad virtual en el dormitorio.

—Pak —dije—. Quiero algo de ropa.

Una luz se encendió en la consola.

—¿Uniforme de gala o de servicio? —preguntó Pak.

—Uniforme no. Ropa. Ya sabes, como la que lleva la gente normal.

—¿De qué estilo?

¿Estilo?

—No sé. Elige algo. Lo que se pongan aquí las mujeres para salir a pasear.

La pantalla de Pak se encendió y apareció un holograma delante de ella, una imagen de mi cuerpo flotando en el aire, desnudo. Parpadeé, sorprendida por lo juvenil de mi aspecto.

Apareció ropa en la imagen, una tira de tela sin trabillas que apenas alcanzaba a cubrirme los senos y los glúteos.

—¿Es aceptable? —preguntó Pak.

Me puse colorada.

—He dicho ropa, no unos jirones de tela.

La tela fue reemplazada por un vaporoso vestido azul que casi me llegaba a las rodillas.

—¿Es aceptable?

Seguía siendo menos de lo que acostumbraba a llevar, pero comparado con lo que había visto —o no había visto— en la pareja de paseantes, era conservador.

—Supongo que sí. Envíamelo.

Llegó en cuestión de minutos, traído por un joven vestido con un uniforme azul y con una sonrisa tímida. Traía también unos zapatos, unas sandalias azules con campanillas plateadas que colgaban alrededor de los tobillos. Después de que el

muchacho se marchara, me lo puse. Estaba todo hecho de encaje. ¿Qué sentido tenía eso? Y el escote era demasiado bajo. Y no tenía mangas, solo sendas tiras que se cruzaban a la espalda. Me sentía desnuda.

—¿Y qué? —murmuré. Y salí a dar un paseo.

Una vez fuera, me di cuenta de que no sabía adónde ir. No había demasiados edificios en el barrio. Solo árboles y plazas con aquellas baldosas azules. Algunas de las avenidas tenían mosaicos hechos con baldosas rosas y doradas que se ensortijaban entre las azules. Las campanillas de mis tobillos tintineaban al andar. Por suerte, no había ni rastro de nervoplex por ninguna parte.

Atravesé el bulevar en dirección al parque que había al otro lado. Durante un rato caminé por una vereda que discurría entre los árboles. La calidad del aire era alta y la concentración de polvo lo bastante baja para que no me molestara. La gente pasaba, me saludaba con la cabeza, me daba los buenos días. Los hombres me sonreían. Todo el mundo llevaba aquellos zapatos con campanillas, de modo que el parque estaba lleno de una dulce y tenue música. Debían de ser una nueva moda: yo nunca las había visto en Forshires. Pero claro, tampoco había salido nunca a dar un paseo como aquél. Me sentía como una intrusa. No pertenecía allí. Aquella preciosa tarde era para la gente normal.

Después de un rato, llegué a un café con un cartel dorado que rezaba, EL SUEÑO DE HEATHER. Me pregunté lo que habría soñado Heather. Llena de curiosidad, abrí la puerta.

Una mujerona sonriente con un gran delantal apareció delante de mí. Me cogió del brazo.

—Bien. Llega justo a tiempo.

—¿Ah, sí?

Me llevó hasta una mesa con forma de luna creciente hecha de madera sin pulir y me sentó en un banco en su lado cóncavo.

—Ahí está.

Un joven que no debía de tener mucho más de veinte años se sentó a mi lado.

—Hola —dijo—. Me llamo Pulli.

Mientras yo lo miraba pestañeando, la mujer dijo:

—¿Queréis algo de beber?

—Para mí un zumo de frambuesa —dijo Pulli.

¿Zumo de frambuesa? La gente que bebía zumo de frambuesa comía verduras nocivas que parecían repollos en miniatura. ¿Por qué me había sentado la mujer con el tal Pulli?

Ante de que tuviera tiempo de escapar, apareció más gente, y luego más, y un poco más. Todos se sentaron alrededor de la mesa, llenando el lado cóncavo y el convexo y empezaron a pedir bebidas y presentarse unos a otros. Al cabo de unos momentos, estaba rodeada por una hueste de bebedores de frambuesa. Todo el mundo estaba hablando al mismo tiempo, diciendo dónde vivían, cómo se ganaban la vida y

dónde habían estudiado. Eran estudiantes universitarios y jóvenes profesionales, todos ellos rebosantes de salud.

Un tipo larguirucho se sentó a mi izquierda y me sonrió.

—¿Y tú, Ojos Verdes, tienes nombre?

—No es Ojos Verdes —dije.

Se echó a reír.

—Me llamo Hilten. Raik Hilten. Todo el mundo me llama Hilt.

Asentí mientras me preguntaba cómo iba a librarme de Hilt y sus saludables amigos.

Al otro lado de la mesa, una mujer se levantó.

—Vale, todos. A lo que estamos. Soy Delia, vuestra jefa de excursión. Esta tarde solo vamos a hacer unos pocos kilómetros. La próxima vez será un día entero, pero antes de eso quiero que os conozcáis un poco. —Sonrió—. Bueno, alegres excursionistas, al camino.

Cohetes llameantes. Había caído en las garras de una banda de felices excursionistas bebedores de frambuesa. Mientras el grupo se levantaba, me preparé para largarme.

Hilt se levantó conmigo y me cogió del brazo.

—Escucha, Ojos Verdes. Tienes el honor de ser mi pareja esta noche.

—Gracias, pero creo que me quedo. —Vuelve a llamarme Ojos Verdes y te echo una jarra de zumo de frambuesa sobre la cabeza.

Sentí un contacto en mi mente, una carcajada silenciosa provocada por la imagen de Hilt con una jarra de zumo de frambuesa sobre la cabeza. Me volví y me encontré con la mirada de un joven que se encontraba al otro lado del bullicioso grupo, un joven de pelo castaño y ojos pardos.

Me sonrió. Su breve contacto mental no había sido fuerte pero sí suficiente para que yo supiera que era un émpata. También era guapísimo, tímido, estaba dotado de un físico prodigioso y no tenía el menor parecido con Rex o Jaibriol. Le devolví la sonrisa. Puede que sí me pegara al grupo, después de todo.

De modo que salí de excursión con una pandilla de personas excepcionalmente saludables a las que no había visto en toda mi vida. Fue una caminata sencilla por veredas de tierra que serpenteaban por las praderas de hierba-nube del Condado de Jacob, una ocasión de conocerse para los miembros de un grupo de excursionistas que acababa de formarse. El joven que había tocado mi mente se llamaba Jarith y era estudiante de música en el conservatorio.

Debería de haber disfrutado del paseo. A pesar de que estaba menos acostumbrada a la gravedad de aquel planeta que los demás, la sencilla caminata no era nada para mí. Allí estaba, en un lugar precioso, una tarde preciosa y en compañía de gente preciosa. Pero era incapaz de relajarme. ¿Qué estaba haciendo allí, fingiendo que era normal? Era una impostora, y no tenía derecho a comportarme como todos los demás.

Basta, me dije. Me he ganado el derecho a disfrutar de una tarde de descanso.

Díselo a Rex, pensé. Díselo a los proveedores que están gritando.

Me pasé las manos por el cabello. Entonces me di cuenta de que mi brazo estaba temblando. ¿Qué me pasaba? Hilt llevaba varios minutos hablando y yo no tenía la menor idea de lo que había dicho. ¿Y cómo era posible que yo, que era capaz de afrontar la muerte en combate de mil formas diferentes, no pudiera soportar una sencilla conversación?

Llegamos a la cima de una colina desde la que se dominaba toda la campiña. Al oeste, el sol estaba ocultándose detrás del horizonte, donde los anillos se unían a las montañas. A esas alturas del verano, estábamos demasiado al norte para que se hundiera detrás del gran arco. Lejos, al sudeste, los tejados del Instituto Militar Jacob reflejaban los rayos del sol poniente como si fueran de cristal líquido.

Hilt señaló al IMJ.

—Echa un vistazo, Soz. Ahí es donde entrenan a los robots.

Lo miré.

—¿Robots?

—Eso es. Robots entrenados para saludar y matar.

Me costó un gran esfuerzo no perder los estribos, un esfuerzo desproporcionado con respecto a su comentario.

—Esos cadetes a los que tú llamas robots son lo único que se interpone entre los Mercaderes y vosotros.

Hilt frunció el ceño.

—No me digas que eres uno de éstos.

—¿Uno de cuáles?

—Loros del imperio, nuestra querida dictadura militar.

Una mujer llamada Mika dijo:

—Ahí te equivocas, Hilt. Para vivir en una dictadura hace falta un dictador. Nosotros no tenemos un dictador. Tenemos una Tríada. —Con voz seca, añadió—. O sea, tres dictadores, amigo mío.

—Eso es absurdo —dijo Pulli—. La Asamblea gobierna Eskolia, no la Tríada.

—Si te crees eso, es que eres asombrosamente ingenuo —dijo Mika.

—¿Qué Tríada? —dijo Hilt con voz autoritaria—. Todos saben que Lord Valdoria es solo un figurón propagandístico al que sacan en las noticias porque el pueblo le tiene aprecio.

Me puse muy tensa. Era de mi padre de quien estaba hablando. Lord Eldrinson Althor Valdoria. Sí, se había convertido en un potentado interestelar por accidente. Era un sencillito granjero de un mundo atrasado y no tenía ni el deseo de gobernar el Imperialato ni los conocimientos necesarios para hacerlo. Antes de asumir su título como Llave de la Red, la única razón que lo obligaba a salir de casa alguna vez era su epilepsia. Sin tratamiento, sufría tales convulsiones que apenas podía moverse.

El recuerdo regresó vívidamente: veintisiete años atrás los Mercaderes trataron de

asesinar a Kurj. Por entonces solo existía una Diada, Kurj como Emperador y mi tía como Llave de la Asamblea. Después del intento de asesinato, que dejó a Kurj postrado en cama, los Mercaderes lanzaron un ataque contra el mundo en el que se reunía la Asamblea. En el caos resultante los guardaespaldas de mi tía la llevaron a la base escondida de Refugio Seguro.

A continuación los Mercaderes penetraron en nuestras defensas... y dañaron gravemente Eskol-Net.

El sistema entero se vino abajo, tanto la red electrónica como la psibernética. Aquí y allá hubo quienes trataron de hacer remiendos, pero solo Kurj y mi tía poseían la fuerza como Rhon y el acceso como miembros de la Diada para reiniciar el sistema entero. Pero mi tía estaba aislada en Refugio Seguro y Kurj estaba agonizando. Eskolia se había quedado ciega y sorda y trastabillaba torpemente como un animal lisiado mientras los Mercaderes se le acercaban por todos lados para dar el golpe de gracia.

Pero habían cometido un error de cálculo. Mi padre —el «don nadie» de los Rhon— se encontraba en un hospital del MEI, en una de las visitas que, muy a su pesar, hacía al equipo médico que insistía en mantener vigilada su epilepsia. Cuando Eskol-Net falló, solo se encontraba a unos cientos de metros del centro de mando. De modo que un grupo de técnicos desesperados lo arrastró hasta el psienlace que controlaba el sistema.

Nadie sabía lo que pasaría cuando mi padre se uniera a Kurj y a mi tía en su privado círculo de poder. Era posible que el enlace se desintegrara, incapaz de extenderse a tres mentes tan dispares. O también era posible que sufriera una sobrecarga y destruyera las tres mentes en un cortocircuito galáctico. O puede, solo puede, que mi padre sobreviviera el tiempo necesario para volver a activar el sistema. No importaba que no supiera cómo funcionaba, que viniera de una sociedad tan primitiva que no sabía ni lo que era la electricidad, que pudiera morir de una sobrecarga mental aun en el caso de que el resto del sistema sobreviviera. La alternativa era permitir que Eskolia cayera en manos de los Mercaderes.

Nadie esperaba lo que ocurrió. Mi padre me contó más tarde que la Red le había parecido un juguete, uno de los engranajes con los que nosotros, sus hijos, jugábamos cuando éramos pequeños. Salvo que aquel refulgente engranaje estaba roto. Así que lo arregló... y al hacerlo reactivó el cerebro estelar de Eskolia.

No comprendía los aspectos tecnológicos y ni siquiera intentó comprenderlos. Todavía hoy en día, no es capaz de acceder a la Red sin ayuda. Pero eso no importa. Una vez que entra en el psiberespacio se funde con él y lo sostiene como un océano sostendría una enorme telaraña que flotara sobre él. Su capacidad de mantener intacta la cohesión de la Red no conoce igual entre los miembros de mi familia.

Respondí con una voz que, hasta yo me di cuenta, hubiera podido helar el hielo.

—Sin ese hombre al que tan injustamente llamas un figurón, no estarías aquí, libre para insultar a los Rhon. Serías un esclavo de los Mercaderes, amigo.

Hilt resopló.

—Siempre me he preguntado si la gente que difunde la propaganda imperial tiene la menor comprensión de la realidad.

Pulli intervino con voz incómoda:

—Quizá deberíamos abandonar esta conversación.

—Esa es precisamente la cuestión —replicó Hilt con voz tensa—. Estamos tan oprimidos por los Rhon que tenemos miedo hasta de hablar de ellos. Lo único que se nos permite es idolatrarlos. Bueno, pues yo no idolatro tiranos.

—¿Por qué piensas que los Rhon te están oprimiendo? —pregunté.

—Ya sé lo que vas a decir.

Toda una hazaña, teniendo en cuenta que yo misma no lo sabía aún.

—¿Qué?

—Que la maquinaria militar de los Rhon «ocupa» planetas por su propio bien.

—No vivimos en un universo bondadoso —dije—. Si queremos sobrevivir necesitamos poder, y eso incluye a las personas y el territorio. Si no los conquistamos nosotros, los Mercaderes o los Aliados lo harán.

—Menuda birria de justificación —dijo Hilt—. ¿Por qué tienen los Rhon más derecho a conquistar que los Aliados o los Mercaderes?

Rebeka, otra chica del grupo, dijo:

—Los Aliados ya no conquistan otros mundos. Les ofrecen la ciudadanía como alternativa.

La miré de soslayo.

—¿Y tú crees que deberíamos hacer lo mismo?

Respondió con lentitud:

—¿No te importa que nos veamos obligados a obedecer unas leyes impuestas por unos conquistadores que ni se molestaron en pedirnos permiso?

—¿No crees que la ley imperial es justa? —pregunté.

—No me estás entendiendo —dijo Rebeka—. Nos lo quitaron todo, hasta el nombre del planeta. Y sin ofrecernos alternativa alguna.

—¿Para elegir el qué? —¿Por qué estaba tan furiosa?—. Si Foreshires no se hubiera convertido en parte del Imperialato de Eskolia, ahora mismo estaríais luchando por sobrevivir en lugar de disfrutar de la opulencia que os permite crear clubes de excursionistas y pasar el rato paseando por el campo.

Rebeka respondió con voz queda:

—Es cierto, antes no éramos ricos. Pero teníamos el derecho a ser nosotros mismos.

Hilt me observó.

—¿Por qué te cuesta tanto comprender que la gente quiera asumir la responsabilidad de sus propias vidas?

—Los Aliados tienen un lujo que nosotros no podemos permitirnos. —Hasta yo me daba cuenta de la amargura que rezumaba mi voz—. Mientras los Mercaderes y

nosotros sigamos lanzándonos dentelladas, la Tierra es libre de hacer lo que le plazca. Muy bien. Me alegro por la Tierra. Si alguna vez adoptamos sus mismas prácticas será nuestro fin.

—Pues sí que eres cínica —dijo Mika.

Hilt bufó.

—No sé si estoy convencido de que los Mercaderes sean una amenaza tan grande. ¿Qué mejor enemigo que los Aristos podrían inventarse los Rhon para desviar la atención de sus propios defectos?

Sentí cómo se me calentaba la cara.

—Si piensas que los Mercaderes no suponen una amenaza, es que eres idiota.

—Vale —dijo Hilt—. Y ahora escupirás, toda la Lista de las Maldades de los Aristos. Vamos, Soz, en serio, ¿alguna vez has visto a un proveedor?

Me quedé helada mientras los recuerdos empezaban a fluir a mi memoria: Tarque, arrodillado sobre mí en su cama mientras yo gritaba y gritaba y gritaba...

—¡Déjala en paz!

Todos nos volvimos. Era Jarith el que había gritado, el chico de la escuela de música.

Los demás se quedaron mirando al músico, que normalmente era muy callado. Se ruborizó pero no se dejó intimidar.

—Ya basta.

—¿Qué pasa? —preguntó Hilt.

Rebeka le dijo en voz baja:

—Es un émpata.

Hilt parpadeó unos segundos. A continuación se volvió hacia mí.

—¿Qué he dicho?

Tragué saliva.

—Me has preguntado si alguna vez había visto a un proveedor. La respuesta es sí.

Todos guardaron silencio. Yo no tenía intención de explicarme y nadie me lo pidió. La mirada en el rostro de Jarith había bastado para que comprendieran que era mejor que no indagaran en los detalles.

Rebeka señaló al otro lado de la colina, donde el resto del grupo había reemprendido la marcha.

—Se marchan.

Así que los seguimos. Las conversaciones volvieron a empezar, tímidamente al principio y luego con más desenvoltura, a medida que pasábamos a temas más desenfadados. Yo me mantuve al margen. Antes no había tenido demasiadas ganas de hablar y ahora no quería más que largarme de allí. Y lo peor de todo era que tenían razón. La gente necesita la libertad. Pero había algo en lo que se equivocaban. Los Rhon no éramos más libres que ellos. Estábamos atrapados en una guerra que no dejaba alternativas ni a los conquistados ni a los conquistadores.

¿De veras era tan necia para creer que Jaibriol podía marcar alguna diferencia?

No había solución. Él sería el que cambiara. Haría lo que tenía que hacer para sobrevivir. Se convertiría en un Alton. Y yo lo vería, odiándome por querer creer otra cosa, odiándome por amarlo.

No puedo soportarlo, pensé. Mi mente va a explotar.

Jarith se retrasó para hablar conmigo.

—Lo siento. Perdona por haberte espiado.

—¿Espiado?

—Tu imagen... del Aristo. —Palideció—. Pero es que era tan vívida...

—No hace falta que te disculpes —dije—. Poco menos que te lo grité.

No me sondeó pero sentí lo que quería preguntarme. ¿Eras tú la que estaba en esa cama? Me limité a sacudir la cabeza. No quería hablar del tema y dejé que interpretara el gesto como mejor le pareciera.

—Espero que no te hayas enfadado con los demás —dijo—. Lo que pasa es que no están acostumbrados a escuchar argumentos tan conservadores.

—¿Tú crees que soy conservadora?

Se echó a reír.

—Ultra conservadora. —Una mueca cubrió su rostro, como una nube al pasar por delante del sol—. No le des mucha importancia a Hilt. A mí también me tiene frito.

Traduce la última frase, pensé.

Coloquial, respondió mi nodo vertebral. «Tener frito»: provocar constantemente.

Me costaba creer que alguien quisiera incordiar a Jarith.

—¿Por qué? —pregunté.

—Dice que soy apático. Cree que debería luchar por lo que creo. —Se encogió de hombros—. Supongo que no soy muy político. Yo prefiero cantar.

Suspiré. Ahí estaba aquel joven de rostro angelical y sin opiniones políticas. Pak no hubiera podido encontrar un compañero mejor para mí aunque lo hubiera programado para buscar por todo el planeta.

Vale, pensé. ¿Cuál es el problema, Soz? ¿No eres capaz de enfrentarte a nadie que te desafíe?

Apreté los dientes. Me enfrentaba a gente que me desafiaba constantemente, todo el día, todos los días, todos los años, todas las décadas. Me merecía un descanso.

No estás descansando, respondió mi voz interior. Estás escondiéndote.

Cierra el pico, le dije.

Jarith volvió a hablar.

—Vamos a ir a ver una holopelícula esta noche. —Vaciló—. ¿Quieres venir?

Dioses. Estaba pidiéndome una cita. O, al menos, eso pensaba yo que estaba haciendo. Habían pasado muchos años desde la última vez, no estaba muy segura de que aquello se pudiera calificar como cita. Puede que la cosa tuviera otro nombre cuando la gente salía en grupo. ¿Cita en grupo? No, sonaba demasiado mal.

¿Y a quién le importaba cómo se llamaba? ¿Qué me pasaba para que no dejara de mantener conversaciones en mi cabeza?

—Sí —dije—. Me gustaría.

No tenía demasiado en común con aquella gente pero en ese momento cualquier cosa era preferible a volver a mi apartamento vacío.

Después de regresar al café y adecentarnos un poco, volvimos paseando por el campo. Jarith venía, así como Hilt y Rebeka y un puñado de excursionistas más. Todos se habían cambiado las botas por zapatos de campanillas. Mientras el sol se ocultaba tras las colinas, el horizonte se inflamó con un espectacular fuego rojo y sobre nosotros el cielo cobró una oscura tonalidad bronceína. Los brillantes arcos, de un pálido color ambarino en su cenit y más oscuros conforme iban acercándose a la superficie, se extendían por el cielo. Al oeste, sobre el horizonte, eran de un untuoso color carmesí. En el este, donde la sombra de Forshires caía sobre el arco, parecía como si un dragón mítico le hubiera dado un bocado. Los bordes del mordisco eran rojos, pero el color se iba oscureciendo hacia el interior hasta que al llegar al centro era completamente negro.

Cuando el sol desapareció detrás de las montañas, la noche se hizo fría y Hilt me prestó su suéter. Por suerte, las conversaciones no pasaron de la cuestión de la película que cada uno quería ver. Yo no tenía opinión. No tenía la menor idea de lo que se estaba proyectando en ninguna parte. Al final resolvimos la cuestión escogiendo el primer cine que encontramos, un lugar en el parque en el que ponían algo llamado Torsión Cerebral. Los hologramas del exterior mostraban a un Jagernauta, de pie con las piernas abiertas, disparando un fusionador. Pero claro, por aquel entonces casi todas las holopelículas tenían a soldados como protagonistas.

Nos sentamos en el suelo acolchado de una sala circular, con otras doscientas personas. Jarith y yo nos reclinamos en cojines y charlamos sobre sus clases en la universidad. Rebeka y Hilt estaban comiendo y Pulli se compró otro vaso de aquel horrible zumo de frambuesa.

Al cabo de unos momentos la luz empezó a menguar y finalmente se apagó por completo. Empezó la música, el ritmo atropellado de una batería superpuesto a una melodía interpretada por cuerdas y vientos. Entonces, de repente, nos vimos en mitad de un campo, cerca del IMJ. Había un Jagernauta cerca, un hombre bien parecido, de pelo negro, músculos esculpidos y un fusionador en la pistolera de la cadera. Empezó a correr y nosotros lo «seguimos» a la distancia que el director había creído pertinente para ofrecernos una visión óptima de la acción.

Al cabo de unos minutos me di cuenta de que había cometido un error. Supe cómo iba a terminar la película en cuanto empezó. El Jagernauta tenía la misión de rescatar a una preciosa mujer de senos prominentes que supuestamente había sido secuestrada por los Mercaderes pero que en realidad era una espía Alton. Los Mercaderes capturaban al Jagernauta, le implantaban un mecanismo en el cerebro y lo ponían en libertad. Se suponía que debíamos preguntarnos qué terrible destino le esperaba a nuestro confiado héroe cuando los villanos activaran el mecanismo.

La película no tenía la menor pretensión de realismo. Cuando el Jagernauta iba a

ver a un mecánico, el médico estaba en un hospital. Uno nunca va a ver a un mecánico en un hospital. Ya es bastante difícil conseguir que busquemos ayuda sin eso. Ante la perspectiva de entrar en un hospital y admitir «Sí, estoy mal», la mayoría de nosotros saldría corriendo en dirección contraria. Los mecánicos del mundo real siempre tienen su gabinete en lugares inocuos, sin relación alguna con las enfermedades mentales, normalmente edificios gubernamentales.

Pero eso no era lo peor. El «héroe» pasaba la mayor parte del tiempo quebrantando el código de honor por el que nos regíamos. Engañaba, mentía, trataba a sus amantes como si fueran basura y no mostraba el menor atisbo de remordimiento cuando tenía que entrar en combate. Era absurdo. Se suponía que era un émpata, por el amor de los Dioses.

Pero lo que más me afectó fue que el actor se parecía a Rex, quien nunca se rebajaría a hacer las barbaridades que en aquel sujeto parecían habituales. Sí, Rex tenía mujeres a montones. Y sí, se sentían atraídas hacia él porque era elegante, guapo y encantador. Pero se enamoraban de él porque era un ser humano decente que trataba a la gente con respeto. Aquella estúpida holopelícula era un insulto para él.

Cuando la película llegó a su clímax, oh gran sorpresa, el Jagernauta se volvió loco. Los Mercaderes activaron el mecanismo de su cabeza y perdió el control en medio de una plaza abarrotada. Entonces empezó a derribar edificios con su fusionador. A esas alturas estaba tan indignada que me levanté y abandoné el cine en mitad de la escena pasando a través de la figura del Jagernauta para sorpresa de la audiencia, cuyos abucheos me siguieron hasta la puerta.

Mientras atravesaba el vestíbulo, Jarith emergió de la sala y me siguió.

—Soz, espera.

Me detuve en la entrada y lo esperé. Al mismo tiempo que me alcanzaba, Hilt y Rebeka salieron al vestíbulo. Miraron a su alrededor hasta encontrarnos y entonces se nos acercaron.

Jarith me dijo en voz baja:

—¿Qué ocurre? ¿Qué te preocupa?

—No me preocupa nada. —Estaba tan enfadada que me costaba hablar—. Lo único que pasa es que no me gusta ver basura.

Hilt y Rebeka llegaron a tiempo de oír mi último comentario. Hilt me lanzó una mirada de contrariedad.

—Mira, esta actitud tuya empieza a resultar aburrida, la verdad.

Me entraron ganas de abofetearlo. No sabía cuánto hacía que me sentía tan furiosa. ¿Pero, por qué? Era una película estúpida, sí. ¿Y qué?

—Vete a la mierda —le dije.

Rebeka me puso una mano en el brazo.

—Es solo una holopelícula.

Me aparté de ella.

—Es un insulto para la gente que sale y arriesga la vida todos los días para que

chicos como vosotros pueda vivir tranquilamente y ver estúpidas películas.

Esperaba que Hilt me dijera que me estaba portando como una idiota. Pero se limitó a encogerse de hombros.

—Creo que estás haciendo una montaña de un grano de arena. Nadie pretendía que Torsión Cerebral tuviera contenido político o fuera una obra de arte.

Rebeka me miró.

—Mira, puede que hayamos empezado con mal pie. ¿Por qué no nos olvidamos de la película y vamos a tomar algo?

Sabía que lo último que me convenía en aquel momento era salir a tomar algo con ellos. Meforcé a hablar con tono de disculpa:

—Estoy muy cansada. Supongo que no tengo mucho aguante. Será mejor que me vaya a dormir.

Las palabras eran una tapadera. No iba a dormir. Pero tenía que decir algo.

Ni Rebeka ni Hilt parecieron muy decepcionados al saber que no iba a acompañarlos. Jarith siguió mirándome. Se mantuvo en silencio mientras me despedía de los otros, pero cuando me disponía a irme dijo:

—¿Puedo acompañarte a casa?

Mis hombros se relajaron.

—Sí. Estaría bien.

Mientras volvíamos por el parque, traté de pensar en algo que decir. Pero no se me ocurría nada inteligente. Ni, ya que estamos, nada estúpido.

Cuando nos detuvimos junto al edificio de apartamentos, Jarith se quedó boquiabierto.

—¿Vives aquí?

—Cuando estoy en Forshires, sí —dije.

Me miró.

—¿Viajas mucho?

—Algo. —Quería que subiera conmigo y me hiciera compañía, compañía de verdad, de esa con la que un hombre puede ayudar a una mujer a mantener la noche a raya. Quería que me hiciera el amor una vez tras otra, hasta que su cálida masculinidad desterrara los fantasmas que moraban en mis pensamientos.

Jarith silbó.

—Nunca había conocido a nadie que pudiera vivir en un sitio así.

Vale, me dije. Ahí tienes tu oportunidad. Pídele que suba.

¿Pero y si dice que no?

—¿Vas a volver al cine? —le pregunté.

—Solo para coger la chaqueta. —Hizo una mueca—. He prometido verme con una gente más tarde. Mañana tenemos un examen de música.

—Oh. —¿Qué me pasaba, por qué me encaprichaba de un artista, alguien con todas las cualidades estéticas que a mí me faltaban? No podría funcionar.

Jarith titubeo.

—¿Quieres que nos veamos de nuevo?

No podía.

—Sí.

—Vamos a ir a la playa de Tillsmorn. ¿Por qué no vienes? Podemos vernos aquí al mediodía.

Sonreí.

—De acuerdo.

—Vale. Bien. —Sonrió y se despidió—. Te veré entonces. —Y regresó al cine.

Después de que se marchara, subí a mi apartamento. Seguía pareciendo oscuro incluso después de que hubiera encendido todas las luces. Había lámparas por todas partes, gráciles flores de cristal tintado que despedían una luz agradablemente difuminada. Las paredes estaban forradas de madera dorada del color del amanecer. Tenía muchísimos ventanales arqueados, por donde entraba a raudales la luz de los anillos que iluminaban el cielo nocturno. La alfombra era blanca, los cojines de seda del mobiliario eran blancos, las molduras de las puertas eran blancas. El lugar era precioso. Pero aquella noche parecía oscuro, frío y vacío.

Me estaba sirviendo un vaso de whiskey cuando Pak dijo:

—Tienes visita.

Levanté la mirada. ¿Habría cambiado Jarith de idea y habría regresado para ayudarme a repeler la soledad?

—¿Quién es?

La pantalla de Pak se encendió y me mostró la escalera de entrada al edificio. Hilt se encontraba allí, temblando de frío en mitad de la noche.

—Joder —musité.

Me acerqué a la consola y encendí el comunicador del porche en el que esperaba Hilt.

—¿Sí?

Su voz respondió por el altavoz:

—Te has olvidado de devolverme el suéter.

Pestañeé. Ni siquiera me había dado cuenta de que aún lo llevaba.

—Pak, déjalo subir.

Al cabo de unos momentos llamaron a mi puerta. Cuando la abrí, Hilt se encontraba allí, sonriendo.

—Oye, Ojos Verdes, menuda choza tienes.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

—Me lo ha dicho Jarith.

Me quité el suéter y se lo devolví.

—Gracias por dejármelo. —Hice ademán de cerrar la puerta.

Puso una mano en ella y entró en el apartamento.

—¿Sabes?, ahora tiene mucho más sentido.

Lo miré desde el umbral de la puerta.

—No recuerdo haberte invitado a entrar.

—No me extraña que seas tan conservadora. Hueles a Dinero. —Se volvió hacia mí—. Apuesto a que es Dinero Viejo.

—Buenas noches, Hilt.

Se me acercó.

—La Princesa de Hielo. Pues claro que apoyas la política de los Rhon. —Deslizó un dedo por el tirante de mi vestido y siguió bajando hasta que su mano fue a detenerse entre mis dos pechos—. Tienes un interés personal en mantener el status quo.

Aparté su mano.

—Largo.

Me empujó contra la pared y acercó tanto su cara a la mía que casi me besó.

—Alguien debería romper esa costra de Zorra de Hielo.

Estallé. No debería haberlo hecho pero lo hice. Se suponía que mis reflejos de combate no debían activarse de forma automática a menos que me enfrentara a una amenaza de violencia directa. Y Hilt no lo era. Era molesto y aborrecible y no me gustaba nada pero no era ningún violador. Un simple «para» hubiera debido de bastar.

Pero yo no quería que parara. Quería matarlo.

Para cuando mi cerebro consciente se dio cuenta de lo que mis reflejos estaban haciendo, ya había roto el vaso de whiskey contra la pared y estaba apuntando con un puñal de cristal al pecho de Hilt. Mi mano sangraba. Cuando finalmente los impulsos de mi cerebro detuvieron mi mano, el fragmento se encontraba a escasos centímetros de su cuerpo.

Todo ocurrió tan deprisa que incluso después de detenerme, Hilt permaneció inmóvil, mirando el puñal de cristal que apuntaba a su pecho. Finalmente exhaló. Entonces me quitó el cristal de la mano. Miré la sangre que corría por mi mano, mi brazo, mi vestido.

—Será mejor que vayas a ver a un médico —dijo Hilt.

—No es nada. Yo lo limpiaré.

Pensé que iba a llamar a la policía. Pero en lugar de hacerlo dijo en voz baja:

—Lo siento. He perdido el control.

¿Que había perdido el control? Había estado a punto de matarlo. ¿Qué me pasaba?

—Pediré una ambulancia —dijo.

Tuve que esforzarme para mantener la voz calmada.

—No. Vete.

Miró la sangre que seguía brotando de mi mano.

—Creo que sería mejor...

—Vete.

—Vale. —Hilt abrió la puerta—. Mañana preguntaré por ti.

—Estupendo. —Cerré la puerta y eché el cerrojo.

Pak dijo:

—Puedo llamar a un médico. Estará aquí en menos de un minuto.

Me acerqué al bar, abrí el surtidor de agua y metí la mano debajo del chorro.

—No, estoy bien. —El agua que resbalaba por la pila se volvió roja.

Una vez limpia y vendada la mano, me serví otra copa. Si me emborrachaba lo bastante, no podría pensar. Y en aquel momento concreto no deseaba pensar.

—Aún tienes asuntos pendientes —dijo Pak—. El correo electrónico lleva esperando seis horas.

—Mañana lo miro.

—Uno de los mensajes requiere atención inmediata.

Miré la consola con el ceño fruncido.

—Muy bien. Ponlo.

La voz de Char Iaki, comandante del IMJ, entró flotando en la habitación.

—Siento molestarla, Primaria Valdoria. Hemos tenido que posponer la sesión de vuelo de mañana a causa de un fallo en un motor. ¿Podría dar la conferencia en su lugar?

Debía de referirse a la conferencia que iba a dar sobre interfaces hombre-máquina.

—Pak, dile que lo haré mañana por la tarde.

Entonces me emborraché. Mucho.

Tiempo de llanto

—Pero, ¿no es peligroso? —preguntó la cadete. Se inclinó hacia delante—. La fibra óptica y los elementos mecánicos son cuerpos extraños, ¿no? ¿No los rechazará el organismo?

El enorme número de preguntas que me había formulado aquella cadete me había cogido por sorpresa. Me encontraba en la parte delantera de la sala, apoyada en el borde de una mesa mientras respondía a sus preguntas. Iaki me había ofrecido un podio, pero yo me sentía más cómoda así. *Realmente* cómoda. Estaba disfrutando de la conferencia.

—La mayor parte de los sistemas biomédicos se crean a partir de mi propio material genético o están envueltos en caparazones de este material —dije—. Es algo parecido a, digamos, tener un órgano regenerado en el cuerpo. Por supuesto, la red biomecánica es mucho más extensa. No la aceptaría el cuerpo de cualquier persona.

Un cadete que se sentaba al fondo levantó la mano. Cuando lo señalé, dijo:

—¿Y qué pasa si fallan los sistemas de fibra óptica?

—Transportan mensajes —dije—. Igual que los nervios. Si algo falla, sencillamente dejan de transportar mensajes.

—¿Y no puede pasar que el cerebro malinterprete las señales? —preguntó.

—Es posible —dije—. Pero podría malinterpretar cualquier parte de mi sistema nervioso, natural o sintético.

La mujer que había a su lado dijo:

—¿Y si le pasa algo malo a una persona con todos esos implantes? La mayoría de las veces, cuando sorprendes a alguien... vaya, dan un salto y no pasa nada. Pero si les ponemos implantes a la gente que les permiten matar, ¿no corremos el riesgo de que si sus mentes sufren una avería, el resto de los sistemas fallen también? Un Jageronauta loco podría hacer mucho daño.

¿Qué clase de pregunta estúpida era esa?

—Nuestros reflejos se activan *solo* si estamos en peligro. Estamos entrenados para no reaccionar en otras circunstancias. —Eché un vistazo al reloj de pared que había sobre Char Iaki, quien se encontraba junto a la puerta, al otro lado de la sala. No había hecho ademán alguno de poner fin a la sesión a pesar de que llevábamos el doble del tiempo previsto.

Me dirigí a los cadetes:

—Llevamos dos horas hablando. Es hora de dejarlo.

Un murmullo de decepción recorrió la sala. A continuación, empezaron a aplaudir. Y siguieron haciéndolo. Yo me quedé parada, sin saber qué hacer. No estaba acostumbrada a que la gente me aplaudiera. Normalmente, o deseaban que me fuera o eran Mercaderes que solo querían matarme. Desde un punto de vista social, parecía

que últimamente lo único que hacía era molestar a la gente.

Pero los cadetes siguieron aplaudiendo. Sonreí, contenta de que al menos hubiera alguien que no me encontrara detestable.

Mientras los cadetes salían, Char se me acercó.

—Los ha fascinado.

—No esperaba tantas preguntas —dije.

Sonrió.

—No todos los días tienen la oportunidad de ver a una maravilla de la tecnología biosintética.

—Gracias. Creo. —Su comentario me provocó la misma sensación extraña que la última pregunta del cadete. Era como si creyeran que podía sufrir una avería, igual que el motor de una nave. Me froté la nuca y pasé los dedos sobre el enchufe.

—¿Quiere que la lleve a la ciudad? —me preguntó—. Me he fijado en que esta mañana no ha traído coche.

—Gracias. No. Me gusta el metro.

En realidad odiaba el metro pero no quería ir en un hovercoche. Aquella mañana, cuando había salido de mi apartamento para dirigirme al IMJ, me había quedado parada mirando mi coche durante cinco minutos, tratando de convencerme para entrar. Pero, no sé por qué, no había sido capaz de conseguirlo.

Así que había cogido el metro en su lugar. Los transeúntes me habían mirado como si fuera un monstruo con dos cabezas. Sí, la mayoría de ellos no eran Jagernautas de uniforme. Yo vestía de cuero ajustado de la cabeza a los pies. Hasta llevaba los guantes reglamentarios, para esconder las vendas de las manos. Y el fusionador que llevaba en la cintura tampoco ayudaba. Lo llevaba porque pensaba utilizarlo durante la conferencia para explicar cómo estaba conectado a mi cerebro. Pero en cuanto entré en el vagón, empecé a arrepentirme. La gente que me rodeaba parecía aterrorizada. Bueno, sí, la mayoría de transeúntes no suele llevar un acelerador de partículas de antimateria en el cinturón. Pero tenía el seguro puesto. No había peligro.

Ya había atardecido cuando salí del IMJ. La atmósfera era clara y el sol poniente, un orbe ambarino suspendido sobre el horizonte, calentaba todavía el día. Hacía una tarde preciosa. ¿Para qué coger el metro? Solo había veinte kilómetros de allí a mi apartamento, y el camino atravesaba el Condado de Jacob. Podía llegar corriendo en menos de dos horas. O podía utilizar la carretera, una serpenteante vía comarcal que recorría veinticinco kilómetros por el campo antes de llegar a la ciudad de Eos. Si me cansaba, podía coger el hoverbús que pasaba cada pocas horas.

Me decidí por la carretera y emprendí una caminata entre prados llenos de hierba-nube y las cada vez más alargadas sombras de la tarde. Eran sombras dobles, una alargada, del sol poniente, y la otra tenue, casi invisible, de los anillos. Pájaros de plumaje pardo, gris y dorado sobrevolaban los prados, batiendo de tanto en cuanto las alas para avanzar unos pocos metros.

Tras ellos corrían dando saltos unos animales de pelaje púrpura y grandes orejas. Aparecían, perfilados momentáneamente contra el cielo bronceado y a continuación volvían a desaparecer bajo las nubes de hierba. El escenario parecía irreal, como si se tratara de una holopelícula rodada con filtros dorados.

Pasada aproximadamente una hora llegué a un edificio situado junto a la carretera, un híbrido entre restaurante y tienda. Al oír unos cantos procedentes de su interior me detuve. Tenía ganas de entrar pero no quería que me vieran. Finalmente la soledad venció. Me acerqué a la puerta y la abrí.

En el interior había varias mesas apoyadas en las paredes, y unas cuantas más situadas en el centro de la habitación. El establecimiento se iluminaba solo con velas, moldes con forma de estrella llenos de cera púrpura que se amontonaba en sus puntas.

Ahora que la tarde estaba dando paso a la noche, tampoco entraba mucha luz del exterior. Había un hombre de pelo castaño y despeinado en un banquillo, sobre un escenario de madera situado al otro lado de la sala, cantando con una ronca voz de barítono. No había mucha gente. Los clientes charlaban entre sí o escuchaban la música. Me senté a una mesa vacía sin que nadie se fijara en mí.

Cuando se acercó la camarera, apenas dedicó una mirada a las bandas de Primaria de mi chaqueta. Supongo que, en un café tan cercano al IMJ, estaba acostumbrada a ver oficiales.

Pedí un vaso de ron. Y me lo bebí. Y pedí otro. Y me lo bebí. Y pedí más. Era raro. Había bebido más alcohol en los últimos dos días que en medio año. Pero me sentía a gusto allí, escondida en aquella sala polvorienta sin nada más que hacer que escuchar cómo cantaba aquel tipo. Me recordaba a Jarith. En realidad no se parecía a Jarith más que en los rizos rebeldes, pero era cantante y era guapo.

Llamé a la camarera, que estaba cerca de la mesa.

—Quiero otra copa.

—¿Ron? —preguntó.

—Sí. —Señalé al cantante—. ¿Podría... cuando termine la actuación... podría preguntarle si querría tomar un trago conmigo? —Entonces vacilé. ¿Y si no quería venir? Me apresuré a añadir—. A menos que tenga que preparar la próxima actuación.

La camarera sonrió.

—Se lo diré.

Me había terminado dos copas más cuando el joven dejó de cantar. La camarera lo llamó con señas. Después de hablar con ella, se volvió hacia mí. A continuación asintió y desapareció detrás del escenario.

Me encogí. Pero antes de que tuviera demasiado tiempo para sentirme estúpida por mi invitación, reapareció caminando hacia mí. Se detuvo junto a mi mesa y se inclinó.

—Buenas tardes, señora.

Sonreí.

—Soz. —Indiqué el banco—. ¿Quieres acompañarme?

—Será un placer. —Se sentó al otro lado de la mesa—. Soy Nik.

—Nik. —Sonaba bien—. ¿Qué quieres beber?

—Una cerveza estaría genial.

Volví a llamar a la camarera.

—Tráiganos cerveza y ron.

—Sí, señora. —Tenía esa mirada que se les pone a las camareras cuando creen que has bebido demasiado.

Nik miró los vasos vacíos que tenía delante, luego a la camarera y luego a mí.

—Ahora que lo pienso, creo que prefiero un café. —Sonrió—. ¿Me acompañas?

—No gracias —dije—. Me apetece el ron.

Después de que se marchara la camarera traté de pensar algo inteligente que decir. Pero mi mente se negaba a cooperar. Seguía vagando. Lo único que se le ocurrió fue:

—Cantas bien.

—Gracias —dijo Nik.

—Tengo un hermano que también canta. Baladas y cosas así. —Hice una mueca—. Yo nunca utilizo mi voz contra la gente. Los asusta.

Nik se rió como si acabara de decir algo gracioso.

—Apuesto a que tienes una voz preciosa.

—Preciosamente desafinada. —Era tan mala que me asustaba incluso a mí—. La única persona a la que le he cantado jamás es a mi hermano pequeño Kelric, cuando era un bebé. —Ahora veía a Kelric en mi mente, esbozando aquella sonrisa que yo tanto amaba—. Supongo que no le molestaba demasiado. Cuando tenía dos años y yo once, se ponía a llorar en cuanto me veía para que lo abrazara.

Una expresión cálida apareció en su rostro.

—Parece agradable.

Era un recuerdo hermoso.

—Lo era.

Aunque continuamos hablando, yo estaba empezando a tener dificultades con las palabras. Me costaba pronunciarlas. Pero, no sé por qué, Nik parecía disfrutar de mi compañía a pesar de mi incapacidad para comunicarme como un ser humano inteligente.

Cuando la camarera regresó con las bebidas, Nik le dirigió una mirada extraña. Me recordó a la expresión que mi hermano «pequeño» utilizaba cuando algo lo preocupaba. Pequeño. Ja. Kelric se había convertido en un gigante, casi tan grande como Kurj. Pero mientras que Kurj era dureza y metal, Kelric era luz de sol y risas.

Sin embargo, resultaba curioso ver la mirada de Kelric en el tal Nik. Fuera lo que fuese lo que pretendía, la camarera pareció comprenderlo. Asintió de forma casi imperceptible y se marchó.

Tomé un trago de ron.

—A Kelric también le gustaba aquel lago.

—¿Lago? —preguntó Nik.

—Era un... aquel gran lago. —Mis pensamientos habían empezado a vagar de nuevo. Vi a la camarera al otro lado de la habitación hablando con un hombre calvo y de barriga prominente, con pinta de propietario. Asintió y se acercó al banquillo.

—¿Ibas a un lago con tu hermano? —preguntó Nik.

—Nosotros... sí. —El propietario se dirigía a nuestra mesa—. Aquí viene.

—¿Tu hermano?

—Nooooo.

El propietario llegó a la mesa. Me saludó con una profunda reverencia.

—Buenas tardes, señora. Bienvenida a mi establecimiento.

—Hola —dije. La habitación estaba inclinándose hacia él.

Esbozó una gran sonrisa.

—Me alegra que le haya gustado la actuación de Nik.

—Sí. —Solo deseaba que se largara para poder seguir disfrutando de Nik.

—Puede que prefiera cambiar de bebida —me sugirió—. Tenemos un agua mineral excelente.

—El ron está bien. —El agua con gas era casi tan espantosa como el zumo de frambuesa.

El propietario volvió a intentarlo.

—Tal vez una suav...

—Gracias —lo interrumpí—. Pero estoy bien. Perfectamente.

Exhaló.

—Bien. De acuerdo. —Hizo una reverencia y se marchó.

¿Por qué seguían incordiándome? Desenfundé el fusionador y lo dejé sobre la mesa. No tenía intención de utilizarlo, claro. Pero mantendría a raya a los visitantes indeseables.

Nik miró el arma unos instantes y a continuación a mí.

—¿Alguna vez habías visto una de estas bellezas? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—No tan de cerca. —Y tampoco parecía que quisiera ver la mía.

—No te va a morder. —Levanté el fusionador y me lo apoyé en la cabeza—. Solíamos ir a nadar a aquel lago.

Nik estaba pálido.

—Soz... el seguro...

—¿Qué? —Me estaba costando mantener la mano firme. El arma resbaló y rebotó varias veces contra mi cabeza.

El propietario reapareció de repente, hablando a toda prisa.

—¿Por qué no me da eso?

Lo miré, asombrada de que me pidiera el arma. Cuando alargó la mano hacia ella, me aparté de él y el arma se alejó de mi cabeza.

Y entonces le puso el seguro.

Durante un momento prolongado permanecí inmóvil, mirando el arma que llevaba en la mano. No tenía el seguro puesto. Podía disparar. *Podía disparar*. Me había puesto un fusionador en la cabeza sin activar el sistema de seguridad.

Tragué saliva y volví a guardarlo en la pistolera. Entonces me levanté y miré al propietario.

—¿Hay algún lugar donde pudiera tumbarme un poco?

Exhaló.

—Por supuesto. Sígame.

Me llevó a un pequeño saloncito en la parte trasera del edificio. Parecía formar parte de la casa, separada del café por un pasillo. Mientras me dejaba caer en el sillón, oí la voz lejana de Nik, que había vuelto a empezar a cantar. El dueño me trajo una taza de algo caliente pero no conseguí bebérmelo.

En realidad no llegué a tumbarme, sino que permanecí allí sentada casi una hora mientras mi mente se aclaraba. Finalmente levanté la cabeza y miré a mi alrededor. El dueño estaba sentado en un sillón al otro lado del cuarto, mirándome.

—¿Cómo se encuentra? —me preguntó.

—Borracha. —La constatación de lo que había hecho caló en mi mente. Un movimiento brusco de mi dedo y habría aniquilado mi biosintética cabeza. Apoyé los codos en las rodillas y la frente en las manos. Podía sentir los guantes contra la piel, los escudos de cuero que escondían las vendas de mi mano.

El propietario se me acercó y se sentó junto a mí.

—¿Quiere que llame a alguien para que venga a recogerla?

—No. —Me puse en pie y me quedé quieta un momento mientras mi estómago sufría un ataque de náuseas. Una vez que pasó, me dirigí a la puerta. No la que daba al restaurante sino la que había al otro lado de la habitación.

El propietario vino conmigo.

—No hay más autobuses a la ciudad hasta mañana. ¿Por qué no duerme en ese sofá?

Sacudí la cabeza.

—Gracias por su ayuda. Pero ahora necesito... —¿*Qué* necesitaba?— andar un poco.

—¿Está usted segura?

—Sí. —Incliné la cabeza en dirección al café—. Despídase de Nik por mí.

—Lo haré.

Abrió la puerta y salí a un patio situado detrás del restaurante. Allí se veían más estrellas que en Eos, aunque seguían siendo difíciles de divisar bajo el resplandor de los anillos. Supongo que sería cerca de medianoche. La sombra del planeta en los anillos había ascendido hasta dividir casi el arco por la mitad. Los dos lados del arco casi se tocaban en el cielo, como sendas guadañas apuntadas hacia lo alto. El aire olía a hierba-nube y por todas partes se oían los gorjeos y ruidos de la campiña nocturna.

Me encaminé a casa por la carretera. Todavía estaba lo bastante ebria para que mi

mente permaneciera en calma. No quería pensar. No quería saber qué era lo que me había llevado a apoyar un fusionador en mi cabeza. Así que en lugar de hacerlo dejé que mi mente se alejara vagando en medio de la neblina.

Debí de caminar durante horas. Al cabo de no sé cuánto tiempo, la carretera se convirtió en una autopista, lo que significaba que me encontraba solo a cinco kilómetros de Eos. A la izquierda, las luces tenues del Parque del Soldado iluminaban la noche. Era un parque enorme, formado en su mayor parte por prados salpicados de jardines y estanques. Era precioso. Pero la razón de su existencia no era la belleza. Era un memorial para los soldados del MEI que habían caído en el campo de batalla.

Me detuve a un lado de la autopista y contemplé el parque. Nunca lo había visitado a pesar de las muchas ocasiones que había estado en Forshires. Tampoco quería hacerlo ahora. Pero mis pies me llevaron hacia allí, por veredas de grava entre jardines y más jardines. Evité los monumentos y estatuas, las esculturas, las placas y los obeliscos.

Pero al llegar a la Cúpula, me detuve.

En realidad no era una cúpula. Era una estructura circular, de unos diez metros de diámetro y tan alta como un edificio de dos plantas. Sus paredes eran placas que casi alcanzaban, pero no del todo, el techo abovedado. Había un total de veintinueve placas, de un metro de ancho cada una, conectadas al techo por columnas, y separadas de la siguiente por aproximadamente la anchura de una mano. Faltaba la decimotercera placa y en su lugar había una abertura a la que llegué tras subir tres escalones. El monumento entero estaba hecho de piedra suave y blanca. Y no había en él nada más.

Salvo los nombres.

Estaban en el interior. Poco más de la mitad de las placas estaban ocupadas, pero cada año que pasaba el espacio vacío disminuía un poco más. ¿Qué pasaría cuando los nombres hubieran llenado la última de las placas? ¿Cuántas Cúpulas más harían falta para enumerar a todos los Jagernautas caídos en batalla? Porque aquella era la única razón de la existencia del monumento: honrar a las maravillas de la tecnología biosintética caídas en defensa de Eskolia.

Entré en el monumento. No quería ver las placas. No quería ver los nombres. Pero seguí adelante, incapaz de detenerme. Me acerqué a la placa que había al otro lado de la entrada y contemplé los nombres tallados en el mármol. La fecha que acompañaba a cada uno de ellos tenía ya décadas de antigüedad. Pero a pesar de todo, reconocí a la mayoría.

Empecé a temblar. No tenía frío pero mi cuerpo tiritaba como si estuviera cubierto de hielo. Recorrí el perímetro de la Cúpula, mirando las placas, viendo las fechas cada vez más recientes, los nombres que cada vez resultaban más familiares. Eran tantos. *Tantos*. ¿Por qué tenía que conocerlos a casi todos? Recordaba sus caras, la manera en que se reían, la manera en que caminaban, la manera en que hablaban. Cada nombre me maldijo y me acusó de seguir viviendo cuando ellos habían caído.

Quería salir corriendo de aquel lugar, esconderme, enterrar la cabeza en el olvido del alcohol, de la inconsciencia, de la muerte. Pero no podía dejar de leer, ni de caminar, ni de recordar. Me acercaba más y más a la última de las placas, inexorablemente, incapaz de desviarme. No quería hacerlo pero no podía detenerlo.

Y entonces lo vi. Las fechas databan del pasado año. El nombre estaba a la altura de los ojos, solo un nombre, como cualquier otro.

Kelricson Garlin Valdoria Eskolia, Jagernauta Terciario.

Kelric. Mi hermano pequeño.

Había sido el tercer heredero de Kurj. La única persona, aparte de Jaibriol Qox, con la que había compartido una fusión mental, esa maravilla que solo dos psiones Rhon podían conocer.

Me quité los guantes y pasé los dedos sobre el mármol de su nombre. Entonces, lentamente, caí de rodillas, arrastrando la mano por la piedra, por cada uno de los nombres grabados en ella. Me acurruqué en el suelo, con los puños apretados y la cabeza gacha. Y empecé a llorar. Me quedé allí de rodillas, con los hombros temblando, y lloré hasta que me dolió.

Pasó mucho tiempo hasta que mis lágrimas empezaron a remitir. Pero finalmente me volví y apoyé la espalda en la placa. Apreté las rodillas contra el pecho y apoyé la cabeza sobre ellas.

Tiempo de curación

El canto de un pájaro me despertó. Levanté la cabeza, confundida. ¿Por qué estaba tan agarrotada? Me encontré tendida en un suelo de piedra, mirando una placa también de piedra. Entonces recordé.

Aunque el sol no había salido todavía, había ya luz suficiente para saber que solo faltaban unos minutos para el amanecer. Me puse los guantes y salí andando con rigidez de la Cúpula, mientras mi mente despertaba con el resto de la mañana. El frío del amanecer cortaba el aire y yo tenía el uniforme cubierto de rocío. Me sentía como si hubiera pasado toda la noche corriendo.

Atravesé un prado para llegar a la autopista y a continuación me dirigí a Eos. A aquella hora de la mañana, solo había algunos hovercoches en la carretera. Sus colchones de aire emitían un suave zumbido al pasar sobre las baldosas azules del pavimento. La gente que viajaba en ellos volvía la cabeza para mirarme, pero aquel día no me importaba. No tenía energía para que me importase. Lo único que importaba era concluir aquella caminata que había emprendido. Mantuve la mente apagada, temiendo que si dejaba que volviera a funcionar nunca terminase lo que había empezado.

Para cuando llegué a Eos el sol ya había salido. La carretera se convirtió en un amplio bulevar que atravesaba el centro metropolitano de la ciudad. Aunque la calle estaba jalonada de árboles, eran menos numerosos allí que donde yo vivía. Por todas partes, entre los edificios gubernamentales y monumentos con forma de luna creciente, flotaban amplios macizos de hierba-nube bien recortada. En aquella parte de la ciudad se permitía el tráfico de vehículos flotantes y los hovercoches pasaban zumbando por la carretera. Entre los peatones que caminaban por las aceras, algunos me lanzaban miradas cautelosas y otros estaban absortos en sus propios pensamientos.

Seguí caminando.

Finalmente llegué a la embajada imperial. Subí los amplios escalones y pasé entre las columnas hasta llegar a una gran sala abovedada cuyo techo se elevaba hasta gran altura. Unos bancos de madera jalonaban las paredes y había en ellos gente sentada, ocupada en sus propios asuntos: charlando, leyendo o esperando. Al otro lado de la sala había una fila de gente que hacía cola para entrar en la embajada propiamente dicha. Recorrí la sala envuelta en el eco de mis botas sobre el suelo de mármol y me puse en la fila.

Podría habérmela saltado. Podría haber entrado directamente, o pasar por otra entrada, o hasta podría haberme ido a casa y llamar para que alguien de la embajada viniera a recogerme. Pero preferí esperar. Si me desviaba ahora de mi caminata, nunca la terminaría.

La fila se extendía a lo largo de unas escaleras, por delante de un podio tras el que había una mujer. Indicaba a todos adonde tenían que ir y a continuación los hacía pasar por el control de seguridad de la embajada.

Solo tardé unos minutos en llegar junto al podio. La mujer sonrió y me habló como si fuera perfectamente normal que un Primario Jagernauta se presentara allí.

—¿Qué puedo hacer por usted esta mañana?

No podía seguir. Había llegado hasta allí pero ya no podía seguir.

Volvió a intentarlo.

—¿Quiere que le indique la situación de alguna oficina?

—Quiero ver al mecánico —dije.

La gente que había detrás de mí en la fila se calló. Todos los que habían oído la frase giraron la cabeza. De repente se había hecho un silencio completo.

Quienquiera que hubiera escogido a los funcionarios de la embajada había hecho un buen trabajo. La mujer no pestañeó siquiera. Es posible que fuera la primera vez en toda su carrera que se encontrara con una petición semejante, pero no vaciló un solo instante. Tocó un pequeño panel que había en el podio y a continuación me dijo:

—Una escolta la llevará a ver a Tager.

Un amplio pasillo de paredes de mármol pulido se extendía tras ella y comunicaba con la embajada. Al otro lado aparecieron cuatro hombres y se dirigieron a nosotros. Eran grandes. Y no me cabía duda de que estaban armados.

La chica señaló el control de seguridad.

—Puede pasar, Primaria.

El control era el típico arco vigilado por guardias. Cuando lo atravesé se encendieron luces, pitaron pitos y saltaron alarmas. Ni se me había ocurrido quitarme el fusionador. Los dos guardias del control se llevaron las manos a las armas y la escolta que se estaba acercando apretó el paso. Yo me limité a permanecer inmóvil, tratando de no pensar.

Nadie habló. Nadie me pidió que entregara las armas. Nadie dijo palabra. La gente de la fila miraba, la mujer del podio guardaba silencio, los guardias me observaban. Yo sentía sus emociones como el roce del papel de lija sobre una herida abierta. Temían que explotara si daban un mal paso. Nadie comprendía la verdad, que la única que corría peligro era yo misma, no ellos. Una palabra equivocada, una mirada equivocada, un movimiento equivocado y saldría de allí tan deprisa que oirían cómo silbaba el aire al pasar entre mi ropa.

Entonces la escolta llegó a mi lado y el más alto de los hombres se inclinó.

—Bienvenida. —Hizo un gesto de invitación hacia el pasillo por el que habían llegado, como si yo fuera una invitada a una cena de gala y él mi anfitrión. Sabía perfectamente que era uno de los guardias de elite del equipo de seguridad de la embajada. Pero su condición no se reflejaba en su ropa de civil ni en sus educados modales.

Así que fui con él. Me llevaron por pasillos abovedados y corredores luminosos

hasta llegar a una oficina. Sus paredes eran de cristal, de ese cristal que parece oscuro y opaco desde fuera. Pero estaba segura que desde dentro se veía el exterior.

Una puerta deslizante se abrió en el cristal. Había un hombre de pie en el centro de la sala, mirándonos. Al ver que mi escolta se detenía en la puerta los miré, primero a la derecha y luego a la izquierda. Pero ellos se quedaron allí sin hacer nada.

Así que entré sola en la oficina. Era una sala enorme, con una alfombra blanca tan gruesa que me cubría las suelas de las botas. Las estanterías de cristal que cubrían las paredes contenían delicadas vasijas, estatuas de vidrio y otras chucherías. Las pinturas de las paredes tenían el atractivo justo para complacer a la mirada sin llegar a distraer.

Me acerqué al hombre. Era un ser humano de aspecto normal, delgado y con el pelo castaño.

—¿Es usted el mecánico? —pregunté. Aquélla no era la denominación oficial, claro. Su título era Psiquiatra de Clase A6 del Mando Espacial Imperial.

Asintió.

—Sí. Me llamo Jak Tager. —Lanzó una mirada a la escolta y levantó la mano. La puerta se cerró y me quedé a solas con Jak Tager, mecánico de clase A6.

Me acerqué a una de las estanterías y cogí una vasija de vidrio.

—Tiene aquí un montón de cosas frágiles.

Se acercó.

—Supongo que sí.

Lo miré por el rabillo del ojo. No parecía ni de lejos un experto en salud mental. La mujer del control de seguridad se había referido a él sencillamente como Tager.

—¿Es usted médico?

Asintió.

—Tengo el título de medicina y también un doctorado en psicología.

—¿Cuántos pacientes tiene?

Esbozó una sonrisa tensa.

—Uno.

—¿Incluida yo?

—Sí.

Resoplé.

—¿Y qué hace el resto del tiempo?

—Investigo. —Parecía halagado por mi interés—. Estudio los efectos psicológicos de las interfaces biomecánicas hombre-máquina.

Buenos Dioses. Era *ese* Tager. Había leído su trabajo. El tipo era sin discusión el mayor experto mundial en los efectos causados por los sistemas biomecánicos en la gente que se los implantaba. No sabía que trabajara como mecánico. Eso significaba que, además de sus logros científicos, tenía también un puesto en el MEI, y probablemente un título del IMJ o de la Academia Militar de Diesha.

No sabía qué pensar de él. Parecía completamente normal. Diez años atrás,

cuando fui a ver a la mecánico después de lo de Tams, le pregunté cuántos pacientes había visto en toda su carrera. Me dijo que ocho. *Ocho*. Ocho en veinticinco años. Y eso me incluía a mí, a la que solo vio dos veces.

Yo no había acudido voluntariamente a su consulta. Lo hice porque me obligaron. Sí, mi oficial superior había elegido bien. De haber estado dispuesta a aceptar ayuda, ella habría sido la elegida. De hecho, era con ella con la que deseaba hablar ahora. Pero aquello era irrelevante. Tager era mi única alternativa y por alguna razón estúpida, yo no quería hablar con un hombre. No sabía por qué. Solo sabía que no quería.

Exhalé.

—Puede que haya cometido un error viniendo. Estoy haciéndole perder el tiempo. Me observó.

—¿Qué ha hecho que se decidiera a venir?

Me encogí de hombros.

—En realidad no hay ningún problema. —Después de un instante, añadió—. Lo que pasa es que últimamente he hecho algunas cosas que son... un poco extrañas.

—¿En qué sentido extrañas?

—Anoche me apunté a la cabeza con un fusionador.

Tager respondió con voz tranquila:

—Hábleme de ello.

—Estaba hablando con un cantante en un pub. Estaba borracha. Apoyé el arma en mi cabeza y no tenía el seguro puesto. Mi mano temblaba. —Me detuve. No quería hablar con aquel extraño, ni de la noche pasada ni de nada.

Solo que esta vez había ido allí por propia voluntad, buscando algo. No sabía el qué, pero no iba a averiguarlo a menos que hiciera un esfuerzo. Aspiré hondo y volví a intentarlo.

—Hace dos noches casi mato a un hombre, un civil normal y corriente, solo porque me empujó contra una pared. No sé por qué. Bueno, sí, creo que es detestable. No me gusta y yo no le gusto. Pero eso es todo.

Tager seguía observándome con la misma mirada, como si genuinamente deseara comprender lo que me pasaba. Bueno, ese era su trabajo, al fin y al cabo. Tenía que mostrar aquella actitud.

—¿Cómo ocurrió? —me preguntó.

—No me gustó cómo me tocó. —Estaba cada vez más incómoda, realmente incómoda, mucho más de lo que merecía lo que estaba diciendo—. Perdí el control. No sé por qué.

—¿Qué hizo?

—Rompí un vaso y casi lo apuñalo con un fragmento.

—¿Por qué no le gustó cómo la tocó? —Tager hablaba con cuidado, no como la gente del control, que tenía miedo de que yo explotara si hacían un mal movimiento. Con Tager era como si me respetara, lo que era absurdo teniendo en cuenta que nos

conocíamos hacía cinco minutos. El respeto hay que ganárselo y yo todavía no había hecho nada para ganarme el suyo.

—Tocó uno de los tirantes de mi vestido. —Al describir el incidente me sentí como una tonta. Decir que había reaccionado exageradamente era quedarse muy corta —. Entonces puso sus manos entre mis pechos y me empujó contra la pared.

Tager me miró.

—¿Sabía que era usted una Primaria?

—No. Acabábamos de conocernos en un club de excursionistas.

—¿La amenazó?

—No.

—¿Está segura?

—Por supuesto que estoy segura.

—¿Por qué?

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Qué quiere decir con eso? Porque lo sé.

—¿Cómo?

¿Por qué se empeñaba en preguntarme eso?

—Soy émpata. Lo sé. —Fruncí el ceño—. Hizo un comentario, dijo que era una zorra. Pero no hubiera intentado nada violento.

—¿Está segura de eso?

—Sí, estoy segura. ¿Algún problema?

—Sus reflejos no se activarían sin una razón.

¿Así era como se ganaba su estratosférico salario, recalando lo obvio a su única paciente?

—Usted es el mecánico. Dígame usted cuál es el problema.

Tager exhaló.

—Tiene usted que ayudarme.

—¿Eso es lo que ha aprendido con todos esos títulos? ¿A pedirle al paciente que se diagnostique a sí mismo?

No mostró irritación, sino que respondió con la misma voz callada y respetuosa:

—Tiene que contarme más.

Había algo raro en su forma de mirarme. Había visto aquella mirada antes. Por alguna razón, hizo que me enfureciera.

—¿Cómo qué?

—¿Ha hecho últimamente algo impropio de usted?

Por fin reconocí la expresión. Era la que tenía mi madre cuando alguien a quien ella quería estaba sufriendo. Y su preocupación parecía genuina. No estaba utilizando una máscara profesional que hubiera desarrollado para sus pacientes, por muy pocos que fueran. Yo le importaba. Pero, ¿por qué? ¿Por qué iba a sentir compasión por mí, una persona a la que no conocía, una maravilla biosintética de falsa humanidad?

—No —dije—. No he hecho nada extraño. Solo lo normal en mí. —Lo cual ya

era bastante—. Quizá sea mejor que me vaya a casa. Estoy cansada, eso es todo. He caminado mucho desde ayer.

Sonrió.

—¿Con los excursionistas?

¿Excursionistas? Debía de referirse a los bebedores de frambuesa.

—No. Anoche vine andando desde el IMJ. De hecho, fui hasta el Parque del Soldado. He dormido allí.

—¿Por qué?

Me hubiera gustado que dejara de hacerme esa clase de preguntas.

—Estaba cansada.

Se quedó allí mirándome, esperando.

—Cogí el metro hasta el IMJ —dije—. Pero no me gustaba que me estuvieran mirando. Así que regresé a casa.

—¿No tiene un hovercoche?

—Sí, tengo uno. Pero ayer por la mañana no pude montarme.

—¿Y lo utiliza a menudo?

—Constantemente.

—¿Le ocurrió algo estando en un coche?

—Por supuesto que no.

—Pero ayer no pudo subirse.

De repente me entraron ganas de zarandearlo.

—¿Y qué coño pasa con eso?

—Primaria... —Se detuvo, obviamente esperando un nombre. Yo respondí con una mirada implacable. Al fin, dijo—. Hablar conmigo puede incomodarla. Pero si quiere que la ayude, tengo que hacerle preguntas.

De repente me sentí agobiada. Inhalé, me volví y me aparté de él. El escritorio me bloqueaba la retirada. Me detuve y apoyé las manos en el borde.

Después de un momento me volví hacia él. Hablé con lentitud, como un buceador que comprobara la temperatura de un agua helada.

—Un hombre llamado Kryx Tarque me subió una vez a su hovercoche.

Tager permaneció donde estaba, sin acercárame, sin agobiarme.

—Ese es un nombre Alton.

—Era un Alton. —Tenía las manos frías—. Me recogió en una calle de la Estación Tams. Yo estaba trabajando allí de incógnito. Fui... fui... —Me obligué a decirlo—, fui su proveedora durante tres semanas. Todas las noches. La mayor parte de la noche. Algunas veces también durante el día.

A Tager se le daba bien dar con las respuestas apropiadas. Muy bien. El tipo podría haberse enfrentado a un hovertrén desbocado sin pestañear. Pero ni siquiera él pudo ocultar su reacción. Habló con la misma voz tranquila que venía utilizando desde el principio de nuestra entrevista. Pero yo pude sentir el espanto que había por debajo.

—¿Cómo escapó?

Me falló la voz.

—Lo estrangulé mientras me follaba.

Se me acercó.

—Lo siento.

—¿El qué?

—Que tuviera que hacer eso.

—Era mi trabajo.

—Pues vaya mierda de trabajo.

—Mire —dije—. Fue hace diez años. He estado bien mucho tiempo. No sé por qué razón me molesta ahora.

—El hombre al que estuvo a punto de apuñalar... ¿se parecía en algo a Tarque?

—No. —De hecho, no era del todo cierto. Hilt tenía el pelo oscuro y era de constitución musculosa, como Tarque. También era alto, como Tarque. Y cuando había entrado la noche pasada en mi apartamento, su arrogancia me había recordado a Tarque, quien creía que tenía derecho a hacer lo que le viniera en gana con gente a la que consideraba inferior. Pero solo era un parecido superficial. Hilt era un pesado, sí, pero después de pasar unas pocas horas con él te dabas cuenta de que básicamente era un ser humano decente—. No se parecen en nada.

—¿Y el cantante del café? —Preguntó Tager—. ¿Tenía algún parecido con Tarque?

Resoplé.

—Está buscando algo que no está ahí. Ese hombre es el opuesto de un Aristo. Tiene ojos de color miel y una voz de oro. Dudo que hubiera podido hacerle daño a una mosca.

—Parece usted furiosa.

—¿Furiosa? —Lo miré—. ¿Por qué iba a estar furiosa? No quería hacerle daño. Quería acostarme con él.

—Hábleme del cantante.

—No sé nada de él.

Tager esperó. Fruncí el ceño y crucé los brazos. Al cabo de un rato, probó con otra táctica.

—¿Entonces no está casada?

¿Tan evidente resultaba que nadie me quería?

—¿Y eso qué significa, si puede saberse?

—Me parece usted el tipo de persona que no consideraría a otra como amante potencial si ya estuviera comprometida.

—Oh. —¿Cómo había sabido eso?—. ¿Y qué? ¿Esperaba que estuviera casada?

—¿Por qué la enfurece eso?

—Deje por un momento de hacer de mecánico y responda a la puta pregunta. Si quiere que sea honesta con usted, séalo usted conmigo.

Respondió con voz amable:

—Sí, me sorprende que no esté casada.

Siempre me salían con la misma basura. *¿Cómo es posible que tú estés tan sola?*

—Piérdase, Tager.

—¿Por qué la enfurece eso?

—No estoy furiosa. Deje de preguntarme esa tontería.

—Pues lo parece.

—Ya —dije—. Vale. Llévate a la sexy Primaria a la cama. Menuda presa. O quieren lo que Hilt quería, castigarme por ello. —Apreté los puños—. Quizá debería desfigurarme la cara y llevar harapos. A ver si alguien me quería entonces.

Siguió hablando con aquella voz tranquila tan insoportable.

—¿Quién es Hilt?

Ahora estaba furiosa con Tager, con sus estúpidas preguntas.

—Hilt es el bastardo que me empujó contra la pared y me llamó Zorra de Hielo Rica.

—Pues no lo es.

Me sentí como un hovertrén que hubiera topado de repente con un muro de ladrillos.

—¿Qué?

—La razón por la que me sorprende que no esté casada es que muy pocas émpatas con su sensibilidad soportan una vida solitaria.

—Tengo la sensibilidad de un bloque de cemento.

Sonrió.

—Un bloque un poco raro.

—No estaba haciendo ningún chiste.

—Tampoco yo.

No podía creerlo.

—¿Qué le hace creer que sabe algo sobre mí?

Abrió las manos.

—Tengo experiencia, entrenamiento y presentimientos: también soy émpata.

—Oh. —Pues claro. En su trabajo tenía que serlo—. Creo que no quiero seguir hablando. —Hablar de mí misma era más agotador que volver andando desde el IMJ. Solo quería volver a casa y dormir—. No sé si volveré.

—Creo que debería hacerlo —dijo Tager.

Eso me frenó en seco. No me lo esperaba. Creía que iba a decir lo que Kurj había sugerido, que solo era un exceso de trabajo, que debía salir y tratar de llevar una vida normal. Que me relajase. Que descansase. Esperaba que Tager me dijera, con mucho tacto, que no había razón para que le hiciera perder el tiempo con absurdas preocupaciones sobre mi incapacidad para comunicarme con la gente.

En cambio, quería que volviera.

Pero hablar con él me costaba demasiado.

—No sé si tengo tiempo.

—No creo que le convenga dejarlo.

Lo miré.

—¿Por qué?

Tenía de nuevo aquella expresión, como mi madre.

—Tengo que verla más veces para poder saber por qué está tan furiosa. Pero algo sí puedo decirle: si no lo afronta, alguien acabará pagándolo.

Me puse tensa.

—¿Cree que voy a hacerle daño a alguien?

—Es posible.

Lo sabía. Lo había sabido desde el principio. Me obligué a decirlo.

—Cree que voy a perder el control y matar a alguien, ¿verdad?

—No creo que sea capaz de matar sin provocación. —Entonces, sin advertencia previa, levantó mi mano y me quitó el guante. Los vendajes que había debajo quedaron a la vista—. ¿Cómo se ha hecho esto?

¿Cómo había sabido que estaba herida? ¿Tan empático era? ¿Es que también era capaz de interpretar mi lenguaje corporal? Le arrebaté la mano de un tirón.

—Ya se lo he dicho. Rompí el vaso.

—¿Cómo?

—No es de su puta incumbencia. —Tenía ganas de zarandearlo—. ¿Qué importa cómo me lo hice?

Respondió con su insoportable compasión:

—La persona a la que temo que haga daño es usted misma.

Estaba tan furiosa que me falló la voz.

—No sabe usted nada sobre mí.

—No puedo obligarla a volver —dijo Tager—. Y aunque pudiera, no serviría de nada. Estoy seguro de que puede hacerme creer lo que quiera sobre su estado mental. Pero no habría venido aquí si no estuviera buscando ayuda.

Repliqué con amargura:

—Soy una máquina averiada. Necesito una reparación.

La comprensión suavizó su expresión.

—No es usted ninguna máquina.

Me quité el otro guante, le mostré la mano, con la palma en alto, para que pudiera ver el conector de mi muñeca.

—Una máquina.

—Su red biomecánica no le resta humanidad. Lo único que hace es extender los dones con los que nació.

—¿Dones? ¿Dones? —Bajé el brazo—. Cada vez que le duele a alguien que conozco, me duele a mí. Cada vez que alguien quiere hacerme daño, lo siento. A menudo ni siquiera sé de dónde viene. ¿Sabe usted cómo es vivir así? —Las palabras escaparon de mis labios antes de que pudiera detenerlas—. ¿Tiene idea de lo que es

volar en un escuadrón de Jags? ¿Cómo es sentir la mente de los Aristos cuando entramos en combate? Les *gusta* matarnos. Para ellos es mejor que el sexo. O si no, el piloto es un esclavo al que se le ha concedido la oportunidad de mejorar su vida. Y tengo que matarlo. —No pude contener el temblor de mi voz—. Siento a cada Mercader al que mato. He muerto más de un millar de veces ahí fuera. No hay nada que pueda hacerme yo misma que no me hayan hecho ya.

—Solo puedo conocerlo en parte —dijo Tager—. Pero he visto lo que le hace a un émpata la vida que ustedes llevan. El que alguno de ustedes sobreviva es ya un milagro.

Después de eso no supe qué decir. Estaba cansada. Cansada. No podía hablar más.

—Tengo que irme.

—¿Va a volver?

—Lo... lo pensaré.

—Estoy aquí todos los días. Puede venir cuando quiera. De día y de noche. Cualquier día.

Asentí. No sabía qué más decir. No sabía si soportaría volver.

Era media mañana cuando me marché de la embajada. Regresé a casa por el puerto, observando los barcos en sus muelles. Los embarcaderos estaban abarrotados de marineros que caminaban con aire animoso en sus pantalones blancos, sus camisas azules arremangadas y sus gorras bien caladas para protegerse los ojos del sol. Por la playa paseaban parejas y familias, mientras otras jugaban en el agua o estaban tumbadas en la arena, disfrutando del cielo dorado con su brillante expansión de anillos. Por todas partes corrían niños con atuendos coloridos, jugando con pelotas, riéndose y gritando y burlándose de los músicos callejeros. El aroma de la comida de los puestos se mezclaba con el acusado olor de la sal. El lugar estaba vivo, vivo y rebosante, humano, ruidoso y vibrante.

Pasé largo rato de pie junto a la barandilla de madera del paseo, contemplando el bullicio. Gradualmente, fui cobrando consciencia de una sensación extraña, algo que empezaba a deslizarse sobre mí.

Alivio.

Por alguna extraña razón, saber que Tager pensaba que tenía problemas me provocaba una increíble sensación de alivio. ¿Por qué? ¿Por qué debía alegrarme de saber que estaba hecha una pena?

Porque si estaba enferma, es que podía ser curada.

Ese era el quid de la cuestión. Los problemas tienen solución. Si no hubiese existido un problema, habría significado que lo que estaba sintiendo era normal, no algo que pudiera cambiarse. Y no creo que hubiera podido vivir con eso.

Tal vez, solo tal vez, pudiera volver a ver a Tager.

Al cabo de un rato volví a ponerme en marcha. Estaba impaciente por quitarme el uniforme y relajarme en la quietud de mi apartamento. El puerto estaba solo a pocos kilómetros del edificio en el que vivía, así que no tardaría demasiado en llegar.

Cuando me acercaba al edificio, vi un grupo de gente reunido en los escalones de la entrada. Hasta que no estuve casi a su lado no me percaté de quiénes eran y entonces comprendí por qué me estaban mirando. Eran Jarith y sus amigos, Hilt y Rebeka incluidos. Había olvidado que Jarith me había invitado a la playa.

Me detuve delante de ellos, con aire incómodo.

—Siento haber llegado tarde. Espero que no hayáis tenido que esperar mucho.

Jarith estaba mirando fijamente las bandas de mi chaqueta.

—No, apenas.

Me pasé la mano por el pelo.

—Me temo que hoy no sería una gran compañía. Quizá sea mejor que vayáis sin mí.

Asintieron. Nadie parecía saber qué decir ni qué hacer. El azoramiento de Jarith era casi tan palpable como un grito en mi mente. Se sentía como un completo idiota, un idiota que, por si no fuera poco, había tenido la desfachatez de pedirle una cita a una Primaria Imperial.

Eso no está bien, pensé. Le sonreí.

—¿Quieres subir?

Jarith pestañeó.

—¿Quieres decir a tu piso?

—Sí.

Se puso colorado.

—Oh. —Entonces sonrió—. Vale.

Los demás lo miraron y a continuación me miraron a mí. Finalmente, Rebeka dijo:

—Bueno. Ya te... um... veremos, Jak.

Jarith asintió y los demás me saludaron con una reverencia y se marcharon. Todos ellos menos Hilt, precisamente el que más me hubiera gustado que desapareciera.

—Me gustaría hablar contigo —dijo. Lanzó una mirada de soslayo a Jarith y luego volvió a mirarme—. En privado.

Teniendo en cuenta lo que había estado a punto de hacerle, era lo menos que le debía.

—Muy bien.

Lo acompañé al otro lado de las escaleras y nos detuvimos a la sombra de un árbol.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿Nos vas a denunciar? —preguntó.

¿Denunciarlos?

—¿Qué quieres decir?

—Por lo que dijimos. Durante la excursión.

Entonces comprendí. Quería saber si iba a dar parte de ellos. Era una pregunta legítima. Conocía algunos oficiales que hubieran incluido sus comentarios en sus

informes.

—No —dije—. No voy a hacer nada.

—¿Por qué no?

Se encogió de hombros.

—Tienes derecho a expresar tus propias opiniones.

—¿De veras? —replicó con amargura.

Hubiera querido responder, por supuesto que sí. Pero no pude. Así que lo que dije en su lugar fue:

—Dijiste cosas que necesitaba oír. No lo contaré.

—Júralo.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quiere decir eso?

—Vosotros los Jagernautas presumís de vivir de acuerdo a un código de honor. Así que jura por ese código vuestro que estás diciendo la verdad.

¿Quién era él para cuestionar mi palabra?

—Vete a la mierda.

Resopló.

—Ya me lo imaginaba.

Basta, me dije.

—Muy bien, te lo juro por mi honor de Jagernauta.

Parpadeó. Pero su rígida postura se relajó un poco. Al cabo de un momento me miró la mano.

—¿Cómo está?

—Bien.

—Podrías haberme matado, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué no lo hiciste?

Lo miré fijamente.

—Debes de pensar que soy un auténtico monstruo.

Sacudió la cabeza.

—Lo creas o no, respeto a la gente que lucha por lo que cree. Pero para mí representas lo peor de la opresión. Mis padres pasaron diez años en prisión cuando Ruth-2 fue anexionado por el Imperialato. Su único crimen fue protestar porque el Mando Espacial Imperial descendiera sobre nosotros cuando no habíamos hecho otra cosa que llevar vidas pacíficas y productivas.

No era de extrañar que no le gustara.

—Lo siento.

—Tus disculpas no les devolverán esos años. —Tragó saliva—. Ni a mí.

Había algo en su voz que hizo que se me encogiera el corazón.

—¿Qué edad tenías cuando se llevaron a tus padres?

—Cuatro —respondió con voz tensa.

Lo miré. Sabía que el MEI no toleraba la crítica pero lo que Hilt estaba contándome era terrible.

—Tienes razón. No puedo devolverte esos años. Pero no olvidaré lo que me has contado.

—¿Y qué? ¿Qué vas a cambiar tú?

—Puede que más de lo que crees.

Se encogió de hombros.

—Puede. —No parecía convencido.

Después de que Hilt se marchara, Jarith y yo subimos a mi apartamento. Atravesamos las puertas hechas de un panel doble de cristal opaco. Saqué mi pase, una tarjeta cuadrada con mis huellas dactilares, y la introduje en la ranura de la puerta. Sonó un suave zumbido mientras el escáner leía los patrones producidos por el láser que estaba recorriendo la tarjeta. Entonces las puertas se abrieron.

Entramos en un ascensor de cristal.

—Último piso —dije. Las puertas se cerraron y el ascensor empezó a ascender en silencio. El cristal líquido que separaba las dos puertas se reordenó en respuesta a los campos eléctricos producidos por el ascensor, cambió su polarización y se volvió transparente. A nuestros pies, el vestíbulo se extendía formando una elegante imagen de gruesas alfombras y mobiliario dorado. A continuación atravesó el techo y salió al exterior del edificio y nos ofreció una vista espectacular de las copas de los árboles y los alrededores.

Jarith y yo permanecimos en silencio. Su nerviosismo flotaba en el ambiente, como una niebla. Al cabo de un momento, dije:

—¿Qué tal tu examen?

—He sacado un aprobado alto. —Su rostro se relajó y sonrió—. Con una mención especial en la sección de teoría musical.

—Bien. —No sabía qué otra cosa decir. Había pasado casi un cuarto de siglo desde la última vez que me preocupara por un examen.

El ascensor se abrió en un pasillo. Solo había una puerta, de madera, elegante, con aspecto antiguo y un picaporte de bronce. Cuando llegamos, introduje la tarjeta bajo la cerradura y esperé a que el escáner la verificara. Entonces sonó un crujido y la puerta se abrió hacia dentro.

Al entrar, Jarith se quedó boquiabierto.

—Es preciosa.

Sonreí. La habitación ya no me parecía oscura. La luz ambarina del sol y los anillos entraba a raudales por las ventanas y al incidir sobre la madera hacía que esta resplandeciera.

—Me gusta. —Cerré la puerta y me acerqué al bar—. ¿Quieres un trago?

Se colocó al otro lado de la barra.

—¿Tienes zumo de frambuesa?

—Cohetes llameantes, no. ¿Cómo puedes beber esa mierda?

Se echó a reír.

—Está buena.

Mi corazón se derritió al ver la sonrisa de ángel que se dibujaba en su cara. Por él, le hubiera pedido a Pak un zumo de frambuesa.

—¿Qué tal un poco de agua mineral? —me preguntó.

—De eso sí tengo. —Le puse un vaso y luego me serví un whiskey. Después de mirar la botella, cambié de idea y me puse otro vaso de agua con gas.

Nos sentamos en el sofá. Logré mantener las manos lejos de él hasta que se terminó el agua, pero ese fue mi límite. Cuando se inclinó para dejar el vaso en la mesa, le pasé los dedos por el pelo. Dio un respingo y me miró. A continuación se reclinó en el asiento y me rodeó la cintura con los brazos. Mientras le ponía los míos alrededor del cuello, se inclinó sobre mí. Y así fue como descubrí cómo besan los bebedores de zumo de frambuesa.

No es de extrañar que bebieran tanta mierda de esa.

Al cabo de algún tiempo, nos detuvimos y nos quedamos allí sentados, abrazándonos. Apoyé mi cabeza en su hombro, embargada por una increíble sensación de alivio. Dioses, sí que había estado sola.

Jarith murmuró junto a mi oído:

—No pareces una Primaria.

Le acaricié la nuca.

—¿Y qué parezco?

—Una persona estupenda.

Suspiré.

—Ay, Hypron, hacía tanto...

Jarith se puso tenso. Después de esperar un momento a que se relajara o dijera algo, me aparté un poco, aunque sin soltarlo.

—¿Qué pasa?

Me miró la cara.

—¿Por qué has dicho eso?

Traté de recordar lo que había dicho: *hacía tanto*.

—Últimamente no he tenido demasiada compañía.

Me miró como si estuviera buscando una respuesta. Entonces se ruborizó.

—Supongo que estoy nerviosa. No puedo creerme que esté aquí contigo.

Le acaricié la cara.

—Me alegro de que estés.

Me cogió la mano, la rodeó con sus dedos y me atrajo para volver a besarme. Cuando nos separamos para respirar, sonrió.

—Creo que ahora es cuando te pregunto si quieres ver mis acuarelas.

Jarith puso cara de curiosidad.

—Pregúntalo.

Lo hice. Y él no se hizo de rogar.

Mi dormitorio era como un atrio, bien ventilado y lleno de plantas. Las paredes tenían ventanas de arco con marcos de madera dorada y tiradores de cobre y sobre la cama había un tragaluz que contribuía a la iluminación del lugar. Tenderse en la cama, con sus mullidos almohadones y mantas de color blanco, era como estar envuelta en nubes.

Jarith y yo nos tendimos juntos, piel desnuda contra piel desnuda, y nos exploramos, tomándonos nuestro tiempo bajo la luz del atardecer que entraba sesgada por las ventanas. Se acopló perfectamente a mí y sus caderas acariciaron mis muslos mientras sus manos recorrían mi piel. Me moví con él y luego frené, conteniéndome en el tentador borde, esperando allí con él de nuevo, y luego una vez más, hasta que finalmente los dos cedimos y ascendimos en tropel a una cima que remitió con gratificante intensidad.

Después nos dormimos entre las mantas, Jarith de espaldas con los ojos cerrados y yo acomodada en la curva de su brazo.

—¿Soz?

Me agité, adormilada aún.

—Soz, despierta.

—¿HmMMM...?

—Es hora de cenar.

Emití un sonido de protesta. Pero él volvió a moverme y deslizó sus manos sobre mí. Empezó tratando de despertarme pero enseguida sus movimientos se convirtieron en caricias. Suspiré.

—Ay, Hypron...

Sus caricias cesaron tan de repente que desperté con un sobresalto. Abrí los ojos, sorprendida por el roce del aire frío contra mi costado. Jarith estaba sentado a mi lado, mirando hacia delante.

Le tiré del brazo, tratando de conseguir que volviera a tenderse a mi lado.

—¿Qué pasa?

Me miró.

—Es la segunda vez que haces eso.

—¿El qué?

—Llamarme Hypron.

La agradable sensación de sopor que me envolvía se desvaneció.

—¿Te he llamado Hypron? —Pero, sí, ahora que lo pensaba, sí que había dicho Hypron—. Lo siento.

Se tendió a mi lado y nos tapó a los dos con la colcha.

—¿Quién es Hypron?

Tendida bajo las mantas, en sus brazos, me sentía a salvo, puede que lo bastante para contarle lo que quería saber. Me asomé a ese lugar oculto de mi mente como quien se asoma a un cajón entreabierto. Flotaba un sol allí dentro, triste, apagado. Volví a cerrar.

—¿Soz? —Jarith me dirigió una mirada extraña, como una persona que cree que ha ganado un sorteo y se da cuenta de que ha sido todo un error.

—Hypron era mi marido —dije.

—¿Era?

—No estaría aquí contigo si hubiera otro hombre en mi vida —le expliqué con voz suave.

La tensión de sus brazos remitió.

—¿Por qué lo dejaste?

—¿Qué te hace pensar que lo dejé?

—¿Qué hombre en su sano juicio te abandonaría?

Tragué saliva.

—Me alegro de que haya alguien en todo el universo que piense así.

—Soz... —Su mente acarició la mía—. ¿Por qué te duele tanto?

—Hypron murió hace tres años. —Ahí estaba. Lo había dicho. Y no había sido el fin del mundo—. Pasó menos de un año después de que nos casáramos.

—Lo siento.

Traté de encogerme de hombros, que era mi respuesta habitual, pero costaba encogerse de hombros cuando Jarith me estaba abrazando. Así que en lugar de hacerlo le di una respuesta más honesta.

—Y yo.

Vaciló.

—¿Puedo preguntar qué ocurrió?

Pasó un momento antes de que respondiera... pero respondí.

—Mi escuadrón estaba en una misión de patrulla en una colonia del sector T-Hea. Hypron era granjero allí. —Hypron. Me había hecho sonreír desde el primer momento. Y no había podido quitarle las manos de encima. No es que fuera especialmente guapo, aunque a mí siempre me había parecido irresistible su sonrisa pícara. Había en él algo que me hacía sentir bien, una sensación de calidez que me embargaba de la cabeza a los pies—. Nos casamos dos semanas después de conocernos —dije—. No sabíamos que estaba enfermo. Los colonos tenían unos servicios médicos espantosos y nadie sabía que el tratamiento inmunitario que había recibido para la colonización había fallado. Para cuando averiguamos que algo iba mal, ya era demasiado tarde —dije con un hilo de voz—. Y murió.

—Lo siento. —Jarith apoyó su cabeza en la mía y me abrazó por debajo de las mantas. Y finalmente, finalmente, abrí del todo aquel cajón mental que contenía un sol apagado. Los recuerdos estaban todos allí, recuerdos de gran júbilo y mucho dolor. Pero pude mirarlos. Aquél día pude mirarlos.

Después de un rato dije:

—¿Sabes que cuando nos conocimos pensé que eras émpata?

—Soy émpata. —Hizo una pausa—. De hecho, en el registro Kyle mi designación oficial es Sanador Empático.

Daba gusto estar en sus brazos.

—Eso pensaba.

—Cuando otra gente sufre emocionalmente —dijo en voz baja—, no puedo soportarlo. Tengo que tratar de llegar a ellos para tratar de aliviar su dolor. Pero no sé si sirve de algo.

Lo besé.

—Sí que sirve.

Sonrió.

—Tú eres las tres cosas.

—¿Qué tres cosas?

—Émpata, sanadora y telépata. —Me acarició el pelo—. Cuando bajas tus barreras me siento como si estuviera de pie sobre una nova.

—¿Cuando bajo mis barreras?

—Cuando hacemos el amor.

—Oh. —Tendría que vigilar eso. O, ahora que lo pensaba, puede que no. Puede que debiera haber un momento en la vida de toda persona en que conviniera relajar las defensas.

Una voz incorpórea interrumpió nuestra conversación.

—Soz.

Jarith casi se cae de la cama.

—¿Quién es ese?

Me reí.

—Mi ordenador. Nada más. —Le hablé al aire—. Pak, ahora no.

La voz de Pak procedía de una consola hábilmente oculta en la pared de enfrente.

—Qox está a punto de retransmitir un discurso.

Maldición. Le había dicho a Pak que me avisara cuando hubiera noticias relacionadas con Qox. Así que, cómo no, el maldito emperador tenía que dar un discurso justo cuando yo estaba en la cama con Jarith.

—Muy bien —gruñí—. Pásalo.

La holopantalla del otro lado del cuarto se encendió y proyectó la imagen del brillante puma preparado para atacar. Empezó a sonar el himno de los Mercaderes y su desgarradora melodía no tardó en inundar la habitación. ¿Cómo podía un pueblo tan vil crear una pieza musical tan hermosa?

Jarith se estremeció.

—¿Para qué quieres ver eso?

—Tengo que hacerlo. Tengo que saber lo que va a decir.

Era la verdad, por mucho que yo la detestara.

—Cada vez que veo a uno de ellos o lo oigo, me siento como si... —Hizo una pausa para buscar la palabra más apropiada—... Como si me estuvieran...

—¿Violando?

Me dirigió una mirada de sorpresa.

—Sí.

El puma desapareció, sustituido por la imagen de dos personas. Pero ninguna de ellas era Ur Qox. El hombre situado a la izquierda era Kryx Quaelen, Ministro de Comercio de los Alton.

El hombre que iba a dar el discurso, el que estaba en el podio, era Jaibriol.

Jarith salió de la cama y se puso los pantalones.

—No puedo ver esto. Aquí no. Lo siento. Te espero en el salón.

¿Por qué tenía Jaibriol que volver a irrumpir en mi vida justo cuando acababa de olvidarlo? Me levanté y fui al armario. Cogí lo primero que encontré, un sencillo vestido.

—No tienes que irte. —Me lo puse por la cabeza—. Me marcharé yo. Tú puedes quedarte aquí.

—¿Por qué no vamos los dos al salón?

Entonces lo comprendí. No quería a los Alton en el dormitorio, el lugar en el que habíamos hecho el amor.

—De acuerdo.

Solo me perdí unos minutos del discurso. Me senté en el sofá para verlo mientras Jarith se ponía algo para beber. No había demasiada sustancia en lo que Jaibriol dijo. No fue más que la típica sarta de tonterías sobre lo poderosos que eran. No parecía él. Pero no fue eso lo que más me aterrorizó. Para cualquiera que no lo conociera, lo que equivalía a decir la mayor parte de la galaxia, debía de parecer un Alton normal. Yo sabía la verdad. Había visto su interior aquella noche en Delos, en su dormitorio. El hombre que estaba dando aquel discurso estaba drogado.

Jarith se sentó a mi lado con su bebida. Se había servido un vaso de whiskey. Tomó un largo trago y empezó a observar la pantalla como un hombre sumido en un trance, incapaz de apartar la mirada. Pero apenas le prestó atención a Jaibriol. Quien lo tenía hipnotizado era Quaelen.

¿Qué poder era ese que poseían los Alton, que eran capaces de aterrorizarnos hasta en una retransmisión? ¿Era su lenguaje corporal, el modo en que se erguían, la cadencia de sus voces, la flexión de sus manos? A cierto nivel, que tenía más de inconsciente que de consciente, los reconocíamos. Oír el nombre de Quaelen bastaba para darme escalofríos. ¿Por qué estaba allí, de pie junto a Jaibriol? ¿Qué conexión tenía con el Heredero Alton?

Se me ocurrió una terrible idea. Puede que Ur Qox lo hubiera encomendado a su cuidado. El Emperador de Eubea, el monstruoso líder de los Mercaderes, tenía los genes recesivos de un psion. El solo era medio Rhon, la mitad legada por su madre, de modo que ninguno de sus rasgos Rhon podía manifestarse. Pero poseía los genes de todos ellos, hasta el último. ¿Y si sentía algo parecido a un rastro de empatía? ¿Y si eso le otorgaba la humanidad suficiente para sentir compasión por su hijo? Puede que hubiese decidido entregarle su heredero a Quaelen porque no podía obligarse a sí mismo a imponerle el destino con el que había sido engendrado.

No quería ni imaginar cómo sería la vida de Jaibriol con Kryx Quaelen como «mentor». Podía imaginarme lo que había ocurrido: Jaibriol se negaba a dar el discurso y Quaelen lo drogaba para obligarlo. Hasta puede que hubiese recurrido a amenazas o a la fuerza física. Lo más probable es que soliera estar cerca de Jaibriol. No le costaría conseguir los datos suficientes para crear una simulación convincente de su voz por ordenador, una simulación que podría dar todos los discursos que él quisiera... si es que era la voz de Jaibriol lo único que quería controlar.

A mi lado, Jarith seguía mirando a Quaelen. Su rostro estaba cada vez más pálido. Finalmente dije:

—Pak, cancela la retransmisión.

La pantalla se apagó. Jarith me miró. Un alivio palpable emanaba de su mente.

—¿De verdad tienes que oír todos sus discursos?

Asentí.

—Ya sabes, «Conoce a tu enemigo y todo eso».

—Ya era bastante malo antes, cuando Qox no tenía heredero. Al menos podíamos tener esperanzas de que fuera el último emperador Alton. Pero ahora que su heredero se ha materializado de la nada... —Jarith se estremeció—. A veces me pregunto si terminará algún día.

¿Cómo iba a terminar? Aunque Qox no hubiera tenido herederos, algún otro Alton habría reclamado el título. El nuevo emperador no habría sido mejor que Ur Qox y hasta puede que fuera peor. La esperanza de que los Alton se convirtieran alguna vez en un pueblo menos cruel era el fruto de la desesperación. Los Aristos estaban programados genéticamente para ser Aristos. Su obsesión con la pureza de su sangre iba mucho más allá de la mera arrogancia. Realmente eran una forma de vida patológica: cuando se reproducían de un modo que expandiera su reserva genética, teniendo descendencia con sus proveedores, engendraban hijos que se sentían compelidos a destruir.

Y ahora Jaibriol se encontraba allí, drogado y vulnerable. Jaibriol, la única persona en toda la galaxia capaz de ponerle fin a aquella guerra interestelar, bien sentándose en una mesa para firmar la paz... o bien poniendo de rodillas a la Eskolia Imperial.

Tiempo de revelación

—Hay gente que sobrevive a cosas mucho peores —dije—. Yo solo lo soporté tres semanas.

Tager me observó.

—¿Cree que porque sufrió el castigo menos tiempo su cicatriz es menos válida?

Lo miré desde la seguridad de mi posición, cerca de la librería. En las cinco ocasiones en que había ido a verlo, nunca se había sentado. Eso me hacía sentir vulnerable. Normalmente se quedaba de pie en el mismo sitio en que estaba ahora, cerca de su mesa, sin presionarme ni agobiarme.

—Mire —le dije—. La mayoría de los proveedores vive una vida entera en cautiverio. Lo que me pasó a mí no fue nada.

Se me acercó.

—Se equivoca.

—Estoy entrenada para...

—Tonterías.

Parpadeé, sorprendida tanto por su vehemencia como por su reacción. Ambos nos estábamos comportando de forma extraña. Al menos, por lo que yo había llegado a conocer de él.

—¿Por qué dice eso?

—No hay entrenamiento en el universo que pueda inmunizarla contra lo que Tarque le hizo —dijo Tager—. Sí, su armadura es fuerte. Pero debajo de esa armadura vive un ser humano. Fue usted sometida a abusos físicos y mentales y el hecho de que sea una Primaria, el hecho de que se prolongaran solo durante tres semanas, el hecho de que esté usted entrenada para soportar penurias y el hecho de que otras personas lo hayan pasado peor... nada de eso disminuye la magnitud de su sufrimiento.

—Pasó hace diez años —dije—. Debería haberlo superado hace tiempo.

—¿Por qué?

¿Por qué? Ahí estaba de nuevo esa maldita pregunta suya.

—Porque el tiempo cura las heridas.

—Solo si se tratan. —Continuó con voz más cálida—. Reprimir la experiencia es un mecanismo de supervivencia, un modo de seguir adelante. Pero por mucho que lo niegue usted, lo que le pasó sigue afectándola. Puede socavar su autoestima, lastrar su capacidad de trabajo y hacer que le cueste mantener relaciones.

—¿Cree que tengo dificultades para relacionarme con la gente a causa de esto?

—Es posible.

Me aparté de él. Me sentía agobiada.

—Lo único que pasa es que soy demasiado sensible.

—¿Por qué dice eso?

Resoplé.

—El pasado mes fui a ver una holopelícula. Era una de esas en las que el Jageronauta se vuelve loco. Me puso furiosa. Salí antes de que hubiera acabado y se la arruiné al resto de la gente que había ido a verla conmigo. Y luego estuve a punto de pegar a alguien solo porque había dicho algo que no me había gustado. ¿No lo llamaría usted una reacción excesiva?

—No —dijo Tager—. Teniendo en cuenta sus experiencias de combate, no.

—La gente con la que iba pensó que estaba loca.

—El hecho de que ellos no sepan por qué reaccionó de aquel modo no invalida su respuesta.

¿Por qué no podía hacérselo comprender?

—Usted no lo entiende. Me faltó poco para apuñalar a un hombre solo por ser un maleducado.

—Estuvo usted a punto de apuñalarlo —dijo Tager— porque sus actos le recordaron a una experiencia espantosa en la que era repetida y violentamente asaltada.

¿Realmente creía que Hilt había desencadenado el recuerdo de Tarque? ¿De veras tenía el Alton tanto poder sobre mí, aun después de llevar años muerto y enterrado?

—No. No puede ser cierto.

—Usted no tenía control sobre lo que estaba pasando cuando Tarque la secuestró —dijo con voz amable—. Si le hubiera robado una posesión muy preciada, podría haberla recuperado o reemplazado. Pero si le roban a uno el respeto por sí mismo, su sentido del valor y la seguridad, ¿dónde puede recuperarlos?

—Yo conocía el riesgo cuando fui a Tams. Debería haber tenido más cuidado. — Por fin puse en palabras el pensamiento que llevaba tanto tiempo atormentándome—. Fue culpa mía.

Tager sacudió la cabeza.

—Nada de eso. Lo que Tarque le hizo estuvo mal. Punto. —Me miró los ojos—. No es culpa suya. Al margen de lo que él le dijese, de lo que le llamase, de lo que cualquiera haya podido decirle alguna vez al respecto... *no es culpa suya*.

Estaba pisando tierra mental que yo llevaba años sin hollar.

—Pero, ¿por qué sale todo ahora a la luz, después de haber estado bien tantos años?

—¿Qué le hace pensar que estaba bien?

—Bueno, pues que he estado bien.

—Entonces, ¿por qué —preguntó Tager— tuvieron que pasar siete años para que pudiera mantener una relación seria con un hombre?

—¿Se refiere a Hypron?

Asintió.

—Siete años es mucho tiempo para estar solo. Para cualquiera. Y en el caso de un

émpata es algo casi inaudito.

Estuve a punto de replicar. Siempre había evitado a los grupos grandes o a las situaciones en las que tenía que enfrentarme a las emociones de gente que no me gustaba. Pero sabía a qué se refería Tager. En el amor, la empatía es un don, especialmente con otro émpata que puede sentirte a ti del mismo modo que tú lo sientes a él. La falta de intimidad crea una sensación de soledad tan intensa que duele como una herida profunda. Jarith y yo compartíamos un vínculo que me colmaba a un nivel que no podía alcanzar con una persona normal.

Pensé en el archivo secreto de mi mente, pudriéndose en la oscuridad. Sabía quién lo había removido, liberando una andanada de recuerdos que ahora quería contener a toda costa. Jaibriol Qox.

Lo único que dije fue:

—No puede ser todo por lo de Tams.

Por una vez, Tager no estuvo en desacuerdo.

—Entrar en combate con los Aristos, sentir la muerte de la gente... tiene que ser una pesadilla. —Me observó con aquella compasión suya que no parecía tener límites—. Ha vivido usted un infierno un millar de veces. El hecho de que haya sobrevivido, con la psique intacta, es un milagro.

Lo miré fijamente. No había nada milagroso en mí. Era un desastre.

—Todo el mundo tiene problemas en su vida. Pero no van por ahí, fusionador en mano, apuntando a la gente.

—Primaria, eso es...

—Soz —lo interrumpí.

—¿Soz?

—Es mi nombre. Soz.

—Vale. Bien. Soz.

Esa fue su única reacción externa, un gesto de complacido asentimiento. Pero yo capte su verdadera reacción a pesar de que trató de enmascararla. Se le aceleró el pulso. Había hecho un avance conmigo, un gran avance. Y le importaba. Le *importaba*.

—¿Por qué? —pregunté.

Parpadeó.

—¿Por qué te llamas Soz?

—No. ¿Por qué te importa lo que me pueda pasar?

—Porque creo que eres una persona muy especial.

—¿Cómo puedes saber eso? Apenas me conoces.

Sonrió.

—Estoy entrenado para conocer a la gente.

—No es solo el entrenamiento.

Me miró con curiosidad.

—¿Por qué dices eso?

Titubeé, tratando de dar con las palabras apropiadas.

—Creo que te importa la gente. Es algo natural en ti. Y no estoy acostumbrada. Estoy acostumbrada a los Mercaderes. O a los políticos del MEI. —Hice una mueca—. Todos ellos son crueles. —Pensé en Rex, en Hypron, en mi primer marido, Jato—. Cuando encuentro el amor, nunca... dura. La única persona con la que puedo mantener una relación es un muchacho al que le doblo la edad, que carece de opiniones políticas y que se parece tan poco a un Aristo como es humanamente posible.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—No es normal.

—¿Por qué?

—Debería tener un amante más maduro. —Como Rex. Pero Rex ya no me quería.

—¿Por qué?

¿Por qué tenía que preguntar siempre eso?

—No sé por qué. Porque resulta embarazoso ver a una vieja Jagernauta babeando por un hermoso jovencito. He ahí el porqué.

Tager se rió, como si acabara de hacer un chiste.

—Yo no diría que eres una vieja.

—Tengo casi cuarenta y ocho años.

—Te hubiera echado menos. Pero cuarenta y ocho son pocos años para tu rango.

Me encogí de hombros.

—Soy buena en lo que hago.

—¿Y por qué te enfurece eso?

—¿Enfurecerme? No me enfurece. —Esto era mentira y tanto Tager como yo lo sabíamos. Y sin embargo, hasta aquel momento, no me había dado cuenta conscientemente de que mi rango me pusiera furiosa. ¿Por qué lo hacía?

Hablé con lentitud, como alguien que leyera un libro que posee desde hace años pero que nunca ha reunido el coraje necesario para leerlo.

—Me envió a Tams sabiendo lo que podía pasar. Me envió a primera línea de la guerra contra los Mercaderes, durante años, más que la mayoría de los oficiales, y lo mismo hizo con mi hermano Althor y con mi hermano Kelric. —Me obligué a continuar—. Y Kelric nunca volvió.

Tager replicó con silenciosa compasión.

—¿Quién hizo eso?

—Mi hermano.

—¿Althor?

Sacudí la cabeza.

—No. Mi medio hermano. Kurj. El Emperador.

Tager se puso pálido. Esta vez no lo había sorprendido, le había provocado un terremoto. Pero él tenía razón. Estaba furiosa. *Furiosa*. Las palabras brotaban a mis labios, derribando la presa con la que las había contenido hasta entonces.

—Perdí a mi primer hijo —dije—. El único hijo que jamás me he atrevido a engendrar. Y todo porque Kurj me dijo que si abandonaba el servicio activo perdería mis derechos sucesorios. Perdí a mi primer marido por ello, y perdí a Rex porque no quería ser un consorte lisiado. La muerte me arrebató a mi hermano pequeño y la desconfianza al mayor. Perdí mi habilidad para comportarme como una persona *normal*... —Mi voz se estremeció—. Kurj me arrebataría hasta el *alma* si pudiera. *No tiene derecho*.

Tager se me quedó mirando. Pasó un largo momento antes de que respondiera. El hecho de que pudiera hablar ya era asombroso. La posición en la que se encontraba, a merced de la ira del Emperador si daba un mal paso, era la pesadilla de cualquier mecánico. Yo no tenía la intención de contarle a Kurj que había ido a ver a Tager, pero por muy buen émpata que fuera este, no podía estar seguro de ello. Y sin embargo no retrocedió, ni siquiera ahora, cuando sabía que estaba en peligro. Y con ello se ganó mi respeto para siempre.

—¿Por qué pide tanto de usted? —preguntó.

—Porque si no se lo puedo dar, nunca seré lo bastante fuerte para enfrentarme a Ur Qox. —Abrí las manos—. No es como si pudiera decir, «Vaya, he cambiado de idea. Ya no quiero seguir siendo esto». Si ni Althor ni yo ocupamos su puesto como Emperador, ¿quién va a hacerlo? ¿Quién más tiene la instrucción militar, la capacidad Rhon, los conocimientos, todo a la vez? Es un millar de mundos, Tager. ¿Y cuánta gente hay en ellos? ¿Un centenar? ¿Un millón? ¿Cien mil millones? ¿Y tengo que cargar con la cruz de todas sus malditas vidas?

Tager respondió en voz baja:

—Eres el Heredero Imperial. —Era una afirmación, no una pregunta.

—Uno de ellos. Somos dos. —De los tres que había antes—. ¿Qué piensas de eso, del hecho de que el futuro del universo pueda estar en manos de una loca?

—¿Crees que estás loca?

—¿No lo estoy?

Habló como si estuviera caminando por un bosque de frágiles árboles de cristal cuyas ramas pudieran romperse al menor contacto y sus extremos fracturados, afilados y letales, pudieran a continuación desgarrarle la piel y atravesarle el cuerpo.

—Herida, sí. Estás sufriendo tantas formas diferentes de estrés que no creo que pueda contarlas. Y hasta para ser un psion, eres extraordinariamente sensible. Tanto, que es muy probable que nunca puedas soportar grandes multitudes o emociones desagradables sin resguardarte emocionalmente. ¿Pero loca? No. Para haber experimentado lo que tú has experimentado y seguir adelante hace falta una extraordinaria fuerza mental.

Tragué saliva. Allí estaba él, mirándome con aquella empatía suya y yo sin saber qué decir. Así que seguí mirándolo, sin más. Y él me lo permitió. No presionó, no me agobió, no retrocedió, no me dio la espalda.

Por fin, dije:

—Bueno. —No era la mejor respuesta del mundo, pero sí la única que pude darle. Tager sonrió como si acabara de decir algo inteligente.

Caminé hasta un rincón de su oficina, donde las paredes se encontraban en un ángulo agudo. Más allá del cristal tintado se veían los pasillos de la embajada extendiéndose en todas direcciones. En el interior había un espejo apoyado en un estante, un espejo antiguo, con cristal plateado y un marco de jade. Al mirar mi reflejo, casi pude ver a Kurj a mi espalda, siempre observando, siempre esperando, nunca satisfecho. Mira con cuidado, hermano, pensé. O puede que te sorprenda.

Cuando Jarith entró en el dormitorio, yo estaba despertando. Permanecí tumbada sobre las cálidas sábanas, disfrutando de la visión de su cuerpo al atravesar la habitación. Era una visión magnífica. No llevaba nada más que unos pantalones ajustados. Las puntas de los pelos de su musculoso pecho atrapaban los rayos del sol y resplandecían como si fueran de oro.

Sin embargo, su rostro estaba acalorado. Rojo. Realmente rojo. De hecho, parecía febril. Venía con la mirada clavada en el montón de ropa que había junto a la cama. Cuando lo alcanzó, empezó a registrarlos sin el menor miramiento, lanzando prendas en todas direcciones.

Me asomé sobre el borde de la cama.

—¿Qué pasa?

Dio un respingo.

—Estás despierta.

Sonreí.

—Apenas. Ven aquí y haz que vuelva a dormirme, ¿hmmmmm?

—Soz. —Se puso más colorado todavía—. Tenemos compañía.

—¿Compañía? —¿Por eso estaba tan nervioso?—. ¿Qué quieres decir?

—Ahí fuera. —Señaló en dirección al salón—. Cuando he despertado y he ido a ponerme algo de beber... estaba *allí*. Leyendo un hololibro.

Me quedé mirándolo.

—¿Hay alguien en mi apartamento? —¿Qué demonios...? Salí de la cama y recogí el uniforme y el mono que Jarith había arrojado antes al suelo, después de arrancármelos—. ¿Quién es?

Por fin encontró lo que andaba buscando, su suéter.

—Dice que se llama Cya Liessa.

Me detuve y enderecé la espalda.

—Ah.

Se puso el suéter por la cabeza.

—¿Ah?

—Eso explica tu reacción.

—¿Ah, sí?

Me eché a reír.

—Jarith, causa ese mismo efecto a todo el mundo. —Terminé de ponerme la ropa

y me encaminé al salón.

La vi nada más atravesar el arco que separaba mi dormitorio del salón. Se encontraba junto a una ventana, contemplando el Condado de Jacob. El cabello dorado se deslizaba sobre sus hombros, sus brazos, su espalda, sus caderas, un cabello rizado y resplandeciente que parecía luz de sol enhebrada, o hilo de oro, o ambas cosas unidas con destellos cobrizos. Cuando la luz de los anillos incidía sobre aquella melena gloriosa, la hacía refulgir.

Llevaba un vestido rosa. Al estilo de Forshires, con los mismos encajes y tirantes que a mí me hacían sentir terriblemente incómoda. A ella no parecían molestarla. De hecho, no había en ella nada que pareciera fuera de lugar. Tenía el rostro de un ángel, el cuerpo de una diosa del holocine erótico y la gracia de una bailarina de ballet, que era la profesión que desempeñaba cuando adoptaba la identidad de Cya Liessa.

—Saludos, Madre —dije.

Jarith emitió un sonido extraño tras de mí.

—¿Madre?

Ella se volvió.

—Sausconia. —Su mirada se posó en Jarith, quien estaba detrás de mí, como si buscara protección frente a aquella aparición que se había materializado en mi apartamento. Una sonrisa se dibujó en sus labios—. Tu amigo y yo ya nos hemos presentado.

A pesar de mi edad, me sentía avergonzada por haber sido sorprendida con mi amante por mi madre.

—¿Cómo has entrado?

—Pak me dejó pasar.

¿Pak? Antes de que Jarith y yo nos fuéramos a dormir, le había dicho que no quería que nos molestaran. ¿Por qué la había dejado pasar? Sí, se suponía que su Inteligencia Evolucionada debía anticiparse a mis deseos en la medida de lo posible. Pero, en este caso concreto, yo misma no estaba muy segura de cuáles eran mis deseos.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no estabas disponible, pero que esperase. —Miró a Jarith de soslayo—. Puedo regresar más tarde.

—No. No hace falta. —Señalé el bar, situado al otro lado del cuarto—. ¿Quieres beber algo?

Sausconia.

El pensamiento entró en mi mente tan claro como la luz del sol, llevando consigo los sonidos e imágenes de Lyshriol, mi mundo natal, el lugar en el que me había criado. Volví a ver las planicies plateadas que se extendían al este y al sur en torno a la ciudad de Dalvador hasta alcanzar el horizonte, hasta el Bosque del Jinete al oeste y más allá hasta las Montañas Backbone, y hacia el norte hasta la enorme cordillera que conocíamos como el Recuerdo del Jinete Perdido. Las lumimoscas, de alas

iridiscentes bajo los rayos del sol, sobrevolaban los campos. Mi hogar, con todo el amor y el pesar, con todo el placer y la ausencia, el lugar en el que en sueños regresaba a la infancia, a los brazos amorosos de la mujer de oro que me había traído al mundo.

A mi espalda, Jarith hizo un suave ruido, como si acabara de ver un cuadro precioso.

—Soz, tengo clase de música esta tarde. Debería ir a practicar.

Me volví. Ahora estaba sonriendo y ya no estaba colorado. Pero estaba triste. ¿Por qué estaba triste? ¿Y por qué tenía que practicar? Había estado tocando el litar toda la mañana.

—¿Puedo llamarte esta tarde? —preguntó.

—Sí, claro. —Me disponía a darle un beso cuando recordé quién nos estaba observando y decidí dejar el beso para después—. Luego hablamos.

Jarith recogió sus cosas del dormitorio. Pero cuando trató de salir del apartamento, topó con los guardaespaldas de mi madre, dos enormes Jagernautas que se habían apostado al otro lado de la puerta. Mientras lo registraban, Jarith me dirigió una mirada confundida.

Lo siento, pensé. Es una bailarina. Una celebridad. Tienen que tener cuidado. Era una penosa excusa. Aunque mi madre era una magnífica bailarina, tenía demasiadas curvas para figurar entre las mejores. Y el ballet no era una profesión que acarrearase demasiada celebridad a menos que uno se encontrase en la cúspide.

Le oculté a Jarith la auténtica razón del registro. Más de un «amigo» de la familia había tratado de grabar holocintas sobre nuestras vidas privadas, cintas que podían venderse a precios astronómicos en el mercado negro. Pero si le explicaba eso también tendría que explicarle el porqué y no tenía la menor intención de decirle que era una Rhon.

Cuando Kurj escogía un heredero, esa persona pasaba el resto de su vida viviendo como vivían Kurj, mi tía y mis padres, protegido día y noche. Yo no estaba dispuesta a permitir que ni Kurj ni la Asamblea me forzasen a ello ni un día antes de lo indispensable. Puede que algún día no tuviera más remedio que aceptarlo, pero por el momento me aseguraba de no hacer nada que pudiera provocar que alguien decidiera que el peligro de ser asesinada era más importante que mis reticencias a aceptar una escolta.

—Muy bien. —El mayor de los guardias saludó a Jarith con una reverencia—. Puede pasar.

Jarith lo miró fijamente, más sorprendido por la reverencia que por el registro. A continuación me sonrió.

—¿Nos vemos esta noche?

Asentí.

—Esta noche.

Una vez que Jarith se hubo marchado, me acerqué al bar y me serví una copa de

cerveza. Me volví hacia mi madre.

—¿Quieres una?

Sacudió la cabeza. Su cabello se cimbrecó de un lado a otro como si fuera líquido.

—No, gracias. —La luz de los anillos resplandecía en su piel dorada y el lustre metálico recordaba enormemente al de la tez de Kurj. Sus ojos tenían el iris dorado y la pupila negra, igual que los de Kurj por debajo de la membrana interior. No había heredado las membranas interiores de mi abuelo pero por lo demás, Kurj y ella podrían haber sido gemelos en lugar de madre e hijo.

Pero mientras que Kurj era duro, mi madre era radiante. Yo anhelaba acudir a su lado, apoyar la cabeza en su regazo como lo había hecho tantas veces de pequeña, en busca de consuelo. Solo que ya no era una niña pequeña, era una mujer adulta y no tenía la menor intención de acudir corriendo a mi madre cada vez que me torciera un pie.

—¿Por qué has venido? —le pregunté.

Sonrió.

—Bueno. Resulta que estaba en Forshires, así que pensé que podría...

—Madre. —Dejé el vaso sobre el bar con cierta brusquedad—. No tienes ninguna razón para estar en este momento en Forshires. De modo que, ¿para qué estás aquí?

Se acercó al bar y se sentó con desenvoltura en uno de los bancos a pesar de lo mucho que levantaba del suelo. Con sus 180 centímetros era más alta que yo, más alta que mis hermanas y tan alta como mi padre. Respondió con la misma voz suave que me confortaba de niña cuando tenía miedo por las noches.

—Kurj me ha contado lo de Rex. Lo siento.

Pasé los dedos por el borde del vaso.

—Él escogió ser un Jagernauta. Conocía los riesgos.

—Sausconia, yo no soy Kurj.

Levanté la mirada hacia ella.

—¿Y eso qué se supone que quiere decir?

—Estás dolida. Lo noto.

—Es personal. —Al ver que empezaba a hablar de nuevo, levanté las manos—. Lo digo en serio. Es mejor que me dejes sola.

—Muy bien. —Me observó con aquella expresión preocupada tan suya que yo conocía a la perfección. Estaba buscando un tema que no me pusiera nerviosa, tratando de dar con el modo de comunicarse con su hija. Cuanto mayor me hacía, más a menudo veía aquella mirada en su rostro.

—Tu amigo Jarith es muy guapo —dijo al fin.

Me encogí de hombros.

—Supongo que sí.

Pero muy joven, pensó, tratando de encontrar la intimidad de un vínculo mental.

Déjalo, Madre.

Sausconia, no soy tu enemiga.

Bloqueo, pensé. El psico de la sinapsis y el muro apareció y se llevó consigo su preocupación.

Mi madre se mordió el labio. No dijo nada más y se limitó a observarme con dulce preocupación. Fruncí el ceño, metí el vaso debajo del grifo y volví a llenarlo de cerveza. A continuación salí de detrás de la barra y fui a sentarme en el tresillo. Después de un segundo, mi madre vino también y se sentó en uno de los sillones. Era como una pintura, la visión de la belleza realizada por un artista, el cuerpo relajado en líneas perfectas, el rostro angelical pensativo, una mujer de oro con una melena que se abría como un abanico alrededor de la silla. Me pregunté si sería consciente de lo difícil que resultaba ser su hija.

—¿Cómo es? —pregunté.

Sonrió.

—¿Cómo es el qué?

—Ser amada por todos los que te conocen.

Incredulidad. Rompió sobre mí como un oleaje.

—¿De dónde has sacado la idea de que todos los que me conocen me aman?

—¿Y no es así?

—No.

Exhalé.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Normalmente eso funciona en las dos direcciones, ¿sabes?

Me puse tensa.

—Vale. Olvídalo.

—Sausconia. —Abrió las manos—. Adelante.

—¿Cómo es ser amada por un psion Rhon?

La transformación que se operó en su rostro fue tan espectacular como sutil. Yo no me había percatado de la tensión que se había apoderado de su cuerpo durante nuestra conversación hasta que vi cómo abandonaba su postura como un reguero de agua resbalando por su cuerpo.

Respondió con voz cálida:

—Tu padre me completa. Me llena.

—¿Y qué me dices del sexo?

Se puso colorada.

—Me parece que ya está bien de preguntas personales por hoy.

—Perdona.

Las comisuras de sus labios se levantaron en una leve sonrisa.

—Digámoslo así: tener diez hijos fue muy fácil.

¿Puedo preguntarte otra cosa?

Sonrió.

Eso depende.

Es sobre Kurj.

De repente volvió a ponerse tensa.

¿Qué pasa con él?

¿De verdad fue un accidente?

¿El qué fue un accidente? Su agitación trepidó en mi mente. ¿Cómo quieres que hablemos, Sausconia, si sigues haciéndome preguntas a medias?

La muerte del abuelo, pensé. ¿De verdad fue un accidente?

Mi madre se levantó casi de un salto, como una bobina demasiado tensa que de repente se suelta en un estallido de energía. Se acercó a la ventana y contempló el Condado de Jacob.

—Por supuesto que fue un accidente.

—Kurj debía de saber que podía sobrecargar el enlace. —Había ocurrido cincuenta y cinco años atrás. Ahora, en la actualidad, era una de las tres mentes que mantenían con vida a Eskol-Net: Kurj, mi tía y mi padre. El Puño, la Mente y el Corazón de la Red. No era ninguna casualidad que aquellas tres mentes fueran tan diferentes. Si los eslabones de la cadena se parecían demasiado, engendrarían una resonancia, como un oscilador sobrecargado, y sus mentes experimentarían fluctuaciones cada vez mayores, hasta que el vínculo se hiciera añicos.

Cincuenta y cinco años antes, mis abuelos eran los únicos componentes del vínculo. Kurj había tratado de convertirse en el tercero.

—Debía de saberlo —dije—. Las posibilidades de que tanto el abuelo como él sobrevivieran eran demasiado escasas. Kurj lo sabía. Lo *sabía*. Y él era más joven. Mucho más joven. Mucho más fuerte. Sus posibilidades de sobrevivir eran mayores que las del abuelo.

Mi madre se revolvió.

—¡Ya basta!

Pero yo no podía dejarlo. Algún día, mi vida podía depender de la verdad.

—¿Por qué está tan empeñado en enfrentarnos a Althor y a mí? ¿Porque piensa que si estamos demasiado ocupados luchando no se nos ocurrirá volvernos contra él? —Obligué a las palabras a abandonar mi boca—. ¿Porque teme que uno de nosotros cometa un fratricidio para asumir el título de Emperador? ¿Igual que él cometió un parricidio?

Mi madre se me acercó y me dio un bofetón en la cara. Estaba temblando, de la cabeza a los pies, cuando se hundió en su silla. Le puse la mano en la mejilla, sobre el hermoso cabello, y me odié por necesitar saberlo.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—No vuelvas a decir nunca, *nunca* eso que has dicho. Basta de sucias acusaciones y basta de sucias insinuaciones. El *padre* de Kurj era un explorador del MEI, un hombre bueno y decente que murió en acto de servicio.

Tragué saliva.

—Madre... he visto los archivos.

—¿De qué estás hablando?

Dioses, era espantoso. Kurj tenía razón; aprendíamos a sobrevivir... pero no solo contra los Mercaderes, sino también contra nosotros mismos. Los mismos talentos míos que Kurj había aprovechado cuando me había enviado a espiar a los Mercaderes habían funcionado contra él.

—El padre legal de Kurj no pudo ser su padre real. No era un psion Rhon.

Apartó la mirada de mí.

—Mi primer marido tenía al menos una copia de cada gen Rhon. Los médicos eligieron los apropiados para él. Y luego crearon a un niño. Kurj.

Cuántas veces había oído aquellas palabras para explicar por qué Kurj era un Rhon y su padre no. El Imperialato necesitaba herederos Rhon y nosotros éramos su reserva genética. Pero los peligrosos genes recesivos que llevábamos provocaban que la endogamia fuera peligrosa y anular esos genes significaba también anular lo que nos convertía en Rhon.

Tras una larga búsqueda se encontró a un hombre que poseía una variante de los genes Rhon. Los suyos eran lo bastante diferentes para disminuir las probabilidades de que los genes recesivos mataran o deformaran al niño que tuviera con un miembro de la familia imperial. No tenía una pareja de cada gen y por eso no era un psion Rhon, pero tenía al menos uno de cada. Así que, con ayuda médica, podía engendrar a un niño Rhon. Mis abuelos organizaron su boda con mi madre.

No importaba que la probabilidad de encontrar a un hombre así fuera casi nula. Kurj se consideraba la prueba viviente de que era posible.

Miré a mi madre sin arredrarme.

—Esos archivos incluyen los análisis de ADN de tu primer marido. No tenía casi ningún gen Rhon. Ya lo sabes. Sabes que Kurj no podía ser su hijo.

—¿Y qué diferencia hay? —Corrían lágrimas por sus mejillas—. Ya está hecho. Es cosa del pasado.

Yo quería esconderme en la vergüenza, fingir que había sido todo un error, que me había equivocado. La última vez que la había visto llorar sin tapujos había sido en el funeral de mi hermano Kelric. Pero negar la verdad no la eliminaría. Kurj no confiaba en Althor ni en mí. Y yo tenía que comprender por qué. No me hacía ilusiones sobre Kurj: si alguna vez hacía cualquier movimiento contra él, podía costarme la vida.

Así que dije, en voz baja:

—Por favor. Tengo que saberlo.

Mi madre se limpió el rostro con las manos y luego las manos en las rodillas. A continuación se quedó callada, contemplando el suelo a los pies de la silla, con la mirada nublada por las lágrimas.

Finalmente me miró. Y empezó a hablar.

—Cuando mi padre era Emperador, eligió a Kurj como sucesor. —Exhaló—. Kurj codiciaba ese poder. Lo único que le impedía tratar de deponer a mi padre era la lealtad familiar. El amor filial. Valores que había aprendido del hombre al que creía

su padre, un hombre al que amaba profundamente.

—Tu primer marido.

Mi madre asintió.

—Era un buen padre. Un buen marido. —Abrió las manos—. Mis padres escogieron mejor para mí que yo misma. De joven yo no era como tú, Sausconia, tan fuerte y segura de ti misma. Cometí algunos errores estúpidos. Varios años después de que muriera mi primer marido, volví a casarme. Pero... hubo violencia. No sabía cómo era antes de casarme con él. Cuando lo descubrí, me avergoncé.

—¿Así que lo abandonaste?

—Los herederos imperiales no se divorcian.

Pensé en mi primer matrimonio, el que había fracasado de forma tan miserable.

—Díselo a Jato.

Su voz cobró ternura:

—Fui una estúpida por sentirme así, ahora lo sé. Pero en aquel momento no tenía alternativas. —Tragó saliva—. Kurj era tan joven, tan vulnerable... Lo veía todo y era incapaz de impedirlo.

¿Kurj, vulnerable, incapaz?

—Cuesta imaginarlo.

—No era más que un niño. —Hizo una pausa—. Al principio mi marido lo dejó tranquilo. Pero cuando llegó a la pubertad las cosas cambiaron. Empezó a crecer muy deprisa, casi era tan alto como yo. Mi marido pensó... no lo sé. O sí, sí que lo sé. Veía a Kurj como un... un...

—¿Un competidor?

Se puso tensa y me observó con sus grandes ojos, como una paloma sobresaltada en su escondite.

—Sí —dijo con voz más dura—. Le dio una paliza. Así que lo abandoné.

—¿Qué le pasó?

—Fue a la cárcel.

—¿Y Kurj?

—Después de eso empezó a odiar a cualquiera del que pensara que podía hacerme daño. Lo que no entendía es por qué se odiaba tanto a sí mismo. Por aquel entonces no comprendía cómo... lo afectaba mi presencia. —Se frotó los brazos como si tuviera frío—. O puede que no quisiera reconocerlo. Algunas veces pienso que la única estabilidad que tenía se la debía a los recuerdos de mi primer marido. Durante casi un cuarto de siglo, mientras Kurj construía su poder como heredero imperial... durante todo ese tiempo se aferró a los recuerdos de su padre como si fueran un chaleco salvavidas.

Estaba empezando a comprender.

—Y entonces descubrió aquellos archivos con la identidad de su verdadero padre. Asintió.

—Dioses, se enfureció de tal modo... Nunca creyó que fuera un error del

laboratorio con los óvulos de mi madre y los míos. Se vio traicionado por todos aquellos a los que amaba. —Su voz temblaba—. En su visión del universo, el hombre que tenía aquello que más deseaba, el título de Emperador, le había robado también por la fuerza la única otra cosa que había codiciado. Una cosa que les estaba prohibida. A ambos.

Sus manos temblaban mientras se apartaba un rizo de los ojos.

—¿Se dijo a sí mismo «Voy a matar a este hombre»? No... no lo creo. Pero conocía los riesgos... y a pesar de ello se introdujo en la Red. —Una lágrima resbaló por su rostro—. Lo encontré de rodillas sobre el cuerpo de su padre. Estaba llorando. —Le falló la voz—. A pesar de todo... cuando Kurj era un bebé, yo lo sostenía en brazos, lo cuidaba, lo amaba. Ay, Sausconia, era un orgullo tan grande para mí, mi primogénito, la luz de mi vida. Pero cambió. Un poquito cada día, año tras año, década tras década. —Cerró los ojos un momento y volvió a abrirlos—. Hasta que finalmente lo perdí.

—Lo siento —dije en voz baja—. Todo.

Las lágrimas abrieron resplandecientes surcos por sus mejillas.

—Y yo.

Tiempo de siembra

—¿Quieres ser Emperatriz? —preguntó Tager.

Suelo pantanoso. Continué estudiando las figurillas de la estantería, cogiendo cada una de ellas, examinándola detenidamente en mis manos y devolviéndola a su estantería. Tenía una colección de piezas campestres, realizadas con todo lujo de detalles y colores. Hasta las pestañas y las uñas estaban representadas. El labrador estaba inclinado, sosteniendo una azuela en sus manos callosas. La granjera llevaba un vestido de vuelo que se enroscaba alrededor de sus pantorrillas. Tenía la parte delantera de la falda levantada y la utilizaba para llevar semillas. La cosechadora caminaba junto a una fila de plantas de cereal tan altas como ella misma y cuyas cabezas se inclinaban bajo el peso de las mazorcas llenas de granos. Tenía una mazorca en una mano y un cesto lleno en la otra.

—¿Dónde las has conseguido? —le pregunté.

—Hay una comunidad de granjeros Cammish que vive al sur del Condado de Jacob —dijo Tager—. Aparte de lo que sacan con las cosechas, ganan algo vendiendo las estatuillas.

Me volví hacia él. Estaba junto a la mesa, de pie, apoyado en el borde.

—Son preciosas —dije.

De nuevo aquella mirada, como si estuviera tratando de descifrar mi inesperada frase.

—Sí. Lo son.

Paseé por la oficina contemplando las demás baratijas que tenía allí.

—Podemos arar y sembrar y cosechar. Vivir de la tierra y las estaciones, convertirnos en parte del ciclo de la vida. —Me detuve y lo miré—. O podemos renunciar a todo eso y montar una planta de procesado de comida. —Tal como Kurj procesaba. Pueblos. Ciudades. Planetas. Todos ellos eran materiales inacabados que utilizaba para servir a sus propósitos—. Extraer los alimentos de la tierra es muy poco eficaz.

Tager sonrió.

—Pero la comida sabe mucho mejor.

—Tal vez no podamos permitirnos ese lujo.

—¿Por qué?

—No lo necesitamos. La comida es alimentación, no arte.

—Nuestro sentido del gusto ha evolucionado por una razón. Del mismo modo que hemos aprendido a vivir sin la tierra por una razón. El hecho de que tengamos otras opciones no invalida el deseo de algunas personas de vivir a la antigua. —Me observó—. Puede que no sea solo el labrar, sembrar y cosechar. Puede que satisfaga una parte más profunda de lo que nos convierte en humanos.

—Y también —dije— puede que solo sea una enorme pérdida de tiempo.

—¿Es eso lo que crees?

Volví a pasear.

—Creo que Eskolia necesita las dos cosas. Labradores y procesadoras.

—¿Y tú qué *eres*?

Me detuve delante de él.

—Las dos cosas.

—Eso responde al «Cómo» —dijo en voz baja—. Pero no al «¿Es lo que quieres?».

¿Quería ser Emperatriz? Conocía la respuesta... pero todavía no estaba preparada para afrontarla. Mi mente bailaba a su alrededor, acercándose, apartándose, incapaz de comprometerse.

Pasado un rato de silencio, Tager cambió de táctica.

—¿Y qué me dices de tu hermano Althor?

Crucé los brazos.

—¿Qué pasa con él?

Tager respondió como si estuviera caminando sobre una capa de cáscaras de huevo:

—¿Y si el Emperador de Eskolia nunca elige? ¿Y si muere dejando la cuestión sin resolver? —Hizo una pausa—. O, más bien, ¿y si deja que la cuestión se resuelva sola?

—Althor es mi hermano. —Mi hermano, al que había querido de niño y todavía quería, a pesar de todo lo que Kurj había hecho por separarnos.

—También el Emperador —dijo Tager.

—Solo de nombre.

Tager se sentó en silencio, paciente, sin presionarme. Al cabo de un momento, dije:

—Althor es el segundo hijo de mis padres. El segundo de diez. Se marchó de casa cuando tenía dieciocho años. Fue a la AMD.

—Así que es un Jagernauta.

Asentí.

—Yo tenía once años cuando se fue. No volví a verlo hasta que vino de visita. —Mi rostro se relajó y esbocé una sonrisa—. Se alegró muchísimo de volver a ver Lyshriol.

—¿Lyshriol?

—El mundo natal de mi padre.

—Creo que no lo conozco.

No tenía por qué. Lo manteníamos en privado.

—Es una de las colonias antiguas. Estuvo aislada cuatro mil años antes de que el Imperialato volviera a descubrirlo. Creemos que empezó siendo un pequeño asentamiento agrícola. Pero cuando volvieron a encontrarnos nos habíamos atrasado

tanto que ya no recordábamos nuestros orígenes.

—Un sitio primitivo.

—Supongo que sí. Los únicos ordenadores que había en todo el planeta eran los que mi madre había instalado en la casa.

—¿La casa?

—El sitio donde vivíamos.

Tager sonrió.

—Te refieres al palacio.

—No. La casa. Casi ni tenía electricidad.

Parpadeó.

—¿Es ahí donde te criaste?

—Eso es. Mi madre hizo que construyeran una escuela y un hospital cerca del pueblo pero aparte de eso, no cambió nada.

Su curiosidad empezó a romper a mi alrededor como un oleaje.

—¿Por qué?

—¿Para qué tocarlo? Es un lugar idílico. Ni siquiera se puede ir sin el permiso de nuestra familia.

—¿Lo echas de menos?

Suspiré.

—Algunas veces. Pero allí me siento fuera de lugar. Siempre supe que quería ser Jagernauta. A los diez años podía desmontar un fusionador y explicar su funcionamiento, A los doce, era capaz de derivar las ecuaciones de la inversión. En un mundo en el que los ejércitos se enfrentaban con flechas y espadas. —De hecho, mi hermano había puesto fin a las guerras en Lyshriol cuando, a los dieciséis años, se había presentado en el campo de batalla, no con una espada, sino con un rifle láser—. Creo que a Althor le pasaba lo mismo.

—Háblame de él —dijo Tager.

Mi memoria se desplegó como un trozo de pergamino manuscrito encontrado en un códice antiguo encuadernado en piel. Volví a ver a Althor en su uniforme de Jagernauta, con un fusionador en el cinturón, arrodillado frente a mi padre con la cabeza gacha, el saludo tradicional que los hijos de Lyshriol ofrecían a sus progenitores al regresar de la guerra. Nuestro padre estaba allí, tan orgulloso que parecía dispuesto a gritárselo a la aldea entera... y tan confundido también, luchando por comprender a aquel hijo que había regresado de los cielos.

—Yo tenía dieciséis años por aquel entonces. Pensaba que Althor era la persona más gloriosa que jamás había existido. Quería ser como él. —Abrí las manos—. Entonces, un día, no sé cómo ni dónde, lo adelanté. Yo era Primaria y él Secundario.

Ahora Kurj estaba observándonos para ver lo que íbamos a hacer, dando vueltas el uno alrededor del otro, cautelosos, separados por tantas cosas que habían quedado sin decir.

—¿Os veis?

—No mucho. No tenemos gran cosa que decirnos. —Existía demasiada desconfianza entre Althor y yo como para volver a compartir la proximidad que habíamos conocido de niños. Pero también existían demasiados recuerdos de aquel amor como para permitir que nuestra situación nos separase del todo. Kurj se había equivocado. Althor y yo nunca conspiraríamos el uno contra el otro. Si Kurj esperaba a que tomásemos la decisión por él, tendría que esperar para siempre.

Entretanto, mi madre era la que sufría, forzada a asistir al feo juego de poder y muerte en el que participaban los hijos a los que tanto amaba.

Empecé a pasear de nuevo.

—Ha venido mi madre a verme.

Tager avanzó un paso con cautela:

—¿Cómo te ha hecho sentir eso?

Miré una de las vasijas que había en una estantería. Era una pieza exquisita, hecha de cristal rosa con volátiles vetas de color dorado en su interior. La superficie brillaba y despedía reflejos de diferentes colores cuando se la observaba desde diferentes direcciones. La talla era exquisita y el trabajo, delicadísimo.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué tienes esto aquí? Si pasas un plumero por la estantería se puede caer.

Y entonces esa obra de belleza se haría añicos en el suelo, destruida por aquella persona que más la valoraba.

Me estaba observando de nuevo con aquella mirada, como si yo fuera un código que quisiera descifrar.

—Tengo cuidado.

—¿Y cómo sabes que no la va a destruir otra persona? —Sacudí la cabeza—. Algunos tesoros son demasiado preciosos para ponerlos donde todo el mundo puede tocarlos.

—¿Porque podrían sufrir daño?

—Sí.

—El vaso es más fuerte de lo que parece. Ya se ha caído antes. Y no se rompió.

Crucé los brazos y me los froté como si tuviera frío.

—Eso no significa que no sufriera daño. A lo mejor solo puede caerse un número de veces antes de romperse. Hay que mimarlo. Cuidarlo. —Señalé la vasija—. Supongamos que viene alguien, una persona que está obsesionada más allá de toda medida y razón, y trata de arrebátártelo. Y durante la pelea el vaso cae al suelo. ¿Qué harás cuando se haga añicos?

—Yo no lucharía.

Aunque traté de esbozar una sonrisa, me di cuenta de que la expresión de mi rostro no era natural.

—Pero tú no eres un Rhon.

—No —dijo con voz queda—. No lo soy.

Empecé a caminar de nuevo. Tager me observaba, dándome tiempo, dándome

espacio. Después de un rato, dije:

—Kurj cree que mi padre es un paleta.

—Tu padre es padrastro del Emperador, ¿no?

Eso hizo que me detuviera. Me eché a reír en mitad de la habitación. Pero no tenía gracia.

—Mi padre tenía dieciocho años cuando mi madre se casó con él. Dieciocho. Kurj tenía treinta y cinco. La boda se celebró pocos días después de la muerte de mi abuelo. —Pocos días después de que Kurj se hubiera convertido en Emperador—. Kurj lo odia.

—¿A tu padre?

—Sí. —Pero, por mucho que fuera así, no había cometido parricidio una segunda vez. Se había contenido. Y ahora necesitaba a mi padre, que podía manejar Eskol-Net sin esfuerzo y sin peligro para el resto de la Tríada.

El Puño, la Mente y el Corazón de Eskolia. Del mismo modo que dos partículas no pueden tener los mismos números cuánticos, dos de sus mentes no podían ocupar la misma región del psiberespacio. La mente de Kurj era demasiado parecida a la de mi abuelo, tosca y poderosa. La de mi tía era toda delicadeza, brillantez intelectual, como un delicado encaje de complejidad. En el psiberespacio casi no existía superposición entre Kurj y ella. Podían utilizar las mismas funciones, ir a los mismos «lugares» pero su forma de existir era tan diferente que sus presencias nunca interferían la una con la otra.

El Imperialato necesitaba una tercera presencia en el vínculo. Eskolia había sido más pequeña antes de que mi padre se uniera a la Tríada, pero incluso entonces Kurj y mi tía habían tenido dificultades para cumplir con sus obligaciones. Kurj dirigía unas fuerzas armadas que protegían a más de un millar de mundos. Mi tía era el enlace entre la Asamblea y una red informática que no solo se extendía por Eskolia, sino también por mundos de los Aliados y los Mercaderes. Además de las demandas que le imponía la propia Eskol-Net, que nunca descansaba, nunca se detenía, nunca se relajaba, solo crecía y crecía cada año que pasaba, llenando un océano voraz y tan profundo como las estrellas.

Ninguno de ellos hubiera podido renunciar voluntariamente a su posición. Pero nadie, por muy ambicioso, voluntarioso o fuerte que fuera, poseía los recursos necesarios para mantener demasiado tiempo aquel acto de equilibrio. Con el paso del tiempo lo hubiera matado, como había estado haciendo, lenta e implacablemente, antes de que mi padre convirtiera el vínculo en una Tríada.

Al margen de los problemas de mi familia, teníamos que mantener Eskol-Net en funcionamiento. La alternativa era inaceptable. Yo preferiría morir a vivir en un universo en el que todos salvo un puñado de Aristos fueran servidores o proveedores.

De repente me sentía muy cansada. Me acerqué a una silla y me dejé caer en el asiento acolchado. Me incliné hacia delante, apoyé los codos en las rodillas y miré al suelo.

Tager se me acercó y se sentó en la silla más próxima, en el borde, para estar frente a mí.

—¿En qué estás pensando?

—En mi familia —pensé—. Somos un desastre.

—Sois gente sin coraza tratando de vivir en un universo en el que eso no tiene cabida —dijo él con voz cálida—. Casi todos los demás tienen protección, así que no podéis saber lo dañina que es para vosotros su forma de vida. Para sobrevivir, tenéis que aislaros o desarrollar drásticos mecanismos de defensa.

Pensé en Jaibriol y en su vida de soledad. Él era probablemente el único psion Rhon normal que había en el universo. Pero el precio que había pagado por ello, aquella dolorosa soledad, era demasiado alto para mí.

—Esos mecanismos de defensa nos están destrozando.

—Os habéis encontrado con la responsabilidad de defender un imperio, y no porque estéis mejor preparados para ello sino porque los mismos rasgos que hacen que os sea tan difícil sobrevivir son la fuente de nuestra única defensa contra los Aristos. Eso pondría a prueba a cualquier familia.

Lo pensé.

—Cuando vivíamos todos juntos, mis padres y nosotros, de niños, teníamos algo... No sé cómo llamarlo. ¿Una comunidad Rhon? Éramos felices. Luego todos crecimos y nos marchamos de casa. La realidad irrumpió en nuestras vidas. —Me volví hacia Tager—. Mis padres se tienen el uno al otro. Pero la comunidad ha desaparecido. Ellos viven: el resto de nosotros sobrevivimos. Y yo quiero algo más que eso.

—Si te refieres a una pareja Rhon, a una sociedad Rhon...

—Sí, lo sé. No voy a encontrarlos. —La imagen de Jaibriol pasó un momento por mis pensamientos. Si tú conocieras la verdad, Doctor Mecánico—. Mis padres son personas, no máquinas de engendrar hijos. No pueden seguir eternamente proporcionando carne de cañón para Eskol-Net. ¿Crees que quieren ver cómo mueren todos sus hijos? ¿Y si Althor y yo terminamos muertos? ¿Entonces qué?

—No lo sé.

Me levanté y caminé hasta la estantería con las figurillas Cammish.

—Ni yo. —Me volví hacia él—. No quiero morir. Quiero encontrar una respuesta. A todo. Al dolor, a la rabia, al terror. A esta guerra que nunca termina. Quiero una respuesta a los Aristos. —Aspiré hondo—. Quiero una respuesta a Tams.

—¿Crees que puedes encontrarla?

—Creo que tengo más probabilidades que Althor. —O Kurj. Amargamente, añadió—. Y sí, quiero el poder por el poder. Es mucho mejor que ser una víctima. —Lo miré sin temor—. Sí, quiero ser Emperatriz.

Cuando entré en el vestíbulo de mi edificio, había alguien esperándome allí. Estaba sentada en un sillón, leyendo una holorevista con los pies apoyados en la carísima mesa que había delante de su asiento. En el mismo momento en que la vi,

dejó de leer.

—¡Helda! —Me acerqué a ella a grandes zancadas—. ¿Qué estás haciendo aquí?
Se levanto con una gran sonrisa en el rostro.

—Heya, Soz.

—Casi no te reconozco. —No estaba acostumbrada a verla sin el uniforme. De todos los atuendos extraños... Se había puesto unos vaqueros azules. Debía de haberlos comprado en una de las tiendas de importación que vendían vaqueros y café de los Aliados, los dos productos de importación más populares en Eskolia. Junto con las hamburguesas. Dudaba que existiera una ciudad importante en algún planeta populoso que careciera de hamburgueserías. A veces, en momentos de especial cinismo, me convencía de que mientras los Mercaderes y nosotros estábamos tirándonos al cuello, la Tierra nos estaba conquistando silenciosamente inundándonos con «comida rápida» y convenciéndonos de que no podíamos vivir sin ella.

Helda soltó una risilla.

—Hay gente que me evita a propósito. Acabo de aterrorizar a un jovencito muy guapo. —Levantó la cabeza—. Dijo que te esperaría arriba.

¿Había venido Jarith a verme? ¿Pero adónde había ido? Aunque el vestíbulo estaba abierto durante el día, sin un pase no se podía subir a las habitaciones. Y yo no le había dado uno.

—Subamos. —Sonreí—. A ver si podemos encontrar a ese tipo misterioso.

Mientras caminábamos hacia el ascensor, pregunté:

—¿Cómo está Rex?

—Bien. Tiene un armatoste para las piernas. Le permitirá andar en cuanto aprenda a manejarlo.

—¿Es feliz? —Lo que realmente quería saber era si había una mujer en su vida. Pero no podía preguntar eso.

—Ja, está bien. —Se rió—. Lo normal. Todas las enfermeras están enamoradas de él. Hay una por la que pregunta a menudo.

Me dije que no importaba. A fin de cuentas, ahora tenía a Jarith. Entonces pensé, *oh, déjalo ya*. Sabes que duele. Así que deja que duela. No te vas a morir. Y tú estás bien, tienes a Jarith.

Cuando la puerta del ascensor se abrió en mi piso, vi a Jarith al otro lado del pasillo, sentado junto a mi puerta con su mochila en el regazo, leyendo un hololibro. Nos acercamos a él. Nuestros pies casi no hacían ruido al pisar la alfombra.

Cuando nos miró, sonreí.

—¿Cómo has conseguido que funcionara el ascensor?

Se levantó mirando a Helda.

—No lo sé. Pak me ha dejado pasar.

Qué interesante. Nunca le había dicho al ordenador que lo dejara subir. Y no es que tuviera objeciones. Pak podía dejarlo entrar en mi apartamento si quería.

Helda le sonrió.

—Heya, hoiya. Volvemos a vernos.

Jarith se puso colorado.

—Saludos.

—Esta es Helda —le dije—. Vuela en mi escuadrón.

—O lo hacía —dijo Helda con una mirada de contrariedad mientras yo abría la puerta—. Hace meses que no volamos a ninguna parte.

La miré de soslayo.

—¿Kurj no os ha asignado a Taas y a ti a otro escuadrón?

En ese momento, a Jarith se le cayó la mochila y sus hololibros y holohojas se desparramaron por el suelo. Se ruborizó y se arrodilló para recogerlas.

Helda y yo nos inclinamos para ayudarlo. Pero cuando le dirigí una mirada interrogativa no me respondió. ¿Qué había hecho para que se molestase? Algunas veces era difícil de comprender.

Helda le puso el último de los libros en los brazos.

—Ha trasladado a Taas al Octavo escuadrón. —Se levantó al mismo tiempo que Jarith y yo—. A mí me han asignado a un grupo de planificación. Estrategia militar. Pero echo de menos volar.

Cerré la puerta.

—Y yo.

Jarith se dirigió al otro lado de la habitación y nos dejó a solas. Helda lo observó mientras el muchacho dejaba sus libros en una mesa. Entonces, en voz baja, me dijo:

—Traigo un mensaje del Emperador de Eskolia.

¿Un mensaje? ¿Por qué lo enviaba Kurj con un correo? Utilizar la Red hubiera sido mucho más eficaz. Y si quería que fuera seguro podía haberlo codificado con un patrón mental que solo mi mente pudiera descifrar.

Lancé una mirada a Jarith.

—Quizá sería mejor que esperáramos.

—Son solo dieciséis palabras.

—¿Qué dice?

Dijo:

—Regresa a Ciudad Cuartel inmediatamente. En silencio. No le digas a nadie que lo he ordenado.

—¿Eso es todo?

Asintió.

—Eso es todo.

Vaya. Kurj alargaba su brazo y me llamaba de regreso. Podía verlo, metal en un uniforme, calculando en su cautelosa mente, enviándonos a todos en trayectorias cuyos destinos solo él conocía.

Pero puede que hubiera llegado el momento de plantar cara. Puede que hubiera llegado el momento de calcular mis propias trayectorias.

—¿Por qué te ha enviado a ti?

—No lo sé. —La mirada de Helda pasó por encima de mi hombro y su voz cambió—. ¿Quieres que vayamos a hacer un poco de turismo?

Me volví y vi que Jarith se acercaba. Cuando llegó a nuestro lado, sonreí.

—¿Quieres venir a hacer turismo con Helda y conmigo?

Jarith dirigió a Helda una mirada cauta.

—Bueno.

Así que salimos de paseo. Caminamos por los muelles, compramos unos globos, los soltamos, nos reímos un montón y corrimos por la playa.

Pero ni un solo momento me abandonó una sensación extraña, la de que estaba asistiendo al fin de algo, aunque de qué, no podía saberlo.

Jarith se sentó en mi cama.

—Me gusta tu amiga.

Le di el suéter al robot del armario, quien lo colgó en una percha.

—Pensé que ibas a salir corriendo como un antílope salvaje la primera vez que la viste.

—Lo hice. —Sonrió—. Pero me gusta.

—¿Por eso se te cayeron los libros esta tarde?

—Oh. Eso. —Apartó la mirada—. No. Eso fue solo torpeza.

Me acerqué y me senté a su lado con las piernas cruzadas.

—No creo que sea esa la razón.

—¿Por qué lo dices?

—Algo iba mal. Lo sentí.

—No... No es nada. —Estudió el dibujo de la colcha.

—Jarith. —Le puse la mano bajo la barbilla y volví su rostro hacia mí—. ¿Que pasa?

—Lo que has dicho me ha asustado. Nada más.

Lo solté.

—¿Qué he dicho? ¿A qué te refieres?

—A ese nombre.

—¿Qué nombre?

—Kurj.

Me puse tensa. No quería hablar de ello, ni con Jarith ni con nadie. Tager se había quedado con todo lo que tenía que decir al respecto.

—¿Qué pasa con eso?

—En el contexto de tu conversación, solo puede ser una persona.

—Soy un soldado. Es mi oficial superior.

Me dirigió una mirada incrédula.

—Ni siquiera los Primarios llaman al Emperador de Eskolia por su nombre de pila.

En eso tenía razón. Por supuesto que yo no llamaba nunca a Kurj por su nombre de pila cuando actuaba como mi jefe supremo. Pero en una conversación informal

con Helda no se me había ocurrido usar su título, del mismo modo que jamás se me hubiera ocurrido llamar a cualquier otro de mis hermanos príncipe lo que sea.

—Vives en un ático que es lujoso hasta para una Primaria Imperial —dijo Jarith—. Has alcanzado un rango tan prestigioso como el de almirante a pesar de que apenas tienes treinta años. Y llamas al Emperador por su nombre de pila.

Me levanté y me acerqué a la ventana. En el exterior, el Condado de Jacob se extendía en todas direcciones como un país de las hadas, dorado bajo el sol poniente.

—¿Soz? —preguntó Jarith.

—No se qué esperas que diga.

Jarith inhaló profundamente.

—El Emperador Eskolia... ¿Sois...? ¿Estáis...?

Cohetes Llameantes. Pensaba que Kurj y yo éramos *novios*. Casi me echo a reír. Pero en lugar de hacerlo regresé a la cama y me senté a su lado.

—No, estás equivocado. Lo que pasa es que conozco a Lord Eskolia hace muchos años, eso es todo.

—Eres mayor de lo que pareces, ¿no?

—Cumpló cuarenta y ocho dentro de unos días.

Se quedó boquiabierto.

—Lo dirás en *broma*...

—No. —Le dirigí una mirada entornada—. ¿Eso te importa?

Jarith se agitó en la cama. Parecía incómodo.

—No lo sé. Mi madre es mas joven que tú.

Dioses. Seguro que antes de que quisiera darme cuenta, aparecía el pelotón de ética del MEI para arrestarme. *Está usted bajo arresto, señorita, por asaltar cunas.*

Pero lo que me había dicho dolía de otro modo. Yo todavía no había tenido un hijo y una mujer más joven que yo tenía ya hijos con edad suficiente para engendrar los suyos. Aunque mi superior expectativa de vida me permitía demorar más que a otras mujeres la concepción, no podía esperar eternamente. Pero no quería formar una familia mientras siguiera volando en un escuadrón. No después de lo que había ocurrido la primera vez. No mientras supiera que mis hijos podían perder a su madre cada vez que saliera.

Jarith me estaba mirando la cara.

—¿Soz?

Exhalé.

—No sé muy bien cómo decirte esto.

Se puso tenso.

—Dilo sin más.

—Helda me ha traído un mensaje de mi familia. Tengo que partir para Diesha esta misma noche.

—¿Te vas del planeta? ¿*Esta noche*?

—En cuanto haga las maletas.

Me puso las manos en los hombros.

—¿Es por lo que he dicho? Puedo aprender a vivir con la diferencia de edad. En serio.

—No es por nada que tú hayas dicho. En serio.

Se disponía a decir algo pero en el último momento se contuvo. Sentí lo que no decía. Quería venir conmigo. Y parte de mí quería que viniera. Pero eso significaría pedirle que empezara desde cero en un mundo extraño en el que no conocía a nadie. No podía hacer eso mientras no estuviera dispuesta a ofrecerle más de lo que teníamos ahora. Y no era así. Había demasiadas cosas sin resolver en mi vida.

—Significas mucho para mí —dije.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Empezar a decir cosas que suenan a preludio de «Creo que deberías empezar a ver a otras personas».

—Es que creo que deberías hacerlo.

Masculló una imprecación.

—Soz, basta.

—¿De veras comprendes lo que hago para ganarme la vida? Cada vez que salgo, es posible que no regrese. ¿Quieres vivir con eso?

—No. Pero estoy dispuesto a intentarlo.

Respondí en voz baja.

—Pero yo no sé si lo estoy.

Exhaló. Entonces me dio un abrazo.

—¿Regresarás alguna vez a Forshires?

Apoyé la cabeza en su hombro.

—Espero que sí.

Nos abrazamos durante largo tiempo. Finalmente, Jarith se tendió en la cama y me llevó consigo. Hicimos el amor en las nubes, flotando juntos una última vez.

III DIESHA

Puño de la Red

Helda y yo cogimos un vuelo comercial a Diesha, viajando como civiles y tratando de no llamar la atención. Aunque Kurj no había estipulado nada sobre mi llegada, estaba claro que quería que fuera lo más discreta posible. ¿Por qué? ¿Qué estaba ocurriendo?

Nuestra nave aterrizó en una plataforma alejada de todas las terminales del astropuerto. Cuando paramos, bajé de mi hamaca y me dirigí hacia un cubículo que alguna persona generosa había llamado salón. Tenía tres sillas y una mesa clavada en lo que hacía las veces de cubierta cuando la nave se encontraba en un campo gravitatorio. Me asomé por una portilla y vi que un hoverbús se nos acercaba desde una terminal lejana, volando sobre su colchón de aire como una bala de metal plateado y negro.

—Preparados para desembarcar —dijo el auxiliar de vuelo por los altavoces. Su voz sensual y agradable resultaba un marcado contraste con las secas voces computerizadas que solía oír en los transportes militares que me llevaban a Diesha.

Mientras empezábamos a formar una fila junto a la salida, apareció el auxiliar de vuelo, un joven vestido con un impoluto uniforme azul. Abrió la puerta y el interior de la nave se llenó de aire fresco, un maravilloso cambio tras días de viaje en los que solo habíamos tenido aire comprimido.

El hoverbús aparcó junto a la nave. Mientras se levantaba, vi a un oficial al otro lado de su puerta, que ya estaba abierta. Se trataba de una mujer con el uniforme rojo de la policía de seguridad del MEI. Llevaba un rifle láser.

El hoverbús desplegó un puente y lo adosó a la entrada. Después de asegurarlo, el auxiliar de vuelo sonrió y nos dijo:

—Bienvenidos a la Terminal Civil del Astropuerto de Diesha. Esperamos que disfruten de su estancia en el planeta.

La agente de seguridad nos registró a todos pasando un escáner sobre nuestra ropa y nuestro equipaje mientras subíamos al autobús. No nos miró la cara una sola vez. Una vez que todos estuvimos a bordo, el hoverbús recuperó el puente, cerró la puerta, bajó al suelo y se dirigió a los edificios del astropuerto. Todos nos sentamos en los asientos de nervoplex y empezamos a mirar al exterior o al suelo, a cualquier parte menos a nosotros mismos.

Un segundo hoverbús nos salió al paso a medio camino de la terminal. Mientras los dos vehículos permanecían parados sobre el cemento como balas gigantescas enfrascadas en una conversación, cambiamos del primero al segundo tras someternos de nuevo a los molestos controles de seguridad.

Helda gruñó mientras esperábamos a que nos tocara el turno de pasar por el escáner.

—Es la última vez —dijo entre dientes.

El segundo autobús nos dejó a diez metros de la terminal. Recorrimos la distancia que quedaba entre postes luminosos que parpadeaban y emitían pitidos intermitentes cuando alguien pasaba junto a ellos. El camino desembocaba en un arco de seguridad que enmarcaba la entrada al edificio de la terminal.

Tras el mostrador que había más allá del control había un hombre fornido y una mujer voluminosa, ambos ataviados con el uniforme del MEI. La mujer estaba delante de una consola y el hombre se encontraba a su lado, observando al grupo con atención. Mientras yo pasaba por el arco, me indicó que parara.

—Equipaje.

Dejé el macuto sobre el mostrador. La mujer tocó un panel de su consola y aparecieron sobre ella varios hologramas que empezaron a rotar lentamente, mostrando el interior de mi bolsa hasta el último detalle, incluida mi ropa interior y otras pertenencias personales.

—Ábrala —dijo el hombre.

¿Todos los civiles que venían a Diesha tenían que pasar por aquello? Desabroché las solapas y el macuto se abrió. Mientras el hombre registraba su contenido, aparecieron unos datos en la pantalla de la mujer.

—Valdoria, Sausconia —leyó—. Condado de Jacob, Reducto Forshires. —Me miró—. Está un poco lejos de casa, ¿no?

Alguien me puso una mano en el hombro y me empujó hacia el mostrador. Giré la cabeza y vi que otra pasajera me estaba apartando para entrar en la terminal. Aunque vestía como una civil, los galones de sus hombros indicaban que trabajaba para el ejército. La reconocí: iba a bordo de la nave y se encontraba al final de la fila cuando nos disponíamos a entrar en la terminal. En el exterior, los demás pasajeros civiles seguían en fila, tratando de soportar la dureza del sol con la mirada entornada.

Me volví al mismo tiempo que el oficial de seguridad sacaba mi cartera del macuto. Al abrirla, el miniálbum se activó y empezó a pasar una secuencia de hologramas. Nos mostró una imagen de Jarith, seguida por otra de nosotros dos, luego una con Helda y él y finalmente una de mi madre. El hombre congeló la imagen y un holograma de mi madre quedó flotando sobre la holopantalla cosida a la cartera. Sostenía la cartera sobre la mano derecha, así que parecía que tenía a mi madre en la palma de la mano.

—¿Quién es? —preguntó.

—Mi madre.

—Está de broma. —Le enseñó la cartera a la mujer del mostrador. Su brazo creó pliegues de luz al atravesar el campo de seguridad que rodeaba la consola de la chica—. ¿Puedes averiguar su identidad?

Puso la cartera sobre una pantalla horizontal. El holograma de mi madre flotaba allí, sonriente y dorado. Entonces un láser empezó a atravesarlo y la imagen se volvió borrosa.

—Correlación completa —dijo el ordenador—. Nombre: Cya Liessa. Ocupación: bailarina, Ballet Imperial de Parthonia. Sin dirección expresa.

—Bailarina, ¿eh? —El hombre sonrió—. Es guapa.

¿Guapa? ¿Eso era todo lo que tenía que decir después de invadir la privacidad de mi madre como si fuera la página de una holorevista?

La mujer volvió a dejar la cartera en el macuto y la cerró.

—Muy bien. Puede seguir.

Cogí el macuto y me lo cargué al hombro. A continuación me dirigí a la zona de llegadas. El área de cromo y cristal estaba abarrotada de gente que charlaba de pie o sentada, miraba la holopantalla de la esquina o subía a las cintas transportadoras.

Helda llegó a mi lado.

—Buf.

—¿También te han incordiado?

Frunció el ceño.

—Tienen suerte de que tenga órdenes de estarme tan quieta como un ratón.

Sonreí al pensar en la imagen de un ratoncillo con la cara de Helda.

—¿Cuánto falta para que salga tu vuelo?

Inclinó la cabeza y una expresión vacía que yo conocía a la perfección se dibujó en sus facciones mientras accedía a su nodo vertebral.

—Unos veinte minutos.

Veinte minutos. Luego volvería a estar lejos.

—Ojalá te quedaras.

Se echó a reír.

—Heya, Soz, ¿te estás volviendo sentimental? —Hizo un gesto hacia la cinta transportadora—. Acompáñame a la puerta.

No quería ir con ella. No sabía por qué, aparte de la extraña sensación de que si marchaba ahora no volveríamos a vernos. Mientras subíamos a la cinta, le dije en voz baja:

—Rex, Taas y tú, antes... Estaba acostumbrada a estar con vosotros día y noche. La mitad del tiempo éramos una sola mente. Ahora eso se ha acabado. —Trataba de expresar unos pensamientos que se enroscaban como jirones de niebla en los márgenes de mi campo de visión—. Algo está acabando, Helda, pero no sé él qué.

—¿Acabando? —La pared que había a su lado pareció deslizarse mientras la cinta transportadora se ponía en marcha en dirección a la compuerta de salida—. Estás muy rara hoy.

Me obligué a sonreír.

—Supongo que sí.

No hablamos mucho más, apenas un poco de conversación intrascendente. Me contó lo que sabía de Taas, que estaba volando con otro escuadrón y empezaba a labrarse una reputación como piloto de primera.

—Cuando lo veas, dale recuerdos de mi parte —dije.

—Como quieras. —Se encogió de hombros—. Pero es posible que lo veas tú antes, aquí en Ciudad Cuartel.

—Lo sé. Pero hazlo de todos modos. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

No supe qué responder a eso. Así que en lugar de hacerlo meforcé a reír.

—Bueno, nunca se sabe con qué diversiones puedes encontrarte.

Cuando llegamos a las puertas, los pasajeros del vuelo de Helda estaban ya en fila para el hoverbús que los llevaría a la nave. Después de atravesar el arco de seguridad, Helda se volvió para despedirse. Yo estaba al otro lado de la puerta, frente a un cristal tintado de una mano de grosor, a prueba de balas, láseres y explosiones, y le devolví el saludo desde allí. Entonces subió al autobús. En cuestión de segundos no era más que otra de las balas que volaba sobre el hormigón de las pistas de aterrizaje.

Regresé a la cinta. Esta vez caminé por ella, sumando mi velocidad a la suya. Me movía a más de diez kilómetros por hora. No sabía por qué tenía tanta prisa. Solo sabía que quería salir del astropuerto, abandonar aquel lugar de partidas y finales.

Solo tardé unos pocos minutos en llegar a la parada del MagRaíl que había en el exterior de la terminal. El andén sobresalía de una torre de cajagón tan alta como el astropuerto. Gigantescas vías descendían hasta él en trayectorias arqueadas desde los cielos, discurrían en paralelo durante varios metros y a continuación volvían a remontarse y atravesaban el astropuerto en un gran despliegue de plata, como una escultura de rieles.

En la lejanía se veía el MagRaíl, una fila de vagones cromados de azul. El tren entró con un zumbido en el andén en el que un puñado de viajeros y yo estábamos esperando y sus puertas se abrieron como el obturador de una cámara para dejarnos entrar. En cuestión de instantes estábamos ascendiendo de nuevo a toda velocidad, por encima del astropuerto.

La mayoría de los civiles desembarcó en los suburbios. Al llegar al perímetro del Cuartel General del MEI, nos detuvimos en un andén vigilado por guardias armados con carabinas láser. Llevaban armadura completa, que les permitía alcanzar casi los tres metros de altura, como si fueran gigantes construidos de lustroso metal negro y plateado, sin cara, con pantallas opacas donde hubieran debido de estar los ojos.

A estas alturas yo era la única «civil» que quedaba en el tren. Cuando los guardias entraron en el vagón, todos nos levantamos. Un gigante se me acercó entre el estrépito metálico que hacían sus botas al pisar el suelo. El hombre o la mujer —no sé lo que era— me habló a través de un filtro de voz que le hacía parecer una máquina.

—Identificación.

Levanté la mano con la palma hacia arriba y tensé la muñeca, y el movimiento hizo salir el chip de identidad del bolsillo de la manga y lo dejó caer en mi mano. El conector de la manga se veía con toda claridad, así que o bien era un Jagernauta o bien un operador telepático. No pude analizar la reacción del oficial. La armadura ocultaba el lenguaje corporal y las expresiones faciales, y el filtro le quitaba todos los

matices emocionales a la voz. Introdujo mi tarjeta en una máquina que llevaba en el cinturón. Aunque estaba acostumbrada a controles como aquél, el procedimiento tuvo algo extraño aquel día, como si me estuvieran destilando en una pequeña tarjeta cuadrada.

Todos los que iban en el vagón recibieron autorización para entrar en Ciudad Cuartel. No fue ninguna sorpresa. Solo alguien muy ingenuo o muy tonto hubiera tratado de entrar sin una identidad en regla.

El tren nos llevó hasta el corazón mismo de Ciudad Cuartel. Me bajé en una plataforma situada cerca del centro. Mientras el tren se alejaba, apareció un enjambre de taxis automáticos tratando de atraer a los pasajeros. Los ignoré y me dirigí al aerocensor situado en un extremo de la torre. Me llevó a los niveles inferiores utilizando chorros de aire para frenar mi descenso. A algunas personas, aquella forma de trasladarse les resultaba molesta, por decirlo de una forma elegante, y muy pocas tenían una confianza completa en el sistema. Pero a mí me gustaba, posiblemente por las mismas razones. Me encantaba hacer giros y piruetas cuando pilotaba aviones. Cosas del riesgo y del desafío o puede que de la descarga de adrenalina.

En aquel momento necesitaba una buena descarga. Lo insólito de la llamada de mi hermano, los impersonales procedimientos de seguridad que se habían implantado en Diesha, la marcha de Helda y la presencia de aquellos guardias blindados sin cara, todo ello me había provocado una sensación incómoda, como si yo misma estuviera convirtiéndome en una máquina y mi humanidad, condensada, se hubiera guardado en una tarjeta de identidad.

En el dispensador que había al pie de la torre compré un visor de espejo. Era traslúcido por mi lado y me permitía ver la ciudad con un tinte ambarino que aliviaba la aspereza de la luz del sol de Diesha. Cualquiera que me mirara vería solo una tira de materia reflectante delante de mis ojos.

Había mucho tráfico en las calles de cajagón, pero decidí ir andando por las cintas transportadoras en lugar de coger un taxi. Había transeúntes, personal militar en su totalidad, por todas partes. Sus ojos cubiertos por los visores eran máscaras vacías, ilegibles, igual que la cara de Kurj cuando bajaba las membranas interiores de sus ojos.

La torre en la que vivía no tenía vestíbulo, solo una puerta que se abrió en respuesta a mi chip de identidad. Entré en el ascensor de cristal. Me llevó hasta el último piso, a un pasillo con paredes de cristal ambarino. En el exterior, Ciudad Cuartel se extendía en todas direcciones, un patrón implacable de cuadrados y rectángulos, tanto horizontal como vertical, sin el alivio de una zona verde por ninguna parte, negro, plateado y blanco todo él. Un vehículo volador pasó por detrás de la torre, tan de cerca que los cristales se estremecieron. A continuación se apartó describiendo una curva y se alejó sobrevolando las amplias avenidas de cajagón.

En aquel piso solo vivían dos personas: un general retirado que en la actualidad trabajaba como consejero de mi hermano en materias de seguridad y yo misma. La

puerta verificó los datos de mi tarjeta de identidad, mis huellas dactilares y mis patrones retinales antes de abrirse por fin. El salón tenía el mismo aspecto que de costumbre, cromo y cristal, con mobiliario blanco y mesas brillantes.

—Bienvenida a casa, Primaria Valdoria —dijo una voz mientras las puertas se cerraban tras de mí.

—Heya, Mak. —El nombre era un intento más o menos fallido de personalizar la IE MEI-MA4K que se encargaba de cuidar el lugar. Dejé el macuto en el suelo y me senté en el sillón—. ¿Tengo mensajes? —Aunque Mak había estado enviándome los mensajes a Forshires los cinco meses que había pasado allí, puede que hubiera llegado algo durante el viaje de vuelta o que no me hubiera enviado alguno.

—Dos mensajes —dijo Mak.

—¿Alguno es del Emperador de Eskolia?

—No.

Puede que no supiera aún que había vuelto. Pero eso no parecía muy probable. Si estaba tan desesperado por verme como para mandar a Helda, era de suponer que mantuviera las llegadas vigiladas. Teniendo en cuenta las extremas medidas que había tomado para mantener en secreto su llamada, dudaba que quisiera que yo anunciara mi presencia.

—Mak, envía un mensaje a mis padres a palacio. —No estaban allí. A ninguno de los dos le gustaba Diesha. Pero probablemente Kurj sí, a menos que alguna crisis hubiera hecho necesaria su presencia en Ciudad Cuartel. El palacio era el único lugar lo bastante seguro para que pudiera prescindir de sus guardaespaldas. Situado en lo alto de las montañas y rodeado en todas direcciones por tierras deshabitadas e instalaciones de seguridad ocultas, sus funciones estaban completamente automatizadas. No necesitaba personal humano. Era el único lugar en el que Kurj podía encontrar lo que todos queríamos: privacidad. Completa y total privacidad.

—¿Texto del mensaje? —preguntó Mak.

—«Saludos, Madre y Padre. Estoy en Diesha para visitar a Rex. Espero que podamos reunirnos mientras estoy aquí. Con cariño, Sausconia». Fin del mensaje. Envíalo.

—Enviado.

De improviso me acordé de la chica del hospital, a la que Kurj había «invitado» a palacio. ¿Cómo se llamaba? ¿Cyliessa? No... Charissa. Eso era. Charissa Deirdre. Si encontraba el mensaje, se le podía ocurrir mandárselo a mis padres.

—Mak, ¿quién está viviendo en palacio en este momento?

—El Emperador Eskolia.

—¿Alguien más, ahora o en los últimos cinco meses?

—Una mujer llamada Charissa Deirdre estuvo con él ciento seis días.

Ciento seis días. Debía de haberle gustado. Me pregunté cómo se sentiría ella. ¿Le repugnaría? ¿Habría terminado por gustarle? ¿Lo amaría? Supongo que era posible. El amor era una emoción lo suficientemente extraña para aparecer hasta en

los lugares más insólitos.

—¿Dónde está Deirdre ahora? —pregunté.

—Trabaja en la guardería del ala de maternidad del Hospital del MEI y vive con sus padres en el Suburbio Catorce.

¿Sus *padres*?

—¿Qué edad tiene?

—Diecisiete.

Dioses. Todavía la faltaban ocho para ser mayor de edad. Me pregunté si a Kurj le importarían las leyes que había tenido que quebrantar para llevarla allí. ¿Habían sabido sus padres la razón de su desaparición? No sabía qué hubiera sido peor para ellos, si ignorar lo que estaba ocurriendo o saber que era prisionera de un señor de la guerra de noventa años.

Pero ahora Deirdre era libre y, además, nada de todo aquello era asunto mío. A fin de cuentas, había reanudado su vida. Puede que hasta sintiese aprecio por Kurj.

Claro que también puede que no.

—Mak, ¿tienes más información sobre Deirdre?

—Comprobando. —Tras una pausa, continuó—. Antes de su estancia con el Emperador Eskolia, Charissa Deirdre era estudiante destacada en la Escuela Vocacional del suburbio veintitrés, donde se preparaba para ser niñera. A principios de este año obtuvo un premio en la escuela por su extraordinario rendimiento académico. Era secretaria en un club de servicios comunitarios y pertenecía también a un club atlético. Un muchacho llamado Jayms Procal solicitó permiso para casarse con ella cuando cumplieran veinte años.

No parecía tener nada en común con Kurj.

—¿Qué pasó después de que se fuera al palacio?

—Fue expulsada de la escuela por ausentarse sin permiso y no responder a las llamadas de la dirección. La expulsión fue revocada y su estatus pasó a ser de «persona desaparecida» después de que sus padres hablaran con la escuela. A petición del Emperador, fue readmitida al regresar a su casa. Desde entonces su rendimiento ha bajado considerablemente y en la actualidad su nivel está por debajo del mínimo aceptable para continuar allí. Sin embargo, no se ha emprendido ningún expediente de expulsión.

Nadie en su sano juicio despediría a una estudiante que había sido readmitida por orden del Emperador.

—¿Y sus otras actividades?

—Perdió su trabajo en el hospital, que le fue devuelto por el Emperador Eskolia. Sigue siendo miembro del club de servicios comunitarios, pero su carné del club atlético ha caducado sin ser renovado. No consta que haya participado en las actividades de ninguno de ellos desde que volvió a casa. La petición del muchacho que solicitó casarse con ella ha sido denegada.

—¿El nombre de Charissa figuraba en ella? —Podía haber presentado la solicitud

sin saberlo ella, con la idea de tener un permiso que ofrecerle en el momento de hacer su petición. Pero sin las firmas de los dos, el permiso carecía de valor.

—Figuraban los nombres de los dos —dijo Mak—. La petición fue aprobada inicialmente. Sin embargo, fue revocada el día que empezó su estancia en palacio.

—¿Cuál es su estatus en este momento?

—Volvieron a presentarla hace once días. El permiso fue denegado.

—¿Con qué base?

—Que la petición anterior había sido denegada.

Bueno, eso no suponía ninguna sorpresa. Si Kurj había intervenido en la primera, nadie iba a arriesgarse a aprobar una segunda.

Me pregunté si Kurj sabría lo que le había hecho a la vida de la chica. No podía curar las heridas emocionales que le había infligido, pero había una cosa que sí que podía hacer.

—Mak, ponte en contacto con la Oficina Matrimonial y encárgate de que se apruebe la petición de Deirdre y ese joven. Bajo mi autoridad.

Claro que Kurj podía anularla. Pero yo lo conocía. Si se había cansado de la chica, no iba a molestarse en hacerlo, y mucho menos si ella le había inspirado el cariño suficiente como para intervenir en su favor en la escuela y el trabajo. Si iba a por alguien, sería a por mí.

—Aprobación enviada. —Mak hizo una pausa—. Un breve análisis de la situación sugiere que el Emperador Eskolia no va a aprobar esta intervención en su vida privada.

Hice una mueca. Desde luego, había encontrado un método más eficaz de hacerle saber que estaba en el planeta que fingir que mis padres estaban de visita en el palacio. Apoyé los pies en la mesa que había delante del sillón y traté de relajarme. Pero no lo conseguí. Estaba tan tensa como el cable de una bobina.

—Lee los dos mensajes de mi buzón. No te molestes con los encabezamientos.

—Mensaje uno. —Sonó un clic, seguido por una voz desprovista por completo de entonación—. Atención, todos los residentes. Los aerocensores dejarán de funcionar desde las 383.6.30, de una a trescientas horas, por mantenimiento. No intenten utilizarlos durante este tiempo.

—Bórralo, Mak. —El mensaje tenía meses de antigüedad.

—Borrado. Mensaje dos. —Una voz de hombre flotó en el aire—. Saludos, Primaria Valdoria. No sabía muy bien dónde enviar este mensaje de modo que lo he hecho a Asuntos Generales, en Diesha. Confío en que llegue hasta usted. Solo quería que supiera que la entrevista que mantuvimos el Secundario Blackstone, usted y yo funcionó. La universidad de Atenas me dio permiso para venir a Parthonia para realizar una prueba. ¿Y sabe qué? He obtenido un 7.2 en su escala psi. Por descontado, aún no sé qué hacer con ello. Pero el Instituto Parthonia me ha admitido en su programa de instrucción. En todo caso, muchas gracias. Y también por su tiempo. Tiller Smith.

—Bueno, ¿qué te parece eso? —Dije.

—No tengo reacción emocional al mensaje —dijo Mak.

Sonreí.

—Yo sí. Y es agradable. ¿Por qué no se me envió esto a Forshires? ¿Cuánto hace que llegó?

—Se recibió en Asuntos Generales hace cincuenta y tres días. Asuntos Generales lo envió a Asuntos Militares, quien a su vez lo envió a Asuntos Oficiales, quien a su vez lo envió a Documentos Civiles, quien a su vez lo envió a Asuntos Generales, quien...

—Mak, ¿puedes abreviar un poco?

—El mensaje pasó tres veces por Asuntos Generales, después de lo cual llamó la atención de un observador, que lo envió a Investigaciones. A continuación se sometió al remitente a un control de seguridad...

—Espera un segundo —dije—. ¿Quieres decir que Seguridad sometió a Tiller a un control solo por enviarme una carta?

—Sí. ¿Quieres conocer el resultado de la investigación?

—Vale. Pero sé breve.

—Tiller Smith, edad treinta y dos. Ciudadanía, Mundos Aliados de la Tierra, residente en Delos. No constan antecedentes criminales. Sin embargo, hace dos años fue multado por aparcar un hovercoche en una zona prohibida de la Arcada, durante un desfile, y cuando tenía cuatro años tuvieron que sacarlo de un bar en el que se había metido por casualidad.

—Por el amor de... —¿Es que Investigación no tenía nada mejor que hacer?—. ¿Cuándo decidieron que había llegado el momento de enviarme el mensaje?

—Después de que Investigación lo aprobara, lo enviaron a la Central Militar, quien a su vez lo envió aquí. Llegó hace cuatro días e inmediatamente lo mandé a la Oficina de Autorización de Asuntos Exteriores para enviarlo a Forshires. Todavía no he recibido el permiso. ¿Quieres que cancele la petición?

—Sí, por supuesto. —Reflexioné un momento—. ¿Puedes acceder a los bancos de datos del Instituto Parthonia?

—Sí. ¿Qué quieres que busque?

—Quiero saber quiénes son los valedores de Tiller.

—Conectando con los operadores telepáticos de transferencias exteriores —dijo Mak.

Yo no conocía en detalle los procedimientos de funcionamiento del Instituto. Había recibido mi entrenamiento psi desde niña, con tutores privados. Pero estaba casi segura de que Tiller necesitaba un valedor para ingresar. Por desgracia, siendo un ciudadano Aliado, y en especial uno que carecía de influencia en su propia sociedad (y no digamos la mía), no le sería fácil conseguir valedores. Sin ellos, no duraría demasiado en Parthonia. La psibernet significaba poder —poder político, militar, académico, social y económico— lo que suponía que todo lo relacionado con ella

implicaba apuestas importantes y una serie de reglas no escritas. Allí, Tiller no se encontraría en su elemento.

—Información recibida —dijo Mak—. Tiller Smith tiene un valedor, una mujer llamada Marya Pulikov, la que realizó la prueba que determinó su capacidad.

¿Un valedor? Y sin influencia política. Se comerían a Tiller vivo y lo vomitarían de regreso a Delos.

—Añádeme a su lista de valedores.

—Mensaje enviado. —Tras una pausa, añadió—. Y recibido.

—Bien. —Con un Heredero Imperial como valedor, Tiller los tendría haciendo cola por el honor de convertirse en su tutor.

Me acerqué a una de las estanterías de la pared. El libro que Tiller me había regalado estaba allí, entre un dragón de jade y un grueso volumen con varias teorías pseudo místicas sobre dimensiones alternativas. Saqué los *Versos en la ventana* y lo abrí por la página que Tiller había estado leyendo aquel día en su oficina, el poema que había marcado con el tíquet de la Arcada.

*Un marco pétreo.
Cristal plateado
salpicado de lágrimas heladas.
Mi puño se cierra
en torno al espejo;
la carne apresa el hielo.
Débil rumor
de lágrimas brotando.
Te veo ahora
detrás de mí;
siempre observando,
siempre aguardando,
nunca satisfecho.
Oculto mi corazón,
su delicada fragilidad
velada por el hielo.*

¿En qué habría estado pensando Tiller mientras leía aquel poema? ¿Eso estaba haciendo yo, proteger mi corazón con fortificaciones de hielo que se hacían más y más frías hasta que un día me volviera como Kurj?

Cerré bruscamente el libro. No. Yo no era Kurj. No me volvería como él.

¿Verdad?

No tenía la energía necesaria para luchar con aquella pesadilla. Aunque solo era mediodía en Diesha, estaba exhausta. El vuelo había desbaratado mi reloj interno.

Dejé el salón y me dirigí a lo que yo llamaba mi lugar de la memoria, un pasillo con pantallas holográficas en las paredes. Cuando caminaba por él, mis pies activaban láseres que recorrían las pantallas, haciendo que aparecieran hologramas. Mostraban escenas de la campiña que rodeaba la casa de mi padre: afiladas montañas coronadas de azul contra el cielo, como la espina dorsal de un gigante; campos de hierba azul y verde que se extendían kilómetros y kilómetros bajo la enorme bóveda del cielo; bosques de árboles que crecían anchos y sólidos en la pesada gravedad y cuyo follaje formaba un dosel que salpicaba el suelo de luz y sombra.

Mi hogar.

Entonces llegué al final del pasillo y los hologramas se apagaron, desactivados a mi paso. Toqué un panel que había en la pared y se abrió la puerta de mi dormitorio.

Poco después de meterme en la cama, estaba dormida.

—Lo siento —dijo la enfermera—. El Secundario Blackstone no está aquí.

Estaba «plantada» en la plataforma de mi holocabina. Tras ella, las holopantallas conectadas a mi ordenador con cables de fibra óptica ocupaban todo el interior de la cabina. Yo estaba sentada en una plataforma mucho más pequeña, donde los láseres recorrían mi cuerpo, produciendo patrones de interferencia que mi ordenador enviaba al de ella. De este modo su holocabina produciría una imagen de mí tan detallada como la de ella que yo estaba viendo en aquel momento.

Pero yo no tenía ganas de ver su imagen, detallada o no. Era demasiado hermosa: ¿Qué estaba haciendo Rex con una enfermera tan guapa?

—¿Sabe cuándo volverá? —pregunté.

—Lo siento, no. —Sonrió—. Ha ido al parque. ¿Quiere que le diga que ha llamado?

¿Y si no quería verme? ¿Y si en realidad estaba ahí, con ella, pero le había pedido que me dijera eso? Oh, demonios. Así no iba a ir a ninguna parte.

—Sí. Dígale que ha llamado Soz y que estoy en la ciudad, en mi piso.

—Muy bien. Lo haré. Adiós. —Su imagen desapareció del interior de la cabina.

¿Adiós? ¿Adiós? ¿Qué creían los jóvenes que hacían diciendo cosas como «Adiós»? ¿Qué se había hecho de las antiguas y elegantes frases eskolianas como «Encantada de haber hablado con usted, señora»? «Adiós» era una palabra de la Tierra, por el amor de los Dioses. La gente joven no siente aprecio por su propia cultura. ¿Qué hacía Rex con una enfermera así?

La consola emitió un pitido y llamó mi atención hacia una luz azul que parpadeaba en una esquina. Cuando toqué la luz, una voz familiar habló por el altavoz:

—Saludos, Soz.

Se me aceleró el pulso.

—¿Rex?

—Flor me ha dicho que has llamado.

—¿Flor?

—Mi enfermera.

Era de esperar que tuviera un nombre como «Flor».

—¿Estás ahí con ella?

—No. Estoy en el parque.

¿El parque? Pero, ¿cuál? Sí, en Diesha no había demasiados. El agua era un recurso demasiado escaso como para desperdiciarlo en el cultivo de plantas que no fueran esenciales, de modo que a cada suburbio se le permitía un solo parque. Pero había diecinueve suburbios, lo que significaba que podía estar en diecinueve parques diferentes. Puede que no quisiera que yo supiera dónde estaba.

—¿Soz? —preguntó—. ¿Sigues ahí?

Me puse colorada.

—Sí.

—¿Cuándo has llegado?

—Ayer. He venido para... —¿Para qué? Mi tapadera era que había venido para verlo—. Estaba preguntándome... O sea, sé que ha pasado mucho tiempo...

La voz de Rex se relajó un poco.

—Parece que hayan sido más de cinco meses.

—Me estaba preguntando... vaya, cómo lo llevas.

—Mejor.

—Me alegro. —¿Qué respondería si le decía que iba a pasar a verlo?

—Soz...

—¿Sí?

—Igual podrías... Estoy en el Parque Quince. Igual podrías venir. —Se apresuró a añadir—. Si estás demasiado ocupada lo entiendo.

Cerré los ojos, tan aliviada que por un momento no pude responder. Entonces dije:

—Sí. Voy a verte.

Hacía calor en el Parque Quince, mucho calor. Amplias avenidas de cajagón delimitaban los prados, que estaban del color de las hojas muertas. Mientras caminaba por una cinta transportadora, pasaba a mi lado gente de uniforme y con visores de espejo en los ojos.

Rex estaba exactamente donde me había dicho, sentado a la sombra de un árbol cactus. Salí de la cinta transportadora y me acerqué a él por el césped. La hierba crujía bajo mis botas. Tenía un aspecto relajado y saludable. La única prueba de que había algo diferente era una malla plateada que le envolvía el cuerpo de la cintura para abajo, como unos pantalones metálicos.

Estaba observando los prados y los caminos. Cuando me vio, levantó la mano. Le devolví el saludo al tiempo que él apoyaba la mano en el árbol cactus. La apartó bruscamente y sentí el dolor de la espina como si me la hubiera clavado en la palma de mi propia mano. Volvió a intentarlo y esta vez pudo apoyar su peso en el árbol sin contratiempos.

Y se levantó.

Me detuve y lo miré, boquiabierta. Recorrí en pocos pasos los metros que nos separaban.

Asintió mientras yo me acercaba.

—Soz.

—¡Pero si estás de pie!

Su rostro se relajó y esbozó una sonrisa.

—Eso parece.

—¿Cómo? —No, eso sonaba estúpido—. O sea, pensé...

Se volvió, se puso la otra mano en la espalda, y señaló la base de su columna. Miré con más atención y vi un psífono que salía de la base de la malla metálica. Su clavija estaba conectada a su columna.

—Salta la zona seccionada —dijo Rex—. Está conectado a los cables de fibra óptica que van a mi cerebro.

Miré la clavija.

—Los médicos dijeron que si manipulaban más la red biomecánica de tu cuerpo podían causarte más daños.

—Había algunos riesgos, sí. Pero decidí correrlos porque la operación era muy sencilla. Lo único que han tenido que hacer ha sido reparar los cables y cultivar un nuevo conector en la columna vertebral, más arriba. He tenido suerte. Ha funcionado.

Dio unos golpecitos a un disco minúsculo entrelazado en la malla, a la altura de su cintura.

—Cuando el chip de este trasto capta una señal de mi cerebro, la transmite a la malla. —Se apartó del árbol dando un rígido paso y abrió las manos—. La malla se mueve y me lleva consigo.

—¡Estás andando! —No pude contener mi alegría.

Sonrió, dio otro torpe paso... y se inclinó a un lado. Traté de cogerlo del brazo pero me apartó y cayó sobre una rodilla, con el rostro contraído de... ¿qué? ¿Rabia? ¿Dolor? ¿Frustración?

Lenta, cuidadosamente, volvió a levantarse. No dijo nada durante un momento y yo pensé que lo había ofendido tanto que no querría que siguiera allí. Entonces exhaló.

—Se supone que permite moverse con suavidad, pero todavía estoy aprendiendo a manejarlo.

—Antes de que quieras darte cuenta, lo tendrás a tus órdenes —dije.

—Eso espero.

Entonces nos miramos. Dije:

—¿Cómo están las cosas por aquí?

Y al mismo tiempo, Rex dijo:

—¿Qué tal va todo en Forshires?

Nos echamos a reír, una breve explosión de sonido que murió con rapidez.

Entonces dije:

—Bien.

Mientras él decía:

—Muy bien.

Esta vez mi risa pareció más natural.

—Mi madre fue a verme.

Sonrió.

—Supongo que conmocionó a todo el mundo.

Volví a reírme al recordar la reacción de Jarith... e inmediatamente traté de bloquear el pensamiento. Pero era demasiado tarde. La imagen de Jarith había saltado ya de mi mente.

—No pasa nada, Soz —dijo con voz queda.

—Nos hemos separado. —Estaba hablando demasiado deprisa—. Se ha quedado en Forshires.

—No es necesario que te disculpes.

—Rex... —¿Rex, qué? ¿Por qué tenía que ser tan estúpida y torpe con las palabras?

—¿Quieres dar un paseo? —preguntó él.

Casi le pregunto, *¿Puedes hacerlo?* Pero me contuve justo antes de hacerlo.

—Sí.

Sus piernas se movieron con una sacudida rígida y dio un paso. Pausa. Otro paso. Yo caminaba a su lado, observando la malla metálica. Se contraía alrededor de la pierna derecha, la arrastraba hacia adelante y a continuación se contraía alrededor de la izquierda y hacía lo mismo.

—Parece más cómodo que unas piernas mecánicas.

—Pero no es igual de fuerte. Estuve pensando en ponerme las mecánicas.

Traté de imaginármelo con las piernas encofradas en un sistema biomecánico exterior. Le habría proporcionado una movilidad similar a la que tenía ahora.

—¿Y por qué te decidiste por estas?

—No estoy seguro. —Dio otro paso—. Ya tengo el cuerpo muy lleno de sistemas biomecánicos. La idea de añadir más al exterior no terminaba de gustarme.

—Una maravilla biosintética.

—¿Qué?

—Alguien me llamó eso en una ocasión. Me hubiera gustado que no lo hubiera hecho.

Rex asintió.

—Sí. —Señaló un banco situado a diez metros de nosotros—. ¿Quieres que nos sentemos?

—Vale.

Tardamos varios minutos en llegar al banco. Cuando finalmente lo conseguimos, Rex se dejó caer sobre él.

—Nunca pensé que hiciera falta tanta energía solo para andar.

Sonreí.

—Bueno, algo tienes que hacer con toda esa energía.

En cuanto lo dije, quise morirme. Era un chiste que habíamos compartido cien veces en el pasado, una referencia a sus numerosas novias. Había salido antes de que lo pensara. Dioses, era una idiota. En aquellas circunstancias, era como golpearlo en la cabeza con un cartel que dijera, *¡Eh, mirad qué insensible soy!*

No estés tan segura, Soz. Sonrió. Tengo mucha más energía de la que piensas.

Pestañeé, por un lado encantada de que quisiera compartir eso conmigo y por otro avergonzada por mi pensamiento. *¿Estabas escuchando?*

Cuesta no hacerlo cuando me gritas así.

Me puse colorada.

No estaba gritando.

Ya lo creo que sí. Con todos los pulmones.

Bah. Lo fulminé con la mirada. Sigues tan irascible como siempre.

Se echó a reír.

Eso me dice mi niñera.

—¿Te refieres a la estimada señorita Flor?

—¿Señorita? ¿Qué significa eso?

—Es una antigua palabra de la Tierra. —A fin de cuentas, era a Flor a la que le gustaban las palabras de la Tierra—. Hace referencia al estado marital de una mujer. —Entorné la mirada—. O a su falta de él.

—Si quieres saberlo, pregunta.

—Yo... es que... No quiero cotillear. No es asunto mío.

—¿Supondría alguna diferencia en nuestra amistad?

Sí, coño. No, eso no era justo. ¿Por qué no podía tener una amante? Porque... ¿Porque la quería a ella y no a mí?

Rex me miró la cara.

—Soz... Eso es todo lo que puedo tener ahora mismo.

Igual que Jarith. Tras un largo silencio, dije:

—Lo entiendo. —A continuación solté un bufido—. ¿Pero no podría hacer algo con ese espantoso nombre?

—A mí me gusta.

—A ti puede.

Se echó a reír.

—Sigues siendo la misma de siempre.

A pesar de mí misma, sonreí.

—Supongo que sí. —Pero no era cierto. Forshires lo había cambiado todo.

Pasamos el resto de la tarde en el parque, sentados, charlando, paseando. Ninguno de los dos volvió a mencionar a Jarith, Flor o Delos. Algún día lo resolveríamos. Pero por el momento me bastaba con volver a disfrutar de su compañía.

Era tarde cuando regresé a casa. El salón estaba a oscuras pero en el mismo momento en que se abrió la puerta supe que había alguien allí. Mi mano descendió al cinturón del mono, donde llevaba escondida una pistola de agujas.

—Luces —dije.

La luz de las paredes y el techo se encendieron y revelaron la identidad de mi visitante. Kurj estaba de pie junto a una de las puertas, con los brazos cruzados y los ojos, con las membranas interiores bajadas, dirigidos hacia mí.

Cerré la puerta.

—Señor.

—¿Por qué has hecho que aprobaran la solicitud de matrimonio de Charissa?

Me pilló desprevenida. Contaba con una maniobra o un ataque sigiloso. No con un simple «¿Por qué?».

—Nadie hubiera permitido jamás que esa chica se casara —dije—. Salvo que la aprobación viniera de uno de nosotros.

—¿Uno de quiénes?

—Los Rhon.

Se encogió de hombros.

—Podía haber acudido a mí. Me habría encargado de todo.

—Teniendo en cuenta tu... antigua relación con ella, probablemente no lo creyera conveniente.

—¿Pero qué ventaja encuentras en ayudarla?

¿Ventaja?

—Ninguna.

—¿Quién es Tiller Smith?

—Trabajaba en la comisaría de Delos. Fue el primero que me tomó declaración sobre el asunto de Qox.

—¿Y?

¿Y qué? ¿Qué estaba buscando?

—Eso es todo.

Enarcó las cejas.

—Entonces, ¿por qué tu nodo vertebral respondió a un libro que te regaló cuando estabas preparándote para entrar en batalla en Tams?

¿Qué estaba haciendo, tomando notas de todo lo que yo hacía?

—Era un libro de poemas. Me hizo pensar en cómo me afecta el combate.

Permaneció en silencio un momento, como una máquina asimilando información, analizándola, filtrándola.

—Eso no explica por qué te has convertido en valedora suya ante el Instituto.

—Si no lo hubiera hecho, se lo habrían comido vivo cuando llegara.

—Probablemente.

—No quería que eso pasara.

—Comprendo cuál es la ventaja para él. Pero no para ti.

—No sé adonde quieres ir a parar. —De hecho, lo sabía perfectamente. Pero me había enfurecido tanto que no tenía la intención de reconocerlo. ¿Y qué si no sacaba nada ayudando a Tiller o a Charissa?

Kurj se acercó a la estantería y cogió los *Versos en la Ventana*. Se abrió en la página marcada por el tíquet de la Arcada. Mientras leía, casi podía oír cómo recitaba las palabras en su cerebro: *siempre observando, siempre aguardando, nunca satisfecho*.

—Lo que yo hubiera hecho —dijo con voz seca— después de leer un poema como este sería enviarlo lo más lejos posible.

¿Un chiste? ¿Estaba Kurj tratando de hacer un chiste? No, no podía ser. Pero, ¿por qué no? Puede que tuviese sentido del humor enterrado ahí dentro, en alguna parte. Por si acaso, sonreí.

—A mí tampoco me emociona.

Volvió a poner el libro en la estantería.

—Pero a pesar de todo lo has ayudado.

—Sí.

—¿Te complació?

—Si me estás preguntando si me he acostado con él, la respuesta es no.

—¿Y querías hacerlo?

—No.

Frunció el ceño.

—Asumo pues que no tiene influencia sobre ti.

—Por supuesto que no.

—¿Y Charissa?

Lo miré.

—Nunca he visto a esa chica, aparte de aquel día, cuando hablamos en el hospital.

—No es necesario conocer a la gente para que tenga influencia en tu vida.

—Estás buscando algo que no está ahí. Los ayudé porque me apetecía. No había otras razones.

—Entonces eres una necia —dijo en voz baja.

—Yo no lo veo así.

—¿Por qué?

Aquello resultaba cada vez más raro. Tenía la impresión de estar realizando una entrevista de trabajo en lugar de explicarme por mis actos.

—Tampoco había nada malo en ello. En conjunto, creo que es preferible tener una ciudadanía que esté lo más satisfecha posible con su vida. Eso los hace más productivos.

—No es tu trabajo ocuparte de la felicidad de todos los ciudadanos del Imperialato.

—Eran situaciones en las que podía marcar una diferencia sin causar ningún inconveniente.

—Tiller Smith no es un ciudadano imperial —dijo Kurj—. No solo no nos conviene instruirlo, sino que podría ser contraproducente. Se llevará el conocimiento que obtenga con los Aliados.

—No si le damos razones para quedarse. Entonces podremos utilizar nosotros sus talentos, y no los Aliados. —Quienes, además, no sabrían qué hacer con él.

Kurj me observó.

—Muy bien.

Esperé pero no dijo nada más. Eso fue todo. Ni advertencias para que me mantuviera alejada de su vida personal, ni reprimendas, ni nada. Se acercó a un sillón y se sentó en él. A continuación me llamó con un gesto.

Me senté. La cabeza de Kurj se volvió hacia mí, pero sus membranas interiores seguían tapándole los ojos como escudos opacos de color dorado. Aguardó allí, silencioso, observándome, sin decir nada. Me agité en mi asiento. ¿Qué ocurría?

No quiero correr riesgos, pensó Kurj.

Casi volví a levantarme de un respingo. Su pensamiento era asombrosamente claro y fuerte, lo que sugería que lo había preparado a conciencia para aquella discusión silenciosa. Pero, ¿por qué?

Seguridad, pensó.

Ya contaba con la mejor seguridad del Imperialato. ¿Qué es lo que pasaba con Tiller Smith y Charissa Deirdre para que solo pudiera discutirse por medio de un psienlace y cara a cara?

No tiene nada que ver con ellos, pensó Kurj.

Formé en mi mente una imagen de Helda dándome su mensaje para que regresara a Diesha.

Sí, pensó.

¿Qué pasa?

Una pausa.

Tenemos un invitado.

Eso no tenía sentido. Yo sabía que no había nadie más que él en palacio.

No un invitado de esa clase. Sus pensamientos tenían un aroma extraño, el aroma del triunfo.

¿Quién?, pregunté.

La sonrisa que se dibujó en su rostro hacía pensar en la expresión de un verdugo que extrajera una siniestra satisfacción de su trabajo. Entonces me mostró una imagen del hombre que era nuestro «invitado».

Jaibriol Qox.

Mi primera reacción fue un reflejo que había instalado en mi nodo vertebral, un programa preparado para activarse cada vez que yo escuchara el nombre de Jaibriol. Mi mente iniciaba un proceso que escondía mis reacciones y las bloqueaba de un modo designado para ser muy poco sospechoso. Pero mis pensamientos estaban agitándose violentamente: ¿Cómo habían cogido a Jaibriol, dónde estaba, qué era lo

que sabían? A pesar de que el nodo estaba trabajando furiosamente, no pude esconder la intensidad de mi respuesta.

Así que en lugar de intentar reprimir mis reacciones, las reorganicé dejando solo aquéllas que para Kurj tuvieran sentido. *¿El Heredero Alton está aquí?*, pregunté. *¿En Ciudad Cuartel?*

Kurj me observaba, interpretando, archivando. *Sí. Ahora es nuestro.*

Pero, ¿cómo?

Estaba en una nave, solo, sin escolta, viajando en inversión a varios trillones de veces la velocidad de la luz. Kurj se inclinó hacia delante. *Uno de nuestros centinelas superlumínicos avistó la nave y envió la noticia por la Red. El Sexto Escuadrón lo puso en estasis y lo trajo aquí.*

Me lo quedé mirando. *¿Qué estaba haciendo Jaibriol Qox solo, sin un solo escolta?*

No lo sabemos. No nos ha dicho nada. Las membranas que cubrían los ojos de Kurj refulgieron. *Aún.*

No quería ni imaginar lo que los interrogadores estaban haciéndole a Jaibriol. Yo había estado en el lugar que querían invadir: aquella noche, en Delos, cuando nos fundimos, Jaibriol me dejó entrar en los lugares más recónditos de su mente. Sabía lo que no tardarían en descubrir sus interrogadores, si es que no lo habían descubierto ya. Bloqueos más fuertes aún que los de un Jagernauta protegían al Heredero Alton. En Delos, para mí, había relajado aquellas defensas pero si se parecían a las mías, sometido a una gran presión su condicionamiento tomaría el control y le impediría bajar las barreras aunque quisiera hacerlo.

Había tratado de olvidar por qué se habían disuelto sus bloqueos con tanta facilidad para mí, el anhelo de su voz, el contacto de sus brazos. Pero en cuanto pensé en ello lo quise de nuevo. Como ya sabía que ocurriría. Me acordé de él y se me aceleró el pulso. A pesar de saber que era el Heredero Alton, a pesar de saber que tenía una cuarta parte de Aristo. Quería un compañero Rhon. Lo quería a él. Maldición. ¡Maldición!

Kurj estaba mirándome. *¿Qué pasa?*

Cuidado. Tierra peligrosa. Estaba pensando en mi último encuentro con un Alton.

Tarque.

No respondí y él no me sondeó. Siempre ocurría así cuando salía el tema de Tarque. Elaboré mi siguiente pregunta con cuidado. *¿A qué viene tanto secreto? Capturar al Heredero Alton es un triunfo. Cuando lo hagamos público la moral de los Mercaderes caerá por los suelos y la de los nuestros subirá como la espuma.*

No confío en este golpe de suerte, pensó Kurj. *Podría ser una trampa. Hasta que sepamos más no pienso correr riesgos.*

¿Y qué creía Jaibriol que estaba haciendo viajando solo por el espacio, sin protección? ¿Estaba loco? Nadie hubiera podido encontrarlo de no ser por Eskol-Net. E incluso con la Red, teníamos suerte de haberlo cogido. A la velocidad a la que

vijaba, podían haber pasado años para él y solo un instante para el resto de nosotros. A velocidad suficiente, podría haber pasado toda su vida y muerto antes de que nadie se enterara de que había desaparecido.

Entonces caí en la cuenta. Eso era precisamente lo que Jaibriol pretendía. Estaba tratando de suicidarse. Solo que no había funcionado. La Eskol-Net lo había atrapado como a una lumimosca en una telaraña.

En los niveles exteriores de la mente, dejé que una pregunta saliera a la superficie: *¿Qué le habéis sacado hasta el momento?*

Nada. La frustración de Kurj resultaba evidente. *Responde como si tuviera una red biomecánica en su cuerpo programada para ayudarlo a resistir los interrogatorios. Pero no hemos encontrado el menor rastro de red. Su único implante es el cibercampo de su cerebro.*

Estaban muy cerca de la verdad. *¿Qué vais a hacer?*

Encontrar a un interrogador capaz de eliminar su condicionamiento.

¿Comprendía lo que eso significaba? La mente de Jaibriol había sido condicionada para que sometida a presiones bloqueara los procesos neurales que le permitían comunicar sus emociones y pensamientos a los demás. En casos extremos —como por ejemplo un interrogatorio— el efecto sería tan generalizado que no podría comunicarse por ningún medio, incluida el habla. Yo conocía aquel condicionamiento porque también había sido sometida a él. Mi red biomecánica me permitía controlarlo. Podía programarla para que potenciara o suprimiera cualquier entrenamiento mental, psi o del tipo que fuera. Pero dudaba que Jaibriol tuviera el menor control sobre el proceso. No podría responder a sus interrogadores aunque quisiera.

Romper aquel condicionamiento no era diferente a derribar cualquier otra defensa. Requería un ariete más fuerte que la defensa, en este caso un psibernauta con una mente más fuerte. Kurj podía hacerlo, pero su poder desatado aplastaría la mente de Jaibriol, como si el ariete derribara la fortaleza en lugar de romper la puerta. Mi hermano Althor poseía más sutileza pero yo dudaba que fuera suficiente. Mi tía tenía la sutileza necesaria, de hecho más que suficiente. Pero carecía de la fuerza. Aunque era posible que mi padre poseyera ambas cualidades, no poseía los conocimientos militares necesarios para realizar el interrogatorio. De hecho, los únicos que los tenían eran Kurj, mi hermano Althor y mi tía.

Y yo.

Me obligué a guardar la calma.

¿Para qué me has hecho llamar?

Kurj me observó con la membrana sobre los ojos. *Te he asignado el caso de Qox.*

Tienes interrogadores con más experiencia.

Ninguno de ellos puede vencerlo. Ninguno. Piensa lo que eso significa.

Posee una mente fuerte.

Demasiado fuerte.

Permanecí inmóvil, sin atreverme ni a respirar por miedo a que me delatara.

Es un psion, pensó Kurj.

No puede serlo. Es un Alton.

A pesar de ello. Es un psion. Más fuerte que nuestras mejores mentes.

No sé cómo es posible.

Ni yo. Kurj frunció el ceño. Pero hasta yo he trabajado con él, Soz. Y no he podido vencerlo.

Tú puedes vencer a cualquier mente.

La única manera de hacerlo sería utilizar tanta fuerza bruta que lo dejaría reducido a un vegetal.

No sé qué era más perturbador, saber que Kurj estaba tan cerca de la verdad o sentir su siniestra satisfacción al pensar en Jaibriol convertido en un pedazo de carne aullante. Era la primera vez en mi vida que sentía la brutal intensidad del odio de Kurj y esperaba que nunca se dirigiera contra mí.

No sé muy bien qué esperas que haga, pensé.

Quiero que derribes su resistencia. Métete en su mente. Dime lo que hay en ella. Se levantó. Nos veremos mañana en palacio a las 0600. Haz que parezca que se trata de una visita personal.

Quería gritar que no iba a hacerlo. Pero lo único que hice fue levantarme. *Sí, señor.*

Cuando Kurj se marchó, me dejé caer en la silla y me cubrí la cabeza con las manos. Al instante volví a levantarlas, mientras me preguntaba si el apartamento estaría vigilado. No me atrevía a hacer nada que pudiera revelar el tumulto que reinaba en mis pensamientos.

Podía entender por qué pensaba Kurj que la presencia de Jaibriol era un truco. Era el único modo que tenía Ur Qox de acceder directamente a él. Mi hermano no se hubiera tomado un interés tan personal de tratarse de alguien menos importante que el Heredero Alton. Era una idea terrible, la de que Ur Qox enviaría a su propio hijo a ser torturado con la esperanza de que pudiera asesinar a Kurj. Y sin embargo, si existía alguien capaz de hacer tal cosa, era el Emperador de los Mercaderes.

Pero estaba segura de que Qox no lo había hecho. Jaibriol era demasiado valioso para él. Y no solo a causa de sus genes Rhon. Estaba convencida de que, a su modo, Qox quería a su hijo. No había ningún dato que respaldara mi opinión, solo mi intuición. Pero por muy débil que fuera la evidencia, yo lo creía. Ur Qox nunca hubiera enviado a su hijo en una misión de asesinato. La única persona a la que Jaibriol quería asesinar era a sí mismo.

Me levanté y rodeé el sofá. Aunque la pared que había tras él parecía opaca, en realidad era una ventana de doble hoja. Cuando alguien tocaba un panel que había en una mesa cercana, la polarización de la ventana cambiaba y permitía ver lo que había al otro lado. Aquel día la cambié lo justo para poder ver los edificios que había debajo. Los vehículos voladores, cuyas superficies esbeltas eran las únicas curvas de

una ciudad hecha solo de esquinas y líneas rectas, pasaban de un lado a otro. Más allá de los suburbios, el rojo desierto se extendía hasta el horizonte.

¿Dónde habría puesto Kurj a Jaibriol? ¿En una cámara acorazada bajo la ciudad? ¿En una prisión enterrada en el desierto? ¿En una base remota de alguna parte del planeta? No tenía ni idea. Pero sin duda estaría protegido con capas y más capas de seguridad. ¿Qué iba a hacer yo? Aunque lo encontrase, no podía enviarlo de vuelta con Ur Qox y Kryx Quaelen.

Podía hacer lo que Kurj me había ordenado pero facilitándole las cosas a Jaibriol. Podía «descubrir» que el Heredero Alton estaba loco, o tenía la mente de un niño, o que su padre lo había repudiado y no le había quedado otra alternativa que el suicidio. Si mi hermano pensaba que Jaibriol no tenía ninguna información útil que ofrecerle, que ni siquiera comprendía por qué estaba siendo torturado, lo más probable era que lo dejase morir. Las ventajas de una ejecución pública del Heredero Alton superarían la satisfacción personal que Kurj pudiera extraer manteniéndolo con vida.

Pero yo no quería que Jaibriol muriera. Lo quería vivo. Libre. Conmigo.

Apoyé las manos en el cristal. La única posibilidad sería vivir en el exilio. ¿Cómo podía ni siquiera considerar la posibilidad? Tager tenía razón, yo no había pedido las responsabilidades de mi posición. Pero anhelaba tanto el título de Emperador que casi podía saborear mi deseo. Darle la espalda a ese poder... Bueno, Rex tenía razón, no era ninguna santa. ¿Quién en su sano juicio le daría la espalda a la posibilidad de gobernar un imperio?

Jaibriol, por ejemplo.

Puede que fuera una persona mejor que yo. O más sabia. O más débil. Por alguna razón, Tager tenía la idea de que yo era algo más de lo que veía cuando me miraba a mí misma, algo más que una guerrera amargada con un corazón envuelto en tanto hielo que ya no le quedaba nada que dar. Me trataba como si fuera valiosa, al margen de mi herencia. Y hasta había conseguido que creyera que tal vez, solo tal vez, fuera verdad.

Pero todavía oía la voz de mi madre, queda y dolida, mientras hablaba de Kurj: *cambió. Poquito a poco, día tras día, año tras año, década tras década. Hasta que finalmente lo perdí.* ¿Cuánto tardaría en perderme a mí también?

No. No. No tenía por qué acabar así. Podía ordenar que trajeran a Tager aquí, a Diesha... No, ese sería el estilo de Kurj. Yo invitaría a Tager. Y si no quería salir de Forshires, acudiría a un mecánico del planeta. Pero esperaba que Tager viniera. Lo conocía y confiaba en él tanto como jamás podría confiar en otro mecánico.

Y luego estaba Rex. Con el tiempo y el esfuerzo suficientes, tal vez pudiéramos atar los cabos que habían quedado sueltos después de Delos. Con Rex a mi lado y Tager para mantenerme cuerda, puede, solo puede, que todo saliera bien.

Lo que mis padres habían hecho al crear una comunidad Rhon... era un producto de la casualidad, un sueño irreplicable. Jaibriol y yo nunca podríamos estar juntos. No podía ir al exilio con él.

Aun así. Lo que sí podía era liberarlo. Sin embargo, seguía existiendo el problema de adónde iría. No podía pedir asilo a los Aliados. Nadie querría tener al Heredero Alton. Nadie creería que era una víctima de los Aristos, como el resto de nosotros.

A menos...

A menos que yo respondiera de él. Si las autoridades de Delos no se caían de espaldas del susto, podía funcionar. Pero primero tenía que conseguir que Jaibriol llegara a Delos en secreto y sin comprometerme.

Me arremangué la camisa. Tenía mucho trabajo que hacer.

Mente de la Red

Se levantaba en mitad de una plaza de cajagón, el edificio al que llamábamos, sencillamente, el Centro. Era engañosamente sencillo, apenas una estructura de dos pisos con paredes de cajagón. Unas lámparas, cuya luz tamizada se reflejaba en las superficies de la plaza y en el edificio, iluminaban el lugar incluso a esas horas de la noche.

La única entrada era una puerta sin distintivos. Cuando apoyé los dedos en la cerradura, un escáner leyó mis huellas dactilares y la puerta se abrió. Al otro lado había un cubículo que parecía una cámara de descompresión. Salvo que, en lugar de aire, lo que impedía que escaparan eran secretos.

Una vez dentro, la compuerta exterior se cerró. Las paredes empezaron a despedir luz y pude ver un psífono apoyado en un soporte en la pared, junto a la puerta interior. Introduje la clavija en mi muñeca y esperé a que el nodo informático llevara a cabo un escáner de mi cerebro.

La puerta interior se abrió.

Un pasillo con paredes de cristal se extendía delante de mí. Había cuatro oficinas a cada lado, cada una de ellas con una persona en su interior. Operadores telepáticos. Llevaban exoesqueletos completos, estructuras aún más completas que las de nuestros Jags. Estas cubrían de la barbilla a las caderas a su usuario, con quien se conectaban por medio de psífonos en las muñecas, la columna vertebral y el cuello. Algunos de los operadores llevaban también cascos que les cubrían los ojos o la cabeza entera. Los operadores telepáticos no necesitaban moverse. Solo pensar. La mayoría de ellos permanecían completamente inmóviles, aunque un hombre que había a mi derecha y que tenía los ojos cerrados estaba moviendo la cabeza adelante y atrás. En el pasillo, más adelante, había una mujer inclinada con su exoesqueleto, observando cómo rotaba un grupo de hologramas en el aire, por encima de su cabeza.

Menú de Seguridad, pensé. Personal, Operador de Seguridad. Centro, actual.

El rostro de una mujer de cabello cano y facciones angulosas apareció en mi mente. Debajo de su imagen aparecieron sus estadísticas: nombre, edad, nivel de seguridad y otros datos pertinentes de su archivo del MEI.

Imágenes simultáneas, pensé.

La imagen de la mujer menguó hasta que ocupó tan solo la octava parte de mi paisaje mental. Aparecieron siete imágenes más, todas ellas pertenecientes a operadores telepáticos que trabajaban en la seguridad del Centro. Mientras recorría la sala, mi nodo vertebral iba asociando las imágenes a los hombres y las mujeres que ocupaban cada uno de los puestos y me ofrecía simultáneamente sus estadísticas. Guardé los datos en un archivo de memoria. Aunque había aprendido a trabajar con la «doble exposición» provocada cuando mi paisaje mental producía imágenes al mismo tiempo que mis ojos veían una escena, resultaba desorientador ver a los operadores en

mis pensamientos al mismo tiempo que los estaba mirando.

La sala terminaba en otro control de seguridad. Entré del mismo modo que antes. Esta vez, cuando me conecté al psífono del cubículo, un pensamiento metálico se manifestó en mi mente.

¿Nombre?

Sausconia Valdoria, Primaria.

¿Propósito?

Mantuve mi mente tan lisa como la superficie de un lago en un día sin viento.
Recodificar T12.

La compuerta interior se abrió.

Entré en un vestíbulo circular de paredes blancas y con una alfombra azul en el suelo. Había sillas azules junto a las paredes, parecidas a bolsas de habas moldeadas. En el centro de la habitación, una escalera blanca y metálica ascendía hasta el techo.

La alfombra amortiguó mis pasos mientras me acercaba a las escaleras. Incluso cuando empecé a subir, dando vueltas y vueltas, el sonido de los tacones de mis botas parecía apagado. Al final de la escalera me esperaba una pared desnuda, cuya superficie plana solo era interrumpida por un psífono. Lo cogí y me conecté a él.

Una nueva voz, fría e impersonal, entró en mi mente. No consta que hayas sido asignada al nodo computerizado t12.

Sobrecarga y apertura. Permanecí relajada, utilizando rutinas preprogramadas en mi red biomecánica para impedir que la tensión se manifestara en mis músculos. El vestíbulo, las paredes blancas, las escaleras... sabía lo que escondían todas esas superficies desnudas. Había monitores vigilándolo todo, desde mi ritmo respiratorio a mis ondas cerebrales. Cualquier reacción sospechosa haría saltar las alarmas.

De hecho, podía sonar la alarma aunque no alertara a los monitores. Aquella puerta solo se abría ante los miembros de una lista elaborada por Kurj. Algunas veces yo figuraba en la lista y otras no. Mi nodo vertebral había calculado que existía un 76 por ciento de probabilidades de que en aquel momento sí figurara, por si necesitaba venir durante los preparativos de los interrogatorios de Jaibriol. Pero no podía estar segura.

Así que esperé.

La pared se abrió como el obturador de una cámara de alta velocidad y al otro lado apareció un túnel de un metro de longitud. Agaché la cabeza para entrar y a continuación enderecé la espalda y me dirigí al otro extremo. Salí a una habitación con paredes blancas y una alfombra azul. A mi espalda, la pared volvió a cerrarse, dejando una superficie impoluta.

Aquella habitación no tenía mobiliario. No había en ella más que ordenadores. Cada uno de ellos se encontraba en el lugar designado sobre la alfombra azul. Algunos de ellos estaban aislados y otros conectados por hardware. La acústica de la sala amortiguaba el zumbido de sus operaciones del mismo modo que el vestíbulo había amortiguado el sonido de mis pasos.

La red informática destinada al Mando Espacial Imperial se distribuía a lo largo de una serie de instalaciones militares situadas por todo el Imperialato, con sistemas de redundancia incorporados y múltiples back-ups que la hacían tan inaccesible al espionaje como era físicamente posible. Aquí había diez ordenadores. El EM16 era un cilindro hecho de cristaplex negro situado cerca del centro de la habitación. Tenía dos metros de altura, uno de anchura y un dedo de grosor. En su interior brillaban luces tamizadas, algunas parpadeantes y otras encendidas permanentemente. Había una entrada en un costado del cilindro, una «puerta» de medio metro de anchura. Tras pasar por ella, entré en una cavidad de techo abovedado recorrida por un banco a todo lo largo de su perímetro. Me quité las botas y luego el mono y la ropa interior, dejando la piel desnuda ante el aire frío. Me situé en el centro del cubículo y al instante un tubo se levantó a mi alrededor y subió hasta tocar el techo. Las paredes plateadas del tubo eran traslúcidas y me permitieron ver mi ropa en un montón, sobre el banco. Las botas no pude distinguirlas.

Una estructura metálica brotó del suelo y, con un zumbido, atrapó mis tobillos con unas bandas y conectó un psífono a los enchufes de la base de mi columna vertebral. Unos brazaletes se cerraron en mis muñecas e insertaron también sus psífonos. La estructura se levantó un poco más y un collar se acopló a mi cuello e introdujo un psífono en la base de mi bulbo raquídeo.

Traté de evitar la vívida imagen de mi cuerpo atrapado allí, inmóvil y desnudo dentro de un tubo del tamaño de un ataúd. Nadie con una buena razón para conectarse al EM16 tenía razones para sentirse amenazado por una jaula concebida para atrapar a los intrusos. La única razón por la que podía negarse a liberarme cuando hubiéramos terminado era que yo despertara las sospechas del EM16.

La habitación se disolvió en mi consciencia. Me vertí en la oscuridad del EM16 y empecé a deslizarme por las colinas y valles potenciales del psiberespacio como un fantasma flotando por un paisaje virtual.

Privilegios del sistema, pensó el EM16.

Exhalé. Había funcionado. Había ganado la apuesta que había hecho al ir allí. Solo había dos formas de obtener privilegios del sistema en la Red. Una de ellas era ser miembro de la Tríada. La otra era entrar a través del Centro.

Envolví mi mente en un velo de sigilo y guardé un silencio mental que en la Red equivalía a estar inmóvil. Aquel día la veía como una rejilla de fibras traslúcidas que parpadeaban con destellos iridiscentes de colores que abarcaban todo el espectro visible, desde el rojo al violeta. El psiware ocupaba los cuadrados de la rejilla como un delicado bordado que despedía chispas cada vez que un usuario accedía a él. Las chispas eran demasiado tenues para que la mayoría de los usuarios, Kurj incluido, las detectaran. Pero yo las veía con claridad.

Aquella noche no sentía el inmenso despliegue de poder que Kurj generaba en la Red. No obstante, se notaba que había estado allí antes. Sus operaciones habían dejado una potente signatura. Pero ahora estaría durmiendo, solo con sus sistemas de

seguridad y sus guardaespaldas en su torre de la ciudad. La afirmación de Mak de que estaba en palacio tenía que ser una tapadera. Hasta que terminase con Jaibriol, Kurj permanecería lo más cerca posible de su centro de operaciones.

No, no era Kurj quien representaba el verdadero peligro. Una signatura mucho más sutil impregnaba la red, una signatura que estaba siempre presente, incluso en momentos como ahora, en los que su dueño no estaba conectado. Mi tía —el miembro más antiguo de la Tríada— era allí un enemigo mucho más peligroso que Kurj. Kurj era un gigantesco pesquero de arrastre en el psiberespacio, que utilizaba Eskol-Net para capturar lo que necesitaba. Mi padre era el océano que lo sustentaba y lo mecía en sus olas. Pero era mi tía la que había entretejido las hebras para convertirla en la red de inmenso poder que era en la actualidad. Poseía, en la delicadeza de sus operaciones, lo que Kurj tenía en la fuerza de las suyas. De no haber sabido lo que tenía que buscar, ni siquiera me habría dado cuenta de que había estado allí.

Había situado monitores de seguridad por todas partes. Casi nada escapaba a su atención. En el momento mismo en que el EM16 había reparado en mi presencia, uno de los vigilantes de mi tía había recibido la información y la había archivado en un caché de seguridad. De hecho, yo misma vi cómo ocurría. Las palabras privilegios del sistema parpadearon un instante en uno de los cuadrados de la rejilla, atrapadas como una polilla en una red, y a continuación se esfumaron.

Me concentré en el cuadrado que había captado los datos sobre mi intrusión. Aumentó de tamaño y se desplazó hasta llenar mi campo de visión mientras la red pasaba a toda velocidad a mi lado como un túnel de perlados filamentos de rosa. Cuando me «detuve» en el cuadrado, vi los datos capturados, alojados en una celda de su interior, bajo una película de encaje perlado, atrapados en aquella localización de memoria. Con cuidado para no desbaratar el delicado psiware que flotaba perezosamente a mi alrededor como las algas bajo el agua, me deslicé al interior de la celda. Hecho esto, borré la memoria. Salí de allí con tanto disimulo que ni un solo chispazo marcó mi movimiento.

A continuación borré todos los datos sobre mi entrada en el Centro. Luego saqué el archivo sobre los operadores y lo utilicé para encontrarlos en la Red. Manipulé la Red para crear falsos recuerdos que sustituyeran lo que habían visto. Era más difícil borrar la memoria de un operador telepático que la de un ordenador convencional, pero yo poseía la experiencia suficiente para hacerlo sin que detectaran la manipulación a menos que la estuvieran buscando específicamente. Si mi tía peinaba el EM16 buscando pruebas de mis acciones, posiblemente las encontrara. Pero no tenía razones para sospechar que yo iba a hacer algo tan absurdo como introducirme en el EM16 con el propósito deliberado de violar la seguridad que protegía a Jaibriol Qox.

¿Sausconia?

Me quedé helada. *¿Mi padre?* La Red cobró un color más cálido y tuve la extraña

sensación de que las hebras *sonreían*. No es que se moviera nada en la rejilla, pero la sensación estaba ahí.

Mi padre era la última persona a la que esperaba. En aquel momento se encontraba en Lyshriol, su mundo natal. Mi madre y él estaban visitando la hueste de nietos a la que, no dejaban de recordarme, todavía no había contribuido. Nunca había pensado que podía conectarse a la Red desde allí. Creía que solo podía hacerlo desde la sala de consolas, la enormemente incongruente adición a la antigua mansión que había construido mi madre. Se encontraba en una sala de paredes de piedra, en lo alto de la torre norte. La sala, a la que solo podía accederse por una escalera en espiral de toscos escalones, se había utilizado para almacenar útiles de labranza antes de los tiempos de mi madre.

Mi padre odiaba aquellas consolas. Aunque el psiberespacio lo fascinaba, quería tener la mínima relación posible con las máquinas que le permitían acceder a él. Las utilizaba solo cuando era necesario, lo que desde luego no incluía las visitas a sus nietos.

Sin embargo, no cabía duda de que se encontraba allí. Si no me había dado cuenta antes era porque llenaba el psiberespacio, cada hebra y cada película y cada destello. Si no lo hubiera conocido, habría pensado que se encontraba en Diesha, en uno de los nodos centrales que la Tríada utilizaba para mantener la Red en funcionamiento.

Me escondí de él, envolviendo mi presencia en rutinas de seguridad como capas negras. Me buscó y la rejilla se estremeció con sus esfuerzos como un mar batido por el oleaje. Gradualmente, su certeza de que me había percibido fue menguando, se convirtió en duda y luego en azoramiento por haber cometido semejante error. Finalmente dirigió su atención a otra parte.

Seguí adelante, con cuidado para no volver a topar con él mientras buscaba los datos que necesitaba. Pero no aparecían. No encontré ningún camino, ningún canal, ninguna pista que condujera a la información sobre la captura de Jaibriol.

Cuando finalmente la descubrí, resultó que era una inconsistencia. Era un psicono entre varios cientos agrupados en una sección de la rejilla dedicada a nuestros tratados comerciales con los Aliados. Cada psicono representaba un mundo. Inocentemente dispuesta entre los demás estaba la colorida imagen de una isla de la Tierra, un lugar llamado Delos.

Bueno, eso tenía sentido. Nosotros utilizábamos aquel símbolo para representar al planeta Aliado, Delos, que había recibido su nombre por una isla de la Tierra. Solo que no teníamos ningún tratado comercial con el planeta Delos. Yo era una de las pocas personas que sabía que Kurj había roto los tratados porque estaba en desacuerdo con su política de ofrecer asilo a los ciudadanos del Imperialato. Había mantenido la medida en secreto para no atizar una controversia que sería inevitable si la gente descubría que estaba tratando de impedir que pudieran solicitar asilo.

Me concentré en el psicono de Delos y este creció hasta que pude ver todos los detalles de la isla, desde las rocas grises y pardas que salpicaban la costa hasta las

aguas de color turquesa del mar Egeo que lamían sus playas.

Apertura, pensé.

La isla se abrió por la mitad, como una puerta de doble hoja. El olor de la sal y las algas asaltó mi nariz y el murmullo de las olas empezó a oírse en el fondo. Un menú de psiconos me mostró qué funciones podía utilizar mientras trabajase con los archivos de Delos.

Dirigí mi atención a un pequeño pergamino anudado con una cinta roja. *Lista archivos. Solo registros escritos.* Habría sido más sencillo ver los registros utilizando una simulación interactiva de sus contenidos. Pero cuanto más le pidiera al nodo, más posibilidades habría de captar la atención de algún vigilante. Leer archivos en el EM16 era como utilizar espadas en una guerra en la que había cruceros pesados disponibles. Pero cuando uno trataba de pasar inadvertido, las espadas llamaban mucho menos la atención que los cruceros pesados.

La cinta se desató, el pergamino se desenrolló con el crujido de papel viejo, y una lista con los archivos disponibles apareció ante mis ojos. Estaba escrita en la letra de mi tía, una fuente de letras bien formadas y con el grado justo de floritura para complacer a la vista. Al instante, la fuente fue sustituida por el texto de color ambarino que yo prefería.

Maldición. Era como si EM16 hubiera activado un altavoz para anunciarle mi presencia a la próxima persona que accediera al archivo. *Deshacer cambio de fuente, pensé.*

La lista volvió a formarse con la letra de mi tía.

Psicono, pensé.

El menú desapareció al instante y volví a encontrarme en la red. El psicono de la isla esperaba en el borde inferior del paisaje, con un punto verde parpadeante superpuesto para indicar que seguía activado.

Emprendí el camino de salida. Brillantes hebras de luz pasaron a mi lado, capa tras capa, destellando, resplandeciendo, cambiando de tonalidad, color y textura. Hasta los olores variaron: metálicos, intensos, dulces, amargos.

Finalmente llegué a la capa exterior que buscaba. Allí me esperaba un grupo de psiconos maestros, cada uno de los cuales representaba una función específica de los programas que operaban en el entorno de la rejilla. Me concentré en el doctor con el láser quirúrgico en la mano...

Mi mente se vació del todo: ni imágenes, ni palabras, ni sonidos, ni olores, ni sabores, ni texturas. Especifique localización de memoria, pensó el EM16.

Psicono «Delos», cambio de fuente más reciente, pensé.

Una cadena alfanumérica de color blanco apareció en medio del espacio negro. Especifique cambio.

Reemplazar la tercera A con un 0.

La A fue reemplazada por el dígito 0 y todo rastro de los cambios de fuente que se habían producido cuando abrí el archivo Delos quedó borrado.

Cambios completos. Archivo borrado. Introduje la contraseña que EM16 requería para activar la orden Borrar.

La Red reapareció. En el proceso de devolverme a ella, EM16 borró toda referencia a los cambios que yo había realizado. Mi tía había instalado la opción de Borrar Registro como precaución, para poder interactuar con EM16 sin dejar rastro de sus actividades. Yo conocía su existencia porque me había enseñado a manejarla cuando había hecho que reprogramara los sistemas de seguridad de EM16 el pasado año.

Descendí de nuevo a los psiconos sobre comercio. Cuando abrí el de Delos, volví a escuchar el rumor de las olas contra la costa invisible. Un viento frío sopló en mis mejillas mientras el pergamino volvía a abrirse. Permanecí «en silencio» y me limité a leer los archivos que contenía el pergamino. Pero la Red sabía que estaba allí: los datos iban apareciendo en el pergamino en el momento exacto que yo estaba preparada para leerlos.

Los archivos parecían ser exactamente lo que pretendían ser, un registro de las negociaciones comerciales con Delos. Abrí *A. Ministros* y me encontré con un programa de RV del Ministro de Comercio Aliado en el que trataba de convencer a nuestro Ministro para que volviera a firmar los tratados. Cerré el archivo y seguí revisando la lista. ¿Qué debía buscar? Tardaría demasiado tiempo en abrir todos los archivos. Kurj raramente pasaba más que unas pocas horas durmiendo y yo tenía que haber salido de EM16 cuando despertara.

Un archivo llamó mi atención. *Artemisa*. El nombre derivaba de la mitología Aliada. Artemisa era una diosa nacida en la isla de Delos con su hermano Apolo. Era un nombre que tenía perfecta cabida allí. Eran, a fin de cuentas, los archivos sobre el planeta Delos.

Pero solo yo sabía que Artemisa tenía un significado especial para Kurj. La mitología de la Tierra, y en especial las leyendas griegas, lo habían fascinado siempre: *La Iliada y la Odisea. Hércules, Medea, Agamenón, Edipo*. Cuando yo era niña, durante una de sus visitas a mi madre, me había visto cabalgando en los bosques que rodeaban la casa de mi padre. Una muchacha de catorce años practicando con el arco y las flechas. Más tarde me contó que nunca había olvidado aquella imagen, la chiquilla salvaje de piernas desnudas disparando a los árboles. Me llamó Artemisa entonces, por la diosa de la caza.

Abrir Artemisa, pensé.

El pergamino desapareció, reemplazado por un holoinforme de mi arresto en Delos. Vaya. Eso era lo último que quería ver. *Cerrar*, pensé.

Cerrado, respondió EM16.

Continué revisando los archivos. Pero no parecía haber nada fuera de lugar. Finalmente pensé, *Cerrar Delos*.

Cerran...

¡No! ¡Espera! ¿Qué hacía un archivo sobre mi arresto con los de nuestras

negociaciones sobre comercio? Sí, cierto, si un oficial imperial de alto rango ofendía al gobierno de Delos, podía poner en peligro las conversaciones. Pero el comportamiento —o el mal comportamiento— de los oficiales militares era cosa de la incumbencia de Kurj. Y él era absolutamente pulcro con la organización de sus archivos. Habría puesto el archivo de mi arresto en el mismo lugar en que ponía todos los demás archivos sobre arrestos de oficiales de alto rango que pudieran poner en peligro las conversaciones con los Aliados.

Mi tía debía de haber hecho una copia de aquello. Comprendía por qué querría tener una referencia al incidente allí. Pero, ¿el archivo completo? ¿Para qué?

Abrir Artemisa, pensé.

El holoinforme se activó y recreó la comisaría de policía en mi mente con tal fidelidad que me sentí como si volviera a estar allí.

Revisé entero el vergonzoso archivo. Estaba allí hasta el último detalle, hasta el hecho de que Zabo, el ordenador de mi nave, había interceptado la transmisión por satélite sobre mi arresto mientras la policía de Delos la enviaba al Mando Espacial Imperial. Pero eso era todo. El archivo era exactamente lo que pretendía: un informe sobre mi inesperada visita a la policía de Delos.

Sin embargo, había algo que me escamaba, un pequeño detalle... ¿Taas? Sí, ahora me acordaba. Cuando Zabo había descargado la transmisión a mi paisaje mental, los datos se habían filtrado accidentalmente al ordenador de la nave de Taas. ¿Qué había pasado? Taas había tratado de librarse de la transmisión pero... ¿qué? Había utilizado el comando equivocado. Eso era. Había utilizado todas las órdenes que se le habían ocurrido para borrar la transmisión y ninguno de ellos había funcionado.

Recurrí a mi nodo vertebral. Recordaba la lista completa de las órdenes que Taas me había dicho: *Detener, Cancelar, Interrumpir, Salir, Salida, Adiós, Sistema, Cortar, Destruir, Descargar y Joder*. Y yo le había dicho... ¿el qué? Que utilizara el comando Borrar. Sí, ahora me acordaba, Borrar había funcionado finalmente.

Fruncí el ceño. El archivo hubiera debido de incluir un informe sobre el filtrado accidental. Pero no estaba allí. Volví a revisar el archivo completo, detalle por detalle, con el mismo resultado. En ninguna parte se hacía mención del incidente. Había venido buscando información y lo que había descubierto era una ausencia de ella.

Los datos no podían haber desaparecido por accidente. Los cuatro cazas de mi escuadrón los habían registrado y me costaba creer que se hubiera producido una omisión idéntica en nuestros cuatro informes. Pero tampoco creía que Kurj lo hubiera borrado. En su visión del universo, semejante omisión equivaldría a un descuido, algo que él se empeñaba en evitar hasta un punto rayano en la obsesión.

Tenía que haber sido mi tía. Pero, ¿por qué iba ella a borrar una información tan trivial? Era demasiado inteligente para haberlo hecho por accidente. Era demasiado inteligente. Punto. Tratar de seguir la pista a sus procesos mentales siempre me hacía sentir como si tuviera el cerebro de una babosa.

Cerré el archivo Artemisa y eché un vistazo a los demás archivos de Delos en

busca de algo relacionado con Taas. No encontré nada ni remotamente prometedor. Se me estaba acabando el tiempo y no sabía más que al empezar. Taas. Artemisa. Delos. Satélite. Fuga. ¿Qué estaba buscando?

El psicono. Después de que Taas utilizase la orden Borrar para librarse de los datos, me había enviado una imagen de su psicono de Borrar, una mujer escasamente vestida y de grandes pechos cuya ropa desaparecía cuando la pintaba. *Desaparecía* cada vez que ella aparecía. ¡Pues claro! ¡Ahí estaba! ¿Qué mejor manera de esconder unos datos que hacer que se borrarán cada vez que alguien tratara de acceder a ellos? Era exactamente el tipo de solución que le encantaría a mi tía.

Ahora sabía dónde había escondido los archivos sobre Jaibriol. No estaban en EM16. Había dejado allí una señal para Kurj, como precaución, por si venía a buscarlos. Y era una señal muy eficaz: solo alguien que conociese los hechos sabría que existía. Pero la información que yo buscaba estaba en la llave del cibercampo de su cerebro.

Un cibercampo se podía implantar en el cerebro de cualquiera. No hacía falta ser psion para ello. Por eso lo llamábamos «ciber» en lugar de «psiber». Todos los miembros de mi familia que se habían sometido a una operación para implantarse una red biomecánica tenían también un cibercampo. La Asamblea había insistido en ello. Por eso había reconocido los arco-iris que rodeaban la mansión de Jaibriol en Delos. El trémulo velo de colores indicaba que el cibercampo estaba activado.

A ninguno de nosotros le gustaban. El campo alteraba las funciones cerebrales y podía causar daños si se utilizaba con demasiada frecuencia. La llave del mío estaba en un psiberchip, una tarjeta con trazas creadas a partir de mis propias células cerebrales. Para la mayoría de la gente un chip como este no servía de nada. Nadie que no fuera un psion podía activarlo. Pero cuando accedía a ella a través del psiberespacio, se convertía en una parte funcional de mi cerebro. Si otro psion trataba de conectarse a él, el chip sabía que no era yo con tanta seguridad como si un intruso trataba de pensar en mi mente.

Mi tía había diseñado los psiberchips porque implantar llaves en nuestros cerebros era demasiado peligroso. Una lesión en la cabeza podía dañar la llave de acceso, el mecanismo del campo o ambas cosas. Separar los dos elementos disminuía las probabilidades de que el sistema fallara cuando más lo necesitáramos. Aunque también existía la posibilidad de que alguien robara la llave. El uso de los psiberchips solucionaba este problema. Un chip reconocía el cerebro de su usuario, así que podía ser programado para borrarse si alguna mente extraña trataba de acceder a él.

¿Y qué mejor lugar para esconder la información sobre Jaibriol que en uno de los psiberchips de mi tía? Si alguien trataba de acceder a los datos, el chip se borraría automáticamente. Y también era un ingenioso sistema de alarma, puesto que si el chip se activaba, saltaba una alarma en el nodo vertebral.

Pero si yo no podía acceder a la información, tampoco podía Kurj. Así que, ¿qué sentido tenía dejar una señal que lo dirigiera a un lugar al que no podía acceder?

Espera. Puede que los datos no estuvieran en los chips de mi tía. Puede que estuvieran en los de Kurj. ¿Pero cómo? Estaban tan bien protegidos como los de ella y se borrarían si trataba de acceder a ellos.

Eskol-Net. Claro. Con la fuerza que les proporcionaba el psienlace de la Tríada, Kurj y ella podían fundir sus mentes de forma aún más completa que Jaibriol y yo en Delos. Mientras sus mentes estuvieran entrelazadas como una sola, ella podía acceder a los chips de Kurj. Dudo que funcionara en sentido contrario. Requería demasiada delicadeza. Solo mi tía poseía la destreza y los conocimientos necesarios, además de ser miembro de la Tríada. Incluso era probable que lo hubiera hecho sin que Kurj se diera cuenta.

Pero eso tampoco me servía de nada. Yo no podía acceder al psienlace de la Tríada. La enorme cantidad de poder que generaba se incrementaba exponencialmente con cada psion Rhon que participaba en él. Dos mentes no suponían ningún peligro. Tres solo funcionaban si las mentes no se parecían demasiado. Si se añadía una cuarta el resultado sería una sobrecarga de Eskol-Net y un cortocircuito de escala estelar.

No me extrañaba que Kurj nos temiera a Althor y a mí. Si cualquiera de nosotros trataba de imitar sus pasos y accedía al enlace de la Tríada sin advertencia o preparación, no solo se mataría a sí mismo, sino también a todos los demás.

¿Y ahora qué?

Tuve una idea inquietante. ¿Y mis chips? Kurj tenía acceso a ellos. Aseguraba que era para protegerme, pero yo sabía la verdad. Quería controlar mi cibercampo. Era otra de las precauciones que tomaba para minimizar las posibilidades de que uno de sus herederos se volviera en su contra. Así que mis psiberchips incluían también trazas neuronales cultivadas a partir de sus células cerebrales para asegurarse de que mis llaves de acceso no se borrarían si él accedía a ellas.

Supongamos que me conectaba a uno de mis chips y me fundía con la parte de su cerebro que contenían. ¿Bastaría para hacer creer a uno de sus chips que yo era él? Dudaba que Kurj se diera cuenta a menos que estuviera accediendo al mismo chip en el mismo momento. Y no tenía por qué hacerlo mientras estuviera dormido.

Pero el riesgo de ser detectado no era lo que más me inquietaba de la idea. ¿Y si no podía disociar mi mente cuando hubiera terminado el trabajo? La perspectiva de verme atrapada en el rígidamente controlado paradigma de la existencia de Kurj me aterrorizaba.

Necesitaba salir de allí para pensarlo.

Cerré los archivos de Delos y borré todos los registros en los que constaba mi paso por EM16. Tras situar los monitores del Centro de tal modo que no registraran mi salida del edificio, salí de la Red. Entonces esperé en la oscuridad a que la jaula de psífonos me soltara.

Y esperé.

Y esperé.

El sudor me empapaba las sienes. No, no podía mostrar temor. Eso, más que cualquier otra cosa que hubiera hecho en la Red, me delataría.

Los collarines de psifonos soltaron mi cuerpo. El tubo que me rodeaba regresó al suelo y el aire fresco recorrió mi piel desnuda.

Aspiré hondo. Me puse la ropa y salí.

El psiberchip, un sencillo cuadrado del tamaño de mi palma, descansaba sobre mi mano. Estaba sentada frente a la consola de mi dormitorio, mirándolo fijamente. Sacarlo de la caja de seguridad había sido fácil. Pero no me atrevía a llegar más lejos.

Viva. La tarjeta estaba viva. Sus trazas neurales eran cuidadas por nanomédicos que las mantenían preparadas para conectarse a mi cerebro. Yo tenía diez chips: dos en la casa de mi padre, tres en Forshires, cuatro en Ciudad Cuartel y este último en mi apartamento.

La consola esperaba. Lo único que tenía que hacer era insertar la tarjeta. Mi nodo vertebral calculaba que existía un 94 por ciento de probabilidades de que pudiera fundir mi mente con el elemento extraído del cerebro de Kurj que había en ella. Un elemento que, irónicamente, él había colocado allí por su propio interés y seguridad. Que fuera o no a permitirme acceder a su chip era otra historia, pero no iba a averiguarlo hasta que lo intentara.

Si lo intentaba. Si lograba obligarme a hacerlo. Miré la tarjeta de mi mano. Pasó un minuto. Tres. Cinco. Las pocas y preciosas horas de tiempo que me quedaban hasta que Kurj despertara estaban pasando implacablemente.

Diez minutos.

Quince.

Aspiré hondo. Entonces introduje la tarjeta en la ranura de la consola y accedí a mi cuenta personal, la que utilizaba para cuestiones personales y no militares. Llegué a la capa exterior del sistema, la red electrónica que todo el mundo podía utilizar. Desde allí entré en el psiberespacio.

Mi mente se expandió y entró en uno de los cuatro nodos que servían como brazo político de la psibernet en Diesha. Funcionaban juntos como una máquina, alternando según el que estuviera libre en el momento en que un usuario introdujera una orden.

Aquel día empecé en Contralto. La subred parecía enmudecida y despedía un débil color dorado. No había ni rastro de mi padre. Toda la red cambiaba de aspecto cuando él se marchaba, se volvía menos vibrante. Tampoco capté los delicados destellos de la presencia de mi tía o la inmensa pujanza del poder de Kurj. En aquel momento Contralto parecía Contralto, una de las cuatro voces que cantaban juntas, sin que ningún solista de la Tríada animara la melodía.

Saludos, soz, pensó Contralto.

Saludos. Conéctame a mi psiberchip.

Chip activado.

No sentí nada. Tal como debía ser, puesto que el chip formaba parte de mi propio cerebro. *Localiza las trazas neuronales de Lord Eskolia.*

Soprano respondió, localizadas.

Equipara mi actividad cerebral a la suya.

Intentando equiparación, pensó Soprano.

Esperé mientras la Red parpadeaba. Era muy hermosa, de una belleza pavorosa que nunca parecía la misma. La infinita malla dorada flotaba en una atmósfera de brillo trémulo, más líquida que gaseosa, de un dorado pálido y chispeante. Ondulaba a mi alrededor, suave y sensual. El sonido que hacían los nodos civiles era más suave que el del Centro, melodías dulces que se agitaban como olas marinas. Olía a trigomiel y especias.

¿Soprano?, pensé. ¿Ocurre algo?

Tenor respondió. Tu cerebro se resiste.

No era de extrañar. A pesar de que nunca me había fundido con Kurj, sí que había compartido con él los pensamientos suficientes para saber que nuestros procesos mentales eran básicamente diferentes.

Sigue intentándolo, pensé.

Continué esperando. La rejilla exhibía un patrón de cuadrados muy ordenado pero tenía demasiados defectos. Yo conocía la razón de aquellas discontinuidades. Se debían a conexiones mal mantenidas y usuarios negligentes. También había fluctuaciones en la calidad del medio, concentraciones de luz y color en manchas asimétricas. Los civiles eran muy poco eficientes. La rejilla de la red militar estaba mucho mejor ordenada.

Tenor estaba tardando demasiado, utilizando un tiempo valioso. *¿Cuál es el estado del proceso de equiparación?, pensé.*

Bajo respondió. Equiparación completa.

¿Completa? ¿Qué diferencia porcentual existe entre mi actividad cerebral y la del Emperador Eskolia, según las trazas de mi chip?

1.6 por ciento, respondió Bajo.

No sentía nada. Pero el hecho de que no percibiera diferencia no era prueba de su ausencia. Seguía existiendo la posibilidad de que su chip borrara los datos si trataba de acceder a él, lo que además supondría dejar una prueba irrefutable de que había violado los procedimientos de seguridad.

Tenía que volver a evaluar los riesgos que acarreaba tratar de acceder a la estrategia de Kurj para el interrogatorio de Jaibriol. Qox estaba demasiado cerca del cerebro de Eskol-Net. Si lograba escapar, estaría en disposición de hacer aquello para lo que había sido engendrado. Si accedía al Centro podría sobrecargar el psienlace de la Tríada, con lo que asesinaría a sus componentes y mutilaría Eskol-Net. Si lograba hacerlo sin morir en el intento, estaría en condiciones de suplantar a la Tríada. Eso le proporcionaría el control del MEI, de Diesha y de Eskol-Net.

Bajo, detén la equiparación.

Equiparación detenida, pensó Bajo.

Salí de la Red siguiendo el procedimiento normal, ascendiendo a través de sus

niveles hasta llegar a la interfaz con los sistemas electrónicos. Una vez fuera, consideré mi siguiente movimiento. Si acudía a Kurj ahora y le contaba lo que sabía, me arriesgaba a ser ejecutada por la traición cometida al ocultarle la verdad sobre Qox. Pero Kurj necesitaba la información. El mejor modo de proceder sería interrogar a Qox, derribar sus barreras y a continuación informar a Kurj de que el Heredero Alton era un Rhon. Podría presentarle la información como si también yo acabara de descubrirla. De ese modo, me protegería a mí misma y también al Imperialato.

No obstante, tendría que hacerlo con cuidado para asegurarme de no hacerle daño.

Me froté los ojos. El trabajo de aquella noche me había agotado física y mentalmente. Y ahora estaba a punto de convertir en realidad el intento de suicidio de Jaibriol.

Suicidio. *Suicidio*. ¿Por qué lo había olvidado? ¿Qué me estaba pasando? ¿Cómo podía haber pensado que Jaibriol había venido para matarnos?

Me levanté y empecé a andar por la habitación, tratando de aclararme la cabeza. Hacía un momento estaba pensando con lo que me parecía una claridad perfecta. Y sin embargo ahora me sentía como si un extraño hubiera estado en mi cabeza. Mi intención era *liberar* a Jaibriol, no traicionarlo entregándoselo a Kurj. ¿Cómo iba a conseguir la información que necesitaba para encontrar a Jaibriol si el proceso de obtenerla hacía que dejase de quererla?

Cogí un trozo de papel y escribí: *No es tu mente. Si escuchas, lo lamentarás. Consigue los datos.*

El laberinto de salas que ocupaba el subsuelo del Archivo del MEI se extendía a lo largo de varios kilómetros. Su aspecto severo y su escasa iluminación le habían valido hacía tiempo el apodo de las Catacumbas. Mis psiberchips se guardaban en una cámara con una IE del modelo que se conocía como escáner beta, capaz de analizar patrones retinales, huellas dactilares, patrones de voz, estatura, peso, química corporal, estructura esquelética y ondas cerebrales. Solo se abría para mí y para el propio Kurj, quien guardaba también allí sus propios chips. La cámara se encontraba en el interior de una cámara más grande equipada también con un escáner beta, dentro de una sala equipada con un escáner beta y al final de un pasillo vigilado por un escáner beta. Era lo mejor que el Imperialato podía ofrecer en términos de seguridad. Burlar aquellos sistemas era imposible.

A menos que fueras la persona que tenían que proteger.

Todas las cerraduras se abrieron para mí. En el interior de la cámara más profunda encontré nuestros chips en una caja acolchada que descansaba en un estante. Me senté frente a la consola que había junto a la pared e introduje mi psiberchip en una de las ranuras.

Esta vez Bajo me dio un 1.2 por ciento de equiparación con el cerebro de Kurj. Cogí la tarjeta de Kurj...

... Y me detuve.

Estaba a punto de llevar a cabo un acto que podía destruir a mi familia y al Imperialato. Era una estúpida. Había estado dejándome influenciar por emociones que socavaban mi capacidad de pensar con claridad.

Miré el papel que llevaba en la mano. *No es tu mente.*

Incorrecto. Era una imprecisión afirmar que fundir mi mente con la de Kurj convertía en suya mi mente. Una definición más precisa sería decir que alteraba mis procesos mentales y me proporcionaba puntos de vista que de otro modo me hubieran faltado. Pero mi mente seguía siendo mía.

Si escuchas, lo lamentarás.

No. Lo único a lamentar en aquellas acciones eran las acciones mismas. Tenía que poner fin a aquella traición.

Consigue los datos.

Los datos no estaban disponibles para mí. Mi tía los había protegido con su acostumbrada inteligencia. Aunque alguien lograra llegar tan cerca de ellos, no seguiría adelante porque en el proceso de alcanzarlos llegaría a comprender por qué no debían ser alcanzados.

No es tu mente.

Debía de estar soportando mucha tensión. Lo sabía. Tager lo había dejado claro durante nuestras charlas.

Pero ir a ver a Tager había sido una debilidad.

¡No!

Me aferré con tanta fuerza a la consola que los nudillos se me pusieron blancos. Estrujé el papel en la mano. Ir a ver a Tager no había sido una debilidad. Mi mente estaba perfectamente. Si había escrito aquellas palabras en el papel, es que decían la verdad.

Cogí la tarjeta de Kurj y la introduje en la ranura correspondiente de la consola. Su chip se me resistió, como un cuerpo humano que rechazara un órgano transplantado. Me puse tensa, esperando la sensación de *borrado* que llegara cuando se vaciaran los datos.

En cambio, lo que sentí fue una curiosa relajación. Y entonces recordé dónde podía encontrar a Jaibriol.

Volví a entrar en EM16 como antes, de forma encubierta. Esta vez me dirigí directamente a la subred de seguridad. Activé el modo visual y la rejilla desapareció, remplazada por un desierto. Una tierra quebrada, roja y moteada de rocas afiladas que cortaban el paisaje como dedos angulosos, se extendía miles de kilómetros a la redonda. De la arena emergían muñones de arena grisácea compactada. Solo en la lejanía, al norte, donde las planicies daban paso a una cordillera oscura y borrosa, se amortiguaba la línea de la tierra. En lo alto, el cielo era una tabla azulada limpia de todo rastro de nubes.

Nadie tenía su hogar en aquel lugar. El MEI tenía otros usos para el desierto.

Contenía un laberinto de instalaciones subterráneas, entre las que se encontraba el Bloque Tres, un complejo situado a escasos metros a mi derecha, oculto bajo la superficie.

Reducir a un psicono, pensé.

El desierto retrocedió como un fondo de tela apartado por una mano gigante, más y más pequeño conforme se alejaba en la distancia. Se detuvo cuando no era ya más que una pequeña imagen dentro de un cuadrado resplandeciente de la rejilla.

Abrí el archivo de mi nodo vertebral en el que había guardado los datos sobre Jaibriol. Guardias: tres unidades custodiaban la celda, con seis guardias por unidad. Cada unidad conocía solo el emplazamiento de otra. Reprogramé el ME16 de modo que durante el siguiente turno, las unidades uno y tres solo estuvieran al tanto la una de la otra y la unidad dos solo de sí misma. A continuación reasigné a la unidad dos a un área nueva, de modo que su localización original pareciera la de otra unidad. Donde se suponía que estaba la unidad dos habría un hueco en la capa de seguridad que protegía a Jaibriol.

Reprogramé los sistemas de alarma y defensa del Bloque Tres de modo que ignoraran determinadas señales en un determinado momento. Al mismo tiempo, los monitores médicos que controlaban la celda de Jaibriol empezaban a vigilar el estado del guardia que había en el exterior de la cafetería del Bloque Tres. Ordené a los monitores de entrada que vigilaran al cuarto oscuro de holografía cuando los monitores médicos desviarán su atención hacia la cafetería. Cambié determinados turnos para sacar a gente determinada de ordenadores y lugares determinados y programé a los ratones cibernéticos para que evitaran determinados corredores. A continuación establecí un programa que, minutos después de que mis cambios hicieran efecto, devolvería todos los sistemas a su estado original, borraría los registros de mis cambios, se autodestruiría y borraría los registros de mis borrados.

Por la mañana habría un montón de gente confusa.

Cadenas y seda

Aterricé el volador en medio del silencio y la oscuridad. No había luna que derramara sus suavizadores rayos sobre el desierto, solo la severa luz de las estrellas, un sinfín de estrellas que resplandecían sobre la tierra quebrada. Corrí sobre el suelo rocoso hasta llegar a un punto situado a varios metros del vehículo. Entonces pulsé un botón del transmisor que había en la guarda de cuero que llevaba en la muñeca.

Una sección circular de roca de unos dos metros de anchura se hundió en el suelo. Después de descender aproximadamente un metro se desplazó hacia un lado y dejó a la vista una superficie metálica, la compuerta de seguridad del Bloque Tres. Con otro contacto en la guarda de la muñeca, la compuerta se abrió en completo silencio. Por debajo de ella se extendía un cilindro de metal de más de un metro de grosor. Al fondo distinguí la parte superior de una escalera metálica que descendía en espiral hacia la oscuridad. Un hueco circular de unos dos metros de profundidad separaba mis pies de la parte superior de las escaleras.

Volví a tocar la guarda de mi muñeca. Como respuesta, se abrió una sección vertical en la pared del hueco y apareció una escalerilla que se extendió hasta las escaleras. Descendí hasta el descansillo y a continuación bajé corriendo las escaleras.

La compuerta de seguridad del fondo se abrió respondiendo a una orden mía. Una luz me cegó. Las paredes y el suelo del corredor que se extendía delante de mí estaba jalonada de tuberías: tuberías enormes por las que cabría una persona a gatas, otras más pequeñas del grosor de mi brazo y conductos diminutos no más grandes que un dedo. El lugar podría haber estado desierto. Atravesé algunos de los más avanzados sistemas de seguridad creados por el MEI y no sonó una sola alarma.

Corriendo en estado potenciado, tardé menos de un minuto en llegar a la celda de Jaibriol. Forcé la entrada con una ganzúa láser que había programado con el patrón lumínico exacto que la cerradura esperaba. La puerta se abrió al instante. Al otro lado había un cuartillo con un saliente extendido a lo largo de una pared.

Jaibriol estaba tendido en el saliente, durmiendo.

Estaba descalzo y llevaba solo los pantalones grises y la camisa de manga corta y del mismo color que un uniforme de presidiario. Sus antebrazos estaban cubiertos de magulladuras y cardenales y también tenía las marcas de unos electrodos. Las laceraciones de sus muñecas y tobillos parecían causadas por grilletes que le habían despellejado la carne.

Me pregunté cómo justificarían los interrogadores sus métodos, teniendo en cuenta que había formas mucho menos violentas de extraer información a las personas que encadenarlas y torturarlas. Sin duda estarían utilizando los métodos más avanzados existentes de modo que, ¿para qué recurrir a la tortura?

Claro que, seguramente no sentían la necesidad de justificarse, teniendo en cuenta

a quién estaban interrogando. La venganza no dejaba sitio para la benevolencia.

Me acerqué a él y le tiré del brazo.

—¡Jaibriol! ¡Despierta!

Se estremeció y dijo en Alton:

—¡Más no!

Lo cogí por los hombros y lo zarandé.

—¡Despierta!

En ese momento se incorporó como impulsado por un resorte y me dio un puñetazo en el estómago que me derribó.

Me levanté a trancas y barrancas.

—Soy yo. Sausconia.

Se levantó, con los puños apretados de nuevo.

—Jaibriol, soy yo...

—Qox. —Aunque me estaba mirando, su mirada no parecía enfocar—. Qox. Jaibriol Qox.

—Sé quién eres. —Lo cogí del brazo—. Vamos.

Me apartó con tanta fuerza que trastabillé y caí contra la pared. Me obligué a relajarme y a no pensar en la rapidez con la que estaba pasando el tiempo. Mientras levantaba el brazo por encima de mi cabeza, le hablé con el tono de voz más despreocupado que pude:

—Si así es como tratas a tus novias potenciales, tu vida amorosa debe de ser un asco.

Se detuvo.

—¿Qué?

—Jaibriol, soy yo. Sausconia. De Delos.

Se limitó a mirarme, sin expresión alguna. Levanté los brazos para demostrarle que no llevaba armas.

—Sausconia. ¿Te acuerdas? Nos conocimos en Delos.

Bajó el brazo.

—¿Sausconia?

—Sausconia Valdoria. Me colé en tu dormitorio. Luego nos vimos en el puerto.

Su mirada empezó a enfocar.

—Eres tú. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—No ha sido fácil. Tenemos que irnos. Ya.

Volvió la cabeza y miró la puerta abierta. Entonces empezó a correr. Fui tras él. Iba por donde yo le indicaba. Corría descalzo. Tropezó, estuvo a punto de caerse, recuperó el equilibrio y volvió a tropezar. Pero no frenó el paso una sola vez.

Llegamos al hueco de salida en cuestión de minutos. Jaibriol subió corriendo la escalera en espiral. Sus pies desnudos hacían un ruido sordo y metálico al correr sobre los escalones. Al llegar a la escalerilla, se agarró a uno de los peldaños. Pero cuando trató de subir, sus manos hinchadas resbalaron. Cayó y se golpeó la cabeza

contra la escalera. Se quedó tirado en el descansillo, hecho un ovillo y con los ojos cerrados.

¡No! Lo cogí del brazo y traté de levantarlo a la fuerza. Pero ni siquiera en mi estado potenciado podía subir algo tan pesado por una escalerilla. Haber llegado hasta allí, tan cerca de la libertad, para ser detenida por una maldita escalerilla... ¡No! Lo zarandeeé con todas mis fuerzas.

—*Levanta.*

Sus ojos se abrieron. Tanteó a su espalda y se aferró al último peldaño de la escalerilla. Su otra mano se movió detrás de la primera. Mientras se ponía de pie, lo sujeté por la cintura y lo ayudé a subir.

Tardamos un minuto entero en llegar al final de la escalerilla y correr hasta el vehículo. Si Jaibriol notó las afiladas raíces de espinos del polvo que le arañaban los pies desnudos, no dio muestras de ello. Al llegar al vehículo, se arrojó al otro lado de la compuerta y se arrastró por la cubierta mientras yo pasaba sobre él. Cerré la escotilla de un golpe y corrí a la cabina.

Aceleramos sobre la superficie irregular del desierto y remontamos el vuelo con solo la luz de las estrellas para mostrarnos el camino. Volamos a oscuras y en silencio, como tantas veces había hecho yo en mi Jag. En aquel momento no contaba con paisaje mental, ni psienlace, ni conexión a Eskol-Net, solo con mi entrenamiento y mi experiencia para guiarme. Pero fue suficiente. Dejamos el Bloque Tres y ascendimos vertiginosamente en la noche.

Y finalmente, una vez que la instalación quedó detrás de nosotros, me atreví a relajarme. Lo habíamos logrado. Jaibriol estaba libre y muy pronto estaríamos en el astropuerto. Había logrado lo imposible, liberar al Heredero Alton bajo las mismas narices del MEI.

Conecté el piloto automático y me volví hacia Jaibriol. Se había desplomado sobre el asiento del copiloto y tenía la cabeza apoyada en el respaldo. Su pecho subía y bajaba siguiendo su respiración entrecortada.

—Tengo una tarjeta de identidad falsa para ti —le dije—. La vas a necesitar en el astropuerto. —El único disfraz que necesitaba eran las lentes incoloras, el visor y el tinte de pelo que le había traído. Nadie sospecharía jamás que el Heredero Alton estaba libre en el astropuerto del cuartel general del MEI.

Se volvió hacia mí.

—¿Qué me vas a hacer?

—Te voy a llevar a Delos. Puedes solicitar asilo a los Aliados.

Se echó a reír con carcajadas secas.

—¿Asilo? Me juzgarán por crímenes de guerra.

—¿Qué crímenes? —Hice una mueca—. ¿Dar malos discursos después de haber sido drogado por Kryx Quaelen?

Enderezó la espalda.

—¿Cómo sabes que me drogó?

—Lo noté en cuanto te vi.

—Nadie me creerá.

—Entonces yo hablaré en tu defensa.

—¿Y qué esperas a cambio?

—Que no vuelvas a tratar de matarte.

Resopló.

—No juegues conmigo, Sausconia. ¿Cuál es el precio de este rescate, por llamarlo de alguna manera?

Lo miré un segundo.

—Que cuando tu padre muera regreses del exilio para convertirte en Emperador de Eubea. —No sería fácil pero con la suficiente planificación podían allanarse las dificultades—. Luego puedes tratar de firmar la paz. Quiero decir, intentarlo de verdad. No los engaños que tu padre llama negociaciones.

—Los engaños son vuestros.

—¿Crees que esto es un truco?

—Tu hermano ha ideado un método de tortura realmente brillante, debo admitirlo —dijo con voz fría—. Hacer que el prisionero crea que está siendo rescatado por una mujer preciosa que va a llevarlo a un lugar seguro. De ese modo la realidad de mi cautiverio resultará doblemente dolorosa cuando tenga que volver.

—Te equivocas. —Aunque estuviera trabajando con Kurj, él nunca hubiera recurrido a un método tan sutil. Él prefería la fuerza bruta.

Jaibriol se encogió de hombros.

—La fuerza bruta ha fallado. ¿Por qué no recurrir a la sutileza?

—¿Por qué has dicho eso?

—Es cierto, ¿no?

—Jaibriol, si estuviera tratando de engañarte, ¿por qué habrían bajado tus barreras para mí, cuando todos los interrogadores de Kurj, incluido el propio Kurj, no han podido obligarte a hacerlo?

Frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—No he dicho nada sobre fuerza bruta o sutileza. Solo lo he pensado.

—He oído cómo lo decías.

—Lo has oído en tu mente.

Soltó un bufido.

—Vale.

—Sabes que no lo he dicho en voz alta.

Silencio.

Lo intenté de nuevo:

—El estrés activa tus barreras, ¿verdad? O el dolor, la rabia o el peligro. Cualquier situación que tu mente considere amenazante.

—Eso es.

—¿Y por qué bajan conmigo?

Me observó con expresión indescifrable. A continuación volvió a apoyar la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Tenía el rostro muy pálido bajo la luz de la cabina, pálido y consumido. Esperé, pero él permaneció en silencio. Finalmente me volví de nuevo a los controles.

Después de algún tiempo se decidió a hablar.

—Tú eres la que tiene que pedir asilo. El Emperador te ejecutará en persona cuando descubra lo que has hecho.

Lo miré de soslayo.

—He borrado mis huellas.

Giró la cabeza y me miró.

—Es imposible que hayas podido borrar todas las huellas que has dejado al sacarme de allí.

—Mi hermano cree que tu captura fue un truco, una maniobra preparada para que pudieras entrar en Ciudad Cuartel. Creerá que tu gente te ha sacado.

—Eso sería muy poco probable, teniendo en cuenta sus medidas de seguridad.

Sonreí.

—Pero no tanto como que yo te ayudara.

Sus labios se movieron ligeramente, apenas un temblor en las comisuras, pero fue una sonrisa.

—Eso es verdad.

—Los Aliados encontrarán un mundo en el que puedas exiliarte —dije con voz más cálida—. Un sitio poco poblado, para que no haya peligro de que seas reconocido. Un sitio en el que puedas quedarte hasta que llegue el momento de regresar y asumir tu posición como Emperador.

—¿Qué te hace pensar que quiero ser Emperador?

—Debes hacerlo.

—¿Por qué?

Hice una mueca.

—Porque esta guerra nos está destruyendo, por eso. Sin ti no le veo final. ¿Crees que es posible que tu padre y mi hermano firmen alguna vez la paz? Yo estoy completamente segura de que no.

—El Emperador Eskolia nunca negociará conmigo. —Su voz se volvió más tensa—. Y después de estos días, no creo que yo pudiera soportar estar en la misma habitación que él.

—Kurj no será Emperador eternamente.

—Así que quieres que vaya al exilio y regrese algún día entre los Alton.

—Sí.

—No.

—Jaibriol... No es una condición para tu liberación. Pero te pido que lo pienses. —Abrí las manos—. ¿Qué pasará si Eskolia cae ante los ejércitos de tu padre, o de

los del próximo Emperador, o los del siguiente? Sin nosotros, los Aliados no durarán una década contra vuestras fuerzas. ¿Es eso lo que de verdad quieres, una galaxia controlada por los Alton?

—No.

—Entonces tienes que...

—No. —Extendió el brazo—. Si regreso entre ellos, esto es lo único que me espera.

Aunque la manga del uniforme de la prisión le tapaba la mitad del brazo, la otra mitad quedaba al descubierto. Estaba cubierta de magulladuras, cardenales, cortes y las marcas dejadas por las descargas eléctricas. Su muñeca estaba rodeada por piel lacerada y una costra de sangre seca que parecía un feo brazalete.

—¿Te refieres a los interrogatorios?

—No. Mira mejor.

Examiné su brazo. La mayoría de las marcas eran recientes, pero también había otras más antiguas, finas líneas blancas que parecían magulladuras en proceso de curación o cicatrices de cortes más antiguos. Toqué una línea que se ensortijaba alrededor de su brazo y terminaba en la palma de su mano. Estaba allí desde mucho antes de que Jaibriol cayera en manos de mi hermano.

—No lo entiendo. —Lo miré—. No tenías estas cicatrices en Delos.

—No, no las tenía.

—¿Cómo te las hiciste?

Apretó los dientes.

—¿Tú cómo crees?

—No lo sé.

—Precisamente tú deberías saberlo. Tú has estado allí. ¿Cómo se llamaba? ¿Tarque?

Me lo quedé mirando.

—¿Has sido *proveedor*?

Se rió con carcajadas amargas.

—Por supuesto que no. Soy el Heredero Alton. Nadie osaría albergar semejante pensamiento sobre mí y mucho menos llevarlo a la práctica.

—Fue Quaelen, ¿no? Kryx Quaelen, el Ministro de Comercio.

—Solo hizo lo que era necesario para que estuviera preparado para el futuro. — Por su forma de hablar parecía que estuviera rechinando los dientes.

—¿Y tu padre no se lo impidió?

—No lo sabía. —Se encogió de hombros—. Mi padre no soporta mi presencia. Puede que me odie por mis fracasos. No lo sé. Y la verdad es que ya no sé si me importa.

Abrió y cerró las manos.

—Me dijo que no cometiera jamás un error, que no titubeara de ningún modo que pudiera desvelar mi fallida naturaleza. Pero no puedo ser una fortaleza perfecta

constantemente. Es imposible.

Nadie podría. Mi hermano era la manifestación más próxima a la perfección en el arte de aislarse de la humanidad, pero hasta él tenía necesidades. Y Kurj no tenía que vivir entre los Alton.

—Como Emperador, ¿no podrías garantizar unas condiciones mejores? —Para empezar, podía librarse de Quaelen—. Podrías apoyarte en la casta de los artesanos. El ejército... está formado por artesanos en su mayor parte, ¿no? Debe de haber entre ellos algunos en los que puedas confiar.

—No lo sé. —Volvió a apoyar la cabeza en el respaldo y clavó la mirada en el mamparo superior—. Quaelen es un hombre poderoso, más incluso de lo que lo era yo como Heredero. Librarse de él no sería fácil. —Me miró—. No tenemos por qué estar atados a nuestras familias, Sausconia. Ven conmigo. Encontraremos un lugar en el que no tendremos que volver a preocuparnos por Kryx Quaelen ni por nadie.

Ven conmigo. Así de sencillo. Arroja por la ventana tu vida, todo aquello por lo que has trabajado.

A solas en mi apartamento, aquel mismo día, había estado segura de lo que quería. Pero ahora, frente a Jaibriol, mi certeza se desmoronaba. Como sabía que ocurriría. Aparté la mirada y me volví de nuevo hacia los controles, incapaz de mirarlo. El piloto automático se las arreglaba a la perfección y sus rutinas de maniobras con tráfico se activaron en cuanto nos acercamos a la ciudad. Unos minutos más y estaríamos en el astropuerto.

—¿Sausconia?

Seguí observando las pantallas.

—No puedo exiliarme. Tengo otros planes.

No dijo nada más. En lugar de hacerlo, formó una imagen en su mente, la de nosotros dos haciendo el amor en un campo de hierba mecido por el viento.

—¡Basta! —Me volví hacia él—. Eso nunca podremos tenerlo.

—¿Por qué no?

—¡Ya lo sabes!

Me dirigió una mirada de incredulidad.

—Nunca pediste ser Heredero Imperial. No tienes por qué sacrificar tu cordura por ello.

—No lo digas como si fuera alguna especie de sacrificio. No hay nada noble en mis intenciones. Quiero ser Emperatriz. Quiero el poder.

—Puede que sí.

Fruncí el ceño.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Tú crees que tienes una responsabilidad. Y no puedes darle la espalda.

—Lo que yo crea o no es asunto mío.

—La gente no está hecha para soportar tanto peso, Sausconia. Si tratas de acarrear la responsabilidad de todos los eskolianos vivos, la presión te matará.

Mi cólera se inflamó.

—¿Así que quieres que salga corriendo y me dedique a follar entre las flores lo que me queda de vida?

No se dejó amilanar.

—Menospreciando tus deseos no conseguirás que desaparezcan.

—Quiero algo más que eso.

La consola del ordenador nos interrumpió:

—Estamos recibiendo una señal.

Dirigí la mirada a los controles. Estaba parpadeando una luz, la luz que yo había rezado para que permaneciera apagada.

—¿Qué pasa? —preguntó Jaibriol.

—No estoy segura. —Activé el comunicador de neutrinos e hice una pasada por todos los canales del MEI. La voz de Kurj se manifestó en el aire.

—... Sur de la ciudad en un volador de clase 4B o 4C. Detengan todas las naves que respondan a esa descripción. Repito, detengan a todas las naves que respondan a esa descripción.

¡No! Ahora no. Pero me bastó escuchar la transmisión de Kurj durante unos segundos para saberlo todo. Sabía que Jaibriol había escapado. Un cordón policial a escala planetaria estaba cerrándose alrededor de Diesha. Todos los vuelos quedaban aplazados y todos los pasajeros estaban bajo sospecha. Mientras Kurj seguía dando órdenes, giré el mando del vehículo y puse rumbo al este, lejos del astropuerto.

Casi lo habíamos conseguido. Pero casi no había sido suficiente. ¿Qué había fallado? ¿Uno de los vigilantes de mi tía, como el que había registrado mi entrada en EM16? O puede que un guardia que había decidido pasar a echar un vistazo a Jaibriol antes de tiempo, o un sistema de seguridad que yo había pasado por alto, o una alarma de cuya existencia no estaba al tanto. Fuera la que fuese la razón, mis planes se habían ido al demonio.

La transmisión de Kurj continuó, coordinando las unidades de búsqueda. Al menos estaban buscando comandos de los Mercaderes, y no a mí. Ahora estábamos sobre los suburbios, inmersos en un denso tráfico aéreo, uno más entre los cientos de voladores que respondían a la descripción dada por Kurj. Pero yo conocía la eficacia del MEI. Ahora que Kurj había puesto la maquinaria en movimiento, ni siquiera yo podría escapar de ella. No había ningún lugar al que pudiéramos huir para escapar de su inexorable búsqueda.

O casi ningún lugar.

Hice un brusco viraje con el volador y la ciudad pivotó por debajo de mí hasta que estuvimos encarados en dirección norte. Tras unos segundos los edificios empezaron a clarear y la ciudad dio paso, primero a los suburbios y luego al desierto.

Un volador del MEI con idéntica trayectoria y velocidad que nosotros apareció en mi pantalla. Una voz crepitó por el comunicador.

—Identifíquense.

—Lea su monitor, amigo —dije.

Hubo una pausa.

—Disculpe, Primaria Valdoria. Identificación verificada. Puede pasar, señora.

—¿Son ustedes del cordón de la ciudad? —pregunté.

—Sí, señora.

—¿Han tenido suerte en su búsqueda?

—Creemos que se dirigen al astropuerto.

—Muy bien. Sigán. Cambio y cierro.

—Lo haremos. Cambio y cierro.

Nos dieron el alto dos veces más antes de llegar a las montañas. Incluso, una vez en las colinas, un volador nos interceptó. Teniendo en cuenta los exhaustivos sistemas de vigilancia instalados en la cordillera, no había esperado que Kurj desperdiciara voladores allí. Los sistemas protegían la finca imperial, el único lugar habitado que había en miles de kilómetros cuadrados. En aquel mismo instante, cientos de instalaciones estaban vigilándonos desde cimas y valles. Nos sobrevolaban satélites en órbitas bajas, uno tras otro, en un patrón diseñado para cubrir la zona en todo momento.

Y todo ello, solo para proteger un palacio vacío.

Mientras las montañas más altas se cerraban a nuestro alrededor en protectores pliegues, volvió a crepitar mi comunicador, esta vez con una voz amable que hubiera tomado por humana de no haber sabido que no lo era.

—Identifíquese, por favor.

—Transmitiendo archivo de identidad —dije.

—Saludos, Sausconia —dijo el ordenador—. Bienvenida a casa.

Tardé seis minutos más en llegar a palacio. Pasamos por los mejores controles de seguridad que el Imperialato podía ofrecer sin ser detenidos una sola vez. ¿Por qué iban a detenernos? Yo era una de las personas que debían proteger.

Pero ni siquiera allí podría esconderme mucho tiempo. Más tarde o más temprano, el poderoso Emperador de Eskolia iba a regresar a casa.

La habitación que tenía en el palacio hacía que mi apartamento de Forshires pareciera humilde. El picaporte era de oro puro, al igual que la llave, una llave antigua, de esas que se meten en la cerradura y se hacen girar para abrir un cerrojo. La habitación era azul: el techo, las paredes, las alfombras, hasta la cama sobre el estrado. Las ventanas tenían un revestimiento de filigrana de oro. Había vasijas altas apoyadas en las paredes, obras de arte de incalculable valor de alguna civilización antigua, traídas desde un planeta cuyo nombre no recordaba. El armario era tan grande como un salón. Había vestidos colgados en él, prendas suaves y atractivas que había encargado pero que nunca había llegado a ponerme.

A veces tenía la sospecha de que era la idea de lo que se suponía que debía gustarme que lo que de verdad hacía que me gustaran. No era que no apreciase su belleza. Me gustaban tanto como el primer día que las había visto. Pero nunca las

había sentido como si fuesen mías.

Cojeando, Jaibriol cruzó la habitación y subió los escalones del estrado. Se tumbó y las colchas de seda se arrugaron bajo su peso.

Me acerqué y me senté a su lado, con el fusionador en la mano. Allí el arma era inútil. Todo mi entrenamiento, mis múltiples años de experiencia... ¿De qué me servían ahora? Sí, el último lugar en el que cualquiera buscaría a Jaibriol Qox sería el palacio del Emperador. Pero hasta el último lugar acabaría por ser registrado.

Miré a Jaibriol de soslayo.

—Lo siento. Lo único que he hecho es retrasar lo inevitable.

Alargó la mano y tocó el fusionador.

—Al menos de este modo no tendré que morir lentamente.

—No voy a *dispararte*.

—¿Aunque la única alternativa sea volver a caer en manos de tu hermano? Ahora ninguno de los dos puede escapar, Sausconia. Nos ejecutará a ambos.

Miré el arma. Entonces la dejé caer al suelo. Nos había faltado tan poco... *Tan poco*. Con un poco más de tiempo podríamos haber escapado del planeta. Pero no había sido suficiente.

Me tendí junto a Jaibriol. La colcha de seda estaba fría contra mi mejilla. Me habló con voz más cálida:

—Cuando te vi en la celda, creí que estaba teniendo otro de mis sueños.

—¿Sueños?

—Después de aquella noche en Delos, cuando te conocí... Siempre que me sentía solo soñaba que venías a verme.

Así que yo no era la única que había tenido que luchar con los recuerdos de aquella noche. Saberlo ayudaba, al menos un poco.

Me apoyé en los codos para poder mirarle la cara. Había olvidado lo extraordinariamente guapo que era, sobre todo para ser un Alton. No me sorprendería que Ur Qox hubiera ordenado que fuera sometido a operaciones de cirugía estética de niño. Cualquier cosa valía con tal de contribuir a cimentar la imagen de su hijo como héroe de los Mercaderes. Cualquier cosa que contribuyese a ocultar su incapacidad para comportarse como un auténtico Alton.

Tenía grandes ojeras y el pelo revuelto. Su pelo era brillante, negro y lustroso. De un negro Alton. Resultaba extraño verlo en alguien tan diferente a los Alton. Pasé mis dedos por su labio superior y a continuación por el inferior. Los tenía agrietados. Secos y rugosos. Y también cálidos. Muy cálidos. Labios Rhon, cálidos y carnosos. Bajé la cabeza y apreté mis labios contra los suyos...

Jaibriol me apartó.

Me ruboricé. Debía de estar loca, tratando de seducir a un hombre que había pasado varios días sometido a brutales interrogatorios bajo la supervisión de mi propio hermano.

—Lo siento.

Me observó en silencio. Al otro lado de la habitación, el viejo reloj mecánico desgranaba suavemente los segundos, tic tac.

Entonces me rodeó el cuello con el brazo y atrajo de nuevo mi cabeza a la suya. Pude olerlo, un aroma almizclado como un agujonazo, intenso y masculino. Cerré los ojos mientras nos besamos y dejé que mis labios se demoraran en su boca. Era tan carnosa, tan cálida y tan incitante como parecía. Pero él estaba tenso bajo mi cuerpo, más parecido a una plancha de madera que a un hombre con la mujer a la que deseaba.

Levanté la cabeza.

—¿Qué pasa?

Se apoyó en los codos y levantó la cabeza para que sus ojos estuvieran a la misma altura que los míos.

—No es por ti. No es por nadie.

—¿Has tenido amantes?

—Sí. No. Ninguna amante.

—¿Quieres decir que nunca has tenido?

—Exacto —dijo con voz dura.

—¿Pero por qué? Hubiera apostado a que cualquier mujer Alton se habría arrojado a tus pies.

—No quería una amante Alton. —Hizo una mueca—. ¿La querías tú?

Me estremecí.

—No. —Ahora podía sentirlo. Sus barreras estaban bajando mucho más despacio que en Delos, pero a pesar de todo lo estaban haciendo. Reconocí la misma sensación de soledad que había experimentado la noche que nos vimos en los muelles, ocultos bajo la oscuridad de la noche y el murmullo de las olas. Solo. Estaba solo, agónica, dolorosamente solo. La herida era aún más profunda ahora, cicatrizada en los bordes y sangrante en el centro.

—¿Y no podías haber cogido una proveedora? —pregunté.

—No.

—No tenías por qué hacerle daño.

—No quería una proveedora. —Apretó la palma de la mano en mi pecho, entre los senos, como si quisiera mantenerme a raya—. Si dejas que alguien se te acerque tanto te vuelves vulnerable.

—¿Y cómo podría lastimarte una proveedora?

—Reconociéndome.

—Todo el mundo sabe quién eres.

—No me refiero a eso, Sausconia. Reconociéndose en mí.

Entonces lo entendí.

—Que eres como ellos.

—Sí.

—¿No tienes ningún amigo?

Se le arrugó el rostro.

—Estaba Quaelen, mi «querido» mentor.

—¿Te refieres a Kryx Quaelen? ¿El Ministro de Comercio Alton?

—No quería que me interesara por nadie. —Su voz rezumaba odio—. Si lo hacía, encontraba una razón para castigarme.

Tragué saliva.

—¿No podías librarte de él?

—Es un maestro de la intriga entre los Alton, más que mi padre. —La voz se le quebró—. Quaelen está vacío, como un abismo esperando a ser llenado. Son todos así... mi padre, la Emperatriz, todos ellos.

—Lo siento. —Dioses, parecía espeluznante.

Me observó, concentrándose, como si de algún modo pudiera absorberme a su interior. Entonces, sin advertencia, me apretó contra su cuerpo y me llevó a la cama. Me rodeo con los brazos y apretó su boca a la mía. Mis labios se abrieron y entró su lengua, primero cautelosa y con más fuerza después.

Pero algo seguía yendo mal. No con él, sino *conmigo*. Quería apartarme de él. ¿Qué me pasaba ahora?

Hizo un sonido, un sonido suave, de excitación. A continuación dejó de besarme y sus labios se deslizaron hasta mi oreja:

—Sausconia, dulce Sausconia. —Su voz murmuraba con una cadencia que me resultaba familiar, un ritmo suave que reconocía...

Entonces volví a oírlo, como tantas otras veces lo había oído en mi mente durante el combate, pensamientos hechos de ácido, vertiéndose sobre mí desde las mentes de los pilotos Aristos con los que estaba luchando. *Muere, dulce Jagernauta, muere.*

Me incorporé tan deprisa que mis uñas le dejaron unos profundos arañazos en los brazos. Él se incorporó también, con una salvaje amalgama de emociones en el rostro: sorpresa, vergüenza, confusión y deseo, todos ellos entremezclados.

—¿Qué pasa?

—No... —Alton. Alton. *Alton.*

—¿Sausconia? —Me puso las manos en los hombros—. ¿Qué pasa?

—Yo... yo... —Aspiré hondo. Pues claro que se movía y hablaba como un Alton. *Era* un Alton. Pero se trataba de algo cultural. Solo cultural. *Solo* cultural—. No... no es nada.

—¿Por qué te has puesto así?

—Por nada. No es nada. Solo estoy tensa. —Al otro lado de la habitación, el reloj mecánico sonaba con fuerza.

Jaibriol me acarició los hombros.

—Vamos a probar esto.

—¿El qué?

—Túmbate. —Volvió a acariciarme los hombros—. Te lo voy a enseñar.

Con cautela, me tendí sobre el vientre. Él se montó a horcajadas sobre mis

caderas y se sentó en mis posaderas, con las rodillas a ambos lados de mi cintura. Entonces empezó a darme un masaje en la espalda.

Hubo un tiempo en el que me hubiera encantado recibir un masaje, en el que hubiera obtenido justo el resultado que él esperaba. Pero ya no. Tarque se había subido encima de mí en numerosas ocasiones, exactamente del mismo modo que Jaibriol, idéntico hasta en los menores detalles.

Calma, pensé. Conserva la calma. No es Tarque.

Apoyé la cabeza en los almohadones y traté de relajarme. Era agradable. Pero entonces se detuvo.

Giré la cabeza.

—¿Por qué has parado?

—Solo estoy mirándote.

—¿La espalda? ¿Y qué tiene de interesante?

Jaibriol sonrió.

—Bueno, puede que no sea interesante para ti. —Empezó a acariciarme las caderas—. Supongo que porque tú puedes verla siempre que quieres.

Ay. Qué sonrisa más hermosa. Me había olvidado de ella, de cómo le iluminaba la cara. Cuando sonreía, no era el amargado heredero de un imperio. En esos momentos se parecía a lo que hubiera debido ser de no haberle arruinado la vida su linaje, un joven saludable disfrutando de su primera experiencia con una mujer. Suspiré y volví a apoyar la cabeza en los almohadones.

Jaibriol siguió dándome masajes, acariciándome en todas partes, haciendo firmes y sensuales círculos con las manos. Gradualmente, a pesar de todo, mis músculos empezaron a soltarse. Dejé que mis ojos se cerraran y disfruté de la presión de sus manos, me empapé de aquel aroma almizclado y tentador que me hacía desear que acariciara lugares más privados...

Entonces se tumbó encima de mí y sentí la presión de su erección en las posaderas a través del áspero tejido del uniforme carcelario que llevaba. Me cogió los muslos, uno con cada mano, y los abrió.

Igual que Tarque.

Modo de combate activado, pensó mi nodo vertebral.

—¡Jaibriol, para!

Se levantó inmediatamente apoyándose en las manos.

—¿Qué pasa?

Me di la vuelta. *Desactiva modo de combate.*

Modo desactivado, respondió el nodo.

—¿Sausconia? —Se había ruborizado—. ¿Qué he hecho?

—Yo... nada.

Maldito Tarque. ¿Es que esas cicatrices iban a seguirme para siempre?

No. No había pasado todos aquellos meses con un mecánico para nada. No iba a permitir que Tarque me hiciera aquello. No iba a permitir que me arruinara la vida

diez años después de muerto. Jaibriol y yo solo teníamos unas pocas horas y eran demasiado preciosas para desperdiciarlas.

Le rodeé el rostro con las dos manos y lo atraje hacia mí para darle un beso. Su olor, más fuerte aún que antes, nos envolvió. Masculino. Intenso. Yo sabía que los Rhon producían feromonas diferentes a las de los demás seres humanos pero como era el primer Rhon con el que había hecho el amor, no estaba preparada para su intensidad. Su aroma inundaba el aire como si tuviera sustancia propia, provocando a mi cuerpo reacciones mucho más fuertes de las que hubiera experimentado jamás.

Jaibriol se incorporó y apoyó un dedo entre mis senos para abrir el sello magnético que mantenía mi mono cerrado. Mientras su mano bajaba por mi cuerpo, el mono se iba abriendo y mi piel quedaba desnuda bajo el aire frío. Me cogió los pechos y me frotó los pezones con los pulgares y éstos se endurecieron en respuesta, erguidos, como si estuvieran invitándolo.

Nos desnudamos cuidadosamente el uno al otro. Jaibriol se encogió de dolor cuando la camisa se le enganchó en las costras de las heridas que tenía en la espalda. Tiró mis botas al suelo y sus talones golpearon el fusionador. Nos metimos bajo la colcha, entre las sábanas de seda y él se tendió sobre mí, piel desnuda contra piel desnuda.

Bajé las manos para guiarlo... ahí. Mientras se movía contra mí, cerré los ojos y empecé a murmurar en su oído, sonidos suaves, carentes de significado. Y finalmente nos fundimos en un auténtico vínculo Rhon, una unión como la que, con mucha más facilidad, habíamos alcanzado en Delos. Se erigía mientras nosotros nos erigíamos, más y más completa, más y más tensa, más y más fuerte... hasta que finalmente alcancé mi pináculo y la liberación descendió sobre mí con inesperada y gratificante intensidad.

Pero no terminó allí. Jaibriol seguía subiendo, su mente aún fundida con la mía. Seguí erigiendo con él después de que mi cuerpo se hubiera agotado en un orgasmo. Su creciente excitación tiró de mí, elevándome más y más. Fue aumentando hasta que no pude seguir soportándolo. Pero yo tampoco podía parar. Ascendimos y ascendimos... y su clímax se derramó sobre nosotros y convulsionó nuestros cuerpos con espasmos tan placenteros que dejé de pensar del todo.

No sé cuánto tiempo pasó antes de que volviera a tomar conciencia de la habitación. Jaibriol estaba tendido sobre mí, con su mejilla apoyada en la mía y la respiración cada vez más pausada. El sudor que empapaba su pecho resbalaba sobre mi brazo. Se desperezó, levantó la cabeza y un segundo más tarde sentí sus labios en mis párpados.

—Ha merecido la pena esperar por eso —dijo.

Sonreí.

—Si. Así es.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos hasta que...?

Abrí los ojos.

—¿Hasta que Kurj nos encuentre?

—Sí.

—Puede que sea esta noche. Probablemente antes. Probablemente dentro de unas pocas horas. —Ignoraba cuándo se daría cuenta Kurj de que lo había traicionado. Pero no sería agradable, eso seguro, y dudaba que terminara deprisa.

—Sausconia. —Jaibriol me miró—. No quiero que te hagan lo que me han hecho a mí. —Metió la mano bajo la cama... y la mano volvió con mi fusionador. La puso entre mis senos y se apoyó sobre mí, de modo que el arma fría quedó entre nuestros cuerpos. A continuación me cogió el dedo y lo puso en el gatillo.

Me lo quedé mirando.

—No.

—De todos modos vamos a morir. Ya lo sabes. —Se le quebró la voz—. Y los dos sabemos lo que es sufrir y sufrir hasta que te preguntas cómo puedes seguir soportándolo. No quiero morir así. Al menos de este modo moriremos con amor y no con dolor.

Apreté el arma. Sabía que tenía razón pero mi instinto de conservación era demasiado fuerte. No podía hacerlo.

Me habló al oído:

—Yo no puedo disparar. Solo tú puedes hacerlo.

Quité el seguro y apoyé el dedo en el gatillo. Solo un movimiento...

Llamaron a la puerta.

Salí de debajo de Jaibriol y de la cama con un movimiento tan brusco que la colcha salió volando. Actuando por reflejos, le quité la camisa a Jaibriol y me la puse por la cabeza. No quería enfrentarme a los guardias en la vulnerabilidad de mi desnudez. A continuación levanté el fusionador y apunté a la puerta.

Y cuando la puerta se abrió, estuve a punto de disparar a mi propio padre.

Corazón de la Red

Se quedó allí quieto, mirándome, parpadeando sus ojos violetas tras las gafas. Llevaba gafas porque no confiaba lo bastante en los médicos de Eskolia para dejar que le operaran los ojos. Seguía llevando el pelo largo, a la moda de su planeta. Los rizos plateados enmarcaban su rostro y le acariciaban los hombros. Era un hombre bien formado, ni demasiado alto ni demasiado bajo, dotado de un aire amable que a la gente le encantaba y que a Kurj le resultaba muy útil como contraste frente a su propia y severa imagen.

Primero me miró a mí, parpadeando. A continuación, parpadeando también, miró a Jaibriol, que estaba sentado sobre la cama, desnudo. Por fin se volvió de nuevo a mí. Habló en la lengua de su pueblo, que era mi lengua materna.

—¿Vas a matarme, Sausconia?

La idea de que yo pudiera hacerle daño era tan desoladora que casi no pude ni articular palabra. Bajé el arma y le puse el seguro.

—No. Nunca. Ya lo sabes.

Se me acercó.

—Así que eras tú la que anoche sentí en la Red, ¿verdad?

—Sí. Me escondí.

Seguía teniendo la misma mirada, como si no supiera muy bien lo que debía hacer.

—Antes he recibido un mensaje de Kurj. Me decía que permaneciera aquí en palacio, que estaría seguro. Cree que unos terroristas Mercaderes se han infiltrado en la zona. —Dirigió la mirada a Jaibriol, quien se estaba poniendo los pantalones. A continuación volvió a mirarme—. ¿Es cierto?

—No —dije—. Pero Kurj cree que sí.

—Ya veo. —Su expresión revelaba que no veía en absoluto.

Por fortuna Jaibriol se quedó en la cama. Mi padre ya tenía suficiente por el momento sin que lo intimidase la estatura del Heredero Alton. Exteriormente no mostró reacción alguna. Se limitó a permanecer inmóvil, mirándonos. Pero yo sentí cómo forcejeaba con la situación como un luchador con un adversario mucho más pesado.

Finalmente volvió a hablar, esta vez en iótico. Era casi una lengua muerta y ya solo la utilizaban ciertos eruditos y miembros de las clases superiores de Eskolia. Mi padre la había aprendido porque era la lengua materna de mi madre. Supuse que la estaba utilizando a causa de Jaibriol. Pero, del mismo modo que yo había aprendido Alton, probablemente Jaibriol hubiera aprendido iótico.

—Sausconia. —Se ajustó las gafas—. El hombre que hay en la cama se parece a Jaibriol Qox.

—Lo es.

—El Heredero Alton. Ese Jaibriol Qox.

Se acercó a la cama y miró con más atención a Jaibriol, quien se había puesto los pantalones.

—¿Por qué estás desnudo en la cama de mi hija? —Al ver que Jaibriol abría la boca, mi padre dijo—. No. No importa. No creo que quiera oír la respuesta.

Me acerqué a él.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Hacer? —Me miró con el ceño fruncido—. ¿Antes o después del ataque al corazón?

No pude por menos que sonreír.

—Antes, espero.

—No tiene gracia, Sausconia.

Tragué saliva.

—Supongo que no.

Señaló a Jaibriol.

—Explícame esto, por favor.

—Lo he ayudado a escapar. Por eso cree Kurj que hay terroristas Mercaderes en Diesha.

—¿Kurj ha capturado a Jaibriol Qox? ¿Y tú lo has liberado?

Asentí.

—Una vez que saltó la alarma, este era el único sitio al que podíamos ir.

—El palacio del Emperador.

—Sí.

—¿Y, exactamente, qué es lo que te ha llevado a liberar a Jaibriol Qox?

Respondí en voz baja:

—Toca su mente. Entonces lo comprenderás.

Ni siquiera se volvió. Pero sentí que su atención se enfocaba en Jaibriol. Aunque no sé si Jaibriol percibió de forma consciente lo que estaba ocurriendo, respondió igualmente, levantando sus bloqueos más por instinto que por voluntad.

La frente de mi padre se cubrió de arrugas. Se sentó en la silla de la mesita de noche, sin mirarnos a Jaibriol ni a mí. Se concentró más... y Jaibriol volvió a bloquearlo.

Así que mi padre retiró su mente. A continuación regresó, disimulando sus maniobras, como si estuviera tratando de capturar a un esquivo cachorro de lirino. Presionó la mente de Jaibriol en diferentes puntos, toques sutiles que iban y venían con tanta suavidad que dudo que Jaibriol los sintiera. De hecho, a pesar de lo íntimamente vinculada que estaba ahora a Jaibriol, ni siquiera yo era capaz de seguir con claridad la exploración de mi padre.

Pero tampoco eso funcionó. Así que finalmente mi padre acudió a mi mente, tratando de alcanzar a Jaibriol a través del vínculo que compartíamos. Dejé que mi mente se relajara, mi padre entró de puntillas en el vínculo...

... Y se puso en pie tan deprisa que derribó su silla. Al instante, Jaibriol se incorporó y se agarró al poste de la cama como si estuviera preparándose para bajar al suelo de un salto y defenderse. No creo que supiera todavía que sus barreras habían sido superadas.

—Pero si no eres Aristo.

Jaibriol respondió en perfecto iótico:

—Por supuesto que soy Aristo.

—No —dijo mi padre—. No lo eres.

Jaibriol apretó los puños en el poste.

—¿Me está diciendo que no me considera su igual?

Mi padre sacudió la cabeza.

—No. Te estoy diciendo que eres como yo.

—Jaibriol. —Me senté a su lado en la cama y le puse una mano en la pierna—. No te va a hacer daño.

Me miró y su agotamiento cayó como una manta sobre mis hombros. Aunque no soltó el poste, sus manos se calmaron lo bastante para que sus nudillos dejaran de estar blancos.

Mi padre me miró.

—¿Sabe Kurj que es Rhon?

—Aún no. Pero cuando lo descubra, creerá que ha venido para destruir Eskol-Net. Se volvió hacia Jaibriol.

—¿Y es cierto?

—No.

Mi padre lo observó un momento. Entonces asintió. Eso fue todo. Un simple gesto de asentimiento. Sin más preguntas. Sin escepticismo. Sin amenazas. Nada. Un simple gesto. No daba crédito a mis ojos.

No estaríais aquí si no confiaras en él.

¿Sabes?, pensé. Eres muy diferente de Kurj.

Eso dice tu madre.

—Pensé que iba a verte en casa —dije en voz alta al darme cuenta de lo extraño que le resultaba nuestro silencio a Jaibriol—. Para ver a los nietos y todo eso.

Mi padre se subió las gafas.

—Cambié de planes.

Eso no parecía propio de él. No terminaba de entender cómo era posible que, teniendo que elegir entre ir a casa y estar con mi madre, las dos cosas que más le gustaba hacer y venir a DIESHA a ver a Kurj, se hubiera decantado por Kurj.

—¿Por qué?

—Tuve una convulsión.

¿Qué? Me levanté de la cama y me acerqué a él.

—¿No estás siguiendo el tratamiento?

—Por supuesto. No sé por qué ha ocurrido. —Hizo una pausa—. De hecho, no

fue una convulsión. Fueron varias.

Se me aceleró el pulso.

—¿Cuántas?

—No lo sé. Me sentí... raro. Lo siguiente que supe fue que desperté en el pequeño hospital que tu madre mandó construir cerca del pueblo. Ese doctor extranjero organizó todo un escándalo. Dijo que había tenido una serie de ataques tónico-clónicos. Me envió aquí. Yo no quería venir pero él insistió. —Frunció el ceño—. Se puso en contacto con Kurj y tu hermano envió una nave a recogerme.

Le cogí las manos.

—¿Y ahora estás bien?

—Me siento muy bien. Los médicos no han encontrado nada raro.

—¿Y no sabes qué desencadenó los ataques?

—Empezaron justo después de que despertara. Probablemente la causa fue la pesadilla que tuve. —Me apretó las manos—. Deja de mirarme con esa cara de preocupación. Eres peor que esos médicos.

Nunca había oído que una pesadilla pudiera provocar ataques epilépticos.

—¿Qué soñaste?

—Alguien me estaba torturando con un descargador. No podía detenerlo porque estaba maniatado. —Me dirigió una mirada entornada—. Son esas máquinas, Sausconia. Los ordenadores y los robots y todo lo demás. Ni siquiera sé cómo se llaman. Me provocan pesadillas. Pero no es nada.

Casi no le oí terminar. Una palabra seguía resonando en mi mente. Descargador.

—¿Quién te había maniatado?

—No lo sé. —Hizo un ademán para desechar la cuestión—. Los soldados viejos tienen esa clase de sueños.

¿Sobre descargadores? Ni siquiera creo que supiera lo que era. Había pasado la mayor parte de su vida sumido en lo que, según los estándares eskolianos, era la pobreza más miserable. Dudaba mucho que hubiera en todo el planeta algo que se pareciera a un descargador.

—¿Has estado hablando sobre descargadores con mamá? —le pregunté.

Sacudió la cabeza.

—No. No ha sido nada, Sausconia.

—¿Soñar con descargas eléctricas no te parece nada?

—Soñé que me estaban interrogando.

En la cama, detrás de mí, Jaibriol inhaló entrecortadamente.

No sé cómo, conseguí mantener la voz en calma.

—¿Recuerdas por qué?

Mi padre se encogió de hombros.

—Alguien no dejaba de hacerme preguntas sobre el ejército de mi padre. No sé porqué iba a soñar una cosa así. Mi padre murió cuando yo tenía pocos meses. —Se frotó las muñecas en el mismo lugar que Jaibriol había tenido en carne viva—. Fue

muy vívido. Parecía real incluso después de despertar.

¿Había entrado en el interrogatorio de Jaibriol? ¿Cómo? ¿A través de Kurj? ¿A través de mí?

Yo conocía a Kurj. En cuanto descubriera lo que había hecho, su odio se dirigiría también contra mí. Me haría interrogar exhaustivamente, tanto como castigo por mi traición como para averiguar por qué lo había hecho. Si las torturas de Jaibriol habían causado tanta angustia a mi padre, ¿qué pasaría cuando fuera yo la que estuviera en el banquillo del interrogatorio? Por mucho que mi padre asegurara que «no era nada», yo sabía la verdad. Si estaba teniendo episodios de epilepsia, ataques graves, a pesar de estar sometido a tratamiento, es que se encontraba en un peligro mayor del que estaba dispuesto a admitir.

Sausconia. Mi padre hizo un gesto hacia Jaibriol. *¿De veras quieres a este hombre?*

Formé una imagen de mi madre. *¿Qué sería de tu vida sin ella?*

Tu madre no tiene una cuarta parte de Alton.

¿Tan monstruoso es lo que ves en la mente de Jaibriol?

Exhaló. *No. Todo lo contrario.*

No me hará daño.

Miró a Jaibriol, quien visiblemente estaba tratando de averiguar lo que hacíamos mirándonos el uno al otro en completo silencio y mostrando una gama de gestos y expresiones faciales propias de una conversación.

Mi padre dijo:

—Entonces debéis pedir asilo a los Aliados.

Ojalá la vida fuera tan sencilla.

—No podemos salir de Diesha —dije.

—¿No puedes ir en volador desde aquí hasta el astropuerto? —Me miró—. Lleva la nave a Delos tú misma. Nadie más que nosotros tres tiene por qué saber jamás que llevabas un pasajero.

¿Cómo le explicaba un cordón planetario a un hombre que entendía la guerra en términos de caballería y tropas de a pie?

—Ahora mismo la nave no podría despegar, no sin la autorización de Kurj. Y no nos la dará bajo ningún concepto.

—Si tuviera otra convulsión —dijo mi padre—, tendrías que llamar a un médico. Se me aceleró el pulso.

—¿Crees que vas a tener otro ataque?

Esbozó una sonrisa fugaz.

—Podría arreglarse.

Ah. Así se podría sacar a alguien, desde luego. Por mucho que Kurj detestara a su padrastro, seguía necesiéndolo sano.

—Pero aunque consiguiéramos una nave, solo le darán autorización para desplazamientos planetarios. A un hospital u otro continente donde piense que estás

más seguro que aquí. Pero no permitirá que nadie salga de Diesha hasta que coja a Jaibriol.

—Eso no significa que no puedas escapar.

—¿Qué quieres decir?

—Tú eres la que ha liberado a Lord Qox.

—Eso fue antes de que el MEI diera la alarma. Dudo mucho que nadie pudiera escapar ahora.

—No te estoy preguntando si alguien puede. Te estoy preguntando si tú puedes.

Parpadeé. Decir que nunca había estado emocionado con mi elección de carrera sería quedarse muy corta. Nunca se me había ocurrido que pudiera tener mis habilidades en alta estima.

—No lo sé.

—¿Estás dispuesta a intentarlo?

—Sí.

—Bien. Entonces está decidido.

—No es tan sencillo. —Como si hubiera algo que pudiera llamarse sencillo en lo que acababa de proponer—. Aunque lográramos salir de Diesha, cosa que será casi imposible, pero aun en ese caso, sería una carrera desesperada contra no sé cuántas naves de guerra. Alertarán a todos los centinelas desde aquí a Delos. Nunca lograremos llegar allí.

Se subió las gafas.

—En ese caso, debéis de tener un lugar al que ir cuando escapéis. Algún sitio que no conozcan ni el MEI ni los mercaderes.

—Si es un lugar que el MEI no conoce, ¿cómo vamos a encontrarlo tú y yo?

—Puede que preguntándole a los Aliados.

¿Cómo podía hacérselo comprender?

—No podemos preguntarle nada a nadie. En este momento las comunicaciones desde Diesha y a Diesha están bloqueadas.

—En ese caso utilizaré la Línea Primaria.

—No puedes hacer eso.

—¿Por qué no? Tengo entendido que los sistemas de seguridad de Kurj no lo informarán de ello.

—Ni siquiera lo sabrán. Como tú no lo sabrías si cualquier otro miembro de la Tríada utilizara su Primaria. Pero esa no es la cuestión. No puedes utilizarla para esto.

—No veo por qué no.

—Padre, no puedes utilizar tu línea directa con el Presidente de los Aliados para pedirle que te ayude en un problema personal. Se supone que solo debe usarse en casos que amenacen la estabilidad galáctica.

—Si la inminente ejecución de los Herederos Alton e Imperial no es una amenaza a la estabilidad de la galaxia, entonces no sé lo que lo es.

Eso me dejó sin respuesta. Había estado tan inmersa en el discurrir de los

acontecimientos que no había tenido tiempo de reflexionar sobre ellos. Nuestras ejecuciones desgarrarían a los Rhon. En medio del caos resultante, un enfurecido Ur Qox lanzaría contra nosotros todo su poderío militar buscando venganza por la muerte de su hijo mientras nosotros estábamos debilitados por la disidencia interna. Todos nuestros esfuerzos por convencer a los Aliados de que los Rhon y la Asamblea formaban un gobierno justo y no una inestable dinastía de tiranos se irían al traste. Justificaría sus peores temores sobre nosotros y sería el fin de la poca confianza que habíamos conseguido construir entre los dos bandos.

Mi padre señaló la mesa.

—Tendrás que preparar la línea para mí, Sausconia. Yo no sé cómo se hace.

Mientras me sentaba, me pregunté si se daría cuenta de lo incongruente que era para los demás que fuera capaz de dar vida a la Red y al mismo tiempo no pudiera entrar en ella. Era analfabeto, tanto en los lenguajes escritos como en los informáticos. Algunas veces su renuencia a aprender me enfurecía, otras veces me preocupaba y otras veces me preguntaba si sería la manifestación de una incapacidad natural que se negaba a reconocer por miedo a parecer más deficiente de lo que había parecido cuando se había encontrado de frente con el universo de mi madre. El psiberespacio era su patio de juegos, un lugar en el que no tenía que leer ni escribir, ni comprender cómo funcionaban los ordenadores. Lo único que tenía que hacer era pensar.

Pulsé una esquina de la mesa y la lustrosa superficie se hinchó en el centro, acompañada por un zumbido. Formó una esfera de aproximadamente medio metro de anchura que sustentaba una consola de Red. Una sección plana de la mesa despidió un brillo trémulo y una holopantalla apareció en ella.

Me volví hacia mi padre.

—Necesito el nombre y los códigos de seguridad de tu cuenta Primaria.

—El nombre de la cuenta es Valdor. Los códigos son los nombres de todos vosotros, mis hijos, codificados por un archivo de seguridad de nivel cuatro de EM16.

Asentí, tratando de aparentar que lo que acababa de hacer —revelar los códigos de seguridad de la línea Primaria en presencia del Heredero Alton— era la cosa más normal del mundo en lugar del acto de alta traición que los dos sabíamos que era.

En primer lugar accedí a su cuenta regular y a partir de allí establecí los protocolos que lo conectarían a la Primaria. Existían tres ordenadores Primarios, uno para cada miembro de la Tríada y cada uno de ellos independiente de los demás. Mientras esperaba a que el procedimiento de seguridad nos diera luz verde, oí unos pasos. Giré la cabeza y vi que Jaibriol estaba detrás de mí. Pero no estaba tratando de ver lo que hacía, que es lo que yo hubiera hecho en su situación. Estaba mirando a mi padre.

Mi padre frunció el ceño.

—Me preguntaba por qué necesita usted tratamiento —dijo Jaibriol—. Tiene un

aspecto muy saludable.

—Sufro de epilepsia.

Jaibriol lo miró.

—¿Cómo es posible? No se hace mención de ello en su archivo.

—¿Por qué debería decírselo a uno de vosotros?

—Solo me sorprende que nuestros servicios de inteligencia no lo hayan descubierto aún.

Mi padre apenas oyó esto último. Estaba concentrándose de nuevo, sondeando la mente de Jaibriol. Entonces, con voz más amistosa, dijo:

—Mi familia murió cuando yo era niño. Fue en un desprendimiento de rocas, en un viaje. Tuve el primer ataque entonces. Los médicos creen que mi mente no se había separado todavía de la de mi madre, de modo que el shock de su muerte dañó mi cerebro.

Lo miré. ¿Qué lo había llevado a revelarlo? Raramente hablaba sobre ello. Si las neuronas de su cerebro recibían un exceso de estimulación, respondían enviando unos impulsos eléctricos anormalmente altos, lo que provocaba que su cuerpo se agarrotara y empezara a apretar las mandíbulas. A continuación se ponía azul y dejaba de respirar. Cuando sus neuronas empezaban a cansarse, su cuerpo se convulsionaba, hasta que finalmente el agotamiento acababa por relajarlo. Cuando despertaba, siempre estaba cansado y confuso.

La primera vez que yo lo había presenciado, de niña, había creído que se moría o que los salvajes espasmos significaban que estaba sufriendo un terrible dolor. Más tarde los doctores me dijeron que se ponía azul porque los capilares de su piel se contraían para que pudiera fluir más sangre a su cerebro. Mi padre me dijo que nunca recordaba los ataques, ni tampoco sentía dolor alguno.

Lo que no me dijo, lo que no descubrí hasta que fui mayor, era que sus ataques eran los más violentos que los médicos habían visto nunca. Las estructuras neuronales adicionales con que contaba su cerebro, los magníficos paras que lo convertían en un telépata de tanto talento, también lo volvían agónicamente sensible a la sobrecarga neuronal de un ataque. Para cuando los paras terminaron de madurar, en la adolescencia, sus ataques eran tan graves que de no haber recibido tratamiento posiblemente habría muerto a causa de su intensidad y frecuencia. Sobrevivió sin tratamiento hasta los dieciocho años gracias tan solo a la incansable atención de su aya. Pero ambos se habían dado cuenta de que era muy poco probable que alcanzara la veintena.

Mi madre solo había necesitado presenciar una de sus convulsiones para darse cuenta de que lo que él creía que eran «aflicciones espirituales» eran en realidad ataques cerebrales de algún tipo. Pero incluso ahora, cuando ya sabía que la epilepsia era una enfermedad que se podía tratar y que no le impediría llevar una vida normal, mi padre solo hablaba de ella con miembros de la familia o con los pocos médicos en los que había terminado por confiar. El hecho de que le revelara algo sobre ello a

Jaibriol resultaba asombroso. Estaba ocurriendo algo entre ellos, algo que se me escapaba.

—No es hereditario —dijo mi padre.

Jaibriol dijo en voz baja:

—Eso no cambiaría lo que siento por Sausconia. Pero si tenemos que ir al exilio, es improbable que nuestros hijos tengan acceso al tratamiento médico que recibe usted aquí. Si eso puede matarlos tenemos que saberlo. —Por el amor de los Dioses. Estábamos a punto de morir y Jaibriol preguntándose por nuestra inexistente descendencia. Aunque también era algo que daba que pensar. Nuestros hijos, si es que los teníamos, serían al mismo tiempo Rhon y Qox. Solo los Dioses sabían lo que eso supondría para ellos.

Una luz se encendió en la consola, acompañada por un pitido. Mi padre me miró.

—¿Está preparada la Primaria?

—No. —¡Maldición!—. Es Kurj. Está tratando de ponerse en contacto contigo. —Activé el comunicador pero dejé apagado el modo visual. A continuación hice un gesto a mi padre y señalé el botón de Recibido.

Lo tocó.

—¿Sí?

La voz de Kurj se materializó en el aire:

—Eldri, ¿has visto a Soz?

Mi padre se puso tenso. Su nombre completo era Eldrinson Althor Valdoria. Eldri era un apodo infantil que solo mi madre, su antiguo guardián y Kurj utilizaban actualmente. A mi padre le gustaba cuando mi madre lo usaba y no le importaba que el aya lo hiciera. Pero Kurj era harina de otro costal.

—Sí, está aquí —respondió con voz fría.

Jaibriol lo miró como si nos hubiera traicionado. Pero cuando se disponía a hablar yo lo cogí por la muñeca y sacudí la cabeza. Los pilotos que habían interceptado nuestro volador debían de haberlo informado. Mi padre no se atrevía a negar que yo estaba allí.

—Que se ponga —dijo Kurj.

Me incliné sobre el micrófono.

—¿Sí, señor?

—Quiero que te quedes ahí con él —dijo Kurj—. Hasta que encontremos a Qox.

Mis hombros se relajaron. Pensaba que había ido al palacio para proteger a mi padre. Era la conclusión más lógica, o lo hubiera sido si yo hubiera sabido que mi padre estaba allí. A pesar de las importantes medidas de seguridad que protegían el palacio, era lógico que Kurj no quisiera que ningún miembro de la Tríada estuviera solo. ¿Y qué mejor guardaespaldas podía encontrar que una Primaria Jagernauta cuyo interés en salvaguardar su seguridad iba más allá del deber?

—Sí, señor —dije.

—Bien. Cierro. —Kurj cortó la conexión tan bruscamente como la había iniciado.

Miré a mi padre.

—Parece pensar que yo sabía que te encontrabas aquí.

—¿Y no es así? Tu mensaje llegó a palacio ayer.

Lo había olvidado.

—Era una estratagema. Pretendía hacer saber a Kurj que estaba en Diesha.

Sonrió.

—Bueno, pues estuve a punto de contestar. Iba a proponerte que cenáramos después de que Kurj hiciera el anuncio.

—¿Qué anuncio?

—Sausconia, no hace falta que seas modesta.

—¿Modesta sobre qué?

—¿No te lo ha dicho todavía?

—¿El qué?

Exhaló.

—Lo siento. Suponía que lo sabías.

¿De qué demonios estaba hablando?

—¿Saber el *qué*?

—Ya ha elegido sucesor —dijo mi padre—. A ti.

Me sentí como un tren de MagRaíl que acabara de chocar contra un muro de cajagón a trescientos kilómetros por hora.

—¿Qué?

—Te ha elegido a ti. Kurj te ha elegido como sucesora.

—No me lo creo.

—He visto los documentos. Los ha firmado esta mañana.

Me quedé allí parada, mirándolo. Entonces apoyé el codo en la mesa y la frente en la palma de la mano. Mi mente era como una esponja seca bajo un chorro de agua. No podía absorber sus palabras. Sencillamente, no calaban.

Pero lenta, gradualmente, la esponja respondió. Poco a poco la idea fue empapando mi mente. Elección. Kurj había hecho una elección. La batalla había terminado. Ya no tenía que seguir luchando con mi hermano Althor. Ya no tenía que pasar todos los días temiendo el momento en que nos viéramos forzados a tomar la decisión por Kurj. Había terminado. Yo había ganado. *Ganado*.

La elección de momento tenía sentido. No se me ocurría mejor modo de minar la moral de los Mercaderes que anunciar que había elegido a su sucesor en el mismo discurso en el que revelara que había capturado al Heredero Alton. En comparación, el dramático anuncio de la existencia de Jaibriol palidecería.

Solo que esta vez no habría discursos triunfales. Solo traición y furia.

—No... —Se me quebró la voz—. Oh, Dioses.

Mi padre se sentó en la silla que había junto a mí.

—Sé que no estuve de acuerdo en tu decisión de unirme al ejército. Pero debes entender que para mí era difícil de aceptar.

Me limité a sacudir la cabeza. ¿Qué podía decir? Además, ese asunto lo habíamos resuelto hacía tiempo. O, para ser más precisos, él se había cansado de discutir.

—Sausconia, escúchame. —Me cogió del brazo y me obligó a mirarlo—. Te he observado estos últimos años. He visto lo que tu vida te ha hecho. He visto lo que has hecho con ella. Tú no eres Kurj. Nunca lo serás.

Me puse tensa.

—¿Y no crees que pueda hacer su trabajo?

—No. No es eso lo que quería decir, en absoluto.

Tuve que esforzarme para no rechinar los dientes.

—¿Entonces qué querías decir? ¿Que piensas que Althor habría sido una elección mejor? ¿Porque se parece más a Kurj?

—Ser como Kurj no garantiza la capacidad de liderazgo.

—Entonces no sé adonde quieres ir a parar.

—Lo que estoy tratando de decir, no con demasiada claridad según parece, es que creo que Kurj ha acertado con su decisión.

Eso me dejó sin palabras, completamente sin palabras. En el pueblo de mi padre, las mujeres nunca luchaban como soldados y mucho menos llegaban a ser líderes de guerra. Su cultura era muy diferente a la del Imperialato, más equilibrada en su conjunto. Aunque yo siempre había sabido que mi padre me quería tanto como a mis hermanos, también sabía que me quería de manera diferente. A ellos los veía como guerreros y a mí como una rareza. Lo último que esperaba oír de sus labios era que me consideraba más apta para el puesto de Emperador que a mi hermano Althor.

No supe qué decir así que en lugar de decir nada lo abracé. Él me devolvió el abrazo, apoyando la cabeza sobre la mía.

Finalmente me aparté para poder mirarlo.

—¿Qué querías decir con eso de que has visto lo que la vida me ha hecho?

—Te está cambiando. Endureciendo. —Tragó saliva—. Otros veinte años así y ya no te reconoceré. Un siglo más y, ¿en qué te habrás convertido?

Pensé en la vida que había imaginado el día anterior: protegida día y noche por Jagernautas, y a menudo también por un cibercampo, salvo cuando viniera aquí, a este palacio que era una fría tumba, sumida en la sospecha constante de todos, incluido Rex, que se merecía algo mejor que tener que recordar por qué estaba lisiado cada vez que mirara a su mujer. No. Yo no quería eso. Pero venía con el trabajo... Y el trabajo sí que lo quería.

Pero no podía ser mío. Ya no.

Mi padre frunció el ceño.

—¿Qué, vas a abandonar? Desde tiempos inmemoriales ha habido líderes depuestos que han marchado al exilio. Lord Jaibriol y tú no seríais los primeros en escapar y regresar cuando la situación los favoreciera.

—Si desaparecemos, nuestros derechos a los títulos desaparecerán con nosotros.

Mi padre exhaló.

—No voy a decir que os será fácil regresar. Pero los dos sois herederos legales. Tenéis derechos que podéis demandar cuando llegue el momento.

Vi las lágrimas en sus ojos y oí las palabras que no dijo. Vuelve. Vuelve para que sepa que estás viva. Sentí que se me humedecían los ojos.

—Eres un ser humano muy decente, ¿lo sabías?

Se ruborizó.

—Soy un padre atrasado de un planeta atrasado. —Hizo un gesto hacia la consola—. Si no nos ponemos en contacto con la Presidenta de los Aliados, pronto seré un granjero con una hija menos.

Su cuenta había terminado de preparar la Primaria. Verifiqué por dos veces el estatus de la conexión con la Tierra y envié la llamada. A través de Eskol-Net, vía operadores telepáticos, llegaría hasta un nanochip instalado en el cuerpo de la Presidenta de los Aliados. El enlace psiberespacial de la Primaria a la Tierra era seguro: los operadores no sabrían ni siquiera que habían enviado el mensaje.

Me incorporé y le ofrecí la silla a mi padre. Mientras tomaba asiento, Jaibriol y yo retrocedimos para que cuando apareciera la Presidenta Aliada no pudiera vernos. Entonces mi padre se introdujo el psífono en el conector de la muñeca.

La seca voz de la Presidenta sonó en el aire.

—Línea activada. Preparada para recibir transmisión.

Cogí la mano de Jaibriol. Ahí estaba. Si los Aliados nos daban la espalda, no teníamos adónde ir.

—Preparado —dijo mi padre.

La holopantalla de la mesa se inclinó hasta situarse en vertical. Apareció una imagen, los hombros y la cara de una mujer. Aparentaba unos cincuenta años, aunque yo sabía que tenía más de setenta. Unas pocas arrugas marcaban sus distinguidas facciones y su cabello gris y rizado se enroscaba alrededor de sus mejillas.

Había visto aquel rostro centenares de veces, tanto en las noticias como en persona. Pero aquella noche parecía diferente, cansada y consumida, como si hubiera estado durmiendo cuando la Primaria se había activado.

Saludó a mi padre con un asentimiento de la cabeza.

—Lord Valdoria.

Él asintió.

—Presidenta Calloway.

Fue directa al grano, hablando en eskoliano.

—¿Qué pasa?

—Dos personas necesitan asilo. Deben ir a un lugar donde nadie pueda encontrarlas, un lugar que no conozcan los servicios de inteligencia de Eskolia y de los Mercaderes. —Mi padre hizo una pausa—. Y que desconozca también la inteligencia de los Aliados, a ser posible.

—¿Por qué? —preguntó Calloway—. ¿Quiénes son esas dos personas?

—El por qué es más sencillo que el quién. Si no reciben asilo, serán ejecutadas.

—¿Y en qué afecta eso a la Tierra?

—Si las ejecuciones se producen, provocarán una escalada de las hostilidades con los eubianos.

Calloway lo miró fijamente.

—Lord Valdoria, seguro que es usted consciente de que no puedo interferir en asuntos militares relativos a la guerra entre Eskolia y Eubea. Si lo hiciera, equivaldría a hacer declaración expresa de una alianza entre su nación y la mía que en la actualidad no existe.

—Y seguro que usted es consciente —dijo mi padre— de que si nosotros caemos, ustedes serán los siguientes.

—¿Cree usted que la ejecución de esas dos personas supone una amenaza tan grande para el Imperialato?

—Sí.

—Tengo que saber quiénes son.

—No puedo darle sus nombres hasta que no hayamos llegado a un acuerdo.

—No puedo acordar nada si no comprendo el problema.

Mi padre guardó silencio un momento. Entonces dijo:

—Señora Presidenta, antes de que le revele las identidades, necesito que me dé su palabra de que no revelará esta conversación a nadie.

Sentí cómo se tensaba la mano de Jaibriol en la mía. Al igual que yo, debía de haber estado presente durante las conversaciones de su gobierno con Calloway. Sabía lo que yo sabía: siempre cumplía su palabra. Razón por la cual la daba tan poco a menudo. ¿Y si se negaba a hacerlo ahora? En cuanto nos viera, se daría cuenta de que se le pedía que interviniera en un asunto que podía desgarrar a los Rhon a los mayores niveles. ¿Cómo podía saber si le convenía aliarse con mi padre?

—Me está pidiendo mucho —dijo.

—Con una buena razón.

—¿Y si no le prometo silencio?

Mi padre no respondió de inmediato. Pero sentí su agitación. Se lo iba a contar de todas maneras, aunque no tuviera su garantía. Si ella le contaba a Kurj lo que sabía... No, no podíamos dejar que eso pasara. Sabría que yo no era la única que había cometido traición y Kurj tenía aún menos deseos de ver a mi padre con vida que a mí.

¡Padre, no!, pensé. No lo hagas.

No me respondió. En lugar de hacerlo, se dirigió a Calloway:

—Si no me da su palabra, puede que muera gente. Miembros de los Rhon.

—¿Y si se la doy?

—Nadie más que usted y yo lo sabrá jamás.

—¿Y los dos implicados?

—También. Pero los enviaremos donde nadie pueda encontrarlos.

Lo observó con expresión cautelosa.

—Lo que me está pidiendo es que haga un pacto con uno de los miembros de la

Tríada, un acuerdo que tiene la intención de guardar en secreto ante los demás.

—Sí.

—Pero no me dirá por qué hasta que me comprometa a hacer el pacto.

—Debo pedirle que confíe en mi juicio.

—La política y el juicio no son buenos compañeros de cama, Lord Valdoria.

—A pesar de ello debo pedirle que confíe en mí.

Fuera lo que fuese lo que estaba pensando la Presidenta, no reveló nada. Si mi padre captó algo por el psífono, no lo demostró. Pero dudo que ella relajase sus barreras lo suficiente para que pudiera captar nada. A pesar de la posición «oficial» de los Aliados sobre la psibernética, yo estaba convencida de que la Presidenta había sido entrenada para protegerse contra los Rhon.

Mientras el silencio se prolongaba, miré a Jaibriol. El sudor le empapaba la frente y estaba empezando a resbalar por su cuello. Podía sentir la humedad en la mano que estaba asida a la suya.

—Muy bien —dijo Calloway—. Tiene mi palabra.

Hice un ruidillo apenas audible, una diminuta exhalación entre dientes. Mi padre bajó los hombros y un agarrotamiento del que no había sido consciente hasta ahora abandonó sus miembros.

Con un gesto, nos indicó que nos acercáramos. Mientras nos aproximábamos a la consola, se apartó. Jaibriol y yo nos colocamos delante de la pantalla. Yo llevaba solo una camisa penitenciaria, la pareja evidente de los pantalones con que se cubría él. Nos quedamos allí parados, medio desnudos y con las manos juntas, mirando a la Presidenta Calloway.

Se quedó boquiabierta.

—Dios Mío.

Mi padre se colocó a mi lado para que Calloway volviera a verlo.

—¿Va a ayudarlos?

La Presidenta exhaló una bocanada de aire y un rizo de color gris revoloteó frente a su rostro.

—No lo entiendo.

—Crean que están enamorados —dijo mi padre.

—Sigo sin entenderlo —dijo Calloway—. Primaria Valdoria. ¿De verdad quiere ir al exilio con un Alton? —Hizo una pausa—. ¿Pero podría siquiera sobrevivir con él?

—No es un Alton —dije.

—¿No? —Se volvió hacia Jaibriol—. Entonces, en el nombre del cielo, ¿qué está haciendo usted con el título de Heredero Alton?

—También soy un psion Rhon —dijo él con voz queda.

Calloway enarcó las cejas. Pasaron cinco segundos largos antes de que dijera:

—No debe de haber sido fácil de conseguir. —Dirigió una mirada a mi padre—. Creo que representa para ustedes una amenaza mayor vivo que muerto. —Hizo una mueca—. Para todos nosotros.

Mi padre sacudió la cabeza.

—Lo que el Emperador Qox quiere de su hijo no podría dárselo, señora Presidenta.

—¿Confía en él porque es un Rhon?

—Sí. —Hizo una pausa—. Una vez leí algo sobre un pez nativo de su planeta. Para reproducirse, debe nadar río arriba hasta el lugar en el que nació o morir en el proceso. A los Rhon nos pasa algo parecido en nuestro afán por emparejarnos con los nuestros, por formar una comunidad. Sean cuales sean los obstáculos, luchamos hasta que los superamos. —Me miró y le falló la voz—. O morimos intentándolo.

—¿Por qué no pueden ir a Delos solos? ¿Por qué quiere que interceda en su favor?

—No podemos salir de Diesha —dije—. El planeta está en alerta militar máxima.

Calloway me dirigió una prolongada y dura mirada. A continuación se volvió de nuevo hacia mi padre.

—Me está pidiendo que participe en una conspiración que desafía directamente la autoridad del Emperador.

—Le estoy pidiendo que me ayude a evitar una crisis que amenazaría la estabilidad de nuestro gobierno.

—Si lo ayudo y llega a saberse... —Dejó la frase sin terminar.

Mi padre aprovechó la oportunidad.

—Mi hija es una experta en operaciones encubiertas. Puede hacer desaparecer cualquier rastro de la existencia de estas conversaciones.

Calloway me estudió. Tenía que saber que estaba diciendo la verdad sobre mi capacidad. Su gente debía de tener un dossier sobre mí tan extenso como los que nosotros teníamos sobre sus oficiales más importantes.

La Presidenta se reclinó en su asiento. Apoyó el codo en el brazo del sillón y la mejilla en la mano. No nos miró mientras reflexionaba. Su mirada estaba clavada en un punto situado entre Jaibriol y yo. Solo el sonido del reloj mecánico quebraba el enloquecedor silencio. Tic-tac. Tic-tac. Tic-tac. Ojalá hubiese cesado.

—Les ayudaré —dijo Calloway.

Hasta mañana

La nave, un vehículo médico concebido para trasladar gente a gran velocidad hasta los hospitales, aterrizó en el techo del palacio. Descendió en medio de un rugido de gases calientes, y rociando la plataforma de aterrizaje con su chorro. Las luces estroboscópicas de emergencia parpadeaban en la noche, siguiendo un patrón sincronizado con los sistemas de defensa del palacio. Su resplandor se prendía de los picachos que nos rodeaban, única prueba de que nos encontrábamos en el tejado de un palacio aislado en medio de las montañas y no en un astropuerto.

A mi lado, Jaibriol y mi padre tuvieron que protegerse los ojos. Nos habíamos cobijado detrás de un muro de retención al otro lado de la pista. En cuanto descendió la nave, salí corriendo hacia ella en medio de un viento que sacudía mi chaqueta alrededor de mi cuerpo.

Se abrió la escotilla y salió un chorro de luz. Una mujer bajó a la pista de un salto. Llevaba el uniforme de un piloto médico de emergencia, un mono blanco con un parche triangular con el signo de la Tríada en el hombro izquierdo. La escotilla se cerró tras ella, cortando la luz tan bruscamente como había aparecido. Me detuve delante de ella.

Hizo una reverencia a la altura de la cintura.

—¿Primaria Valdoria?

—Exacto —dije—. Mi padre está descansando.

—¿Ha tenido más convulsiones desde la primera?

Sacudí la cabeza.

—Pero en este momento su condición no es estable.

—Traigo una hovercamilla para él.

Hasta el momento todas las respuestas eran las previstas.

—¿Cómo se llama?

—Erin O’Neill.

Era el nombre que Calloway nos había dado. La chapa de su uniforme decía *Lyra Merzon*. Un sólido nombre eskoliano. Probablemente tuviéramos un dossier sobre Lyra Merzon en el que se detallaba su vida entera. Y era falso. Hasta la última coma. Aquella mujer era Erin O’Neill, de la Tierra. Si no hubiera tenido problemas más acuciantes, habría podido preocuparme por el hecho de que los Aliados hubieran podido colocarla con tanta facilidad en Ciudad Cuartel.

—¿Qué le han dicho? —le pregunté.

—Que tengo que llevar a dos personas fuera del planeta, a una localización especificada en un archivo descargado en mi nave por la Presidenta Calloway.

—¿Alguien más aparte de la Presidenta está al tanto de esas órdenes?

—No, señora.

—Yo soy una de esas dos personas.

Asintió.

—Sí, señora.

—La Presidenta Calloway me ha dicho que de acuerdo a las leyes Aliadas, los capitanes de nave pueden celebrar matrimonios que tienen validez legal entre ustedes. ¿Es eso cierto?

Pestañeó.

—Bueno... sí. Lo es.

—Bien. —Tanto las leyes del Imperialato como las de los Mercaderes reconocían los matrimonios Aliados. De ese modo, si Jaibriol y yo teníamos hijos, serían nuestros herederos legales. No sabía lo que eso podía significar en el futuro, pero de momento al menos no serían ilegítimos.

Le hablé al comunicador que llevaba en la muñeca.

—Estamos preparados.

Las luces del tejado se apagaron y nos quedamos a oscuras. El viento sacudía mi chaqueta y enroscaba el uniforme de O'Neill alrededor de su cuerpo. Me volví y levanté la mano. Mientras O'Neill dirigía la mirada hacia el otro extremo del tejado, aparecieron dos figuras, irreconocibles en la oscuridad.

Se acercaron lentamente, la más baja cojeando como cojeaba mi padre cuando no llevaba su bastón. O'Neill entornó la mirada en la oscuridad pero como no había más luz que la de las estrellas, no fueron visibles hasta estar a nuestro lado. Jaibriol, vestido con la ropa que había cogido en el palacio, se colocó junto a mí.

O'Neill lo miró fijamente durante un segundo. Entonces recobró la compostura e hizo una reverencia a la altura de la cintura, primero ante mi padre y luego ante Jaibriol.

Señalé la nave.

—Entremos.

La mujer se apartó para dejar que mi padre entrara en la oscura nave. Jaibriol pasó a continuación, seguido por O'Neill y luego por mí. En cuanto se cerró la escotilla, los focos inundaron el compartimiento de luz.

La nave, construida para maximizar la economía y la velocidad, se parecía a un Jag. El compartimiento principal estaba abarrotado de equipo: cajas con etiquetas de supervivencia pegadas en los lados, fardos de tela, nervoplex, goma, lienzo y tubos; barriles de estructura metálica; cajas más pequeñas, marrones, grises, verdes, negras, todas ellas con etiquetas impresas de suministros médicos e informáticos. Había una carabina láser colgada de un mamparo, junto con la caja que contenía la célula de energía. También pude ver un hacha de seguridad, una caja de bombas de aguja, más eficaz para abrir agujeros que como arma, y una caja de cuchillos reglamentarios del MEI. Al otro lado de esta última había un camastro, unido al casco y con una red médica preparada para recibir a un paciente.

Jaibriol se sentó en el camastro y cerró los ojos mientras apoyaba la espalda en el

casco.

Me senté a su lado.

—¿Estás bien?

Abrió los ojos.

—Solo un poco cansado.

Mi padre se acercó al camastro y se quedó allí con el ceño fruncido. Jaibriol se puso colorado. A continuación se agarró a uno de los cables que mantenían la cama pegada al casco y se puso en pie.

¿Qué era aquello? ¿Otra comunicación entre Jaibriol y mi padre, como lo de antes sobre los niños? Me levanté y los miré.

Mi padre observaba a Jaibriol con el ceño fruncido.

—¿Estás preparado para ocuparte de mi hija?

No daba crédito a mis oídos.

—Por el amor de los Dioses, Padre.

Me miro de soslayo. Enrojeció y le dio la espalda a Jaibriol.

—Puede que no haya sido la pregunta más apropiada. —Permaneció un momento en silencio, rascándose la barbilla. Finalmente, dijo—. ¿No eres un poco joven para Sausconia?

Aquello era casi igual de malo. ¿Por qué mi madre y él se sentían obligados a comentar la edad de los hombres de mi vida?

Pero fuera lo que fuese lo que mi padre pretendía con sus preguntas, Jaibriol pareció comprender.

—Haré todo cuanto esté en mi mano para hacerla feliz, señor.

—Eso espero —dijo mi padre.

O'Neill estaba cerca de la cabina, asistiendo a la conversación con la boca abierta. Al ver que la estaba observando, enderezó un poco la espalda y cerró la boca.

Me volví y vi que mi padre estaba mirándome. Con voz muy cálida, me dijo:

—Adiós, hija.

Alargué los brazos hacia él al mismo tiempo que él levantaba los suyos. Nuestras manos se encontraron y entonces me abrazó, el mismo abrazo que me mantenía a salvo cuando era niña. Me apreté a él con fuerza y apoyé la cabeza sobre sus hombros mientras cerraba los ojos.

—Adiós, *hushpa*.

—Cuídate —susurró—. Te quiero.

Una lágrima resbaló por mi mejilla.

—Y yo a ti. —Me aparté para poder mirarle la cara—. Dile a mamá que siento lo que pasó en Forshires. Que te he dicho lo mucho que la quiero y lo mucho que me gustaría... —Tragué saliva—. Lo mucho que me gustaría que no me hubiera costado contarle la verdad.

Se limpió las lágrimas pasándose la mano por la cara.

—Se lo diré.

O'Neill se aclaró la garganta, un sonido callado, casi inaudible. Cuando la miramos, dijo:

—Lo siento... Pero será mejor que nos marchemos. Cuanto más nos demoremos, más riesgo corremos de ser descubiertos.

Me obligué a asentir. Entonces mi padre y yo nos dirigimos a la escotilla interior sin dejar de mirarnos. Finalmente tocó el panel que abría la cámara de descompresión. Las luces volvieron a apagarse y cuando se abrieron las compuertas el interior de la nave estaba completamente a oscuras. Descendió al tejado, una silueta en la oscuridad.

Levanté la mano. *Adiós.*

Alzó la mano para despedirse. *Adiós, Sausconia.*

Cerré la compuerta.

Mientras la luz volvía a encenderse, me volví hacia O'Neill, quien estaba esperando junto al asiento del copiloto. La nave no tenía una auténtica cabina, solo una sección al fondo del compartimiento principal con dos asientos, uno para el piloto y otro para el copiloto.

Me señaló el asiento del piloto.

—Me han dicho que puede atravesar usted el cordón planetario.

—Lo intentaré. —Si podría o no hacerlo era otra cuestión.

Asintió y subió al asiento del copiloto. Aunque tenía el rostro impasible, yo sentía su tensión. Era una extraña misión la que se le había encomendado, tener que arriesgar la vida para ayudar a la gente a la que se suponía que debía espiar. Jaibriol se había sentado de nuevo en el camastro, con la espalda apoyada en un mamparo y los ojos cerrados.

—Jaibriol —dije con voz queda—. Será mejor que te ates el cinturón.

Abrió los ojos. A continuación se tumbó en la camilla y alargó las piernas con lentitud, como si cada contracción de los músculos le doliera.

O'Neill alargó la mano y tocó un panel en el exoesqueleto que rodeaba mi cuerpo como los pétalos abiertos de una flor.

—Esto controla la red médica. —Apretó el panel y oímos un sonido procedente del camastro. Me volví y vi que la red médica estaba envolviendo el cuerpo de Jaibriol. Un cable se enroscó alrededor de su brazo, se insertó en él... y Jaibriol abrió los ojos de repente. Cogió el cable y se lo arrancó de un tirón.

O'Neill estaba observando la pantalla que había sobre el asiento del piloto. Sin perder un instante dijo:

—Es solo fluido de glucosa, Lord Jaibriol. Según la información de los monitores, está usted seriamente deshidratado.

Jaibriol la miró unos instantes. A continuación soltó el cable. En cuanto estuvo libre, volvió a enroscarse en su brazo y se conectó de nuevo. Jaibriol se puso tenso pero esta vez se mantuvo inmóvil. La red médica respondió a su tensión dándole un masaje en el cuerpo, dilatándose y relajándose a su alrededor a un ritmo constante.

Una vez sentada en el asiento del piloto, este plegó el capullo y su exoesqueleto a mi alrededor. Los psífonos se introdujeron en mi cuello y columna vertebral.

El exoesqueleto de Erin estaba cerrándose también alrededor de su cuerpo.

Medline preparada, pensó la nave.

Entrar en la Red desde Medline era un procedimiento torpe y excesivamente lento. El ordenador de mi Jag me hubiera enviado inmediatamente al psiberespacio. Tuve que llevar a Medline de la mano durante todo el proceso, dando instrucciones en todas las intersecciones.

Entré en la Red como un paquete de ondas envuelto en negro. La red era un hervidero de actividad y sus cables despedían brillos severos, como los rayos del ardiente sol de Diesha. La presencia de Kurj estaba en todas partes. ¿Era imposible escapar de ella? Me oculté en mi campo de sigilo.

Psibersimulación por RV, pensé. Órbita alta.

La red desapareció... y me encontré en el espacio. El planeta Diesha flotaba frente a mí como una esfera de color turquesa y ámbar, envuelto en algodón sucio. Yo estaba «parada» en el vacío casi completo que se extendía más allá del planeta.

Pivotando lentamente, escudriñé el espacio entero. El psi-simulador utilizaba los datos generados por los sensores de Medline para crear una «realidad» tan completa que era como estar allí, girando bajo el cordón, analizándolo mientras me movía. Eso me proporcionaba una comprensión del espacio mucho más profunda de la que habría tenido sin un vínculo psiberespacial, limitado a pantallas visuales. Una comprensión aún mejor que la que ofrecía el paisaje mental que normalmente se utilizaba en los enlaces psiberespaciales.

Sensores visuales, paisaje mental, psi-simulador: eran tres niveles diferentes de capacidad sensorial, cada uno de ellos más efectivo que el anterior y asimismo más costoso. La psibersimulación agotaba los recursos mentales y físicos del usuario a tal velocidad que después de unos pocos minutos era perfectamente posible que se desplomase. Pero para escapar de allí necesitábamos toda la ventaja con que pudiéramos contar. Si no lográbamos escapar... Bueno, en tal caso mi condición no importaría demasiado.

Apareció un punto parpadeante sobre el borde de Diesha. Me concentré y volé hacia él. El ordenador me suministraba los datos más deprisa de lo que cualquier nave podría haberse desplazado sin peligro tan cerca del planeta. El punto se convirtió en un crucero pesado del MEI, un gigante lo bastante grande para tragarse un millar de naves como la nuestra y quedarse con hambre. Su superficie estaba cubierta de plataformas de armas parecidas a cráteres. Las bocas de sus cañones eran lo bastante grandes para alojar a un tren de MagRaíl. Una hueste de naves de menor tamaño lo atendía. Había un nutrido tráfico entrando y saliendo de los compartimientos de carga, que se abrían como fauces gigantescas, jalonadas de puntales angulosos y maquinaria sobresaliente que conformaban algo parecido a una grotesca dentadura metálica. En la escena reinaba un silencio espeluznante, pues la atmósfera era

demasiado tenue para transportar ondas sonoras apreciables.

Me acerqué más al crucero hasta que llenó mi campo de visión, y a continuación me acerqué más aún y pude ver hasta los arañazos y marcas de su superficie. El casco se curvaba por encima y por debajo de mí como un acantilado de metal. Me acerqué más aún y pude acariciarlo con la mano. Sabía que lo que estaba sintiendo en realidad era el interior del capullo de mi exoesqueleto y que Medline estaba utilizando los datos del crucero de que disponía para recrear la sensación táctil de su casco. Pero la rugosa superficie parecía tan real que hubiera podido jurar que de verdad me encontraba junto a ella.

Me aparté del crucero y caí a plomo sobre el planeta. La vista cambió con cegadora velocidad: una esfera en el espacio, un paisaje curvado, luego un llano. Me lancé en picado por entre nubes húmedas, emergí por debajo de ellas, caí más y más cerca de la superficie hasta que la colosal sombra de los picachos montañosos se alzó a mi alrededor. Debajo de mí no se veía luz alguna, salvo en el valle, donde el palacio imperial refulgía como una joya.

«Aterricé» en el techo del palacio, cerca de la nave que había utilizado para llevar a Jaibriol hasta allí. El volador estaba posado, esperando en su plataforma de aterrizaje. Atravesé el casco hasta la cabina, donde me vi en el asiento del piloto, con los ojos cerrados y el cuerpo envuelto en el exoesqueleto.

Verme de aquella forma resultaba espeluznante, algo así como estar teniendo una experiencia extracorpórea. Sacudí la cabeza y la cabeza de la piloto se movió de un lado a otro. Sentí cómo, con el movimiento, mi mejillas rozaban el exoesqueleto y el capullo. Mi cabello susurró, un sonido que percibí tanto con los oídos como a través de la simulación.

—¿Preparados para partir? —pregunté. Hablar resultaba raro. Normalmente, cuando pilotaba una nave formaba parte de un psienlace, lo que volvía innecesaria la comunicación verbal.

—Preparada. —O'Neill arrugó la frente mientras me observaba.

—¿Algún problema? —pregunté.

—Nunca había visto a un piloto que hiciera los preparativos del despegue con los ojos cerrados.

—Estoy en una psibersimulación.

—¿Puede ver la cabina?

—No solo verla. —Me concentré en ella y apareció una lectura traslúcida y parpadeante en color rojo.

—Está sentada a 48.32 centímetros de mí, girada en un ángulo de 23 grados con respecto a una línea trazada desde su plexo solar a la holopantalla que tiene directamente frente a sí. Un mechón de su cabello se ha soltado y está junto a su ojo izquierdo.

O'Neill parpadeó y a continuación se escondió el mechón detrás de la oreja. Cogí la palanca de dirección de la nave. La veía a través de la simulación y la sentía en mi

mano. Al tiempo que la empujaba, aparté mi percepción de la nave y volví a salir a la noche. Los impulsores atmosféricos de la nave se encendieron y el chorro de los gases, caliente y blanco, se enroscó a mi alrededor mientras el rugido de nuestro despegue sacudía la plataforma de aterrizaje. Nos elevamos varios cientos de metros y permanecemos allí, en equilibrio entre nuestro impulso y la gravedad.

Sausconia.

¿*Jaibriol*? ¿Cómo podía estar en el psiberespacio conmigo? No solo no tenía conexión con la nave, sino que carecía incluso de una red biomecánica en su cuerpo que le permitiera conectarse.

No puedo... disociarme de ti.

Trata de permanecer a distancia, entonces. Sin una preparación específica para aquello, su cuerpo podía terminar frito.

¿*Permanecer a distancia*?

Piensa que eres software que atraviesa Medline. Trata de atravesarlo por el fondo.

La sensación de una carcajada iluminó su fatiga. *Estaré tan callado como un ratón cibernético.* En su mente se formó la imagen del guante de un sistema de realidad virtual de los antiguos. Apareció una cola en el guante, luego dos orejillas puntiagudas, dos ojos y una boca. El animal se escabulló por debajo del mecanismo de RV.

Sonreí. A continuación pensé, *Medline, recupera el volador.*

Nuestros impulsores de babor se activaron y nos desplazamos hasta situarnos encima del volador. Los gases calientes chamuscaron la plataforma de lanzamiento y el volador se estremeció con el estruendo provocado. Pero su casco reforzado permaneció entero bajo nuestro chorro. Con un chirrido desgarrador, brotaron unas garras del vientre de nuestra nave. Se cerraron alrededor del volador, como si fuera un halcón capturando a su presa, y lo levantaron hacia su vientre en una jaula de garras metálicas.

Volador recuperado, pensó Medline. Y a continuación: los sistemas de defensa del palacio están preparándose para disparar contra nosotros.

¿Qué demonios...? *Muéstramelo.*

Numerosos puntos rojos parpadeantes, banderas que mostraban los emplazamientos de las instalaciones que protegían el palacio, aparecieron por toda la pantalla. Algunos de ellos formaban líneas rojas aisladas mientras que otros ardían en hogueras enormes. Mientras me dirigía a toda velocidad hacia una de las mayores concentraciones, cobró la forma definida de una batería de cañones láser que estaban girando hacia nosotros en medio de un gruñido de motores que atravesaba la noche.

¿Qué estaba pasando? Me conecté al ordenador que controlaba los sistemas de seguridad del palacio, una Inteligencia Evolucionada que respondía al nombre de Zos.

Zos, responde, pensé.

Aquí estoy, pensó Zos.

Déjanos marchar.

No puedo hacer eso.

¿Por qué no?

Viola mi programación.

¿Qué era aquello? Yo era una de los que lo habían programado. Verifica mis patrones cerebrales. Luego cumple la orden.

Ya sé quién eres. Regresa al punto de partida o destruiré vuestra nave.

No podía creerlo. ¿Cómo podía Zos negarse a obedecer mis órdenes? Si yo era su puñetera madre.

Me programaste para proteger a tu familia, pensó Zos. la fuga de Jaibriol qox la pone en peligro. Así que estoy impidiendo su fuga.

Mira, si Jaibriol y yo no salimos de aquí, morirá mucha gente, incluida yo. Si me ejecutan, eso podría matar a mi padre. Así que deja de liar las cosas y déjanos marchar.

No hubo respuesta.

¡Maldición! ¿Qué estaba haciendo ese ordenador del demonio? *Zos, responde.*

El ruido de los cañones cesó.

¿Zos?

Puedes marcharte.

Quiero que borres todas las grabaciones sobre esta conversación.

Hecho.

Dirigí mi atención al ordenador de a bordo de la nave médica. *Medline, muéstrame el cordón.*

Una red de líneas doradas apareció en el cielo. Las intersecciones señalan las naves que forman el cordón, pensó Medline.

La red estaba organizada en un patrón de cuadrados curvados, como si estuviera extendida sobre una superficie esférica alrededor de Diesha. El patrón era perfecto, un tributo al orden perfecto que Kurj veía en el universo. Cada intersección contenía al menos un punto rojo y algunas de ellas contenían tantos que se habían convertido en una neblina roja. Cuando me concentré en un borrón ardiente, se transformó en el crucero pesado Maxard, con su hueste de naves de apoyo. El ordenador de la nave me inundó de datos, entre ellos informes de inteligencia a los que solo alguien con mi estratosférico nivel de seguridad podía acceder.

Pero mis conocimientos sobre el MEI no servían ahora más que para hacerme comprender con mayor claridad que no había forma de escapar. ¿Cómo íbamos a atravesar el cordón? Aquellas naves estaban preparadas para disparar al menor indicio racional de que una nave pretendiera escapar.

Así que hice algo irracional.

Medline, pensé. Invierte.

Repita orden.

Invierte. Activa los motores de inversión y sácanos de aquí.

Eso es imposible.

No me importa. Hazlo.

Para alcanzar la velocidad necesaria para invertir, debemos abandonar las inmediaciones del planeta y luego acelerar. Si tratamos de abandonar las inmediaciones del planeta, el cordón nos destruirá.

No he dicho que aceleres. Solo he dicho que inviertas.

Para invertir, debemos acelerar.

No tenía la menor idea de lo que pasaría si tratábamos de invertir mientras estábamos parados. La sabiduría popular sostenía que no seríamos capaces de completar el proceso y terminaríamos evaporándonos en un limbo situado entre el universo real y el imaginario. Dado que nadie que lo hubiera intentado había regresado, era imposible saber si era verdad o no.

He interceptado un mensaje del centro de mando, pensó la Medline. La nave que espera para escoltarnos al hospital quiere saber por qué estamos parados aquí. También quiere saber por qué hemos recogido el volador.

Se nos había acabado el tiempo. *Medline, invierte.*

No tenemos espacio suficiente.

Invierte, maldita sea. ¡Ya!

Entonces empezó la torsión.

Sentí un ataque de náuseas. Era como si mi estómago estuviera tratando de retorcerse convirtiéndose en una cinta de Möbius. Las estrellas y las montañas parpadearon y desaparecieron. No, no es del todo cierto. Las montañas habían desaparecido pero las estrellas seguían ahí. Se extendían por el firmamento como manchas de pintura en un líquido negro. Entonces me di cuenta de que las montañas también estaban allí, pero fundidas sobre el cielo, negro sobre negro. No habíamos invertido, habíamos quedado atrapados en algún lugar entre los universos.

Volví a entrar en la nave vertiéndome por el casco. Me vi en el asiento del piloto, aferrada a los brazos con las manos y con los ojos cerrados. El psi-simulador era mi único vínculo con la realidad y me asía a él a duras penas. Si perdía aquella última conexión con el universo al que pertenecíamos, nos disiparíamos en este otro mundo de realidad fundida.

Pero el simulador había agotado mis recursos. No podía seguir manteniéndolo. El camarote empezó a girar a nuestro alrededor y a desvanecerse.

Entonces Jaibriol se movió. Se separó de la camilla como pintura disolviéndose bajo la lluvia. La vía intravenosa se separó de su brazo con un sonido de succión. Se desplazó por el camarote a cámara lenta. Su rostro era un manchón impreciso sobre las manchas más oscuras de sus ropas. Su cuerpo se volvía borroso en los bordes, que caían goteando sobre el casco.

La cabina estaba retorciéndose. La sección de proa pasaba a popa y la de estribor a babor. Mientras se contorsionaba, O'Neill y yo nos licuamos de nuestros asientos y

nuestros cuerpos se vertieron sobre los reblandecidos exoesqueletos. La parte delantera del cuerpo de Jaibriol corría en una dirección y la trasera en la contraria, extendiéndolo en dos sentidos contrarios. La cabina siguió retorciéndose y entonces me di cuenta de que estaba tratando de cerrarse sobre sí misma, igual que una cinta de Möbius.

Mientras Jaibriol se me acercaba, la parte delantera de su cuerpo goteó sobre los negros arroyos que eran mis brazos. Su mano se fundió con la palanca de dirección y esta se derramó sobre los controles. Más que oír, sentí que los impulsores se activaban. La aceleración nos pegó a los asientos y nuestros cuerpos chapotearon en todas direcciones. Jaibriol se fundió con el exoesqueleto y goteó sobre la cubierta como una imagen de pesadilla pintada por un surrealista.

No podía mantener la psibersimulación. Salí de la nave como si su casco fuera una fina película. Solo parte de mí lo hizo, pero fue suficiente para ver la pesadilla del exterior. La red del cordón se había transformado en un firmamento hecho de rezumantes líneas doradas y manchas rojas. Las naves nos disparaban pero sus misiles y rayos se perdían en el espacio sin causar daño. En mis oídos vibraban espeluznantes ruidos. El aire pasaba a mi lado como si fuera aceite, apestando a gases residuales.

Nos estábamos moviendo en dirección al cordón. *Meeeeeeeeedliiiiiiiiiiiiiinnnnnnnnneeeeeeee*, pensé. *Caaaalcuuuuuulaaaalaaaaa traaaaaayectttttooooooriiiaaaaaa...* Las palabras se alejaron resbalando. Probé una nueva táctica, formar en mi mente una imagen de un espacio abierto en la deformada red que había sobre nosotros. Medline respondió dirigiéndose hacia la abertura. A medida que nos acercábamos, las líneas doradas se hacían más y más anchas, llenando todo el espacio. Para cuando llegamos, la apertura había desaparecido. Goteamos de las manchas doradas como el aceite sobrante de una esponja empapada.

Regresé a gatas a la nave y atravesé el casco. Mi identidad volvió a formarse en el camarote. Podía ver a Jaibriol tirado en el suelo, en medio de un charco. Su cuerpo estaba fundiéndose con la superficie. La oscura superficie. Todo estaba a oscuras. Apagado. Muy apagado. Desapareciendo...

... Apareciendo. Los datos que inundaban mi mente decían que acabábamos de salir de la estasis. Medline se había alejado del planeta lo bastante para encender los impulsores fotónicos. La componente real de nuestra velocidad era ahora del 60 por ciento de la velocidad de la luz...

... 96 por ciento.

... 99.999999 por ciento. Nuestra masa en licuefacción se había multiplicado por 7000. El motor estaba absorbiendo combustible del flujo de rayos cósmicos que se extendía tanto por el espacio imaginario como por el real, cuya densidad era muy superior a la diminuta fracción que veíamos de él en el universo sublumínico. La nave devoraba combustible como un coloso insaciable, lanzándonos hacia solo los Dioses saben dónde. Durante dieciocho minutos, o puede que dieciocho milenios,

fluimos por el espacio, por los márgenes de la velocidad de la luz, tratando de invertir y sin conseguirlo.

Meeeeeeeeedliiiiiiiiiiiiiinnnnnnnnneeeeeeee...

iiiiinnnnnnnviiiieeeeertttteeee...

El camarote se volvió negro...

Y la torsión cesó.

Jadeé, sorprendida por mi repentina solidez. Mis ojos se abrieron de repente bajo una luz cegadora. Volvía a estar entera. No habíamos salido de estasis correctamente. Pero éramos sólidos. *Normales*. No, no del todo. Algunos pedazos de mi uniforme se habían fundido con el asiento, donde Jaibriol había caído sobre mi brazo, y otros con mi piel.

—¡Jaibriol! —exclamé con voz áspera. Apreté el botón de salida. El exoesqueleto se abrió, me asomé y recorrí el camarote con la mirada.

Estaba tirado sobre la cubierta, hecho un ovillo. Sus piernas estaban rectas en el suelo, como si estuviera de bruceas, pero su torso estaba retorcido, de modo que de la cintura para arriba estaba tendido de costado. Tenía un brazo extendido hacia atrás, aparte del resto del cuerpo. Le hacía parecer distorsionado, partido en dos.

Salí como pude del asiento del piloto. Mareada, me deslicé entre el asiento y un mamparo. Logré arrastrarme hasta Jaibriol. Que no esté muerto, por favor, pensé. U horriblemente deformado. O con los intestinos mezclados como pinturas revueltas y dejadas a secar.

Levanté el brazo, el que se extendía a su espalda. Gimió, rodó sobre sí mismo y su cuerpo adoptó una posición normal. Abrió lentamente los ojos. Mientras resbalábamos por la cubierta, levantó los ojos y observó con la mirada desenfocada el mamparo que tenía encima. A continuación empezó a frotarse el músculo del brazo.

Me di la vuelta para estar tendida a su lado.

—¿Puedes verme?

Su mirada se trasladó a mi cara.

—Sí.

—¿Estás bien?

—Creo que sí.

—Primaria Valdoria —dijo Medline—. Si continuamos utilizando combustible, consumiremos una parte significativa de nuestro suministro.

—Deja de acelerar —dije.

El zumbido de los motores cambió de tono y Jaibriol y yo dejamos de resbalar por la cubierta. Movié la cabeza y el movimiento hizo que empezara a levitar.

Oímos un gemido en el asiento del copiloto. Me impulsé hacia Erin apoyándome en la cubierta. Cuando llegué a mi asiento, el exoesqueleto atrapó mi cuerpo y me envolvió en su abrazo, andándome. O'Neill estaba sentada en su propio exoesqueleto, pálida y con los ojos abiertos.

—Lo hemos logrado —dijo.

—Eso espero. —Los holomapas mostraban imágenes de las regiones del espacio por las que estábamos viajando, así como gráficos tridimensionales sobre consumo de combustible, trayectoria, localización, datos...

Silbé.

—Hemos saltado casi tres meses al futuro.

Jaibriol se acercó flotando y se agarró al brazo de mi silla.

—Eso es imposible. Solo llevamos unos minutos viajando.

—Nunca llegamos a invertir —le dije—. Hice que la nave volviera al espacio normal. De modo que no compensamos la dilatación temporal. —Hice una pausa—. Nos estarán buscando en el lugar equivocado. O quizá debería decir en el momento equivocado. Nos estarán buscando hace tres meses.

—Eso significa que llevo tres meses sin informar a la Presidenta Calloway. —O'Neill hizo una mueca—. Debe de pensar que estoy muerta.

—Espero que todos piensen lo mismo —dijo Jaibriol.

Tres meses de nuestras vidas perdidos. Tres meses desde que mi padre contara su historia: Jaibriol había llegado al palacio y había capturado el volador. Desesperado, había tratado de adaptar sus motores para la inversión. «Lyra Merzon» y yo habíamos ido tras él con la nave. Los efectos secundarios de su precipitada entrada en inversión nos habían atrapado... y nadie sabía lo que había pasado después.

—Medline —dije—. Suelta el volador.

El chirrido de la apertura de las garras se extendió por toda la cubierta. Mi holomapa mostraba a la pequeña nave junto a nosotros, volando a la misma velocidad. Manipulé las garras para darle un empujón al volador y de ese modo añadir un componente suficiente a su velocidad para hacer que nos adelantara y se alejara.

—Detonación —dije.

El volador explotó. Sus pedazos salieron despedidos en todas direcciones. Algunos de ellos se nos vinieron encima y rebotaron contra el casco de la nave. Para cuando alguien descubriera los restos, estarían dispersos por una región del espacio demasiado grande para averiguar que ninguno de nosotros había explotado con él.

Y eso era todo.

Me recosté en mi asiento y cerré los ojos. Mi cuerpo había consumido ya la descarga de adrenalina y me abrumaba el agotamiento.

—Creo que será mejor que tome el mando —dijo O'Neill.

Logré asentir. Mientras O'Neill se hacía con los controles, floté hacia el camastro junto con Jaibriol. En cuanto nos situamos en posición, la red médica se deslizó a nuestro alrededor y aseguró nuestros cuerpos.

Dormimos un poco, abrazados, despertando de tanto en cuanto. O'Neill llevó la nave a inversión con tal suavidad que apenas lo noté. Cuando invertimos mi estómago se rebeló un poco, pero esta vez la torsión solo duró un instante.

Cuando desperté por completo, O'Neill estaba flotando junto al camastro.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

—Muy bien. —Tenía la voz un poco cascada, pero estaba mejorando—. ¿Quién está pilotando la nave?

—He puesto el piloto automático. Faltan pocas horas para que lleguemos a nuestro destino.

Jaibriol despertó.

—¿Adónde vamos?

O'Neill se sujetó al borde de la camilla y descendió hasta que sus ojos estuvieron a la misma altura que los míos.

—A un planeta llamado Gamma IV.

—Eso no es un nombre de verdad —dije—. ¿Qué estrella? ¿Qué constelación?

O'Neill no respondió a mi pregunta. En lugar de hacerlo, dijo:

—Nadie lo sabe salvo nosotros, la Presidenta Calloway y el explorador cibernético que lo encontró hace cuatro días estándar... —Hizo una pausa—. Hace cuatro días y tres meses. La Presidenta interceptó los datos del robot antes de que llegaran a su destino, de modo que solo ella sabe que se ha encontrado. A estas alturas, supongo que el registro habrá sido borrado.

Vaya. De modo que no iba a decirnos ni siquiera a nosotros dónde se encontraba.

—¿Hay gente en el planeta? —Todas las precauciones del mundo no servirían de nada si alguien nos reconocía.

—La única especie inteligente no es humana —dijo O'Neill—. Son criaturas vagamente humanoides, con un nivel de desarrollo propio de la edad de piedra. Viven a varios miles de kilómetros del sitio en el que voy a dejarlos. —Ladeó la cabeza—. Hay algunas regiones salvajes muy hermosas, como las montañas en las que aterrizaremos. Pero eso es lo único que sabemos. No contamos con análisis ni datos de exploración ni nada sobre ese mundo. —Recorrió la cabina entera con un ademán—. He traído todo el equipo posible sin llamar la atención. También tengo un ordenador con baterías solares y una biblioteca completa. Pero aparte de eso, estarán solos.

Decir eso era quedarse corto. Sí, como Jagernauta había recibido entrenamiento de supervivencia. Mi velocidad y fuerza mejoradas también ayudarían, así como la juventud e inteligencia de Jaibriol. Supongo que tenía cierto sentido, al menos desde el punto de vista de los Aliados. ¿Qué mejor manera de impedir que los Herederos Alton e Imperial se metieran en líos que dejarlos en un lugar agreste y sin cartografiar donde tuvieran que utilizar todas sus energías para mantenerse con vida?

O'Neill se aclaró la garganta. Parecía incómoda.

—Si lo desean... puedo officiar la ceremonia ahora.

—¿Ceremonia? —pregunté.

—El matrimonio. —Titubeó—. ¿No la había pedido...?

Me di la vuelta bajo la red médica para mirar a Jaibriol.

—¿Quieres casarte conmigo?

Sonrió.

—De acuerdo.

En los ordenadores de O'Neill no había gran cosa sobre matrimonios, aparte de las ceremonias tradicionales eskoliana y Alton, que no queríamos. Entonces vi una que me llamó la atención. Era una vieja ceremonia de la Tierra, practicada por los indios mayas. Me fijé en ella porque venía acompañada con la imagen de una mujer que me recordaba a las imágenes holográficas de mi abuela que había visto. Tenía la misma piel negruzca, los mismos ojos grandes y la misma y lustrosa trenza de pelo negro sobre la espalda.

Las únicas palabras que encontramos para la ceremonia estaban en tzotzil. Como ninguno de nosotros hablaba aquella lengua y no queríamos que un ordenador tuviera que estar traduciendo en mitad de nuestra boda, O'Neill preparó unas palabras en eskoliano, la lengua que todos hablábamos, tratando de mantener el espíritu de la ceremonia.

Necesitábamos tres velas, una serpentina, trece monedas y dos anillos. Para hacer las veces de velas, O'Neill sacó las pequeñas lámparas de un armario. Encontró una cuerda de un metro de largo que podíamos utilizar a modo de serpentina y llevaba un puñado de monedas en el bolsillo. Los anillos fueron lo más complicado. Finalmente utilizamos dos piezas de una de las abrazaderas del camastro. Se suponía que debíamos arrodillarnos ante un altar, pero como no había altar ni gravedad, improvisamos flotando sobre la camilla.

O'Neill encendió las lamparillas, nos entregó una a cada uno y se quedó con la tercera.

—Que estas luces mantengan bien iluminado vuestro futuro —dijo con voz cálida. A continuación anudó los dos extremos de la cuerda y nos pasó el lazo sobre las cabezas—. Que esta cinta una vuestras vidas como si fueran una sola. —Contó las monedas—. Que vuestras almas permanezcan a salvo dentro de vosotros. —Se las ofreció a Jaibriol diciendo—. Dile, «Te entrego esto, esposa».

Jaibriol me puso las monedas en las manos.

—Te entrego esto, esposa. —En voz baja, añadió—. Es todo lo que tengo y me temo que es prestado. Pero te lo ofrezco de todo corazón.

Levanté su mano y me acaricié con ella la mejilla, lo que hizo que flotáramos hasta una de las abrazaderas del camastro.

—Entonces me has convertido en una mujer rica.

O'Neill consultó sus notas.

—En realidad, lo que tienes que decir es «Lo recibo, esposo».

Miré a O'Neill.

—¿Y yo no le doy nada?

Volvió a consultar sus notas.

—Parece que no, al menos en esta versión de la ceremonia. Le das las monedas a quien os está casando.

Le ofrecí las monedas.

—Gracias.

Sonrió.

—Guardáoslas. Como recuerdo. —Sacó los anillos del bolsillo y el movimiento la envió flotando hacia una caja de suministros. Levantó la mano izquierda de Jaibriol y le puso uno de los anillos en el dedo anular. A continuación le dio el segundo.

—Ahora puedes dárselo a tu prometida.

Jaibriol me puso el anillo en el dedo índice de la mano izquierda, que era donde mejor se ajustaba. Era una sensación rara. No suelo llevar joyas. Pero no pasaba nada. Me acostumbraría.

—Si fuera un sacerdote —dijo O’Neill—, ahora daría una misa. Como no lo soy...

—Lo entendemos —dije.

—Bueno. Pues supongo que ya está. —Cogió un bloc computerizado que llevaba en el cinturón—. Como capitana de la nave, os declaro marido y mujer. —Extendió el bloc hacia mí—. Tenéis que firmar los dos.

Me puse tensa y tuve que sujetarme a una de las abrazaderas de la cama.

—¿Quieres que quede constancia escrita de esto?

—Claro. De lo contrario no sería legal.

—Si existe constancia escrita en un registro —dijo Jaibriol—, alguien podría encontrarla.

—Se lo daré a la Presidenta Calloway. —O’Neill volvió a ofrecerme el bloc—. No tiene mucho sentido casarse si la ceremonia no tiene validez.

—La tiene para nosotros —dijo Jaibriol—. Eso es lo que importa.

—No. Ella tiene razón. —Esbocé una sonrisa cansada—. Así es como terminan las guerras, ¿no? Casando a los hijos de los dos bandos. Y hablando de hijos, si es que alguna vez los tenemos, la ilegitimidad podría debilitar su posición. Si nos pasara algo, esto podría significar para ellos mucho más de lo que ahora imaginamos.

Jaibriol miró a O’Neill.

—¿Solo la Presidenta Calloway tendrá acceso a este documento?

Asintió.

—A menos que ustedes mismos se lo pidan.

La observó unos segundos.

—Muy bien.

De modo que ambos firmamos. Y así fue como nos casamos.

Jaibriol estaba a mi lado, observando el cielo nocturno. Mucho después de que la nave de O’Neill se hubiera convertido en un punto y hubiera desaparecido en el firmamento, seguíamos allí, como si al no movernos ignoráramos el hecho de que ahora estábamos solos, aislados del resto de la humanidad.

Finalmente Jaibriol suspiró. Me cogió la mano y señaló con la cabeza la entrada de una cueva en la colina más cercana.

—Deberíamos levantar alguna defensa. —Señaló el bosque que nos rodeaba—. Por si hay algo ahí.

Asentí.

—Sí. Por supuesto.

Pero una vez que estuvimos dentro de la cueva, nos limitamos a mirar a nuestro alrededor. La débil luz de nuestras pequeñas lámparas iluminaba las paredes de la caverna, mostrándonos una cavidad no mucho mayor que el camarote de la nave. En su interior había cajas, fardos y barriles apilados, así como un transmisor de neutrinos. O'Neill nos lo había dejado por si un día decidíamos utilizarlo. Era nuestro único vínculo con el resto del universo.

Jaibriol se acercó al montón de mantas y cogió una.

—Salgamos, Sausconia. Solo un rato.

La idea de escapar de la oscura cueva también me seducía.

—Muy bien. —Me colgué la carabina láser del hombro.

Una vez fuera, levantamos una pantalla electrificada para guardar la entrada de la cueva. Todavía había luz suficiente para ver los alrededores. Un bosque de árboles de agujas suaves nos rodeaba. Hacia el oeste había un claro arrasado, abierto por la nave en su aterrizaje. Al norte los árboles también se hacían más escasos y se abrían en lo que, desde donde nos encontrábamos, parecía otro claro.

Nos encaminamos en aquella dirección para empezar a explorar la zona y hacernos una idea de lo que nos rodeaba, en lugar de un claro, topamos con la cumbre desnuda de un acantilado. Picachos cubiertos de bosque se extendían hasta donde alcanzaba la vista, laderas colosales que se hundían formando empinados valles y a continuación volvían a remontarse hacia el cielo. Aquí y allá se veían acantilados verticales, cuyas caras desnudas formaban manchones blancos en medio del verde ininterrumpido de los bosques. Sobre las montañas se veía una puesta de sol que ardía con más viveza que ninguna otra que yo hubiera visto. Encima de nosotros el cielo ya había oscurecido y se veían algunas estrellas parpadeantes. Al este, el contorno filoso de una luna rota colgaba sobre las montañas.

—Es precioso —dijo Jaibriol.

—Sí. —Precioso. Salvaje. Desconocido.

Después de asegurarnos de que el área era segura, nos sentamos en el borde del acantilado envueltos en las mantas y con la carabina en las rodillas. El viento nos azotaba el rostro mientras las sombras oscurecían las montañas. Aparecieron más estrellas, de una en una primero, luego de diez en diez y por fin a cientos y a miles.

Jaibriol dijo en voz baja:

—Nuestro hogar.

Le acaricié la mejilla. Habíamos perdido mucho: todo lo que conocíamos, todo lo que amábamos. Y a pesar de lo que había ocurrido yo sabía que Jaibriol seguía amando a su padre, al que nunca volvería a ver, al menos con vida. Pero a cambio de aquella pérdida, habíamos ganado la esperanza de que un día nosotros, o puede que

los hijos que vinieran detrás de nosotros, marcáramos una diferencia en la guerra que, por ahora, habíamos dejado atrás. No había garantías, ni promesas, ni certidumbres.

Pero la esperanza estaba ahí.

Jaibriol apoyó la cabeza contra la mía y permanecimos allí, juntos y en silencio, calientes bajo la manta. Pronto regresaríamos a la caverna para hacer el amor, dormir, y reunir energías para el día siguiente y todos los que vendrían después, mientras aprendíamos a conocer aquel mundo y a conocernos el uno al otro. No solo habría que prepararse para sobrevivir sino también para sanar nuestras heridas y esperar al futuro, al día en el que pudiéramos partir para reclamar nuestras heredades.

Pero por el momento nos bastaba con estar juntos y en paz y contemplar cómo se abría la noche frente a nosotros.



CATHERINE ASARO. Nacida en Oakland, EEUU, es una escritora de ciencia ficción y fantasía.

Licenciada con honores en Ciencias Químicas por la UCLA y con un máster en Física y un doctorado en Física química de la Universidad de Harvard, es miembro de SIGMA, un grupo de escritores especulativos que asesora al gobierno en cuanto a las tendencias futuras que afectan a la seguridad nacional.

Cuando no está escribiendo y haciendo apariciones en convenciones y firmas, Asaro enseña matemáticas, física y química. Ha entrenado a varios equipos clasificados a nivel nacional para los torneos nacionales como el American Regions Mathematics League. Sus estudiantes se han colocado en los niveles superiores en numerosos concursos nacionales, incluida la United States of America Mathematical Olympiad y la United States of America Mathematical Talent Search.

Ha completado dos mandatos como presidente de Science Fiction and Fantasy Writers of America (2003-2005).

Asaro ha dedicado su producción literaria a la ciencia ficción mezclada, en muchas ocasiones, con grandes dosis de romance. Es conocida por incluir conceptos matemáticos sofisticados en su ficción.

Ha ganado de premios como el Affaire de Coeur o el Nébula.